



*Contigo,*  
APRENDÍ

ARYAM SHIELDS

*Contigo,*  
APRENDÍ

ARYAM SHIELDS

Aryam Shields

Registro de la obra

Oficina de registro de autor. Ministerio de Justicia, Colombia.: 1-2018-84289

ISBN:

Editado por: Andrea Herrera Kratzer

Diseño de portada: Isa Quintín

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor, los lugares y personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito del titular del copyright.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicado a todo aquel que cree en el amor.

Cómo olvidar que contigo aprendí  
Cómo soñar mi vida junto a ti  
Te veo llegar para quedarte aquí  
Y puedo jurar que yo ya lo entendí  
Te voy a amar, hoy tengo lo que me faltaba  
Te voy a dar el tiempo que nunca te daba  
Vas a volar porque contigo tengo todo  
Y sin tu amor no tengo nada  
Te voy a amar  
Te voy a amar

**Andrés Cepeda y Cali el Dandi**

# Tabla de Contenido

[Sinopsis.](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epilogo.](#)

[Capitulo Extra.](#)

[Agradecimientos](#)

## [SOBRE LA AUTORA](#)

# Sinopsis.

Valentina Harfush creyó tenerlo todo: un matrimonio maravilloso, una carrera de éxito y la vida casi resuelta. Pero al descubrir que su esposo la engaña, su mundo tiembla y todo lo que ella consideraba perfecto empieza a derrumbarse.

Intentando huir del dolor causado por la traición, encuentra un lugar donde reparar las heridas y encontrarse a sí misma.

Un lugar donde también lo encuentra a él.

El padre D Rodríguez vive para servir. Servir a Dios y a su comunidad. No obstante, al encontrarse con ella su vida dará un giro de 180 grados. Valentina es la tentación y sabe perfectamente que ella hace parte de una vida a la que ha renunciado por completo.

Coincidir trae consigo una incipiente atracción que los tomará por sorpresa y en medio de esos encuentros nace esta historia que transita por los senderos del alma, enfrentando los principios y la vocación con un sentimiento más fuerte que cualquier otro.

¿Al final podrá el hombre imponerse sobre el sacerdote?

¿Se consigue volver a amar, cuando se tiene el corazón roto?

El amor tendrá la última palabra y será el que ponga cada detalle en su lugar.



# Capítulo 1

## *Valentina.*

Bogotá, 24 de Septiembre 2017

Salí del baño envuelta en una toalla blanca, mis ojos captaron la hora en el reloj del tocador, Adrián llegaría en media hora así que tenía el tiempo justo para vestirme y verificar que, abajo, la cena estuviese lista.

A prisa me coloqué la ropa interior y me senté en el tocador, mis ojos se posaron en la foto de nuestra boda, la tomé y sonreí, hacía cinco años que me había casado con el hombre de mis sueños. Conocí a Adrián siete años atrás, en una de las conferencias sobre Arquitectura Colonial que mi padre dictaba, en colaboración con una prestigiosa universidad del país.

Cuando vi a Adrián por primera vez hubo una única palabra rondando por mi cabeza: *Guapo*. Adrián Duque no tenía nada que envidiarle a cualquier actor del momento porque era realmente apuesto. Su cabello era de un extraño color rubio y sus ojos tan azules como el cielo de la Heroica<sup>[1]</sup>, además de su físico, era un hombre dulce y tierno; no pude evitarlo, fue amor a primera vista. Después de un par de años de noviazgo, y puede que hasta un poco en contra de mi padre, nos casamos completamente enamorados en la iglesia San Pedro Claver, ubicada en el majestuoso centro amurallado de Cartagena y ante amigos y familiares.

El sonido del «tic tac» del reloj me sacó de mis recuerdos, dejé la fotografía sobre el mueble y miré detenidamente el reflejo de mis ojos verdes en el espejo, suspiré sonoramente y empecé a maquillarme con tonos suaves porque a él no le gustaba que usara mucho maquillaje.

«Eres mucho más hermosa al natural».

Usé un sencillo vestido de tirantes y ricé mi cabello oscuro antes de calzar mis pies con unos zapatos de tacón de doce centímetros, hubiese preferido volver a Cartagena para una fecha como hoy, pero Adrián tenía demasiado trabajo como para permitirse viajar.

Demasiado trabajo para celebrar nuestro aniversario con algo distinto a una cena informal en nuestro apartamento. Sin embargo, esa noche todo debía salir perfecto y quizá con un poco de suerte, podría darle a Adrián el hijo que tanto anhelaba. Estaba tomando todos los medicamentos y ese día empezaba mi ciclo de ovulación, no podía sentirme más esperanzada.

Todo estaba dispuesto y listo.

«Por favor, Dios, que esta sea la noche, dame la oportunidad de darle a mi esposo el hijo que tanto desea».

—Los empleados se han retirado, la mesa está puesta y la cena se cocina a fuego lento, mi niña —dijo María interrumpiendo mis pensamientos, no me había dado cuenta de que estaba en la habitación. Le di un gran beso a la mujer que había estado conmigo desde que era muy pequeña—. Si necesitan algo más, estaré en mi habitación.

Negué con la cabeza, quería que solo fuéramos él y yo.

Llamé a Adrián una vez que María se retiró, su teléfono se fue automáticamente al buzón de voz, pero lo ignoré, si por algo era conocido mi esposo, era por dejar que su batería muriera sin siquiera percatarse, bajé al primer piso y fui a la cocina, revisé que la comida estuviera en su punto.

Adrián era un gran conocedor de la comida italiana, quizá porque era su favorita, así que el menú elegido fue ensalada de tomates secos, con un risotto de pollo y champiñones y de postre su preferido: el tiramisú clásico.

Revisé mi reloj de pulsera, mi esposo estaba retrasado. Así que sin poder comunicarme con él, apagué el fuego de la estufa y salí de la cocina a

sentarme en el sofá de la sala, cada uno de los muebles los habíamos elegido juntos cuando nuestra vida como pareja empezó y estábamos locamente enamorados.

Tomé mi tableta de la mesita de café, la había dejado ahí porque quería que viéramos juntos el video de nuestra boda. Busqué el archivo y le di a reproducir. Amaba la manera en que nos mirábamos, como todo empezó desde aquel *sí* en el altar. Los años pasaron y a pesar de mi imposibilidad para tener hijos o de que Adrián trabajaba como un adicto; éramos felices, seguíamos siendo tan felices como ese día. Teníamos diferencias, ¿qué matrimonio no las tiene? lo importante era saber resolverlas y yo siempre intentaba solucionar cualquier malentendido antes de irme a la cama.

El tiempo corrió sin piedad y sin alguna noticia de Adrián, el «tic tac» del reloj de la sala estaba enloqueciéndome, llamé a la oficina pensando en que quizá mi trabajólico esposo aún se encontraba allí, pero el encargado de seguridad me informó que ya no había nadie en las instalaciones, intenté llamarle de nuevo al celular, pero seguía muerto, no quería ponerme paranoica y llamar a la policía aunque todo mi ser me gritaba que lo hiciera.

Justo antes de la medianoche y cuando me disponía a marcar a las autoridades, el teléfono sonó en mis manos.

—¿Adrián? —pregunté preocupada.

—¿Bebé? ¡Dios! Al fin pude encontrar un teléfono público.

—¿Estás bien? Me tenías preocupada.

—¿Bien? —bufó molesto—. No mucho, estoy atascado en el terreno del nuevo edificio, linda, no había podido llamarte, tengo el celular apagado, pero ya conseguí una grúa para que se lleve el coche. No me esperes despierta, no sé cuánto tiempo más voy a demorar.

—Pero... pero Adrián...

—Se me acaban las monedas... ¿Monedas, puedes creerlo? En fin,

hablamos en casa, bebé.

Y colgó.

Lo había olvidado. Tontamente pensé que en la mañana no había dicho nada por no despertarme y que en el día había estado demasiado ocupado como para llamarme, pero no, él simplemente había olvidado que día era.

Intenté no llorar, pero un par de lágrimas furtivas descendieron por mis mejillas, respiré profundamente decidida a esperarlo. Alguna explicación tendría para darme o quizá solo estaba jugando conmigo. Me senté nuevamente en el sofá y volví a reproducir el video de nuestra boda.

\*\*\*\*

Sentí mi cuerpo elevarse y reconocí el aroma de Adrián, yo misma le había regalado para navidad esa nueva fragancia que usaba, no sabía exactamente a qué hora me había quedado dormida, pero los ojos me pesaban como si hubiese pasado mucho tiempo, mi cuerpo fue depositado en lo que parecía nuestra cama y me obligué a despertar, Adrián me daba la espalda mientras se quitaba la camisa blanca de su traje.

Me senté observándole detenidamente antes de hablar:

—Llevas traje —comenté sin tener la más mínima intención de esconder mi naciente desconfianza.

Él se giró mirándome interrogante.

—¿Qué dijiste? —Alzó una de sus cejas sin entender mi comentario.

—Llevas un traje, me dijiste que estabas en el predio de la nueva construcción... y cuando estás examinando terreno, nunca vas de traje.

—¿Vamos a empezar de nuevo con el interrogatorio y los celos Valentina? —Se sentó en la cama y empezó a quitarse los zapatos—. Estaba en la oficina y el capataz de la obra me llamó porque hay desniveles en el

terreno, tendremos que mandar a rellenar; tuve que ir hasta ese maldito lugar para poder crear el nuevo presupuesto, llovió... mucho y el jodido auto se estancó en un lodazal... caminé hasta el pueblo con varios de los albañiles y conseguí un teléfono de monedas, pero sabes qué —me miró como si fuese estúpida—, no cargo monedas en el bolsillo, así que me tocó dar un billete para que me lo cambiaran, y en ese pueblo olvidado por Dios, no había quien me cambiara un billete de cincuenta mil pesos<sup>[2]</sup>, finalmente un buen hombre me regaló un par de monedas. Volví al predio y esperé cuatro horas hasta que la grúa apareciera —exhaló como si estuviera cansado de la situación o quizá de mí—. Lo último que necesito es una de tus escenitas de inseguridad —su voz se tornó dura—. Si no te molesta, vuelve a dormir, ¿quieres? y déjame la vida en paz.

Lo vi caminar hacia el baño y cerrar la puerta con un sonoro portazo, las lágrimas volvieron a mí, no solo había olvidado nuestro aniversario, también estaba enojado.

Nuestra vida fue perfecta hasta hace dos años, cuando decidimos tener hijos y mi ginecólogo me diagnosticó un trastorno ovulatorio que me impedía ser madre. Adrián se había mostrado estoico ante la noticia, al comienzo empezamos el tratamiento recomendado, pero nada resultó, con el tiempo él me pidió que lo olvidáramos... Discutimos y al final terminé accediendo a su voluntad, o al menos eso le hice creer, en secreto seguí el tratamiento que el doctor Stevenson recomendó.

Sentí la puerta del baño abrirse y alcé la mirada para ver a mi esposo salir, usaba un pantalón de pijama. Su mirada ceñuda se enfocó en mí y resopló.

—¿Lágrimas? Por favor... El día ha sido una mierda para mí y eres tú quien llora.

La rabia inundó mi ser, limpié las lágrimas con mis manos.

—Feliz quinto aniversario, Adrián. —Me acurruqué en posición fetal, las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas. El silencio cayó sobre la habitación, luego fue roto por Adrián maldiciendo por lo bajo, cerré los ojos deseando que el sueño llegara pronto, el colchón se hundió a mi lado y sus suaves labios acariciaron mi mejilla.

—Lo siento, linda —murmuró cerca de mi oído—. Tuve un mal día, Tina. Un día muy pesado, lo estoy preparando todo para la reunión a fin de mes y no habíamos previsto ese desnivel en el predio, seguramente tu padre va a pedir mi cabeza por eso he estado enojado la mayor parte de la noche, y no es justo que... ¡Por Dios! Solo perdóname.

—Está bien.

—Te compensaré cuando terminemos este proyecto, lo prometo.

—No prometas cosas que no vas a poder cumplir.

—Nena, no me lo pongas difícil ¿quieres? Terminaremos este proyecto y tomaremos una segunda luna de miel, elige el lugar y prepara el viaje, seremos solo tú y yo... Es más, dejaré mi teléfono en casa si eso te hace feliz.

Sonreí porque sentí que era exactamente lo que mi matrimonio necesitaba, alejarnos del estrés de la ciudad, de la constructora, los terrenos, edificios y negocios.

—Eso es, linda, sonríe para mí. —Besó mi mejilla y saltó sobre mí para acostarse en la cama.

—Preparé tu comida favorita, puedo calentarla para que tú... —Negó con la mano.

—No tengo hambre, pequeña, estoy muy cansado. —Lo vi estirarse hasta la mesa de noche para tomar su celular y enfocarse completamente en el aparato.

Salí de la cama y me dirigí al baño para cambiar mi vestido, saqué la sensual prenda de dormir que había elegido para esa noche, era de seda con

encaje y muy corta, peiné mi cabello de medio lado y me coloqué dos gotas de su perfume favorito en el cuello, solo esperaba no encontrarlo dormido del otro lado de la puerta. Abrí muy lentamente y lo encontré en la misma posición que lo había dejado, tenía el pecho desnudo y el pantalón de pijama azulado, brinqué a su lado, pero su mirada no se despegó del teléfono.

—Oye, por qué no apagas esto. —Intenté tomar el celular, pero él lo apretó a su abdomen.

—¿Qué haces?

—Es nuestro aniversario —besé su pecho—. Pensé que tal vez tú y yo...

—Estoy cansado, Tina... ¿Puedes entender eso? ¿O tengo que recordarte todo lo que me ha ocurrido hoy?

—Adrián solo pensé que... —Mi voz se quebró.

—¡Mierda! Vas a ponerte a llorar otra vez, ¿qué demonios te ocurre, Valentina? Ni que estuvieras embarazada —Se rio—. Oh perdón, se me olvidaba que tú nunca podrás darme un hijo.

Me quedé mirándolo a la cara con las lágrimas purgando por salir de mi interior, había intentado todos los tratamientos. ¡Todos! ¡Seguía intentándolo!

—Tú... —Con un rápido movimiento Adrián me tuvo debajo de su cuerpo.

—¿Todo esto por sexo? —Su mano izquierda tomó mi panty de encaje mientras sus rodillas separaban mis piernas, todo fue tan rápido e inesperado que solo pude sentir dolor cuando entró en mí sin ningún tipo de preparación —. Entonces tengamos sexo.

Me embistió sin miramientos, mis manos se aferraron a sus bíceps mientras me tomaba con brusquedad. Podía aguantar su ira, su descontento; tener un bebé era un tema delicado para los dos. Pero, esto...

Su mano libre retorció mis pezones dejándolos doloridos, sus labios mordieron los míos sin ningún tipo de contemplación, gemí de dolor mientras

él jadeaba de placer. Su gemido estrangulado me avisó que su liberación estaba cerca, embistió un par de veces más y lo sentí vaciarse en mi interior, fuerte, caliente, sin siquiera preocuparse por mí. Tragué el nudo en mi garganta para no llorar y él salió de mi interior recostándose a mi lado.

Él respiraba trabajosamente mientras yo intentaba no derramar una sola lágrima; no nos dijimos nada, los segundos se convirtieron en minutos, el «tic tac» del reloj despertador hacía eco en mi cabeza, la respiración de Adrián se volvió profunda con el paso del tiempo, y cuando supe que estaba dormido, me moví al baño y entonces lloré.



## Capítulo 2

### *Valentina.*

Sentí la cama moverse y abrí los ojos, inmediatamente recordé la noche anterior, deseé que se tratara de un sueño, de una terrible pesadilla, pero no fue así, el dolor en mi cuerpo era la prueba fehaciente de que todo había sido dolorosamente real.

Adrián había abusado de mi confianza y de mi amor.

La cama se movió nuevamente confirmándome que él había despertado, sin embargo, no me moví como en otras mañanas, permanecí quieta esperando a que se levantara e hiciera su rutina diaria antes de irse al trabajo. Me sentía confundida y no quería enfrentarme de nuevo a su ira.

Escuché sus pasos al salir de la habitación, me levanté de la cama y fui a encerrarme en el baño, observando mis ojos en el espejo reviví todas las emociones que me azotaron la noche anterior en ese mismo lugar. Había llorado bajo la regadera silenciosamente no sé por cuánto tiempo, intentando de alguna manera borrar ese amargo y doloroso momento que acababa de vivir, en algún instante pausé mi tormento, dejé de restregarme la piel, salí de la ducha para volver a la cama al lado del hombre al que por tanto tiempo había amado y que había abusado de mí, todavía no podía creerlo, lo miré sin comprender cómo Adrián lograba dormir tan plácidamente después de lo que me había hecho, después de ese abismo que acababa de abrirse en nuestra relación. Reuní todo el valor del que me creí capaz y con precaución me acosté de nuevo a su lado, incluso, temía a respirar porque no quería que se

despertara, no quería encontrarme una vez más con esa faceta violenta y egoísta del hombre en el que tanto amor, ilusiones y sueños había puesto. Con la mirada al techo y la respiración lenta pensaba que no iba a poder dormir, pero ocurrió todo lo contrario. Tan pronto mi cabeza tocó la almohada caí en un profundo sueño.

Abrí los ojos centrándome en el ahora, respiré profundamente y fui a la bañera, de nuevo sentía la necesidad de borrar de mi cuerpo las huellas que había dejado ese Adrián que no conocía, gradué la temperatura del agua y mientras lo hacía me azotó la incomodidad del dolor físico, me sentía irritada, dolorida, inflamada, y sin embargo podía dejar todo aquello en un segundo plano, lo que experimentaba iba más allá del dolor físico, era una opresión en el pecho que me impedía respirar, una mezcla entre decepción, tristeza y miedo. En los últimos meses la ira descontrolada de Adrián emergió varias ocasiones. Pero nunca como ayer. La sensación de que estaba en peligro latía en mi interior, intentaba no darle más importancia de la que ya tenía. Pero estaba ahí. Al acecho. Cerré los ojos como si con ese acto pudiera olvidarlo todo y los abrí unos minutos después, me miré al espejo dándome un poco de valor u empecé a desnudarme lentamente, observé mis pezones enrojecidos por su feroz succión, las marcas de sus dedos empezaban a hacerse notables en mi cintura y había perdido un par de uñas mientras me aferraba a sus bíceps. Me estremecí pero tragué saliva y exhalé con fuerza.

*«Estoy bien»*

*«Estoy bien»*

*«Estoy bien»*

Me dije mentalmente que tenía demasiadas cosas agendadas para ese día.

Cerré la llave de la bañera y me introduje en ella, María decía que no había nada mejor que un baño de agua tibia para relajar los músculos. Esperaba que fuera suficiente, yo era confusión de pies a cabeza. Había un

vacío, había dolor, decepción e incluso rabia.

Escuché la puerta abrirse y cerré los ojos con fuerza, un momento después sentí a sus manos acariciando mis hombros y a sus labios besaban mi frente. Mi cuerpo entero se tensionó como esperando que algo terrible sucediera.

Aunque me doliera tenía que reconocer que sentía miedo...

—Lo siento pequeña... lamento mucho lo que hice anoche. —exhalé un pequeño jadeo, pero me obligué a permanecer estoica.

—Créeme que no sé lo que me pasó.

Silencio

—Háblame, Tina. —Lo dijo casi suplicante.

Tragué el nudo en la garganta y permití que las lágrimas corrieran por mi rostro.

Dolía. Dolía muchísimo porque no podía creer en ese arrepentimiento.

*Quien te ama no te lastima*, susurraba una vocecita en mi interior, quizá era la del orgullo o tal vez era la razón.

Adrián me atrajo a su cuerpo abrazándome a él, permanecí inmóvil, sin corresponder a su abrazo.

—¿Puedes perdonarme, mi amor? Por favor, yo... yo te juro...—Tomó mi rostro con sus manos—. Por favor mírame, abre tus hermosos ojos para mí, sé que no deseas verme, pero yo... —Alcé mi rostro observando sus ojos llorosos, Adrián nació con heterocromía, sus iris eran de diferente color, el izquierdo era marrón chocolate, mientras el derecho era azul cielo, algo como el cielo y la tierra. Era único y especial y yo me había enamorado completamente de él al verlo entrar esa mañana al salón donde se dictaría la conferencia—. Yo no sé... no sé qué me pasó, simplemente descargué contigo mi ira y sé que no estuvo bien pequeña, no sabes lo sucio que me siento, he faltado a mis votos, bebé —volvió a abrazarme y esta vez sí correspondí a su

abrazo, lo hice porque necesitaba creerle, porque en el fondo de mi corazón quería hacerlo lloré con él porque ambos estábamos sufriendo, ambos necesitábamos olvidar—. Por favor perdóname... perdóname, bebé...

Asentí y sorbí por la nariz.

—No vuelvas a hacerlo. —Mi voz salió distorsionada y él negó con la cabeza.

—Nunca más, pequeña... —Me dio un beso suave y delicado, un beso como los primeros que compartimos, acarició mi rostro con devoción y luego se levantó para poner una bandeja de desayuno frente a mí. Me alimentó con ternura sin importar que aún estuviera en la tina, y dejó besos en mis manos y mis labios y luego se introdujo en la bañera, pegando mi espalda a su pecho.

Había olvidado la última vez que nos habíamos tomado unos minutos para nosotros.

Besó mis manos y después las suyas descendieron por mi cuerpo, hacía tiempo que el agua se había enfriado, pero parecía no importarle.

—¿No tienes ninguna reunión hoy? —pregunté luego de varios minutos en los que sus manos acariciaban mis brazos.

—Sí, pero acabo de cancelar un par, en este momento solo me importas tú, hice reservaciones en tu restaurante favorito para la hora del almuerzo. — Sus labios acariciaron mi cuello, enviando miles de sensaciones a través de mi cuerpo.

—A mediodía tengo una reunión importante.

—Cancélala.

—No puedo, se acerca la celebración del día del niño. —Él gruñó en mi oído y yo gemí mientras sus manos acariciaban mis pezones con delicadeza—. Estoy un poco dolorida.

—Nunca me cansaré de pedirte perdón por lo que hice contigo, — susurró con voz sosegada—, te amo pequeña. —Sus dedos abarcaron la piel

de mi sexo y siseé.

—Adrián.

—Quiero complacerte, quiero redimirme Tina, seré suave pequeña, quiero demostrarte lo mucho que te amo y que estoy arrepentido.

\*\*\*

Lo dejé tomar mi cuerpo, disfruté de cada una de sus caricias, sus besos tiernos y los demandantes guardando el temor, ocultando la tristeza, evadiendo la vocecilla que me gritaba peligro, hasta cuando el placer tocó las puntas de los dedos. Adrián salió del baño después de darme uno de los mejores orgasmos de nuestro matrimonio, me besó una última vez antes de dejarme en la bañera. A pesar de lo fría que se encontraba el agua me quedé un par de minutos más disfrutando de las sensaciones que me embargaban.

Una parte en mi interior me pedía a gritos que olvidara por completo lo ocurrido la noche anterior, que lo dejara atrás como si hubiese sido un mal sueño.

—Tontita, ¿me ayudas? —dijo mi esposo mostrándome su corbata azul marino, esa que había sido mi regalo de Navidad, salí de la bañera completamente desnuda y la mirada de Adrián decayó al ver las marcas en mi cintura.

—Lo siento.

—Se borrarán en unos días. —Sonreí restándole importancia y tomé mi bata de baño, sequé mis manos y tomé la corbata de sus manos.

Para él era una batalla anudar la corbata a la perfección, mi padre era similar a Adrián y desde muy pequeña había aprendido a anudar sus corbatas, levanté el cuello de su camisa y mi mirada se centró en la marca rojiza en la parte izquierda de su cuello.

—Tienes un chupón.

—¿Qué?

Repasé la marca rojiza en su cuello dejando mi dedo índice en ella y observando el color.

—Tienes un chupón Adrián Duque.

—Estás equivocada...

Me alejé un par de pasos.

—Sé lo que estoy viendo Adrián, no quieras verme la cara de tonta.

—No vamos a empezar de nuevo —se alejó hasta llegar al espejo donde observó la marca en su piel—. Seguramente es algún piquete de zancudo.

—Sé diferenciar entre un piquete y eso es un...

—¡Basta! —Di un salto ante la furia en su voz, el miedo regresando lentamente—. ¿Me estás llamando mentiroso?

—Yo...—Me encogí de temor ante su tono de voz.

—¡Demonios, es que contigo ya no se puede! Lo único que te estaba pidiendo era que me ataras la puta corbata, pero tú tienes que armar una discusión por cualquier cosa. —Lo vi tomar una nueva corbata del clóset y un saco, sus ojos me miraron con rabia antes de salir de la habitación.

Agarré una bata de seda celeste y salí tras él mientras me la anudaba con manos temblorosas, estábamos bien y no quería volver a arruinar nuestro aniversario.

—Adrián.

—¿Te he dado motivos para desconfiar de mí?! —Bajó las escaleras de dos en dos deteniéndose en el último escalón. No le importó que los empleados se quedaran estáticos ante su arranque de furia—. Trabajo como un maldito para que la princesa tenga la vida de reina a la cual su papito la acostumbró, ¿crees que es fácil para mí, Tina Tener que ser el pelele de tu padre mientras tú...? —En su mirada había tanto desprecio—. Mientras tú te

quedas en casa jugando a ser santa Valentina y regalando nuestro dinero.

—¡No es así! —grité—. No es tu dinero el que tomo para hacer las donaciones.

—¿Intentas humillarme? —bramó furioso—. Cuando te casaste conmigo sabías que era un maldito muerto de hambre, un becado y eso te importó una mierda, así que no vengas ahora, cinco años después, a restregarme tu maldito dinero. —Bajó los peldaños restantes—. No eres mejor que yo porque tu papi tiene dinero, cariño.

—Adrián...

—¿Sabes qué? ¡Vete al demonio Valentina Harfush y no me jodas más!  
—Cerró la puerta con violencia.

Miré a mi nana que salió de la cocina tan pronto escuchó el alboroto, cuando dio un paso cerca de mí, negué con la cabeza y respiré profundamente, intentando no llorar cuando lo único que deseaba era hacerlo, en cambio di media vuelta y subí a la habitación, terminé de arreglarme y salí rumbo a la fundación, saludé a dos de mis tres mejores amigas y me encerré en mi oficina, marqué el teléfono de Adrián varias veces y en cada una se fue al buzón de voz, me enfrasqué en el trabajo que tenía que adelantar y a mediodía llamé a su oficina pero Andy, su secretaria, me dijo que había salido a almorzar con los nuevos ingenieros.

—¿No sabía que estábamos contratando personal nuevo? —Andy resopló.

—El doctor y el ingeniero de proyectos discutieron hace un par de semanas por el predio del edificio Northon, el ingeniero Ramos renunció — Adrián no me había dicho nada—. Ahora hay una ingeniera nueva.

Quería preguntar quién era la nueva ingeniera, pero no lo hice.

—Podrías decirle a Adrián que me llame tan pronto llegue, o por favor, podrías avisarme, es que de verdad me urge hablar con él y tiene su celular

apagado.

—No es raro en el doctor —Andy rio—. ¿Ha intentado llamarle al corporativo?

¡Tonta yo!

—No, gracias Andy, eres un sol. —Colgué el teléfono y marqué enseguida al celular empresarial de Adrián, timbró un par de veces antes de irse al buzón.

¡Demonios! Tiré el celular en mi escritorio justo cuando la puerta se abría y Cat entraba seguida de una, muy ocupada, Soledad.

—Ya que al parecer te has enterrado en trabajo, hemos venido a obligarte hacer una pausa activa.

Catherine Bernal y Soledad Ibarra eran dos de mis mejores amigas, nos habíamos conocido en la universidad hacía muchos años, quería vivir la experiencia completa y casi había rogado a mi padre para que me dejara buscar una habitación cerca de la universidad, contando con la suerte de encontrar a tres chicas que valen oro, Soledad, Cat y Paola.

—Paola se disculpa de nuevo — dijo Cat ayudando a Sole con la bandeja de té y galletas que traía—. Al parecer tuvo llamado temprano y aún no terminan de grabar las escenas del día.

Paola había estudiado actuación, por lo que su vida era un pequeño caos desde que había aceptado un papel para ser la pareja protagónica de uno de los actores más atractivos del país, en la que sería la súper producción del año de una de las televisoras más importantes del país.

—¿Estás bien muñeca? —Soledad tomó mi mano, dándole un apretón suave.

Soledad era la más seria y trabajadora de las tres, manejaba las donaciones que nuestros colaboradores entregaban para alguna causa, estaba completamente enamorada de su novio, aunque este, por cosas del trabajo,



vivía en Argentina. Estaba casi segura de que ella se iría, solo era cuestión de tiempo.

—No es nada. —Intenté sonreír.

—¿Qué ha pasado? —Cat se sentó a mi lado tomando su té y un par de galletas.

Cat se había convertido en nuestra contable, llevaba las cuentas con suma responsabilidad, era una gran mujer y el tiempo que no estaba en la fundación dedicaba su vida a sus dos hijas y su esposo.

—Desembucha, que tragarse las penas le hace daño al corazón... —Arqueé una ceja en su dirección—. Es verdad, puede darte un infarto si te lo tragas todo.

—¿Es Adrián? —Sole preguntó.

Mis ojos se anegaron de lágrimas y esa fue la respuesta que ellas necesitaban.

—Ahora qué te hizo el hijo de pu.... Pura sangre.

Inspiré profundamente antes de empezar a contarle lo sucedido la noche anterior y esa mañana.

La reacción de las chicas no se hizo esperar, lo que causó que la cabeza me doliera y queuviésemos que terminar nuestra pausa activa repentinamente. El resto del día estuve enterrada entre cartas y aprobaciones.

\*\*\*

Llegué a casa antes de la acostumbrada hora de llegada de Adrián, pero él no llegó esa noche. Llamé a papá y hablé con él por un par de horas, cuando preguntó por Adrián le dije que estaba en el estudio trabajando en la reunión de fin de mes.

Mi padre y Adrián no tenían una buena relación... Él lo odiaba, María

decía que era el tipo de celos del padre de una mujer, lo toleraba porque respetaba mi decisión como lo había hecho cuando le dije que me iba a casar con él, lo menos que quería ahora era crear algún tipo de disputa entre los dos, papá estaba enfrascado en conseguir una alianza con D'Angelo Building. Alessandro, D'Angelo era la nueva promesa en la arquitectura su empresa, se estaba consolidando como una de las constructoras más importantes en Estados Unidos y buscaban una sociedad para empezar a trabajar en América Latina.

Desperté la mañana siguiente cuando la puerta de la habitación fue cerrada con fuerza. Adrián estaba de espaldas a mí buscando ropa en su armario.

—Volviste —Me ignoró—. ¿Dónde pasaste la noche, Adrián? —Me senté en la cama esperando una respuesta—. ¿Adrián?

—Tengo una amante. ¿No? —Sacó un traje de tres piezas—. Me quedé con ella —ironizó.

—Adrián tú y yo tenemos que hablar.

—¿Hablar? —Se burló—. No tengo tiempo para hablar Valentina, tú fuiste juez y verdugo. —Lo tomé de la mano cuando paso a mi lado.

—Lo siento, yo... ¿Dónde estuviste anoche?

—Valentina, tengo una reunión en media hora con los encargados de la construcción de la torre Northon, no tengo tiempo para tus estúpidos celos, y si te interesa tanto saber dónde estuve, llama a Torres y te dirá que pasé toda la maldita noche en mi oficina. —Zafó su brazo de mi mano y se encerró en el baño.

Bajé a la cocina y le pedí a María el desayuno para él. Todos los hombres tienen una debilidad por la comida, Adrián no era la excepción.

Cuando él salió duchado y vestido lo tomé nuevamente de la mano, aunque se resistió logré hacer que se sentara junto a mí en la cama.

—¿Fuiste con el doctor? —Él me miró sin entender.

—Por el piquete de zancudo.

Una carcajada irónica brotó de su interior.

—¿Así que ahora me crees? No tengo tiempo para tus juegos Tina, tengo que terminar el informe que tu padre me ordenó enviarle, reunirme con los arquitectos del Northon y verificar que el terreno del club quede en perfectas condiciones para empezar a construir.

—Siento lo de ayer... Debiste venir en la noche, esta es tu casa.

—Pues no me apetecía compartir la cama con una persona que me cree capaz de engañarla.

—Yo estuve preocupada por ti, te llamé y tu teléfono estaba en buzón —agarré sus dos manos—. No quise decir lo del dinero —intentó levantarse, pero no se lo permití—. Nunca me ha importado si tu nombre no tiene un gran apellido o los millones en tu cuenta bancaria, lamento si te lo hice entender de esa manera, no quiero seguir discutiendo contigo —acaricie su mejilla—. ¿Me perdonas? —Acerqué mis labios a los suyos—. Por favor.

—Está bien. —Lo besé y él me correspondió.

Ese pequeño gesto, me dio a entender que quizá todo estaría bien.

\*\*\*

Los días siguientes transcurrieron con normalidad, Adrián se mostró atento y cariñoso, habíamos hecho el amor como en los viejos tiempos, palabras susurradas al oído y caricias lentas. Procuraba llegar para la hora de la cena y me había sorprendido dos días a la hora del almuerzo, papá me había llamado en un par de ocasiones pidiéndome revisar el informe que Adrián le había enviado, en principio me negué, confiaba en mi marido. Pero mi padre no. Cuando volvió a insistirme acepté con la condición de que él no se

enterara.

El trabajo en la fundación era vital para mí, nutría mi alma, me encantaba ayudar y contaba con las mejores amigas y colaboradoras para llevar felicidad a los que tenían poco. Mi madre fue la fundadora de: *Abrazos de fe* lo hizo poco antes de morir cuando yo tenía seis años, su función era llevar alegría a los niños de bajos recursos, aunque con el tiempo y apoyado por el almacén y la constructora papá, la había convertido en una especie de casa de ayuda, se entregaban donaciones tanto monetarias como en materiales de construcción a personas que realmente lo necesitarían, apoyábamos a organizaciones como “TECHO”<sup>[3]</sup> entre muchas otras. Después de su muerte mi padre estuvo velando porque las donaciones fuesen hechas en el tiempo estipulado, pero cuando me casé con Adrián, él había sido tajante al decir que si no me haría cargo de la sucursal de la compañía en Colombia debía encargarme de que el sueño de mi madre siguiera vigente.

Salí temprano de la fundación y conduje dispuesta a invitar almorzar a mi marido.

Saludé a algunos viejos empleados y sonreí a Andy, quien se encontraba hablando por teléfono, ella despacho rápidamente a su interlocutor. Nos saludamos brevemente y ella me entregó algunas de las cartas que eran para la fundación, ya que en ocasiones llegaban directamente a la empresa y no a la oficina principal de *Abrazos de fe*. Cuando le pregunté por mi esposo me dijo que estaba en una reunión con una de las ingenieras de proyectos.

Me senté en los sofás dispuesta a leer las cartas que Andy me había entregado, la primera era de una pequeña comunidad muy cerca de la capital del país donde necesitaban material para construir una zona recreativa para los más pequeños. La segunda venía escrita a puño y letra. Era de un pueblito

del bajo Cauca, necesitaban materiales para reparar la iglesia y la escuela, la letra era pulcra, elegante y algo cursiva. la persona que la escribió explicaba muy brevemente que el pueblo había sido víctima de una tormenta meses atrás y que el gobierno estaba demorando con las ayudas, al final tenía un versículo que decía:

*“Que cada uno dé como propuso en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría.”*

*2 Corintios 9:7*

Y estaba firmada por «D. Rodríguez», el sacerdote de la comunidad.

Escuché la puerta de Adrián abrirse y el sonido característico de la risa de mi esposo, alcé la mirada para verlo salir con una mujer alta y rubia, él mantuvo la mano en la parte baja de su espalda y ella le dio dos besos muy cerca de su boca.

—Entonces, todo está aclarado Linda —dijo Adrián aún sin notarme, me levanté de la silla mientras observaba a la mujer mirar a mi esposo con coquetería.

—Estupendo, cariño, deja todo en mis manos. —Ella acarició su brazo con sensualidad.

Carraspeé para hacerme notar.

—Hola bebé —a pesar de su despreocupado saludo, pude notar cómo la mandíbula de Adrián se tensó—. ¿Qué haces aquí?

Miré a la mujer y me acerqué para dejar un beso en los labios de mi marido.

—Valentina Harfush. —Me presenté, pero la mujer no se inmutó.

—Linda González.

—Linda hace parte del proyecto Northon —él me explicó y yo asentí—.  
Linda, ella es mi esposa.

—Adrián me ha hablado muchísimo de ti.

—¿Estuviste con él en la nivelación del predio?

—Fue horrible.

—¿Qué haces aquí, Tina? —preguntó de nuevo Adrián.

—Vine a invitarte a almorzar.

—Lo siento bebé, pero ya había quedado con Linda de...

—Por favor, por mí no te preocupes, siempre puedo pedir a domicilio.

—Linda sonrió pero su gesto escondía cierto toque de burla.

—Valentina sabe que...

—Muchas gracias por entender. —Lo interrumpí.

—Bueno, un placer conocerte Tina.

—Valentina —Aclaré. Una vez que ella se fue Adrián entró a la oficina.

Repentinamente estaba enojado.

Lo seguí dentro y respiré profundamente al verlo sentado en una esquina de su escritorio con el entrecejo fruncido.

—¿Qué demonios fue eso, Valentina?

—¿Qué demonios, yo? ¿Quién es ella?

—¿Qué quién es? Te la presenté, es Linda González, la nueva ingeniera del edificio Northon.

—¿Qué pasó con Ramos?

—Ramos es un pelmazo que no conoce hasta dónde llegan los límites de su autoridad, lo he despedido y he contratado un nuevo ingeniero.

—Una ingeniera...

Sé giró hasta sentarse en su silla de cuero.

—No vengas con estupideces solo porque es mujer.

—Parecías bastante amigable, como si la conocieras desde hace muchos

años.

—Es porque la conozco desde hace muchos años... Estudiamos juntos en la universidad, pero se había ido del país para cuando te conocí.

Inhalé profundamente, no quería discutir, simplemente quería almorzar con él.

—Hice reservaciones en tu restaurante favorito.

—Tengo muchísimo trabajo, Tina —Me acerqué a él apartando su portátil y sentándome en la mesa de vidrio, alcé su barbilla y llevé mis labios hacia los suyos.

—El trabajo seguirá ahí y tú tienes que comer. —Él sonrió.

—Está bien, pero no puedo tardar, tenemos la reunión de fin de mes encima y tu padre está respirando en mi nuca.

—Lo sé, también quiere que le entregue unos balances de la fundación —Mentí—. Vamos, no perdamos tiempo. —Tomé su mano y lo obligué a levantarse.

## Capítulo 3

### *Valentina*

La reunión de fin de mes se acercaba, hacía una semana que le había enviado el informe de Adrián a mi padre y una vez más él había insistía en que ya era hora de que tomara la gerencia de la constructora y del almacén, alegando la ineptitud de Adrián. Tuvimos una gran discusión por ello.

Luego de una última visita sorpresa a las oficinas de HE<sup>[4]</sup>, estuve demasiado involucrada en la fundación, tenía que contestar cartas, trazar presupuestos, ordenar dotaciones, y la fiesta de los niños ya era en pocas semanas. Mi día necesitaba más horas, Adrián también estaba involucrado en los asuntos de la constructora, terminar el relleno de la torre Northon había sido más complicado de lo que él presupuestó en un principio. Mantenía discusiones por teléfono, trabajaba hasta muy tarde y el poco tiempo que pasaba en casa lo hacía pegado al teléfono. Caer en la rutina fue fácil, siempre ocupados, distantes. Él llegaba yo no estaba, yo llegaba, él salía. Estaba dispuesta a delegar un poco mi trabajo para dedicarme más a mi hogar.

Esa noche cuando llegué a casa encontré a Adrián haciendo una maleta.

—Guau, la señora de la casa ha llegado. —La ironía en su tono de voz fue evidente.

—¿Te vas? —pregunté tontamente mientras él seguía guardando un par de camisas.

—¿Qué no has visto noticias? —Tiró ropa del clóset a su maleta.

—He estado fuera de la fundación ultimando detalles para la fiesta de los niños.



—Bueno, si hubieses estado aquí a la hora del almuerzo te habrías enterado de que hay un problema en nuestro proyecto más importante en Antioquia. —Resopló enojado—. Tu padre quiere que esté en el lugar de la construcción inmediatamente.

No había hablado con mi padre desde que le había enviado el informe hecho por Adrián.

—Ahh, y muchas gracias por revisar mi informe, la próxima vez te lo presento antes de entregárselo a tu padre. —Cerró la maleta sin mirarme.

Me quede callada sin saber qué decir, el informe no estaba mal redactado, simplemente carecía de información. Prácticamente había tenido que escribirlo desde el principio.

Me acerqué a él lentamente deslizando mis manos por su cintura y colocando mi mejilla en su espalda, estaba tenso, pero no me apartó.

—Hiciste un buen trabajo, casi no tuve que hacer nada. —Mentí.

—Pues no fue lo que dijo tu padre.

—Papá tiende a exagerar un poco. Ya sabes cómo es —lo obligué a girarse—. Perdón por no decírtelo, no quería que te enojaras.

—Como sea, tengo que irme. —Dejó un beso en mi frente.

—Hablé con las chicas hoy, delegaré algunas tareas y así no estaré tanto tiempo fuera de casa, puedo llamar a Cat y decirle que me cubra y acompañarte si quieres.

—¿Qué parte de inmediatamente no registraste? —Buscó unos zapatos—. Además, Linda va a acompañarme.

—¿Linda?

—Sí, nuestra ingeniera de proyectos... No es el momento para tus celos irracionales, esto es una emergencia nacional, si espero a que consigas un vuelo, tu padre me cortará las pelotas —cerró la maleta y se giró—. Y ahí sí, adiós al sueño de ser padre algún día —recriminó y tomó su maleta—. Te veré

en unos días. —Se acercó a mí y volvió a besarme en la frente.

Intenté que sus palabras no me dolieran, pero fue imposible, fue como si me hubiesen golpeado en el pecho, ni siquiera su «te amo» había podido aliviar la desazón de sentirme inútil para algo que debía ser natural.

## Capítulo 4

### *Valentina*

Adrián se comunicó conmigo tan pronto su avión tocó tierra, me informó cómo estaba la situación y que tendría que quedarse en el campamento de los arquitectos una semana porque la lluvia no cesaba, también me advirtió que el lugar y las condiciones probablemente le imposibilitarían la comunicación, pero que intentaría comunicarse conmigo siempre que pudiera hacerlo. Desde su partida habían transcurrido cuatro días y seguía sin tener noticias de él.

Estaba terminando de revisar un par de informes extras que papá me había enviado, cuando Cat y Sole entraron a mi oficina.

—Hora de salir a comer algo. —Sabía que no podía replicar, habíamos trabajado duro esta última semana para tener toda la documentación que mi padre requería al día.

No tenía ganas de salir, me dolía la cabeza y deseaba ir a casa a encerrarme en mi habitación, pero sabía que no aceptarían un no por replica.

—Vamos, no te hagas de rogar, mira que Pao llamó y dice que logró escaparse un par de horas y se muere por vernos.

Acepté no muy convencida.

Decidimos ir a la pastelería que estaba cerca de la oficina, así Pao podría llegar hasta allí, ella tenía un pequeño enamoramiento con el chico del mostrador, aunque era Paola, ella tenía un enamoramiento nuevo cada semana y no estoy diciendo que mi amiga sea una mujer fácil, simplemente estaba enamorada de las cosas bellas de la vida. Por lo general, esas cosas bellas median metro ochenta, eran delgados pero fibrosos y tenían ojos encantadores;

sus palabras, no las mías.

—¿Has sabido algo de Adrián?

—No, al parecer hay muy mal tiempo donde está.

—Estuve viendo las noticias, todos los días incluyo a las personas de esos municipios en mis oraciones —murmuró Sole tan pronto nos sentamos en la cafetería.

—Es horrible, de verdad no quiero imaginar si la montaña llegase a colapsar —dijo Cat guardando el celular en su cartera.

—Hay que prepararlo todo para poder prestar nuestra ayuda y orar chicas. —Presioné mi sien—. ¿Alguna de ustedes tiene algún comprimido para el dolor de cabeza?

—Eso es el peso de los cuernos. —Se burló Paola, sentándose al lado de Cat, quitó sus gafas de diseñador, las guardó en su cartera y sacó una píldora para la migraña.

Las tres la miramos con desdén.

—No me miren así, no tengo la culpa de que a Valentina le importe un carajo que le estén viendo la cara de pendeja.

—Pao... —Soledad la miró con reprobación.

—¿Qué? Encontró labial en una de sus camisas, hace unas semanas tenía un chupón, definitivamente no hay peor ciego que el que no quiere ver. —Rodé mi silla dispuesta a irme del lugar.

—Espera Tina, Pao, ¿por qué no vas al mostrador? —Cat habló de manera pausada.

Paola se levantó de la silla.

—Te quiero Tina, y si tengo que decirte la verdad te la diré, aunque te duela. —Respiré profundamente mientras ella iba hacia Tony, el chico del mostrador.

—¡Quiero Chesseecake de kiwi! —gritó Soledad.

—¿Por qué le contaron?! —Miré a mis dos amigas, ellas se reprocharon la una a la otra con miradas.

—Somos amigas, estamos contigo y Paola preguntó cómo estabas...

—¡Y ustedes se pasaron de comunicativas! —espeté enojada.

—Estamos preocupadas por ti, no solo te está engañando, él abusó de ti.

—¡Ya les expliqué lo que había sucedido! —Sabía que era mala idea contarles todo lo que había pasado en mi casa en las últimas semanas, pero ellas eran mis amigas y yo necesitaba desahogarme.

—¡Con lágrimas en los ojos, Valentina! —explotó Soledad—. Llega con chupones, su camisa huele a perfume de mujer, qué más pruebas quieres.

—Él me ama.

—Siempre ha amado tu fortuna —dijo Paola con una bandeja de pequeñas porciones de Chesseecake para todas—. Adrián no te ama, no a ti, si papi Sam te quitara su apoyo, ten por seguro que él se iría, pero si prefieres no encarar la situación y seguir creyendo sus mentiras, entonces bien por ti. Sigue fabricando fantasías para que no veas tu realidad.

Me dolía el pecho y las lágrimas picaban en mis ojos, pero no iba a llorar, en cambio, miré a Paola a los ojos transformando el dolor en rabia.

—¿Sabes qué, Paola? —Me levanté de la silla sintiéndome completamente enfadada—. Cuando tu vida sea un maldito ejemplo a seguir, puedes venir a darme clases de cómo afrontar la realidad, no eres más que una niña inmadura que tiene miedo a enamorarse y por eso tontea con el uno y con el otro sin un rumbo fijo.

—¡Jódete Valentina! Prefiero estar sola a que me vean la cara de estúpida.

Fue más de lo que pude soportar, recogí mis cosas y me fui de la cafetería muy enojada, aunque en el fondo de mi pecho, muy en el fondo, sabía que mis amigas tenían razón.

\*\*\*

No regresé a la oficina el resto de la tarde, no quería encontrarme con Cat o Sole, llegué hasta la casa, pero me dirigí directo al coche que estaba aparcado frente a ella, conduje por varias calles hasta llegar al parque más grande de la ciudad.

Cada vez que me sentía triste o quería estar sola con mis pensamientos ese lugar era mi refugio, observar el pasto verde hacer contraste con lo azul del cielo. Por ser día de semana no estaba muy concurrido, así que me senté debajo de un árbol y respiré la paz que en ocasiones transmitía el silencio, extrañaba al Adrián con el que me casé, al hombre tierno y lleno de sueños con el cual juré compartir mi vida y quería recuperarlo, no importaba lo que costara, así que saqué mi celular y abrí la página de la agencia de viajes que usábamos para la fundación y la empresa, y reservé un vuelo para Medellín con el tiempo justo para llegar a casa recoger mi equipaje e ir con mi esposo.

Llegué a mi destino en horas de la tarde, el cielo estaba completamente encapotado y amenazaba con llover, había estado pendiente de las noticias y antes de despegar escuché a dos ingenieros hablar sobre el problema de la hidroeléctrica de la cual Harfush Enterprises era parte de la construcción, hablaban del desbordamiento del río, de cómo una avalancha podría causar la tragedia más grande en la historia del país. Incluso el capitán, después de aterrizar, pidió elevar una oración por los municipios ubicados a la orilla del río. Recogí mi equipaje y me encaminé hacia el alquiler de autos, donde María hizo mi reservación del auto.

Un chico de unos veinte años hizo el papeleo y me entregó las llaves dándome como recomendación no viajar hacia la zona en donde el peligro era latente.

Miré al cielo, el pueblo donde se construía la hidroeléctrica estaba a unos ciento setenta kilómetros de Río Negro, unas cuatro horas y media en auto, encendí mi celular para marcar las coordenadas en el GPS, pero un mensaje de texto de un número desconocido, entró enseguida.

*“¿Dónde está tu esposo hoy?”*

*Tonta enamorada, mientras vives en tu perfecto mundo de la esposa dulce y abnegada, tu esposo falto de calor está aquí conmigo, eres tan tonta que no te has dado cuenta de que él se refugia en mis brazos porque tú, eres tan insignificante...”*

Respiré profundamente y negué con mi cabeza. ¿Quién era esa persona? Un recuerdo fugaz de mi discusión con Paola en la tarde me hizo contestar el último mensaje.

*“Si esto es una de tus bromas, Paola, déjame decirte que eres cruel.”*

Pasaron unos minutos antes de que un nuevo mensaje llegara.

*“¿Paola? No querida, solo soy una persona que siente lástima por ti..”*

Iba a contestar el mensaje, pero mi celular vibró en mi mano, una foto de Adrián dormido apareció en mi pantalla, sonreí antes de deslizar mi dedo por la pantalla.

—¡Hola bebé! —Su voz se escuchaba cansada—. Por fin logró tener señal.

—Hola amor, ¿cómo están las cosas?

—Jodidas, de negro tirando a más oscuro.

—He visto las noticias.

—Bueno, tú sabes que la prensa siempre resta importancia a este tipo de catástrofes para no causar desasosiego, la verdad es que esto está muy mal y temo que la empresa termine pagando las consecuencias de este desastre.

—Te escucho cansado.

—Ese maldito campamento es horrible, las camas son una pesadilla, además andamos en vilo porque cualquier movimiento puede causar una tragedia, este ritmo cansa hasta al más fuerte.

—Quisiera estar ahí, contigo.

—También lo quisiera, necesito uno de tus masajes. —Suspiró, iba a decirle que estaba aquí; de hecho, que iba en dirección al campamento, pero Adrián me interrumpió—. Pero es mejor que estés en casa, al menos esta noche voy a quedarme en nuestra suite en el hotel Marriott, ya que mañana tenemos una reunión de directivos, tu padre quiere que le trasmita en directo porque no puede volar inmediatamente. Bebé estoy agotado, voy a darme un baño y a dormir como un niño. Tengo que irme.

—¿Me llamarás pronto? —pregunté haciendo un puchero, aunque no pudiera verme.

—Mañana tan pronto terminemos, hablamos después estoy quedándome dormido.

—Te amo.

—Yo también. —Él colgó primero y yo giré el auto, dispuesta a darle a mi marido ese masaje que tanto deseaba.

Me tomó casi una hora y media llegar al hotel, le di las llaves al valet y saqué mi maleta de mano, encaminándome hacia la recepción. Tomé la llave de mi habitación extrañándome cuando la chica dijo que mi esposo no estaba



en ella, le pedí que por favor no le dijera que lo esperaba arriba, que quería darle una sorpresa. Ella asintió y yo me quede pensando por qué había salido cuando me argumentó estar tan fatigado.

«A lo mejor salió a comer algo» «O a correr»

Conocía a mi esposo, cuando estaba muy cansado iba al gimnasio que teníamos en casa y corría algunas millas, así podía dormir de inmediato. Me encogí de hombros y llamé al elevador, mientras este ascendía, intenté recordar si había metido en la maleta algún pijama sexy, al llegar al piso de la habitación di la propina al botones y abrí la puerta.

Teníamos una habitación como esta en ciudades como Barranquilla, Cartagena y Cali para ocasiones especiales.

Caminé por la estancia hasta llegar a la habitación, estaba tenuemente iluminada, las cortinas del balcón estaban corridas y no pude evitar salir y observar la maravillosa vista de la que llaman *la ciudad de la eterna primavera*.

Entré después de un par de minutos, la noche estaba helada. Coloqué la maleta sobre la cama buscando algo para ponerme cómoda, cuando escuché que la puerta se abría.

Me debatí entre esperarlo en el dormitorio o salir y gritar sorpresa, pero escuche una sonrisa chillona y luego un golpe sordo, algo cayó al suelo y las risas continuaron, salí de la habitación.

—Y entonces, ¿qué le dijiste? —Escuché una voz de mujer.

—¡Qué diablos importa! Ella es bastante ingenua —Adrián sonrió—. Es una idiota, me desespera en ocasiones. —Mis piernas temblaron y mi estómago dio un brinco cuando, ahí, frente a mí en el sofá, estaba mi esposo sentado con una mujer sobre él, ella desabrochó sus pantalones rápidamente y gimió cuando él estuvo en su interior.

Me quede petrificada, sin saber si moverme o gritar, sin creer lo que

estaba viendo, él tenía su frente en el hueco del cuello de esa mujer y jadeaba mientras la instaba a moverse más rápido.

—En cierto punto es bueno que sea una idiota. —Todo movimiento se detuvo, lo que pasó los siguientes minutos sucedió demasiado rápido, sin embargo, para mí fue como si paralizara el reloj.

—¡Tina! —El rostro de Adrián perdió todo color, sus ojos parecían querer salir de su lugar. La mujer junto a él, era, ni más ni menos que nuestra nueva ingeniera de proyectos.

—¡Ups!— Linda giró el rostro con una mueca burlona en él.

La piel me vibraba, era una reacción confusa, intenté sosegar la ansiedad que me recorrió el cuerpo y evitar mostrarme frágil, aunque me sintiera de ese modo. Con dificultad conseguí mantenerme firme, apreté los dientes mientras aplaudía, los miré con altivez, pero a la vez con asco y repulsión, quería darle un bofetón a Adrián y decirle un par de cosas, pero debía contenerme, no iba a darle más de mí. Sin embargo, una lágrima traicionó mi entereza y descendió por mi mejilla. No le sostuve más la mirada, me di vuelta y salí de allí.

—¡Tina! —gritó Adrián, pero para mí buena fortuna una pareja venía saliendo del elevador y aproveché mi oportunidad—. ¡Valentina escúchame! —exigió Adrián mientras las puertas se cerraban.

Entregué la llave en la recepción luchando por no desmoronarme allí.

«No hagas el ridículo», me repetía una y otra vez.

No supe cómo llegué hasta el auto, la recepcionista me había dicho que el Valet traería mi auto, pero me negué, en cambio decidí ir hasta el aparcamiento, me subí en el coche justo cuando Adrián llegaba hasta el sótano. Tenía los pantalones desabrochados y la camisa suelta, su cabello estaba alborotado y sus ojos eran como dos piedras frías.

—¡Baja del auto, Tina, tenemos que hablar! —gritó cuando encendí las luces, mi pie piso el acelerador con fuerza—. Vamos bebé, déjame explicarte.

« ¿Explicarme? ¿Me creía tonta? Sabía exactamente lo que había visto y oído ».

—¡Maldita sea, Valentina! —Aceleré sin quitar la mirada de él, sin poder borrar su imagen con esa zorra encima—. ¿Piensas pasarme por encima? Porque no voy a dejar que salgas de aquí. —Se puso frente del coche—. Baja del auto y hablemos como dos personas civilizadas —no me quedé a ver su numerito, solté el acelerador y el auto se impulsó hacia delante, sé que teníamos público, pero no me importaba, lo único que quería era salir de allí.

Despertar de la pesadilla.

Cerré los ojos y exhalé pesadamente, luego simplemente conduje...

Él se apartó antes de que llegara a su distancia, como el maldito cobarde que era.

Una vez estuve lo bastante lejos del hotel, me detuve. En el momento que apagué el coche mi algo en mi pecho se quebró, las lágrimas corrieron libres por mis mejillas y algunos gemidos lastimeros salieron desde mi alma, imposibilitándome respirar, grité, lloré maldije y golpeé el volante presa de la frustración y la rabia. Mi mente revivía la escena como en una vieja telenovela, su voz mientras se burlaban de mí retumbaba en mis oídos; era como si estuviesen clavándome una daga en el pecho, varias veces intenté calmarme, intenté respirar profundo, pero no lo conseguía. Mis manos temblaban, el nudo en la garganta se cerraba cada vez más...

¡Qué estúpida fui!

Las llegadas tarde, las marcas de lápiz labial, los malditos chupones. Todo estaba ahí, ¡todo! Pero yo me había cegado, lo había justificado cada vez, negándome a mí misma que Adrián me engañaba mientras yo estaba en casa jugando a ser la esposa perfecta.

El cielo se encapotó y la lluvia empezó a caer, el frío calaba mis huesos, encendí la calefacción del auto, necesitaba alejarme, encendí la radio

buscando desesperadamente algo con lo que pudiera distraerme. Sonaba Alguien de Kani García, la letra de la canción hizo que volviera a detenerme un par de metros más adelante, recosté mi rostro al volante y lloré, porque parecía ser la única manera de que el dolor menguara.

Me obligué a continuar, tomé una profunda bocanada de aire y conduje sin un destino, las lágrimas seguían cayendo y la lluvia que había empezado como un sereno tranquilo se había desatado en grandes gotas que golpeaban el vidrio panorámico haciendo mi visión casi nula, en algún momento apagué la radio dejando que el silencio me envolviera, mil cosas pasaron por mi cabeza mientras conducía sin rumbo fijo.

¿Qué sería de mi vida desde ahora?

Sentía cómo si mi mundo se estuviera derrumbando a mi alrededor, el pecho me dolía cada vez que respiraba, detuve el coche nuevamente mirando a la carretera, había dejado la calzada atrás hacía varios kilómetros, podría girarme, pero no tenía fuerzas para volver a casa y enfrentar a Adrián, o a mis amigas, incluso a mi padre... No podría soportar la mirada lastimera de mi nana.

Me sentía traicionada, expuesta por el dolor, la rabia y la decepción, estaba herida y no sabía a donde ir o que decisión tomar en ese momento. Encendí el coche de nuevo y simplemente conduje hasta que el auto se detuvo por falta de combustible.

Busqué mi teléfono a tientas por el auto y recordé que lo había puesto en la mesa de noche, había salido tan rápido de ese maldito hotel que no había traído conmigo más que la llave del coche.

¡Era una estúpida! Había estado haciendo el papel de idiota por mucho tiempo, acomodando mi vida a las exigencias de Adrián.

¡Qué idiotas las mujeres que cambiamos nuestras vidas a fin de satisfacer a los demás!

Salí del auto sin importar la tormenta que caía, miré al cielo y mis lágrimas se mezclaron con la lluvia.

—¡Maldito seas, Adrián Duque! —grité con todas mis fuerzas seguida por mas lágrimas, el lodo de la carretera se pegaba a mis zapatos, me los quité con furia y caminé, porque ya no importaba a dónde fuese, solo quería desaparecer.

\*\*\*

Mientras más me internaba en lo que parecía una trocha, más el corazón me latía frenéticamente, A lo lejos unas luces amarillas centellaban en medio de la lluvia, con los pies lastimados, la ropa mojada y el frío calando mis huesos, me obligué a avanzar, no tenía idea de qué hora era, no era como si me importara. Algunos pasos adelante había un pequeño cartel colgado entre dos árboles.

**Bienvenidos a Puerto Escondido**  
**Si crees, verás la gloria de Dios**  
**Población: 450 Habitantes**

« ¿La gloria de Dios? » Resoplé, renegando de Dios, siempre me había considerado una buena católica, pero en ese momento toda mi fe estaba en duda ¿Dios? « ¿Dónde estaba Dios cuando Adrián me adornaba la cabeza sin el más mínimo remordimiento? »

Caminé hasta llegar a lo que parecía la calle principal, en el extremo sur de la plaza una escalera en piedra me llevo al atrio de una iglesia pequeña pintada de blanco, adornada con una torre de la que oscilaba una campana, sus

puertas permanecían abiertas a pesar de la lluvia, no sabía exactamente cuánto había estado caminando, pero había sido mucho, las piernas me palpitaban, me abracé a mí misma e inhale hondo a pesar del dolor, mis labios temblaron, me di cuenta de que por esa noche no había manera de llegar a ningún lugar...

Me encaminé hacia allí.

## Capítulo 5

### *Darién.*

Siseé cuando Cristina apretó el algodón empapado con alcohol en la herida de mi espalda.

Llevaba una camisa suelta y sin mangas de las que usaba cuando hacía trabajos de albañilería dentro de la iglesia.

—No lloriquees como una niña D, te lo dije. No es una buena idea subir al tejado si está lloviendo. —Me regañó como si fuese mi sobrino de cuatro años.

—Lo sé, no te pongas en modo mamá, solo necesitaba estirar mejor el plástico.

—¡Y casi te matas! ¿Estás seguro de que no te duele nada? —Negué y ella palpó mis costillas nuevamente—. Pareces un niño pequeño. —Aplicó un ungüento en mi espalda y luego cubrió la raspadura con una gasa.

—Estoy bien y no parezco un niño pequeño, ¡soy un niño pequeño!

Mi hermana enarcó una ceja.

—Cris, hay muchas cosas para reparar antes de que entregue la iglesia, lo último que necesito es que las bancas se dañen a causa de las filtraciones de agua. —Ella estiró mi mano y empezó a limpiar las heridas que tenía en la piel.

—¿Estás seguro? —Miré a mi hermana a los ojos, su cabello había crecido mucho y sus ojos, tan azules como los míos, me observaban sin vacilación.

—¿Sobre qué lo último que necesito es que haya más daños? —Ella tiró

el algodón sucio en la mesa y tomó otro empapándolo con antiséptico.

—No, sobre irte... —Se ensañó con otro de mis raspones.

Nota mental, no intentar subir al techo mientras llueve... No es que le prestara mucha atención a mis propias notas mentales, no cuando habían cosas más importantes, no era la primera vez que me subía al tejado de la iglesia a repararlo o a intentar acomodar una teja mientras llovía, tampoco era la primera vez que me resbalaba haciendo un trabajo de reparación.

—¿D? —Salí de mis pensamientos—. ¿El traslado? —Mi hermana alzó una de sus cejas.

—Completamente, Cris, ya me llegó la notificación y como sabes es mi deber cumplir los designios de mi iglesia...—Ella restregó la herida haciéndome sisear — ¡Dios mío! Podrías tener un poco más de consideración conmigo, estás desinfectando, no arrancándome la piel...

—¿Y tus designios? Lo que tú realmente quieres.

—No sé de qué estás hablando. —no quería tener esta conversación, llevábamos años teniéndola y discutiendo por lo mismo.

—No te hagas el tonto. Tú no querías esto para tu vida, querías cantar y mamá te hizo hacer esa promesa absurda... tú lo sabes y yo lo sé, Darién. —rodé los ojos, aquí venía la discusión de siempre.

—Me gustaba cantar hermanita, pero sabes que esta siempre fue mi verdadera vocación, me gusta ser un hombre de fe.

—Una cosa es ser un hombre de fe y otra muy distinta que llesves a cuesta los pecados de nuestra madre, te ordenaste muy rápido D, y sí, fuiste feliz cuando regresaste al pueblo, pero sé que tu verdadera pasión es otra. Además, al irte tendrás más responsabilidades, no es lo mismo ser el párroco de una iglesia pequeña y el líder de una comunidad, que oficiar en la capital.

—Es exactamente lo mismo, Cris, el ministerio va en el corazón, como dice un viejo refrán, “has el bien y no mires a quien”.



—Darién...

—Basta Cris, tenemos años discutiendo por lo mismo, en ocasiones no entendemos los designios de Dios, pero recuerda que Él tiene signado el camino de nuestras vida desde antes de nacer.

—Nunca podré ganarte esta discusión ¿verdad? —Dio un suspiro resignado —Es solo que vas a hacer mucha falta en esta comunidad —Tiró de nuevo el algodón y aplicó más unguento en mis pequeños raspones—. Eres tú quien ha hecho prosperar esta tierra, él que ha unido a este pueblo y lo ha sacado adelante desde la tormenta.

—No, no soy yo Cris, es Dios, si no fuese por su gracia nada seríamos.... Quizás las donaciones lleguen antes de mi partida — miré a mi hermana — Sé que estás en desacuerdo pero, estoy en manos del señor, si es su voluntad que vaya a la capital, es mi deber obedecer.

Cristina tomó un paquete de vendas y vendó mi mano antes de levantarse y caminar hacia la estufa, la encendió y buscó todos los ingredientes para preparar café, mientras mezclaba, la cocina se sumió en el silencio y rápidamente el aroma propio del café se mimetizó en el aire con la fragancia a lluvia y tierra mojada.

La noche era helada debido a que la temporada de lluvia había comenzado con fuerza, había una emergencia sobre la creciente del río Cauca, pero confiaba en Dios que el río mantuviera su cauce y no terminara desbordándose como ocurrió meses atrás, esa comunidad estaba bastante mal, lo último que necesitábamos era otro desastre natural.

—¿Te han contestado de esa fundación a la que escribiste? —Cris colocó una humeante taza de café frente a mí. Y luego se sentó a mi lado.

—No han respondido. —Ella se sentó a mi lado y llevé mi mano sana a la suya—. Pero lo harán, solo es cuestión de fe.

—Tengo fe, pero tu traslado... —Calló uno segundos.

—Cris...

—D, en serio siento que no estás preparado para esto, yo realmente no estoy preparada para dejarte ir.

—Lo sabía, no puedes vivir sin mí. —Le di una sonrisa ladeada y ella golpeó mi brazo—. Volviendo al traslado, estuve siete años en un seminario y hace tres soy sacerdote, esta es mi vida, mi vocación, puedo con ello. Incluso con el traslado a la ciudad.

—Nick te quiere, el pueblo ve en ti un líder, eso va a ser muy difícil para el nuevo sacerdote...—Sostuve su mano.

—Pasarán meses y no te preocupes, me encargaré de que el nuevo párroco esté pendiente de las necesidades de las personas de la comunidad —murmuré llevando la taza con café a mi boca.

Justo en ese momento escuché los pasos de Nicolás correr en nuestra dirección. Tanto Cris como yo observamos al pequeño entrar en la modesta cocina de la iglesia.

—¡Hay una señora bonita en la iglesia! —gritó mi sobrino. Antes de que pudiera decir algo, Cris habló.

—¡Qué haces despierto, Nicolás! Creí haberte dicho que hicieras tus oraciones y te fueses a la cama.

—¡Y lo hice mami! —Mi hermana cruzó sus brazos—. Yo estaba en la primera banca de la iglesia rezándole a diosito cuando esa señora entró, se puso frente a Jesús y empezó a llorar... Luego se cayó al suelo, me dio miedo y vine como «Flash».

—¿Es alguien conocido? —Había muchas personas que necesitaban cobijo en los días de lluvia, mucho más con la emergencia en el río, afortunadamente no estábamos entre los lugares catalogados como de riesgo, pero sabíamos que si había un aumento de nivel y el río se salía de su cauce, era posible que resultáramos afectados; ninguno de los habitantes del pueblo

quería evacuar, ir a recluirnos en un colegio en carpas a la espera de Dios, no era algo que entusiasmara a la comunidad.

La iglesia quedaba justo frente a la plaza del pueblo, así que cuando había mal tiempo dejaba las puertas abiertas, estaba lo bastante alto como para que las personas buscaran refugio si lo necesitaban. Yo esperaba que nada sucediera. El río y los obreros estaban presentes en todas mis oraciones.

—No, es muy bonita, pero está llena de lodo —respondió con la inocencia propia de la niñez.

—Vamos tío. —Nicolás tenía cuatro años, pero la fuerza de un niño de diez, todos los días daba gracias a Dios por él y todos los niños de la comunidad. Me dejé arrastrar por mi sobrino, con Cristina siguiéndome los talones. A medida que nos acercábamos podía escucharla, su tono de voz era melodioso, pero su boca... su boca era digna de un camionero y no podía permitirlo en la iglesia. Llegamos al retablo y me detuve para escucharla mejor.

—Siempre me he portado bien y tú permites que me pase esto... ¡Dame una maldita explicación! —gritó tan fuerte que estoy seguro de que los santos cubrieron sus oídos—. Me considero una buena cristina, doy mi ofrenda, voy a misa cada domingo, ¡aunque eso le molestara como el jodido a Adrián y me trajera un puto problema! —Negó con la cabeza y rio sarcástica, casi rasgando en el dolor—. Adrián, maldito hijo de puta. —Me giré hacia mi hermana y señalé con la mirada a Nick que cubría sus oídos con sus manitas.

—Llévatelo —articulé sin emitir sonido.

—Hora de dormir pequeñajo...

—Pero, mami... —Hizo un puchero, al tiempo que una nueva palabrota salía de la visitante nocturna.

—Obedece a mamá, Nick —me agaché a su altura—. En nombre del padre —mi sobrino repitió mientras le daba la bendición—, del hijo, del

espíritu santo. —Tomé sus dos manos y las besé—. Amen. Sueña con los ángeles, pequeño.

Ví cómo mi hermana se alejaba con él y me levanté para enfrentar a la chica boca sucia, podría meterla de cabeza en la pileta de agua bendita.

—¿Qué más quieres de mí?! —gritó ya sin tanta fuerza como antes, en su tono de voz pude percibir que algo aquejaba su alma—. ¿Qué necesito hacer para devolver el tiempo?

Su voz era tan dulce y rota, salí al altar y la vi, se había hecho un ovillo en el suelo y lloraba como si su vida completa se hubiese partido en dos, por un momento, quise correr hacia ella, ver si necesitaba ayuda. No lo hice, en cambio caminé con pasos lentos y me agaché a su lado, estaba mojada de los pies a la cabeza, había perdido sus zapatos y sus pies estaban llenos de lodo, toda ella era temblor e hipidos, entonces estiré mi mano hacia ella tocando su hombro.

—Mujer, qué te... —Ella me miró a los ojos, eran hermosos, pero también estaban cargados de dolor, había tantas emociones ahí, no sabía lo que le había pasado a esta mujer, solo sé que en ese momento sentí que mi pecho dolía por ella.

Entonces se desmayó en mis brazos...

—Hi... Mujer del Señor, ¿qué te ha pasado? —Quitó el cabello húmedo de su frente despejando su rostro.

—¿Está *murida*? —La voz de Nick me hizo reaccionar.

—Se desmayó —palmeé su mejilla con suavidad, pero no reaccionó, me levanté con la extraña en brazos—. Llama a mamá, Nick, ¡corre! ¡Nick dile que traiga su maletín!

Dejé a la menuda mujer sobre una de las bancas de la iglesia, tenía la piel suave y pálida, sus labios lucían un tono lúgubre, pero a pesar de eso era hermosa, muy hermosa y yo debajo de la sotana y por encima de mi fe, era

hombre y antes solía apreciar la belleza femenina. Esta mujer no es de por aquí, pensé, de eso estaba seguro.

—Está ardiendo... —Cris me hizo a un lado—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, solo se desvaneció

—Ayúdame a llevarla a tu habitación, y tú, pequeño bribón, a la cama. ¡Ahora!

Tomé nuevamente a la chica en brazos, era menuda, tenía la boca entre abierta y respiraba suavemente, además, estaba ardiendo, tal como Cris lo había dicho.

—Déjala aquí, hay que quitarle esa ropa, busca algo con que cubrirla.

—¿Sábanas?

—Sí, por favor cámbiate esa vieja camisa y ponte algo limpio así evitarás que tus heridas se infecten y trae un cuenco con agua limpia y una tolla, voy a desvestirla. —Fui a ponerme una camisa limpia y salí de la habitación en dirección a la cocina, Nick estaba debajo del marco de la puerta de su habitación provisional.

—Se va a *modir*.

—No, Nick, simplemente se desvaneció, debe estar cansada, parece que ha caminado mucho —lo llevé a la cama y lo ayudé a meterse debajo de las cobijas—. Hora de dormir —dejé un beso en su frente—. Y esta vez es en serio.

—Estoy preocupado por la chica de la boca de camión...

—Tu mamá la está revisando, estará bien peque —me levanté de la cama y encendí la lamparilla—. Buenas noches, pequeñajo. —Él asintió vigorosamente.

No cerré la puerta completamente y me dirigí a la cocina, el agua que Cris había colocado en la estufa para el café aún estaba tibia, calenté un poco más y fui a la gaveta de las toallas, tomé dos antes de volver con mi hermana.

—Tiene mucha fiebre, voy por agua fría —dijo Cristina al verme.  
Había metido a la chica bajo mis cobijas.

—No quise ponerle nada de ropa así que está desnuda.

Asentí.

—Voy por agua fría, limpia sus pies con la toalla, intenta no ensuciar toda el agua, desearía poder darle un baño, pero ahora mismo es imposible.

Cuando me quedé a solas con la chica, tomé sus pies para limpiarlos, eran pequeños como todo en ella y a pesar de estar magullados, eran sumamente suaves. Ella dio un gemido lastimero, pero no se despertó, la limpié ágilmente y me alejé de la cama justo cuando Cris llegaba con más toallas y un balde con agua.

La chica volvió a sollozar y algo en mi pecho se apretó, salí de la habitación dándole privacidad a las mujeres.

Cris empezó a quitar la sábana de su cuerpo, y yo me fui a la iglesia, en el camino mi mente revivió el momento en que nuestros ojos se cruzaron y mi pecho volvió a doler.

Las preguntas invadieron mi memoria, preguntas para las cuales no tenía respuesta.

«¿Quién fue capaz de hacerle daño? ¿Por qué había tanto dolor en su mirada?»

## Capítulo 6

### *Darién.*

Terminé el sermón de la misa del domingo por la mañana, no sin antes dar gracias a Dios, que en su infinita misericordia estaba conteniendo lo que podría ser un gran desastre natural.

Observé a Cristina en la segunda hilera de bancas, a pesar de los días oscuros la iglesia estaba llena. Sin poder evitarlo mi mente viajó hasta la casa de Cris, a la habitación donde estaba la mujer que anoche en medio de la lluvia había llegado al pueblo. Seguíamos sin saber quién era y ella seguía inconsciente, la fiebre subía y bajaba, Cris estaba haciendo todo lo posible por mantenerla estable.

Me despedí de los feligreses y me dirigí a la sacristía para guardar los ornamentos y quitar mi vestimenta. Luego me encaminé hacia el despacho parroquial, para continuar con mis tareas del día. El lugar era una pequeña oficina con un escritorio, dos sillas y un centenar de libros, algunos los había adquirido en Medellín, otros me los habían obsequiado.

Me senté detrás de mi escritorio. Un recuerdo fugaz de mi madre en mis brazos llenó mi memoria.

Mamá siempre se sintió culpable por la repentina muerte de mi padre, él era un destacado oficial de la Armada Colombiana, ella le había dicho muchas veces que odiaba que él pasara largas temporadas fuera de casa. La última vez que lo vi era tan niño como Nicolás, mi madre había estallado en llanto, recuerdo que su mirada estaba rota y ella le reclamaba, en algún momento le

gritó: “Ojalá te mueras” y papá nunca volvió.

Su cuerpo fue hallado en su camarote, ese día mamá también murió, dedicó su vida a la iglesia nos formó para que tanto Cris como yo, fuésemos religiosos consagrados. Odiaba la iglesia para cuando cumplí la mayoría de edad, me gustaban las chicas y Nirvana, entonces discutí con ella tan fuerte que le reclamé, y usé la misma frase que ella: “Ojalá te mueras” Mamá me miró con sus ojos azules carentes de emoción, su mano derecha agarró su pecho y cayó... Fui tras ella, la sostuve en brazos, ella acarició mi mejilla y me dijo que siguiera los pasos del señor.

Lo hice...

Pasé las manos por mis cabellos, mis recuerdos vagaron hasta la mirada rota de la chica, mi cuerpo entero se estremeció y sentí la necesidad de escribir, de componer y cantar, golpeé mi frente negándome a mí mismo la necesidad de hacer algo tan banal, pero al final terminé buscando el viejo y raído cuaderno que estaba en mi escritorio, busqué entre las páginas un espacio y escribí.

Si te sientes sola, si el alma te duele

Ven a mis brazos, yo te cuidaré

Si la vida te pesa y tu corazón sangra

ven a mis brazos, yo te cuidaré

La puerta se abrió y miré a Cris entrar, mi musa se fue inmediatamente, cerré el cuaderno justo para que mi hermana no notara lo que estaba haciendo, ella se sentó en la silla frente a mi escritorio y su mirada azul taladró la mía.

—¿Aún escribes?

—No —guardé la libreta en la gaveta y le pedí perdón a Dios por estar faltando al octavo mandamiento—. Solo estaba anotando las fechas para las



próximas comuniones de los niños—. ¿Cómo está nuestra invitada?

—Sigue dormida, he hecho todo lo que he podido, sus signos están bien, su presión está estable. ¿Estás preocupado por ella? —inquirió mi hermana.

—Me preocupa su familia —me levanté del escritorio—. Deben estar buscándola desesperadamente.

—Quién sabe si tenga una familia.

—Tiene una alianza.

—Te veo afectado, no es la primera vez que una persona llega a la iglesia.

—Lo sé, pero ella... —negué con la cabeza—. Ella es distinta, la mirada que me dio... Sus ojos aún taladran mi memoria —me giré hacia mi hermana —, eran tan tristes.

—Quizá es por eso que aún no despierta —suspiró—. Nicky no ha querido despegarse de su lado —sonreí—. Creo que ha tenido su primer flechazo por una mujer mucho mayor que él.

—¿Cuántos años crees que tenga?

—Calculo que está entre los veinticinco y los veintiocho, no creo que sea mayor que yo.

Asentí

—En medio de la fiebre menciona mucho a un hombre. Adrián, supongo que es un familiar cercano o su esposo.

—¿Crees que deba ir a verla? —Cris se encogió de hombros.

—De hecho, venía a pedirte el favor de que te quedaras un momento con ella, y a contarte que John llamó, vendrá pronto, al parecer finalmente le han otorgado vacaciones—Me alegré por mi hermana—. Cuando le conté a Nicky salió inmediatamente a contarle a su novia.

—Me alegro por ustedes, Nicky necesita de su padre.

—John va a darse de baja, dice que está harto de estar lejos, es eso o...

—¿O qué?

—O irme con él —Me acerqué a mi hermana sentándome en la silla a su lado. Cris suspiró.

—Sabes que nunca le he reclamado por sus ausencias, es su trabajo y no quiero que pase lo de...

—Lo de papá y mamá. —Cris asintió.

—Pero lo extraño...

—Tu deber es estar donde tu esposo esté. —Ella acarició mi mejilla.

—¿Y tú? He estado contigo siempre D, no me imagino estar en algún lugar sin ti.

—Mi traslado será pronto, te quedarás aquí sola, lo mejor es que vayas por él, a John le encanta su profesión, no dejes que tome una decisión apresurada solo por el hecho de que quieres seguir cuidando mis pasos, Cristina, tienes una vida, por favor vívela.

—Soy feliz aquí.

Sonreí, sabía que era feliz, pero necesitaba más, necesitaba ejercer la carrera por la que había pasado tantas noches en vela, necesita estar al lado del hombre que había elegido para su vida y Nicolás necesitaba a su padre, no al tío sacerdote al que le parecían graciosas sus travesuras.

Dos toques en la puerta me hicieron levantarme y sentarme nuevamente detrás de mi escritorio.

—Padre. —Liz, una de las pequeñas que estaba en la lista para recibir la comunión, entró tímidamente al despacho—. Mi madre pregunta si tendremos catequesis hoy.

Asentí.

—Estoy muy emocionada por la comunión del próximo mes.

—Eso está muy bien, ¿podrías informar a los otros niños que reanudaremos el curso de catequesis a la misma hora de siempre?

—Sí señor. —Su sonrojo era adorable. Cerró la puerta dejándonos a Cris y a mí de nuevo solos.

—Parece que no solo Nicolás tiene un flechazo con alguien mayor.

—Ella es adorable.

—Si lo que sea, Tengo que ir al centro de salud, necesito vendas, suero y antibióticos para mantener la fiebre a raya, mientras tú vigilas a Nicky y a nuestra invitada. Nicolás está haciendo un trabajo estupendo con las compresas, y esta mañana ha amanecido mucho mejor —se levantó—. Estaré de vuelta antes de la clase de catequesis.

Me levanté y acompañe a mi hermana fuera del despacho parroquial al pasar por la iglesia, el grupo de las fieles siervas de María estaban reunidas.

Eran seis abuelas preciosas que me ayudaban con el mantenimiento de la parroquia y siempre estaban dispuestas a colaborar en alguna actividad.

—Padre D. —Elena, la creadora del grupo, me llamó cuando pasé a su lado.

—Estamos discutiendo sobre la celebración del día del niño la próxima semana, nos gustaría reunirnos con usted para que vea las actividades que tenemos planeadas, también enviamos una carta a diferentes empresas para obtener algunas donaciones.

Casi quise besarla, ellas eran como mi agenda personalizada, confieso que, con las reparaciones, el traslado y la extraña, había olvidado completamente la celebración del día del niño.

—Claro Elena, pueden venir dos de ustedes mañana. —Las mujeres corearon un «gracias»—. Y gracias por enviar las cartas, tengo tantas cosas en la cabeza. —Me pasé la mano por el cabello—. Lo había olvidado por completo.

—Tiene el cabello algo largo padre D, vaya por mi casa y con gusto le cortaré un poco —dijo Victoria, otra de las integrantes.

—Lo haré, voy a estar en casa terminando unos arreglos, si me necesitan por favor vayan a buscarme. —Nuevamente un coro de voces se escuchó.

Salí de la iglesia y observé el cielo nublado, estaba seguro de que podía llover en cualquier momento, cerré los ojos y elevé una plegaria silenciosa para que la presa resistiera y para que los trabajadores siguieran trabajando sin complicaciones. Antes de volver mis pasos hasta mi habitación. Nicky estaba sentado a un lado de la cama de nuestra extraña, negué con la cabeza, nada de nuestra, despertaría, la llevaríamos a un hospital cercano y ella se iría.

—Tío —saltó de la cama hacia mí—. Me estoy haciendo pis. —Movié sus piernas antes de salir corriendo.

Me acerqué a la chica, ahora que Cristina la había aseado se veía débil, demacrada, sus labios se veían reseca, pasé la lengua por mis propios labios como si deseara eliminar la distancia y humedecer los suyos.

¡¿Qué demonios me estaba pasando?!

Negué con la cabeza y tomé su mano e hice mover mis dedos entre los suyos, estaba caliente, por lo cual llevé mi otra mano a su frente, ardía en fiebre, tomé una de las compresas que estaban al lado de la cama, la humedecí en el cuenco con agua que estaba sobre la mesa y la coloqué en su cabeza.

«¿Qué te trajo hasta aquí, hija?»

«¿Qué atormenta tu alma? »

Retiré la compresa y volví a humedecerla antes de pasarla por su frente.

«¿Por qué tanta ira y dolor?»

Ella se removió incómoda y sostuve su mano mientras murmuraba un nombre.

—Adrián, ¿por qué, Adrián? —gimió con voz queda antes de sumirse nuevamente en el silencio

«¿Quién es Adrián, mujer? ¿Quién es? ¿Fue la persona que te hizo

daño?»

Por un momento quise meterme en sus sueños y protegerla de quien la atormentaba, un extraño sentido de protección me hizo querer cobijarla, me acerqué más a ella preguntándome internamente quién era ese hombre, estábamos tan cerca mis ojos se desviaron a sus labios y por primera vez en más de diez años, el deseo se apoderó de mí, me pregunté a qué sabrían, su textura, eran delgados, finos, me acerqué un poco más.

—Darién... —observé a Cristina en el umbral de la puerta y salí de la ensoñación. ¿Qué me estaba pasando? No tenía pensamientos lujuriosos desde la época del seminario—. ¿Qué sucede?

—Yo... —Me alejé de la cama y Cristina se acercó rápidamente...

—La fiebre le ha subido nuevamente —dijo moviéndose de un lugar para otro. Tomó la bolsa del suelo y sacó un pequeño frasco y una jeringuilla—. Si la fiebre no baja con esto, pediré un traslado al hospital de Río Negro.

No dije nada, no podía pensar o decir algo, ¿qué había hecho? ¿Por qué lo había hecho?

Miré a mi hermana observarme con los ojos entrecerrados y salí de ahí antes de hacer otra tontería, llegué a la sacristía y me encerré el resto de la tarde a orar, pidiéndole a Dios que apartara de mis pensamientos los deseos carnales, que me hiciera fuerte ante los pecados, que reforzara mi convicción y fe para mantenerme alejado de las tentaciones banales. Era la primera vez, en tres años de ordenación, que me sentía confundido. No pasó mucho tiempo para que Cristina viniese hasta mi puerta.

—Tienes que abrir Darién, yo voy a estar aquí toda la tarde. —No era un cobarde, así que abrí la puerta y esperé a que mi hermana se pusiera en el plan de hermana mayor.

—¿Qué tienes que decir?

—Nada... No he hecho nada.

—Vi tus ojos, hermano, vi la manera en cómo la estabas mirando.

—¿Y cómo la estaba mirando?! —Me exalté.

—Como un hombre ve a una mujer... No veía esa mirada en tus ojos desde que saliste del seminario y fuiste con el padre García... Era deseo, Darién.

—¡Por los clavos de Cristo!

—¿Ella te atrae?

No era un hombre de mentiras, las odiaba y esa mujer tenía algo que me atraía como una polilla hacia la luz.

—Por Dios Cristina, no es la primera mujer bonita que llega a este pueblo. —Las palabras salieron de mi boca incluso antes de que pudiera procesarlas

—Tampoco es la primera que te atrae.

—¡Tu misma lo has dicho! Él hecho que lleve un cuello clerical y me vista con una sotana, no quiere decir que deje de ser un hombre y si ella me atrae tampoco quiere decir que deje de ser un sacerdote.

—¡Santo cielo, Darién! Pretendía que al menos lo negaras —dijo furiosa —cuando llegamos a este pueblo los ojos te bailaban con cada chica en minifalda, pero aún eras un crío Darién, fuiste con tu mentor y volviste dispuesto a dejar eso atrás, pensé que la etapa de querer romper tu voto de castidad ya había pasado.

—¿En serio estamos hablando de esto?! Estás hablando de romper mi voto de castidad por una mujer que está inconsciente...

—¡Te vi!

—¡No hice nada Cristina! Tú no eres quién para juzgarme. Ella me atrae pero no en un plano sexual, es algo en mí, dentro de mí que desea protegerla... Tú no la viste como yo, no viste esa mirada, Cristina, la forma en que sus ojos me observaron, rotos y vacíos, está grabado en mi retina y quiero quitar el

dolor de ahí.

—No eres terapeuta y ella está inconsciente. ¿Qué habría pasado si hubiese sido Nicky y no yo? ¡Si alguien más hubiese entrado!

—No lo sé, hubiese argumentado que estaba dándole primeros auxilios que se estaba ahogando. ¡No lo sé!

—¿Mentiras? —preguntó incrédula mi hermana

—No, solamente... —me rasqué la cabeza sin saber qué decir—. Está bien mentiría... Porque no he hecho nada.

—Darién...

—Cris, te prometo que no habrá una próxima vez —me acerqué a mi hermana y tomé sus manos entre las mías—. Creo que tienes razón, deberíamos llamar una ambulancia y que se la lleven al hospital más cercano. —Me dejé caer en la silla y llevé mis manos a mi nuca—. Necesito estar solo, Cristina. —No levanté la mirada, pero sí escuché la puerta cerrarse.

## Capítulo 7

### *Valentina.*

Tenía la boca seca, me dolía el cuerpo y mi cabeza daba vueltas, no quería abrir los ojos, no quería despertar.

El pecho me dolía, como si alguien hubiese estrujado mi corazón.

—¿Estás *despiesta*? —Escuché la vocecita infantil—. *Movite* los ojos así. —El colchón se hundió a mi lado, no podía verlo, pero una débil sonrisa tiró de mis labios.

—*Ahoda* te ríes. Menos mal no te *mudiste*, mi mami te salvó.

Los recuerdos se aglomeraron en mi memoria.

Adrián y su traición, la manera en la que hui, su deseo de explicar algo que no tenía explicación. Las horas conducidas, la lluvia y la llegada a la iglesia. Entonces todo encajó, mi matrimonio, el que yo creí que era perfecto, se había derrumbado ante mis ojos.

Mi esposo, el hombre que había elegido amar hasta el final de mis días, de pronto dejó de amarme o quizá nunca lo había hecho.

La presión en mi pecho apenas me permitía respirar. ¿Cómo iba a continuar? Las lágrimas se agolparon en mis parpados derramándose por los costados.

—No *lloles* voy a *decile* a mi mamita que venga, ella te da medicina para el *dolol* —Quise decirle que no, que quería estar sola, pero la pena me impidió hablar, escuché sus pasos correr fuera de la habitación.

Abrí los ojos observando las vigas de madera del techo. ¿Dónde estaba? Intenté incorporarme y un súbito mareo me obligo a volver a recostarme, cerré



los ojos respirando con lentitud mientras contaba hasta diez mentalmente antes de volver a abrirlos. Mi mirada se paseó por la habitación infantil pintada de azul claro, Me senté sobre la cama, había algunos juguetes tirados en el suelo. En una de las paredes había un retrato de un ángel acompañado por lo que parecía la oración del Ángel de la guarda.

A lo lejos escuchaba la voz del niño mientras hablaba con alguien. ¿Quién era ese niño? Después de varios minutos percibí pasos cada vez más cerca de la habitación

Llamaron a la puerta dos veces, giré mi rostro para ver a una mujer menuda de cabellos negros y ojos color miel, el niño que estaba junto a mi cuando desperté, estaba a su lado.

—Hola, que bueno es verte despierta. Soy Cristina y este pequeño es Nicolás —caminó hacia mí y palpó mi frente—. No hay fiebre, eso es bueno.

—Dónde... —llevé mi mano a mi garganta—. ¿Dónde estoy? —Tenía la garganta seca y ella acercó un vaso con agua.

—Bebe despacio, has estado inconsciente por casi cuatro días, ¿recuerdas tu nombre?, ¿quieres que llame a alguien? —Negué y ella me observó—. ¿Recuerdas tu nombre?

—Valentina... —Era la primera vez que hablaba desde que desperté, para descubrir que mi voz ronca no era más que un reflejo del ardor en mi garganta.

El niño se sentó al lado en la cama, al observar con detenimiento pude notar que estaba en una habitación infantil.

—Bien, Valentina, ¿cómo te sientes?

—¿Dónde estoy? —Mi voz seguía sonando carrasposa.

—Puerto Escondido, una vereda a doce kilómetros de Tarazá, pero si nos ubicamos en el ahora, estás en mi casa, llegaste hace cuatro días con la tormenta, es muy extraño que alguien llegue a Puerto Escondido, como nuestro

nombre lo dice, estamos bastante escondidos y somos un pueblo muy pequeño.

—Me duele el cuerpo —murmuré.

—Es lo normal después de cuatro días de intensa fiebre, iré a buscarte un poco de caldo, descansa.

Miré el vaso con agua en mis manos y tomé un poco más, antes de que el pequeño lo retirara.

—Mi tío estará feliz de *sabel* que ya *despetaste*... Aunque te va a poner una penitencia, dijiste muchas cosas feas en la iglesia. —Iba a preguntar quién era su tío, pero en ese momento Cristina entró—. Mamá le avisaré a tío que la *señodita* boquita de camión ya *despetó*. —El niño salió tan rápido como la primera vez, y Cristina colocó la bandeja sobre mis piernas.

—Bebe lentamente, solo has tenido suero estos días, te buscaré algo de ropa por si quieres ducharte, el baño está al final del pasillo.

—Gracias.

—No hay de qué, estuvimos muy preocupados por ti. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Caminé. —Llevé la cuchara a mi boca, la comida me supo amargo, y mi estómago se resintió cuando la sopa llegó hasta él.

—¿Segura de que no quieres que llame a tu esposo? —Ella miró mi alianza—. ¿Un familiar? Nombraste mucho a un hombre, lo llamabas entre sueños, era Adrián. —Las lágrimas se arremolinaron en mis ojos por el beso de Adrián y esa mujer torturando los confines de mi memoria. Negué nuevamente, no quería ver a nadie ni dar explicaciones de nada.

—Pueden estar preocupados por ti.

Solté la cuchara apartando el plato de mí.

—¿Podrías dejarme sola?

—Claro, termina la sopa. —Asentí, pero realmente no iba a hacerlo.

La mujer salió de la habitación y yo miré el plato hasta que una lágrima

cayó en el líquido humeante. Adrián, ¿por qué? ¿Qué había hecho mal? Coloqué la bandeja en la mesa al lado de la cama y me recosté mirando hacia la pared azul, llevé la sábana hasta cubrirme la boca y entonces lloré.

Lloré porque el pecho me dolía, lloré porque me sentía inútil, inservible, recordé los cinco minutos que arruinaron mi vida, la forma en cómo él tomaba su cara, la pasión del beso, la manera en cómo sus labios apesaban los de ella, nunca fue así conmigo. ¡Era una estúpida! Todas las pruebas estaban ante mis ojos pero yo me cegué, me cegué porque lo amaba, porque lo amo.

Escuché la puerta abrirse y cerrarse nuevamente. Podía sentir la presencia de alguien en mi espalda, pero no me giré en cambio hipé, aferré más la sábana a mi rostro, deseando soledad, queriendo que la persona tras de mí se marchara sin hacer preguntas. Una mano cálida se posó en mi hombro, y yo grité, grité y lloré aún más, era cómo si una cascada se rompiera en mi interior, cómo si el dique se abriera de una vez por todas.

—Está bien llorar cuando necesitas desahogarte, si es lo que requieres para aliviar la pena —dijo un hombre—. En ocasiones el llanto nos sana, estamos aquí, puedes quedarte cuanto lo necesites. —Su mano se retiró de mi hombro y la puerta fue cerrada suavemente.

\*\*\*

La semana pasó lentamente, lloré, no hice más que llorar. Comí muy poco, la muda de ropa que Cristina me ofreció seguía en la misma silla en que la había dejado el día que desperté, con el tiempo las lágrimas se me secaron en el rostro, pasaba mucho tiempo durmiendo, en un intento desesperado por desaparecer mi realidad. Mi esposo me mintió, mi esposo me abusó, mi esposo me fue infiel. El hombre que juró amarme, respetarme y protegerme, había roto mi corazón y ahora me sentía vacía por dentro, sin ganas de vivir,

solo despertaba y seguía llorando.

Nicky venía por las mañanas, fingía dormir y lo sentía darme un beso en la mejilla antes de irse a la escuela. Cristina traía mi desayuno muy temprano y luego me dejaba sola, aprovechaba esos momentos para ir al baño, en algún momento de la mañana él venía, sentía sus pesados pasos por el corredor y me giraba para quedar frente a la pared, cerraba los ojos como cuando era pequeña y María me levantaba para ir a la escuela, él solo se sentaba a mi lado colocaba su mano en mi hombro y me decía que estaría ahí para cuando quisiera hablar. Algunas veces podía escucharlo en la cocina o con Nicky en el comedor, en un primer momento pensé que era el esposo de Cristina, pero luego el pequeño me dijo que era su tío.

El día estaba gris y el olor a lluvia podía percibirse en el ambiente, me senté en la cama mirando los huevos cocidos y la arepa sobre el plato, había sentido cuando Cristina entró a la habitación temprano y luego cuando la puerta de la casa fue cerrada suavemente, miré por la ventana y observé la lluvia repiquetear contra el cristal, mi corazón se encogió y la necesidad de llorar nuevamente volvió a mí. Me sentía como un total y absoluto fracaso.

¿Qué diría mi padre? ¿Mis amigas? Cuando me levanté de la cama mis piernas estaban temblorosas, mi estómago gruñó con fuerza exigiendo que alimentara mi cuerpo, pero no lo hice, en cambio me encaminé hacia la cocina.

La casa estaba silenciosa y mis piernas seguían muy débiles podía sentirlo con cada paso que daba, me agarré al lavado y observé el cuchillo untado con mantequilla en él...

¿Por qué no acabar con todo? ¿Qué me ataba a este mundo? ¿Mi padre? ¿Las amigas que habían sido condescendientes mientras yo estaba ciega?

Tomé el cuchillo con mi mano derecha y lo observé con determinación.

—Sea lo que sea que estás pensando, no es la solución. —Era una voz

suave, aterciopelada, pero con un pequeño deje autoritario. Mis piernas cedieron y caí al suelo, la voz del extraño estuvo junto a mí en un parpadeo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —murmuró deslizando sus manos bajo mis rodillas y alzándome para llevarme de vuelta a la habitación, enterré mi cabeza en su camisa blanca e inhalé el aroma a loción que emanaba de él, mi pecho se rompió y las lágrimas empezaron a mojar su camisa, me sentó sobre la cama y tomó mis mejillas con sus manos, haciendo que mirara sus ojos, eran de un precioso tono de azul—. Ningún problema es más importante que tu vida “podrá desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón, él es mi herencia eterna<sup>[5]</sup>” —murmuró—. No sé qué te trajo hasta aquí, pero si llegaste con bien es porque el Señor tiene guardado algo enorme para tu vida, no puedes quitar algo que no te pertenece.

—Mi vida ya no me importa —ni voz sonó junto a un suspiró tembloroso—. Solo quiero acabar con el dolor.

—¿Por qué?

—Tengo el alma hecha pedazos...

—¿Quién te hizo daño? —Sus dedos acariciaron la piel de mi rostro cuando no contesté—. Puedes estar muy herida, pudieron dañarte, pero nadie sabe los planes del Señor, ni por qué nos pone pruebas tan duras, solo debemos ser fuertes y afrontarlas, seguir adelante, levantarnos y regocijarnos con su infinita misericordia.

—¡No puedo entender qué clase de plan maquiavélico quería tu Señor para conmigo! —grité—. ¡Sal de aquí!

—Si tan solo...

—¡Que te vayas! ¡Fuera! No estoy buscando tu consuelo, ni tu maldita lástima —grité en medio del llanto—. No me hables de un Dios que me ha abandonado. —Me acosté a medio lado en la cama, mi mirada fija en la pared y lágrimas derramándose por mis mejillas, tenía el corazón más roto que

nunca.

—Dios no nos abandona... nunca, quizá eres tú quien ha decidido apartarte de él —dijo en voz baja. — Estás tan aferrada a lo que te pasó... pero ¿qué te paso? Hay personas sufriendo allá fuera, personas en peor situación que...

—¡Vete ya! —lo interrumpí— ¡No me importa si Él me abandono, si yo lo abandoné, solo quiero cerrar los ojos y que todo esto sea una maldita pesadilla. Solo quiero que deje de doler.

Escuché sus pasos dirigirse hacia la salida de la habitación y cuando pensé que por fin estaba sola, él habló:

—¿Has escuchado hablar de la flor de loto? —no me moví, ni le di a entender que le escuchaba—. La flor de loto crece en el fango, pero aun así se alza sobre la superficie para florecer, en cuanto más profundo sea, más grande es la flor, por las noches se cierra se hunde en el agua, pero cuando amanece, vuelve a resurgir sin importar lo pesado que pueda ser su entorno... Así que deja de llorar por cosas que no puedes cambiar, no sé qué te trajo hasta aquí, pero estoy seguro de que es para algo grande. No importa quién te lastimó, encomienda al Señor tu camino, confía en él y el actuará. Hará que tu justicia resplandezca como el alba. Será mejor que te vistas, el día está bastante frío —suspiró—. Estaré afuera por si quieres hablar.

No salí de la habitación por el resto de la mañana, él tampoco volvió a entrar, en algún momento me quedé dormida, exhausta por el llanto, por las imágenes que parecían estar grabadas en mi retina, por lo rota que me sentía.

## Capítulo 8

### *Valentina.*

Escuché ruidos fuera de la habitación, risas y algarabía, también la voz de un hombre, pero no era él. Esta voz era más grave, fuerte, no la melódica voz del hombre de una semana atrás.

Él no había vuelto desde la vez que discutimos, cuando por mi cabeza se pasó la idea de acabar con el dolor de un solo tajo, ahora sabía que eso había sido la peor de las tonterías; sin embargo, el dolor seguía ahí, en ocasiones latía con tal intensidad que parecía que iba a terminar desbordándome.

Nicky dio un grito extasiado y el aroma a pollo y especias empezó a llenar mi habitación. No quería comer, respiré profundo y miré el catéter en mi mano izquierda, había estado usándolo en la derecha, pero Cristina, lo había cambiado de mano el día anterior.

« —¡No sé qué rayos te pasó, pero deberías intentar comer! —murmuró mientras cambiaba la aguja y ajustaba todo a mi mano con esparadrapo—. Nadie merece que te marchites en vida por su causa. »

Escuché pasos cerca de mi habitación y cerré los ojos justo cuando la puerta se abría.

—No la *despiertes*, papito —la aniñada vocecita de Nicky bajó dos octavas y alguien se acercó—. Es muy bonita, ¿*veldad*?... Ella nunca tiene *hamble*...

—¿Por qué no llevas ese plato a tu mamita? Quizá quiera cenar con nosotros más tarde. Mientras tanto dejémosla descansar.

—¡Sí papito, cuando ella se *despierte*, va a ser mi novia! —El hombre ríe y Nicky dejó un beso en mi mejilla. El hombre que estaba junto a él susurró

algo antes de que el niño abandonara la habitación.

—No sé quién eres, pero creo que debo presentarme —carraspeó—. Soy John Ángel Solís, Capitán de navío de la Armada Nacional, padre de Nicky y esposo de Cristina. Me gustaría, al menos, saber tu nombre completo — permanecí con los ojos cerrados—. Sé que no estás dormida realmente, tu respiración te delata... —Se acercó más a mi cama—. Si alguien te ha hecho daño es mi deber informar a las autoridades competentes —suspiró frustrado—. Sé que mi esposa y mi cuñado te han tomado aprecio, pero yo no puedo permitir que sigas aquí sin saber quién eres... —seguí ignorándolo—. Lamento esto, en serio, pero tienes dos días para hablar por tu propia cuenta o tendré que hacer lo correcto —lo escuché caminar—. ¿Sabes? Lo peor que podemos hacer, es quedarnos callados ante aquello que nos lastima el alma. Deberías ir a la iglesia de la vereda, quizá lo que necesitas es hablar con Dios. —Cerró la puerta suavemente tras él. Intenté quedarme dormida nuevamente, pero no quería dormir, tampoco quería llorar, sentía cómo si ya no tuviese lágrimas, quería regresar a mi vida, mi antigua vida, cuando aún era feliz.

\*\*\*

Cristina abrió las cortinas al día siguiente, permitiendo que el sol impactara en mi rostro.

—Hora de despertar, hace buen clima y queremos ir al río, estoy segura de que a Nicky le gustará que nos acompañes. —Se veía feliz, llena de vida, sus ojos brillaban y su sonrisa era el epitome de la dicha. Ella se veía enamorada.

Era como si se burlara de mí, así que me giré dándole la espalda.

—Vamos, no sabes lo que me gustaría verte salir de esta habitación...



Hay algo que me hace querer protegerte, mira, si estás preocupada por John, he hablado con él, no va a presionarte y puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Hablo sin parar, bueno, al menos lo intenté, vamos a estar en el río, John quiere que pasemos el día en familia y vamos a esperar a D ahí. Él está en la iglesia —acarició mi brazo—. Voy a dejarte el desayuno en la mesa, me gustaría que pudieras comer un poco más, estás acabando con mi reserva de suero y pronto tendré que ir a la ciudad.

—Lo siento...— dos lagrimas recorrieron mis mejillas y Cristina se acercó a mí.

—Sé que estas muy dolida y lo que voy a decir no es fácil, pero debes pasar la página y comportarte como la persona adulta que eres. Sea lo que sea que te haya sucedido créeme carecerá de importancia más adelante, debe haber muchas personas preocupadas por ti, eso es lo realmente importante en la vida —no dije nada, en cambio me pregunté cuánto duraría el dolor—, volveré para la cena. ¿Estarás bien?—firmé con la cabeza. Ella sonrió y se fue...

No volví a quedarme dormida y no sabía exactamente qué hora era, tenía que levantarme, lo sabía, pero el vacío en mi pecho me obligaba a mantenerme recostada, mirando hacia la nada. Mi mente vagó mientras pensaba en Adrián y no pude evitar preguntarme si estaría pensando en mí, si se preguntaría dónde estaba o si en cambio, se sentía aliviado por mi desaparición, las palabras de Cristina me hicieron pensar en mi padre y lo mucho que él me ha amado y en las chicas, en mi nana... Y una vez más el llanto se asoma, de nuevo siento el dolor y estoy harta por estar llorando, harta de estar aquí encerrada, estoy harta de todo.

Me senté sobre la cama y quité el catéter de mi mano, bajé las piernas diciéndome a mí misma que era hora de reaccionar, que era hora de salir de mi auto miseria y enfrentar de una vez por todas que mi esposo me fue infiel, y

que no sería la primera ni la última mujer a la que le han partido el corazón. Me dolían los músculos por la inactividad, pero hice un esfuerzo por caminar. La casa estaba en calma, silenciosa; me dirigí al baño dando pasos cortos y sujetándome de las paredes, una vez llegué allí me miré en el espejo, la mujer en el reflejo no era yo. Estaba mucho más delgada, ojeras oscuras a pesar de que la mayoría del tiempo estuve durmiendo, mi piel lucía opaca y mi cabello parecía una maraña de pájaros, pero no es eso lo que llegó a asustarme, me impresionó ver a la mujer en la que me convertí y no encontrar a Valentina Harfush;. Fue cuando me di cuenta de que la verdadera yo se había ido, y no hizo dos semanas atrás, se fue cuando dejé de rizar mi cabello porque Adrián lo prefería liso, cuando cambié para volverme un calco de lo que él deseara o necesitara.

Respiré con fuerza, el dolor y el vacío pasaron a un segundo plano y en su lugar el miedo me envolvió como una anaconda a su presa.

Tenía miedo de salir de aquella habitación, de que al hacerlo volviera a permitir que Adrián me hiciera más daño del que ya había causado. Justo cuando pensé que ya no podría llorar más, las lágrimas descendieron una vez más por mis mejillas, pero esa vez las lágrimas me supieron diferente. A pesar que Cristina tenía uno de esos calentadores eléctricos sobre la alcachofa de la ducha, decidí darme un baño de agua fría, noté la tibieza del llanto bajar por mi rostro. Tenía miedo de volver, de no saber enfrentar la situación, de no encontrar la manera de encaminar mi vida sin Adrián a mi lado o lo que era peor, convertirme en una de esas mujeres que perdonaban por el temor a quedarse solas. No sé exactamente cuánto demoré en la ducha; al salir me vestí con la ropa que Cristina dejó para mi día tras día y comí un poco de los huevos revueltos y la arepa que estaban en el plato, todo cayó como lozas de concreto en mi estómago, enseguida volvieron las arcadas, era mi cuerpo revelándose a mi mal comer durante esas dos semanas.

Peiné mi cabello con mis manos notando los nudos y tratando de esconderlos para hacer una coleta prolija, luego tomé unas sandalias de Cristina y me senté para ponérmelas.

El consejo de John retumbaba en mi cabeza. Ir a la iglesia, hablar con Dios, desahogarme de una vez por todas. Suspiré hondo antes de abrir la puerta de la casa y mirar mi alrededor; el sol estaba un poco escondido entre las nubes y el pueblo se veía tranquilo, solo el murmullo lejano de voces, o música suave. En ese escaneo conseguí darme cuenta pronto de que me encontraba en una de las calles principales, ya que la casa de Cristina se ubicaba a un lado de la plaza, también divisé árboles, algunas ventas informales, y tal como John lo dijo, la iglesia estaba al cruzar la calle, parece solitaria. No sabía a ciencia cierta el día o la hora en ese momento, estaba un poco confusa por el entorno. Cerré la puerta y di un par de pasos, mis piernas flaquearon un par de veces pero me obligué a avanzar, fuera de la iglesia me encontré a un grupo de ancianas que me miraron extrañadas, supuse que porque las caras nuevas no son comunes en aquel pueblo.

—Hola muchacha —dijo una de ellas, acercándose—. ¿De dónde vienes? Pareces cansada...

—Hola. —Mi voz no salió como mi voz, así que tragué saliva y lo intenté otra vez—. Soy Valentina, estoy quedándome con Cristina.

—Oh, eres familiar del esposo de Cristina. —Asentí, aunque sabía que mentía.

—Fue un largo viaje el de John, pero gracias a Dios ha vuelto con su familia. —afirmé de nuevo, me imaginé como aquel perrito que Sole había comprado para su auto. Pensar en mis amigas hizo encoger mi corazón.

—Me gustaría hablar con el sacerdote —susurré a la mujer, ella sonrió amablemente y me indicó que se encontraba en el confesionario.

Me despedí de las mujeres y avancé hasta el interior del templo, a pasos

lentos busco un lugar para sentarme mientras voy divisando los detalles, es una edificación, es una iglesia humilde y rustica detrás del altar había una cruz oscura labrada en madera, a pesar de lo modesta que era se notaba el cuidado de la comunidad y del sacerdote en ella. En pequeños detalles como las flores a lado y lado del altar y frente a la imagen de la virgen María, que llevaba un vestido bordado en hilos dorados y piedras, el olor de las flores se mezclaba con el inconfundible olor del incienso, lo sacro del lugar hizo que respirara con tranquilidad, sin la presión de días anteriores. En la silla estaban dos señoras rezando el Ave María, me senté y sostuve mis manos juntas durante varios minutos escuchando los murmullos de las oraciones de las mujeres. Cuando la mujer que estaba en el confesionario salió, fui hasta él, pasaron unos segundos antes de que el sacerdote hablara.

—Buenas tardes, hija... —Reconocí su voz, era tan melódica como la recordaba, suave, como terciopelo acariciando la piel—. ¿Cuándo fue tu última confesión?

—No lo recuerdo.

—Está bien, estoy aquí para escucharte, ¿quieres contarme tus pecados? —Respiré profundamente intentando no quebrarme.

—Tengo tanta rabia, tanta vergüenza...

—¿Sabes que lo que digas queda entre Dios, tú y yo?

—¿Dios? Últimamente dudo de que exista —ironicé

—Puedo darte muchas razones para hacerte creer que Dios existe, pero me interesa más saber por qué crees que te ha abandonado.

—Siempre he sido una buena hija, una buena cristiana y una buena esposa... ¿Por qué Dios permitió que me pasara esto?

—La biblia dice que los caminos del señor son misteriosos, como la senda del viento...

Me carcajeé con ironía.

—Mi esposo me fue infiel. —Tragué el nudo de mi garganta porque no iba a llorar—. Hui de mi vida porque siento vergüenza, pena, un dolor que está en contradicción por la rabia que siento al sentirme tan humillada y herida.

—Hija...

—¡No! No lo merecía padre, no cuando siempre he seguido la voluntad de su Dios, no cuando siempre he tenido espíritu altruista. ¡No cuando le entregué mi vida a Adrián!

—Puedo entender tu dolor.

—Nadie entiende mi dolor, nadie entiende mi rabia, me he estado muriendo lentamente, pensando en querer acabar con mi vida con tal de que no siga doliendo, lo odio, lo odio tanto como lo amo... —Mi voz se cortó y las lágrimas que había empeñado en mantener a raya, rodaron por mis mejillas. Esta vez él calló, me dejó llorar y esperó a que me calmara un poco antes de hablar.

—¿Crees que puedas perdonarlo? —preguntó en voz baja.

—No. —Mi respuesta fue brusca—. Él me hirió, me lastimó, no sé si alguna vez pueda si quiera estar frente a él otra vez.

—Estando en Galilea, Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: ¿cuántas veces debía perdonar a su hermano? Y Jesús le respondió...

—Setenta veces siete, yo no soy Pedro o Juan, soy una mujer a la que han lastimado, una mujer que se asfixia en el dolor y está harta de llorar, del vacío profundo en el pecho... No sé dónde estoy y no me importa, no sé qué día es hoy, ni qué hora es en este momento solo quisiera tener el valor de enfrentarlo, de lastimarlo tanto como él me lastimó.

—No puedes escoger si serás lastimado, pero puedes elegir qué te lastima...

—¿Acabas de citar a *John Green*?

—Puede ser, pero no es el punto al que quiero llegar —respiró profundamente—. El dolor en tu pecho solo puedes curarlo tú y eso solo ocurrirá si decides perdonar...

—¡No, No quiero perdonar! ¡No puedo perdonar! No me pida que perdone una traición tan infame, no me pida que haga como si nada hubiese sucedido... Sabía que no lo entendería, después de todo no es más que un jodido sacerdote, que a lo mejor nunca ha sabido lo que es amar y por eso se metió de cabeza en una iglesia, pregonando una santidad que seguramente no tiene.

Salí del confesionario sin saber qué hacer, las mujeres que habían estado rezando me miraron con lástima, quería correr y perderme.

—¡Espera! —Su mano tomó mi brazo con fuerza.

—¡Suélteme! —Me abracé a mí misma mientras las lágrimas seguían cayendo—. No venga aquí con frases vacías y pasajes de la Biblia para solucionar una simple incógnita... ¡¿Por qué yo?!

—¡No tengo respuestas para eso!

—Entonces no hable. —Lo vi apretar su mano.

—El Señor dice en su palabra: *Venid a mí todos los que estéis cansados y yo os haré descansar...* No abandones tu fe por una situación que, quizá, ahora no entiendes, pero que seguramente más adelante encontrarás las respuestas y el porqué sucedió.

No dije más, simplemente me fui.

Cristina llegó a casa cuando ya anochecía, escuché las risas entre ella y su esposo, también escuché al sacerdote hablar con ellos.

Estaba pensando en mi padre cuando Cristina entró en mi habitación.

—¿Estás despierta? —La miré y asentí—. ¿Te quitaste la intravenosa? ¡Ay Dios, también comiste! —Volví a asentir.

—También salí... Fui a la iglesia —Ella se sentó a mi lado en la cama —. Tengo mucho que agradecerte...—baje la cabeza, ante las lágrimas formándose en mis ojos.

—No, no tienes que... — tomé sus manos pidiéndole en silencio que me dejara hablar.

—Por favor, abriste tu casa a una desconocida, me cuidaste, me diste abrigo, techo y comida, y yo he sido una persona desconsiderada y desagradecida —alcé la mirada —.Y no soy así— la primera lágrima descendió y ella la limpió con ternura.

—Algo me decía que necesitabas cuidados.

—Sé que tengo que irme...

—Si lo dices por Jhon... — Negué.

—Estoy ocupando la habitación de tu hijo, he sido como un muerto viviente durante estas semanas, ni siquiera sé cómo está tu situación económica o si te estorbo —fue su turno de negar con la cabeza.

—Mi casa es pequeña, sí, pero cabemos todos, Nicky duerme la mayoría de las noches con mi hermano, según él y su mundo infantil, la parroquia es enorme para su tío —sonrió contagiándome con su sonrisa. —En lo económico, como la mayoría de los médicos de este país, no gano mucho, pero lo que gano es suficiente para cubrir los gastos y Jhon me envía dinero desde Buenaventura, él es capitán de Navío de la Armada Nacional y por último, no me estorbas, como te dije había algo en ti que me inspiraba a protegerte, quizá ver tu tristeza. Así que no tienes nada que agradecer, nada que pagarme y puedes estar aquí tanto como tú quieras. —Palmeó mi mano.

—No quiero irme, solo quiero sanar.

—Lo harás, poco a poco... El tiempo cura todas las heridas —se levantó y tomó los platos—. ¿Quieres cenar con nosotros? Nicky estaba agotado y ha caído dormido profundamente, John lo dejó en la cama, pero D ha venido a

cenar y John está preparando hamburguesas caseras.

—Gracias, voy a declinar tu invitación a cenar, pero me gustaría comer algo.

—Ese es un primer paso, solo falta que el dolor merme un poco y dejes de llorar.

—Cris, ya no voy a volver a llorar —murmuré

—En ocasiones llorar nos libera, Valentina...

\*\*\*

Pasaron algunos días antes de que me animara a salir nuevamente de la casa, mis piernas no temblaban y evitaba pensar en Adrián, caminé por las calles del pueblo, admirando los cerros que lo rodeaban y la calidez de las personas de la comunidad. Puerto Escondido era hermoso, pero también estaba abandonado, lo noté en las casas más cercanas al río, muchas de ellas estaban a medio construir.

La escuela pública estaba destechada y el hospital, parecía más un puesto de salud ambulatorio que un hospital, Cristina me había comentado de los pocos insumos que tenían, y de cómo ella y varias personas, eran los encargados de contribuir para comprar los medicamentos esenciales.

Llegué hasta la orilla del río y me senté sobre una piedra. Tomé aire profundamente, me agotaba con facilidad debido a las dos semanas de inactividad. A lo lejos vi hombres pescando, niños jugando y un pueblo cercano, la temperatura estaba perfecta, el sol que se filtraba a través de las montañas, mantenía el clima cálido.

Conseguí desconectarme del mundo y de quien era por un largo rato; cuando me levanté, caminé directo hacia la iglesia, las puertas estaban abiertas y una vez entré, me di cuenta de que el techo necesitaba reparaciones,



algunas sillas necesitaban ser remplazadas y la pintura precisaba ser retocada, no había notado nada de esto la vez que estuve aquí, quizá tan cegada en mi propia pena, que había olvidado los detalles obvios.

Quería ayudar a la comunidad, a Cristina que me abrió las puertas de su casa sin importar quien fuese yo. Salí de la iglesia rodeándola para observar los detalles exteriores que requerían reparación, pero me detuve al ver a D hablando con John y otro hombre.

—Nos hemos quedado sin placas planas de fibrocemento y tejas, además de que no hay ladrillos y cemento... —Él hombre pasó la mano por su cabello en un intento por calmarse.

—Lo sé Tomás, estoy en espera de la respuesta de la fundación a la que hemos solicitado ayuda.

—Con el problema en la presa, es importante que al menos terminemos el centro de salud. —Fue el turno de John para hablar—. ¿Por qué no hablamos con la gobernación? Si bien no estamos en el radio de la emergencia, tenemos el río cerca....

—Nos van a mandar a evacuar, no pienso salir de mi casa, nos ha costado mucho levantarla como para que otro se quede con ella.

—¡Tu vida es más importante, hombre! —John intentó hacerlo razonar.

—Miré comandante, usted no sabe nada... —rebatí Tomás.

—No ganamos nada con discutir. —El padre D parecía cansado—. Hay que priorizar, centro de salud, escuela y la iglesia, por supuesto.

—Al menos deberían evacuar las viviendas cercanas al río, Tarazá, Valdivia; entre otros, ya han sido evacuados —miró a Tomás—. Y no soy comandante, soy capitán... No quiero imaginar que la fuerza del agua rompa la presa.

—Hay que tener un poco de fe —dijo el padre—. Nada va a suceder, y en cuanto a los materiales, confío en Dios, sé que llegarán.

—¡Tengo fe! Pero con fe no se levantan muros padre D —rebató Tomás.

—Puedo hablar con alguno de mis compañeros, hacer una recolecta y comprar algunos de los materiales. Los más urgentes, aunque el puesto de salud también necesita suero, gasas, medicinas básicas —informó John.

—Las siervas de María quieren hacer un festival gastronómico en la plaza, cada una hará un plato especial, y con lo que recojamos esperamos cubrir las necesidades más importantes, llamé esta mañana a *Abrazos de fe*, pero la persona que me atendió me informó que la encargada de las aprobaciones se encuentra de viaje y que teníamos que esperar a que regresara para tener una respuesta.

—Y mientras, ¿qué hacemos? —preguntó Tomás.

—Mientras tanto, esperamos, confiamos en que nada va a suceder con la presa, sí, parece que el desastre fuese inminente, pero créanme cuando les digo que para Dios no hay nada imposible, si lograron aumentar el muro de contención en cuestión de días, tengo fe absoluta en que todo resultará para bien, John, tu idea de la recolecta, hermano... Nos ayudaría mucho.

—Voy a ponerme en ello, y esta tarde iré con Cris y Nicky a Medellín para comprar los insumos básicos para el puesto de salud.

—Bien, Tomás, toma un descanso, no podemos hacer nada si no tenemos materiales. —El hombre asintió.

Minutos después ambos hombres se despidieron dejando al sacerdote solo, yo no pude irme, se veía preocupado y paseaba de un lado a otro, intentando resolver los problemas que tenía sobre los hombros. Me sentía como una intrusa mientras lo observaba, D era guapo, media más de un metro ochenta centímetros, su cuerpo era delgado, pero parecía mantenerse en forma, su cabello era castaño, con algunos destellos rubios y sus ojos eran tan azules como el cielo de una mañana soleada en isla Barú.

—Es bueno verte repuesta —murmuró haciendo que mi corazón saltara

en mi pecho—. Hola...

—Hola.

—Perdón por escuchar, sé que estuvo mal.

El remangó su camisa blanca y dio un suspiro largo.

—No es que fuese un gran secreto, es solo que no sé cómo cubrir todos los puntos del desastre —pasó la mano por sus cabellos—. ¡Dios! Creo que, si pudiese fumar, estaría matando mis pulmones...

—Estuve dando un recorrido por el pueblo... ¿Qué sucedió en este lugar?

—Una tormenta, hace unos cuatro meses, el río aumentó su cauce desbordándose un poco, y los vientos eran tan fuertes que tumbaron paredes en el hospital, obligando a Cris y Saúl, los médicos del pueblo, a trasladarse a una de las casas pertenecientes al alcalde. El techo de la escuela y parte del tejado de la iglesia se perdió en la furia de la naturaleza, eso sin contar las casas de las personas cercanas al río... Hemos intentado ayudar, he solicitado asistencia a diferentes fundaciones, pero no hemos recibido respuesta a alguna de mis solicitudes, y aunque no lo parezca, estoy un poco desesperado.

—Entiendo... —Él pasó la mano por su rostro...

—Lamento haberte dicho todo esto, se supone que soy un hombre de fe y debo mantener la esperanza hasta el último momento.

—¿Este es tu último momento?

—No, *serás fuerte mientras puedas soportarlo*, aún puedo hacerlo.

—Cuando los escuché. —Sentí los colores subir a mi rostro, una cosa era que él intuyera que los había escuchado, otra que confirmara que lo había hecho—. Conozco a la presidenta de la fundación de *Harfush Enterprises*. —Mentí y no supe por qué.

—Está de viaje.

—Si me prestas un teléfono haré que ella autorice tu orden.

—¿Harías eso por nosotros?

—Sí, tú has hecho más por mí... A propósito, con eso, lamento haberme comportado como lo hice la última vez que nos vimos.

—Lo importante es que tu alma sane... No será hoy o incluso mañana, de hecho, te veo mucho mejor que esa vez, haz ganado algo de peso...

—La procesión se lleva en el interior —me encogí de hombros—. Me cansé de llorar, no sé si perdone a Adrián, necesito curarme primero.

—Eso es perfecto.

—Necesito hacer esa llamada.

—La llamada, claro, sígueme. —Caminamos por la parte de atrás de la iglesia, donde estaba la casa parroquial, luego lo seguí por un pasillo hasta llegar a una habitación con un gran escritorio y estantes de libros.

—Wow, entonces de aquí salió John Green —dije acariciando los lomos de los libros.

—Hace un par de años una de las niñas de la escuela me regaló el libro por mi cumpleaños, ella tenía cáncer. Murió unos meses después.

—Yo... Lo siento.

—Sé que ahora está a la derecha del señor —se pasó la mano por el cabello y torció ligeramente la boca—. Te daré algo de privacidad —dijo como si eso lo hubiese pensado muy bien.

Asentí.

Una vez estuve sola, el peso de la realidad cayó sobre mí.

¿Qué iba a decirle a mis amigas?

Paseé por la pequeña estancia, mis manos repasando los tomos de los libros que estaban en la repisa, escondido entre tomos más grandes estaba una de las más grandes obras escrita por *Fiódor Dostoyevski*, el libro de los hermanos Karamazov, había otros del mismo autor, pero este libro en especial me hizo sacarlo del librero. ¿Qué hacía un sacerdote con un libro que estaba

abiertamente en contra de la iglesia? Abrí el texto hojeando las páginas sin detenerme a leer, respiré profundamente colocando el libro en su lugar antes de caminar hacia el teléfono.

Teclé el número personal de Cat y sostuve el teléfono inalámbrico pegado a mi oreja mientras escuchaba el pitido telefónico.

—Hola... ¿Hola? ¿Hay alguien? Dios no tengo tiempo para esto... Voy a contar hasta cinco y a colgar... dos... Cuatro.

—Hola... —Mi voz se escuchó vacilante, baja y contrita.

—¿Tina? ¡Joder!, ¿Tina eres tú?...

—No digas mi nombre —murmuré en voz baja y me recosté al escritorio del padre D.

—¿¿Dónde demonios estás?! Y no me digas que en Hawái, tú no te irías de un momento a otro sin avisarnos!

—¿Hawái?

—Es lo que ha estado diciendo Adrián.

—¿Adrián está en la ciudad?

—Sí, y por qué me respondes con una pregunta, sabes lo mucho que lo odio...

—No estoy en Hawái...

—Espera, Sol está aquí.

—¡No me la... !

—Tina. ¿Dónde estás? Hemos estado tan preocupadas, no es de ti desaparecerte y menos con la fiesta de los niños tan cerca.

—Chicas, tenían razón.

—¿En qué?!

—Muchas cosas, no estoy en Hawái, tengo muchas cosas que contarles, pero este no es el momento... Estoy bien chicas y no sé cuándo voy a volver.

—Tu papá ha estado llamándote como loco. ¿Por qué rayos no contestas

el puto teléfono? —Cat explotó supe que el teléfono estaba en altavoz.

—Hay muchas cosas que no puedo explicar en este momento...

—¿Dónde estás, caray?!

—Necesito que me hagan un favor

—No, si no nos dices dónde estás, hemos estado preocupadas por ti Valentina, ha pasado un mes desde la última vez que te vimos... ¿Sabes por todo lo que hemos pasado? Pensamos que te habían secuestrado, que habías muerto y Adrián estaba encubriéndolo todo.

—Chicas, por favor céntrense, estoy bien, estuve muerta, pero estoy bien, ahora necesito un favor de ustedes y es urgente... Recuerdan las cartas que me dio Andy, la última vez que estuve en la empresa.

—Sí, debo tener esa carta entre las próximas aprobar, el sacerdote que la escribió ha estado llamando.

—Aprueba y envía el doble de todo lo que solicitó.

—Tina...

—Envíalo, tengo que irme, las quiero... —Colgué antes de que ellas hicieran más preguntas.

Luego marqué el número de mi papá, esperé a que él contestara.

—Bueno... —Mis ojos se anegaron en lágrimas.

—Papi... —murmuré...

—¿Tina? ¿Eres tú, mi amor? —la voz de mi padre se quebró y no pude evitar llorar.

## Capítulo 9

### *Darién.*

Solo tomó cinco días después de la llamada de Valentina para que los materiales que habíamos solicitado a *Harfush Enterprice* llegaran a nuestro pueblo, incluso, había mucho más de lo que había solicitado, pero que Dios sabía que necesitábamos.

Mientras los muchachos descargaban, observé a Valentina fuera de la casa de Cris, Nicky estaba junto a ella y el alcalde también, estos últimos días había ganado peso, se veía repuesta, más tranquila a pesar de que en su mirada podía notarse el abismo de tristeza con el que había llegado hacía dos semanas. Sus ojos verdes me seguían a todas partes, hasta en sueños. Me molestaba la manera en la que me sentía cuando la veía. Era impotencia, las ocasiones en las que había intentado hablar con ella sobre Dios, se cerraba de tal manera que su dolor no la dejaba escucharme, su rostro se contraía y el llanto hacia presencia rápidamente y ella huía, su vulnerabilidad me hacía querer protegerla, afloraba situaciones que me mantenían en vela pensando en cómo ayudarla para que el perdón tocara su corazón y así la tranquilidad y la paz que ella tanto anhelaba llegara, no era la primera vez que me enfrentaba con un escenario similar, un marido que engañaba a su esposa. La fidelidad en estos tiempos es algo parecido a un don, pero había algo en el caso de Valentina que lucía diferente y no sabía el porqué.

Un sonido parecido a un chillido me hizo salir de mis pensamientos, fue el alcalde, estaba pletórico, seguramente se adjudicaría haber sido el

promotor de la donación, no es que me importara, lo vi abrazar a Valentina, ella se tensó incomoda y es que Juan de las Casas, *nuestro amado alcalde*, era un bueno para nada, como la mayoría de los políticos... Los observé con los ojos entrecerrados, completamente molesto. ¿Por ella? ¿Por mí? Cuando ella me observó de vuelta, sonrió y toda molestia se disipó, por el segundo que las esquinas de su boca se curvaron yo también sonreí. Y ese pequeño gesto hizo que me molestara conmigo mismo.

Pasé la mano por mi cabello antes de tocar el hombro de John, pidiéndole silenciosamente que se hiciera cargo.

« ¡Santo Dios! ¿Qué carajos me estaba pasando? »

Caminé por la iglesia perdido en mis pensamientos, llegué hasta el altar y observé el Cristo crucificado frente a mí. Me sentí todavía más molesto, como si estuviese fallando de alguna manera, busqué en las gavetas de mi escritorio el rosario y me postré de rodillas, dándole la espalda al San Agustín que debía ser reparado, ni siquiera abrí las ventanas, intenté aislarme pensando en la muerte de mi madre y cuando tomé la decisión de ingresar al seminario.

« Dios, padre que estás en el cielo, tú conoces mi corazón, conoces mi deseo, permíteme ayudar a esta hija tuya que ha venido a mí en busca de consuelo. » Murmuré antes de empezar el Santo Rosario...

\*\*\*

Por el resto del día no volví a salir, cuando Cristina vino a invitarme a cenar, decliné, preparé la misa para el domingo y la catequesis de los niños, por la tarde las fieles siervas llegaron hasta mi oficina y me dieron un plan detallado de su festival gastronómico, que se llevaría a cabo el próximo puente feriado. Cuando dieron las diez de la noche, me di un largo baño, sacando de mi piel todo el polvo acumulado del día, di una vuelta por la



iglesia y llegué hasta el patio, observé la cantidad de materiales que teníamos para trabajar. Di un agradecimiento silencioso a Dios y me marché a mi habitación.

Desperté a las cuatro de la madrugada, el día que teníamos era largo, me reuniría con todos los hombres del pueblo mayores de dieciocho años y con deseo de ayudar, cuantos más fuéramos, más rápido avanzaríamos y abarcaríamos frentes de reparación.

Tomás se haría cargo de la escuela, John del puesto de salud y yo de la iglesia, eran las tres edificaciones que necesitaban ser reparadas a la brevedad. La iglesia y la escuela servían de refugio en ocasiones cuando el río se desbordaba y el puesto de salud era vital en esta comunidad.

Me coloqué una pantaloneta larga y una camisa con capucha, amarré mis deportivas con un fuerte nudo y salí de la iglesia poco antes de las cinco, a correr. Era una de las pocas cosas que me despejaba ante un día duro, corrí por la plaza principal, desviándome tres cuadras después hacia la casa de doña Elvira, para ser un pueblo pequeño los lugareños despertaban con los primeros rayos del sol, no antes.

Me fui por el sendero montañoso que lleva hasta Puerto Bravo, pero no pensaba llegar hasta ahí, simplemente era mi rutina marcada de casi todos los días, para cuando los primeros rayos del sol despuntaron ya había llegado al río, estaba agotado, me dolían las piernas por el ritmo que había llevado durante toda mi carrera.

Me senté en una de las piedras sobresalientes a la orilla del río y observé cómo el sol recibía un nuevo día, un par de pescadores me saludaron a la distancia, les devolví el saludo y quité mi camiseta sudada, dejándola a un lado, cerré los ojos y respiré profundamente antes de iniciar una oración, pero el sonido de las hojas al ser pisadas me hicieron girar para ver que atrás de mí estaba la mujer con la cual batallaba silenciosamente.

—Hola padre D. —Valentina me saludó.

—¿Qué rayos haces aquí? —contesté bruscamente.

—¡Vaya! Buenos días a usted también —contestó a la defensiva—. ¿El lugar le pertenece o algo así? —Señaló al río y las montañas tras él.

¡No me gustaba lo que experimentaba en mis pensamientos con ella, por un lado quería ayudarla por otro me urgía alejarla de mí!

—Lo siento —murmuré—. Sucede que este no es un buen lugar para una mujer sola, además, es muy temprano.

Ella se sentó en el suelo, vestía unos pantalones cortos que había visto a Cristina hacía mucho y una blusa con mangas largas, el amanecer en esta zona de Antioquia es bastante frío.

—Creo que dormí suficiente los primeros tres días que estuve aquí —sonrió—. Siempre he sido una persona madrugadora y encontré este lugar el día que di un recorrido por el pueblo —se sentó a mi lado en el suelo—. Es hermoso y transmite tranquilidad, vengo aquí antes de que el pueblo entero despierte.

—Es exactamente lo que lo hace peligroso. —mi voz volvió a salir más brusca de lo que quería—. Hay muchos pescadores de los pueblos vecinos que pasan por estas aguas, eso, sin contar que a pesar del acuerdo de paz aún quedan algunos hombres que no les apetece obedecer las leyes.

—¿Sabe usted luchar?

La miré y sus ojos avellanas me observaban sin pestañear.

—¿Qué cosa?

—Que si sabe luchar... —luego se tocó el rostro—. ¿Tengo algo en la cara?

—No.

—¿No sabe luchar o no tengo algo en la cara?

—No a las dos. —Fijé mi vista en el río.

—Yo sí, soy cinturón azul en Taekwondo, y practiqué Crossfit antes de casarme. —Su voz flaqueó, mi piel se erizó, el deseo de ser quien le diese consuelo hizo que instintivamente mis manos se empuñaran—. ¿No tienes frío? —Caí en cuenta de que me había quitado la camisa, así que la tomé enseguida para cubrirme con ella.

—El padre se sonroja....

Estaba a punto de contestarle cuando Tomás bajó por el sendero hacia su bote.

—¡Volveré para la hora de la reunión, padre D!

—¡Está bien Tomás, que el Señor multiplique tu pesca! —levante la mano para despedirlo.

—Amén padre... —Un silencio tenso nos envolvió, ella tomó un par de piedras y las lanzó hacia el río.

Yo me perdí en mis propios pensamientos.

—¿Has pensado qué harás? —pregunté de un momento a otro, mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Sobre qué?

—Tu vida, tu estancia aquí... —Estaba seguro de que no había pensado en el futuro—. ¿Tu matrimonio? —Di en el clavo, sus ojos parpadearon, los cerró por un breve instante y cuando los abrió estaban húmedos, reflejando la tristeza y la confusión. Me sentí cómo un patán cuando mi mirada traspasó la de ella—. Yo...

—No diga que lo siente, por favor y a su pregunta; no, no lo he pensado, evito pensar, me concentro en respirar, en estar aquí e intentar sobrevivir. Si está pensando que me iré pronto tengo que decirle que no tengo a dónde ir... —El dolor se filtraba en cada palabra que salía de su boca.

—Cristina y John necesitan privacidad.

—Y yo estoy de metiche en su casa. ¿A eso se refiere?

—No pongas palabras en mi boca, yo...

—Estoy muy agradecida con Cristina —me interrumpió—. Salvó mi vida, aunque yo hubiese preferido que no lo hiciera, quizá no me sentiría tan vacía y rota como ahora.

—Debes...

—No, no me siento benévola, no voy a perdonarlo.

—¡La soberbia es un pecado y el orgullo también! —Apreté mis manos. Ella era terca.

—Pues me importa muy poco cuán pecadora puedo llegar a ser en este momento —respiró profundamente y se limpió las lágrimas que habían escapado de sus ojos—. Mi matrimonio está destruido, y no fui yo quien lo destruyó, simplemente no tengo fuerzas para enfrentar al hombre que más amé y al que más odio en este momento.

—El odio solo dañará tu vida, lo que debes hacer...

—No es mi padre, ni mi confesor, tampoco intente ser mi guía espiritual. Ni siquiera pertenezco a esta comunidad... Pero no me iré. —Se levantó del suelo limpiándose de forma brusca y se fue por el camino que había llegado.

Elevé mi vista al cielo.

« ¿Qué prueba es esta, Señor? »

No estuve mucho más tiempo en el río, llegué a la casa parroquial y me di una ducha rápida, me vestí unos pantalones de jean y una camisa blanca, ajusté el cuello clerical a mi camisa y peine mi cabello con mis manos, necesitaba un corte pronto. Cuando llegué a la cocina de la iglesia, Cristina estaba sobre la mesa bebiendo café.

—Buenos días.

—Valentina me ha dicho que se va de casa... —Me detuve con la vieja

cafetera en brazos—. Dice que habló con la señora Flor, que ella va a alquilarle la casa de su hija, sabes que Rosa se fue del pueblo desde que su esposo consiguió ese trabajo en la capital; a cambio Valentina arreglará las filtraciones de ambas casas y mejorará las paredes en la casa de Rosa —llevó la tasa a su boca—. Nicky ha hecho un berrinche magistral, John estuvo tentado de darle una nalgada.

—¿Lo hizo?

—No. ¿Le dijiste algo?

—¿A quién?

—Darién Alejandro Rodríguez...

—¡Jesucristo, sueñas como mamá...!

—También me veo como ella cuando quiero —sonreí porque cada día que pasaba mi hermana se parecía más a nuestra madre—. Dijo que se había encontrado contigo en el río, que no podía seguir invadiendo nuestra privacidad y que Nicolás necesitaba su habitación... Se va esta tarde, le di algo de mi ropa.

—Entonces no piensa irse pronto... —contesté con ironía.

—¿Qué pasó en el río?

—Nada.

—Pues su resolución no parece nada.

—¡No pasó nada, Cris! —Ella arqueó una ceja—. Lo único que le dije que debía pensar en qué hacer con su vida, ese es mi trabajo.

—Ella te trastoca, ¿verdad?

—Estás hablando tonterías.

—Recuérdalo, admitiste que te atraía, ¿esa atracción ha estado creciendo o algo similar?

—Estás hablando tonterías. —repetí.

—Quieres que se vaya del pueblo... ¿Huyes de la tentación antes de que

ella te provoque?

—En ese caso, me estaría yendo yo. —Busqué en la alacena mis galletas saladas.

—No lo harás, este es tu territorio, tu comunidad, ella es la intrusa.

—Amaneciste de lo más divertida —fingí una carcajada—. ¿Dónde están mis galletas? —Respiré profundo porque estaba a punto de soltar una palabrota y hacía años que no las usaba y hacía años que no me atraía una mujer...

—Ahora vivirá al otro lado de la calle... Ha convencido a Nicky de que puede dormir con ella esta noche...

—Tengo una reunión con los hombres en media hora, confesiones en quince minutos y no he terminado de preparar el sermón para el club de jóvenes de esta tarde, fue un placer verte, hermana. —Tomé mi café solo y salí a abrir la iglesia.

Perdóname Señor, pero este día al parecer no va a mejorar.

## Capítulo 10

### *Valentina.*

Era lo mejor.

Me dije a mí misma cuando me recosté en la cama esa noche, al final Nick había elegido dormir con sus papás, así que yo estaba en esa enorme casa y sola, pero era hermosa, solo necesitaba algunos arreglos para brillar, tenía tres habitaciones, dos baños, una cocina y un patio gigante donde había algunos árboles plantados.

Aún no había verificado de qué eran, pero sabía que eran frutales, quedaba justo en frente de la casa parroquial, por lo que al día siguiente cuando desperté, vi cómo el padre D reunía a todos los hombres que se apuntaron a los trabajos de reparación, había pescadores, policías y jóvenes con deseo de ayudar. Eso era bueno, en ocasiones teníamos que hacer las cosas a nuestra manera y no esperar a que otra persona viniera y la hiciera por nosotros, al menos eso decía mi padre.

Iba a unirme a ellos, pero primero repararía el tejado de doña Flor y pintaría su casa.

Esa había sido una promesa.

El domingo llegó demasiado rápido, seguía sintiéndome sola en casa, y aunque dicen que en ocasiones la soledad se puede convertir en una de tus mejores amigas, eso no estaba pasando conmigo, podía pensar menos en Adrián y más en la fundación, en Sole y Cat, hasta en Paola. Los primeros días en casa de la hija de doña Flor —como había insistido que la llamase—, me dediqué a estucar paredes, subirme en el tejado para observar al padre D

arreglando el tejado de la iglesia, mientras yo hacía lo mismo aplicando brea y masilla para arreglar las láminas de zinc que tenían salvación.

Papá era de los hombres que le gustaba realizar las reparaciones en casa él mismo, había ayudado a su padre cuando era un niño, incluso en sus años de juventud ayudaba a los menos favorecidos, de niña me enseñó el amor por construir, pero no era solo diseñar y mandar. Papá decía que un buen líder tenía que saber ensuciar sus manos, era por eso que me gustaba reparar cosas, en mis vacaciones de verano era voluntaria de TECHO Colombia, aunque al casarme con Adrián había dejado de hacerlo.

Realmente la casa no tenía grandes reparaciones así que apenas me mantenía ocupada. seguí yendo al río, me sentaba en la roca en la que D había estado aquella mañana, saludaba a los pescadores que bajaban a trabajar y respiraba, sobre todo respiraba.

Escuché las campanadas de la iglesia y me vestí con unos jeans raídos y una blusa amarilla de las tantes que Cristina me había obsequiado, necesitaba ropa y era urgente.

El padre D hablaba del amor, del amor sin límites, de la aceptación y el perdón, de la manera como Dios en su infinita misericordia nos amaba sin límite, nos aceptaba tal cual como éramos y perdonaba nuestros pecados, y si Dios podía hacerlo, ¿por qué nosotros no? Y en un momento entre el sermón y la oración, su mirada se encontró con la mía brillante y fuerte, habló con voz clara y concisa.

—Si tenemos nuestra confianza en Jesús, no tenemos absolutamente nada que temer. ¡Él conoce el futuro y estará con nosotros en todas las circunstancias! En Isaías 41:10, Dios promete: «Así que no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa». —Salió del atril y caminó hacia la primera hilera de sillas—. Por eso, ama, acéptate, perdona...



Me levanté de la banca y salí de la iglesia, caminé con pasos lentos hacia el río. ¿Podría perdonar yo Adrián? No, en ese momento de mi vida era demasiado el dolor, la rabia y la decepción. No podía calcular el tiempo que había transcurrido desde que había llegado al río, siempre que llegaba a ese lugar me perdía en el azul del cielo y el suave arrullo del agua cuando golpeaba contra las rocas, mi mente divagaba en tiempos pasados, cuando creía tenía una vida perfecta.

Que ciega estaba.

El estómago me gruñó en protesta por no haber comido nada desde el desayuno, me levanté limpiando mi ropa y caminé de vuelta a casa... A casa de Cris, porque no había nada de comer en mi casa.

¿En qué momento mi vida se volvió un desastre.?

Necesitaba empezar a solucionar todo lo que estaba estropeado.

En vez de dirigirme hacia la casa de Cris, desvié hasta la iglesia, como siempre las puertas estaban abiertas de par en par, desde que decidí sacar la cabeza de mi trasero y dejar la auto miseria, había notado que las puertas de la iglesia siempre estaban abiertas.

Adentro el recinto estaba solo, salí de ella y la rodeé, la puerta de la casa parroquial estaba del otro lado de la puerta principal, había que cruzar una especie de patio para llegar a ella, o ingresar desde la iglesia, toqué dos veces antes de empujar suavemente la puerta y entrar, deteniéndome en seco cuando vi al padre D con un hacha cortando un árbol en trozos.

Vestía un pantalón de jean de talle bajo, no llevaba camisa y por su pecho y espalda, pequeñas gotas de sudor bajaban, sus brazos eran fuertes, un par de venas se marcaban en su piel color canela, noté cosas que no había notado la vez que lo vi en el río sin camisa... El padre D tenía tatuajes... en plural. Su hombro derecho tenía una cruz o una T, no podía verlo muy bien desde donde estaba, el otro estaba en un costado de su cadera, cerca de los

oblicuos tenía cuatro pájaros y una frase... Su pecho se veía fuerte, definido, tenía un six pack de muerte, como diría Paola, y sus pectorales parecían hecho de roca.

¡Es un sacerdote, Valentina ¿qué te está pasando?!

Carraspeé justo en el momento en que él lanzaba un golpe a un trozo enorme de corteza, su mirada se alzó y chocó con la mía, se limpió su frente con los dedos.

—Hola, padre D —murmuré acercándome.

—Te vi en la iglesia... Huiste. — su voz poseía un toque de reproche, pero lo ignoré.

—No me interesaba tu sermón, no iba con la nueva yo. —No dijo nada, en cambio tomó otro trozo y lo cortó.

—¿Qué quieres?

—Eres borde con todos o solo conmigo.

—No me gusta que me miren como si fuese un bicho raro.

—Bueno, eres el primer sacerdote con tatuajes que he visto en mi vida...

—Antes de ser sacerdote, fui solo un hombre, los tatuajes ya estaban en mi piel cuando ingresé al seminario.

—¿Qué dice? —Cortó el trozo y observó sin entender—. La frase.

—Es algo que no te importa, si me disculpas.

—¿Qué mierdas te pasa conmigo?! Estoy segura de no haber hecho absolutamente nada para que me trates como a una maldita escoria.

—Vocabulario... Estás en los límites de la casa del señor.

—Sabes, ya no me importa, piensa lo que quieras padrecito, estoy aquí porque necesito hacer una llamada.

—Ve a Valle Bravo, ahí hay llamadas locales o en la oficina del alcalde, está tan agradecido con tu llamada a la fundación que es capaz de invitarte a vivir en su casa.

No conocía el alcalde más que por el día que llegaron los materiales, desde ahí no habíamos cruzado ni una palabra, de hecho, ni siquiera sabía que vivía en el pueblo. Tomó el hacha y siguió cortando como si yo no estuviera ahí, pasaron unos minutos donde todo lo que se escuchó fue el hacha atravesando la madera.

—¿Vas a prestarme el teléfono?

—Ya sabes dónde está, o es que necesitas que te lleve...

Mascullé un «idiota » mientras pasaba por su lado, muy sacerdote y lo que sea, pero era un pesadito. Me giré antes de entrar a la casa para verlo soltar el hacha con enojo y luego negar con la cabeza.

Fui hasta su estudio y el libro de los hermanos Karamazov llamó mi atención, pero centré mi visita en el teléfono, sabía que por ser domingo nadie estaría en la fundación, así que llamé a Cat directamente a su celular.

Fue Eliot quien contestó la llamada, me quedé en silencio y tragué grueso cuando escuché su voz, Eliot era el esposo de Cat y nunca había hablado con Adrián, pero en ese momento solo podía confiar en mis amigas.

—Bueno. —Intenté cambiar mi tono de voz—. Necesito hablar con Cat.

—¡Bebé, te llaman! —gritó.

A lo lejos escuché a mi amiga gritar: « Claro que me llaman, es mi celular, ni modo que llamaran a mi madre» El sonido de un beso y sonrisas se filtró por el auricular.

—¿Sí?

—Hola Cat...

—Tina, mujer ¿cómo has estado?, ¿estás bien?

—Quería agradecerte por la rápida acción al mandar los materiales, pero ahora necesito un favor enorme.

—¿Otro? —dijo con ironía.

—Cat...

—¿En qué puedo ayudarte?

—Ropa Cat, necesito ropa, desde pantys, sostenes hasta pijamas e implementos de aseo... Y dinero, necesito dinero... y lo necesito para ayer.

—Haré todo lo posible

—Toma dinero de la caja menor, dile a Soledad.

—¡No! A tu marido le ha dado un sorpresivo interés por la fundación...

—Suspiró—. Pasa varias veces por la semana y revisa las cuentas.

—¿Qué?!

—Te busca, eso es lo que hace... Es un bastardo, cuando estoy detrás de él quiero apuñalarlo con el abre cartas, si no fuera porque se ve tan miserable, que...

—No me lo digas, no quiero saber de él, pero realmente necesito algunas cosas.

—Cuenta con ellas, ¿dónde las envió? ¿Al mismo lugar...?

—Sí, al mismo lugar.

Hablé un poco más con Cat, hablé con las mellizas que me contaron lo que habían hecho en la escuela, y me pidieron conchitas de mar; también autoricé algunas donaciones que ella precisaba como urgentes. Me tomó más de quince minutos salir del estudio del padre D, antes de abandonar la casa, fui a la cocina, tomé una botella de agua de la nevera.

Él estaba en el mismo lugar en que lo había dejado, me acerqué, tan pronto me vio y le ofrecí la botella con agua, él me agradeció y se sentó en uno de los trozos de madera, destapó la botella y bebió un sorbo largo, miré a mi alrededor para evitar fijarme en como su manzana de Adam subía y bajaba mientras el agua se deslizaba por su garganta.

—Creo que hemos empezado mal. —Extendí mi mano—. Valentina Vuelvas —dije el apellido de mi madre.

Él alzó su mirada hacia mí y por un momento el azul de sus ojos fue intenso.

—Padre D Rodríguez.

—¿Por qué pareces siempre furioso cuando estoy cerca? —pregunté.

—Son ideas tuyas. —Se pasó los dedos por la frente quitando rastros de sudor.

—Estoy segura de que no, pero si tú lo dices, entonces así debe ser.

—Bien.

—Hay un libro, en tu biblioteca, ¿me lo prestarías?

—Tómalo. —Se levantó y tomó el hacha dispuesto a seguir.

—¿No va a preguntar cuál? —increpé.

—Sin importar cuál, te lo voy a prestar, mi biblioteca es la única que hay en la comunidad, nunca digo que no si alguien quiere leer. —Colocó la botella en el suelo.

Esto empezaba a molestarme, su indiferencia, su manera de tratarme, decidí que era hora de enfrentar la situación.

—¿Estás enojado conmigo por lo que dije esa vez en el confesionario? ¿Porque me niego a perdonar? ¿Porque me fui de la iglesia?

—No, no estoy enojado contigo...

—¿Puedo hacer una pregunta? —Él dio un suspiro como pidiendo paciencia infinita, asintió hacia mí.

—¿Cómo te llamas? Estoy casi segura de que no te llamas solo D. —Su rostro se tiñó de un rosa suave, como si estuviese avergonzado, un contraste extraño con el hombre de hace unos minutos.

—No quieres saber mi nombre. —Sonrió mientras y tomó otro trozo de corteza—. Puedes seguir llamándome padre D.

—Sé que está mal, pero estoy algo molesta con tu jefe, el de allá arriba, me va a llevar un tiempo establecer relaciones con él... realmente me gustaría

que cuando nos encontráramos no actuáramos con tanta indiferencia. —Él guardó silencio—. ¿Tienes un nombre horrible que no quieres que el mundo sepa? —Soltó una verdadera carcajada antes de volverse a sentar, desenroscando la botella con agua y bebiendo de nuevo, esta vez no aparté la mirada y algo en la manera en como lo hacía, hizo que mi cuerpo se estremeciera.

—Te llaman D. —Llevé mi dedo índice a mi mentón, dándome pequeños golpes mientras pensaba—. ¿D'Artagnan?

—Un mosquetero... No tengo un corazón tan noble.

—¿Damocles?

—En el nombre de nuestro señor Jesús, ¿ese nombre realmente existe?

—Un compañero de la universidad se llamaba así, no recuerdo realmente qué significaba.

—Pues no me llamo Damocles

—Entonces es... ¡Decio! —Otra carcajada brotó de su pecho, lo vi levantarse y buscar el hacha para continuar.

—Respuesta incorrecta

—Vamos, no puede ser tan malo, ¿Demiro? —Negó con la cabeza—. ¿Demetrio?, ¿Diadelfo?, ¿Dider?, ¿Diógenes? —Cortó un gran tronco y sacó el hacha de la madera, la flexión de sus brazos me hizo perderme en su piel.

—Tienes un microchip para nombres feos en esa cabecita.

—No, solo supuse que tu nombre tenía que ser realmente desagradable para...

—Me llamo Darién

—¿Darién?

—Sí, Darién,

—¿Darién como el amante de Sailor Moon? —Él asintió solemne. No pude evitarlo, la risa salió burbujeante de mi pecho, cómo hacía mucho tiempo

no me reía.

—¿Ves? Por eso no quería decirte nada. Mi nombre siempre ha sido un motivo de burla, pero... ¿Qué puedes esperar de una niña de siete años amante la guerrera de la luna?

—¡Ay Dios! Sé que no debería, pero me muero de la risa...

Él también empezó a reír y fue cómo si un gran peso se quitara de nuestros hombros.

—Quiero un poquito menos a mi hermana cada vez que alguien lo dice... Es frustrante.

—Es tierno...

—¿Tierno?

—Cris estaba enamorada de Tuxedo Mask, por eso te nombró como él.

—Un trueno se escuchó a lo lejos.

—Parece que lloverá. —Inhalé con fuerza, el aroma a lluvia era fuerte.

—Tendré que retirar las sillas de la parroquia, aún me falta la parte de adelante.

—Estás trabajando solo en la iglesia.

—Digamos que son muchos los que dicen que ayudarán, pero son pocos los que lo hacen realmente.

—Puedo ayudarte con la iglesia, esta semana repararé las filtraciones de la señora Flor, he acabado con la casa de Rosa.

—No podría aceptar tu ayuda.

—¿Es porque soy mujer?... Eso es machista.

—Lo siento, solo no quiero que te hagas daño.

—Soy arquitecta, sé lo que debo hacer.

—Arquitecta, entre tus funciones no están levantar paredes, preparar cemento, hacer amarres en tejados...no eres una obrera.

—Tengo dos manos y se hacerlo, si bien no voy a poder ayudarte a

levantar un saco de cemento o a preparar una mezcla, puedo sostener las láminas de zinc, puedo ayudarte a estucar, sé pintar, tengo dos manos que no temen lastimarse un poco—él me observó con incredulidad—. Vamos, si te ayudo terminarías más rápido y podrías ayudar a los demás, Cristina ayuda a John.

—Cristina les da de comer.

—Yo puedo ser tu ayudante. Anda, no seas misógino...

—¡No soy misógino, por el amor a Dios! —Hice un puchero, hacía mucho que no los hacía, Adrián los odiaba decía que me veía infantil, a pesar que mientras fuimos novios él los adoraba.

Darién me miró fijamente por unos segundos, cerré mis ojos y pestañé varias veces, viéndome seguramente como una caricatura infantil, lo hice reír.

—Está bien, pero a mi manera. —Asentí—. Por cierto, gracias por el agua.

—De nada... Una cosa, ¿te molesta si te llamo simplemente Darién?

—Preferiría que me llamaras padre D cuando estemos en la iglesia.

—Me parece bien, ¿tenemos una tregua? —Volví a extender mi mano y él la apretó, la sensación de cosquilleo que quedó en mi piel me aturdió un momento, lo miré y él se veía pensativo, sonreí restándole importancia—. Iré por el libro y saldré por la iglesia. —Asintió levantándose una vez más, los pantalones le caían justo en las caderas, tenía la uve definida, era demasiado para un ministro del Señor—. Por si te lo preguntas, me llevaré a los hermanos Karamazov.

—Intuí que ese era el que querías, llévalo, léelo y luego lo debatimos. —Asentí y salí de allí cuando mi estómago me recordó que eran más de las tres y llevaba varias horas sin comer nada.

\*\*\*\*\*



Pasé toda la semana haciendo las pequeñas reparaciones en casa de doña Flor, era una vieja casona de siete habitaciones, dos baños, una cocina enorme.

Estaba terminando de estucar la pared del cuarto principal cuando ella trajo un jugo de mango para mí.

—Has trabajado tanto, niña bonita —murmuró entregándome el vaso con jugo—. Podrías quedarte a cenar. —Podría, pero estaba destruida, quería ir a casa, darme un baño y dormir hasta que el sol despuntara al siguiente día.

—Me encantaría, pero realmente necesito ir a casa. —Bebí el jugo en silencio y devolví el vaso de vidrio a doña Flor—. Terminaré aquí y daré por concluidas las reparaciones, si llueve y hay alguna filtración puede decírmelo.

—La verdad, pensé que no podrías hacerlo. —Doña Flor vivía con su esposo José y su nieto mayor, quien estaba ayudando en la escuela, sus hijos se habían ido del pueblo años atrás y venían cada vez que había un puente feriado, casualmente este fin de semana lo era—. Te ves frágil niña, cuando recién te conocí, pensé, ¿qué hace esta chica en este pueblo?

—¿Por qué pensó eso?

—Porque no eres de aquí... —Acarició mi mejilla—. Y aunque sonrías, tu corazón llora.

Tragué grueso y sonreí.

—Terminaré pronto. —Tomé la llana de acero y el estuco.

—¿Iras al festival del fin de semana?

—Me pasaré por ahí...

—Quizá podrías ayudarme con mi platillo.

—Oh, creo que no... Se me quema hasta el agua, doña Flor. —Fue su turno de sonreír...

Terminé antes de lo que había pensado, doña Flor me dio un recipiente con comida, por lo que no tendría que ir hasta donde Cris, no había recibido

noticias de Cat, pero confiaba en que mi amiga estaba haciendo lo humanamente posible para enviar lo que necesitaba.

Al pasar por la iglesia las puertas estaban abiertas, había visto a Darién un par de veces en el río, incluso corrí junto a él y nuestra carrera fue silenciosa, si bien desde nuestra última conversación había dejado de comportarse como un patán, seguíamos teniendo cero temas de conversación.

En las noches antes de dormir, abría el libro que él me había prestado y leía un par de páginas antes de caer rendida.

Llegué a casa, me di un baño y comí en la cama, busqué el libro, pero estoy segura de que no avancé más que un par de hojas antes de dormirme.

La mañana siguiente quería descansar, así que no me levanté de la cama, a pesar de que mis ojos se abrieron cuando aún estaba oscuro, encendí la luz y tomé el libro, dispuesta a avanzar lo más que pudiera y tener un tema de conversación adecuado para Darién el lunes mientras trotábamos, estar cerca de él me daba paz, aunque fuese a su lado y en silencio, esos minutos no había pena, dolor o vacío.

Estaba entrando a la segunda parte del libro cuando tocaron a mi puerta, me extrañé porque nadie tocaba mi puerta.

Me coloqué los pantaloncitos que usaba como pijama y caminé con pasos lentos hacia la entrada de la casa, los toques se hacían cada vez más rápidos, No era Cris, ella hubiese gritado algo como:

« Anda ya, levántate. Te dejo el desayuno en la cocina » .

O pasaba un papel por debajo de la puerta.

Abrí la puerta suavemente, y mis ojos casi saltaron de sus órbitas, cuando tres pares de ojos me miraron fijamente.

# Capítulo 11

## *Valentina.*

—¿Te piensas quedar ahí mirándonos toda la mañana?! —gritó Paola.  
Parpadeé un par de veces, para darme cuenta de que no estaba soñando  
—¿Tina?

Entonces empecé a llorar. Mis amigas me atrajeron hacia ellas cubriéndome con un abrazo y mis sollozos se hicieron mucho más fuertes, ellas simplemente permitieron que me desahogara, esta vez no lloraba por Adrián, lloraba por mí, por lo sola que me había sentido durante este mes y medio, por lo mucho que las había extrañado. Me tomó unos minutos controlarme y otros más para respirar profundo y poder hablar.

—No es que no esté feliz de verlas —mi voz se cortó—. Pero, ¿qué hacen aquí?

—Necesitábamos saber si estabas bien —musitó Sole dándome otro abrazo.

—No encontré otra manera de enviarte lo que necesitabas —dijo Cat—. Me alegra verte bien.

—Tenía permiso el fin de semana. —Las chicas miraron a Paola arqueando una ceja.

—¿Qué? Es verdad, mis escenas están filmadas —me miró—. Y te extraño, tonta. —Ella me jaló hacia un abrazo apretado—. Lamento mucho lo que dije la última vez que nos vimos. —Su voz se cortó y yo la abracé más fuerte.

A lo lejos vi a Darién en su ropa de correr, tenis negros, pantaloneta gris

y camisa blanca sin mangas, entrecerró sus ojos hacia mí y vocalicé la palabra “amigas”, a pesar de estar a una distancia considerable pareció entenderme, las invité a la casa y cerré la puerta con suavidad.

—Está un poco desordenado, no esperaba visitas... ¿Ya desayunaron?

—Comimos en el aeropuerto y en el vuelo nos ofrecieron una merienda

—Sole volvió a abrazarme—. ¡Nunca más desaparezcas así Valentina!

—Lo siento chicas, por qué no pasamos a la habitación, estaremos más tranquilas ahí.

Una vez estuvimos todas cómodas sobre la cama de Rosa, les relaté todo, desde el viaje sorpresa y que la sorprendida fui yo, hasta la forma en cómo llegué al pueblo, también como Cris y Nicky me habían ayudado, no pude reservarme para ellas la vez que pensé que acabar con mi vida era mejor que el dolor del alma, y cómo poco a poco me había asentado en el lugar.

—Supongo que al final Pao tenía razón —mi amiga soltó el celular y me observó con sus ojos oscuros—. No todas las princesas llevan coronas, algunas solo llevamos cuernos.

—No quiero decir «te lo dije»... Te amo, tú lo sabes, soy medio loca, pero eres una de mis mejores amigas —me tomó la mano—. Pero, te lo dije, una y otra vez.

—Es un maldito, todas lo sabíamos —intervino Sole—. Pero tú estabas tan feliz.

—Lo importante es que abriste los ojos y te diste cuenta de quién eres y cuanto vales, por favor, la próxima vez que pienses en suicidarte por una cosa tan estúpida como un hombre, hazlo... O si no, no me lo cuentes, porque lo haré yo por ti. —Cat era una excelente amiga, pero era directa, y no le gustaba disfrazar lo que iba a decir. Todas mis amigas lo eran, incluso Paola, con su falsa antipatía—. Te traje ropa, algunos elementos de aseo y comida, me dijiste que estabas urgida y ya veo porqué. ¿De quién rayos es esta casona?

Sonreí.

—Solo vengo a dormir, hay dos habitaciones más, pero no las he visto, esta tenía una cama y era todo lo que necesitaba, Cris ha sido estupenda conmigo, me ha ayudado demasiado.

—¿Tienes que pagar algún alquiler?

—No, de hecho, es un préstamo... No es que no me alegre su visita, pero ¿cuánto tiempo piensan quedarse?

—Un viaje largo y nos echan a las... —Miró su reloj—. Tres horas de haber llegado... —bufó Paola.

—No las estoy corriendo, simplemente no tengo nada aquí, sé que hay unas ollas, pero no hay nevera o algún otro electrodoméstico primordial, no hay televisor.

—¿Quién necesita un televisor cuando tiene un celular inteligente e internet?

—No tengo celular...

—Te traje uno, necesito saber más de ti, vamos a buscar las cosas al auto. —Sole y Cat se levantaron, Paola en cambio se recostó en la cama.

—¿Podrías ayudar, sabes? —dijo Cat al llegar a la puerta.

—Ustedes dos son más fuertes que yo, apenas ayer me hice la manicura.

—¡Paola!

—Ya voy mamá... —Se levantó resignada y yo con ella. Me moría de ganas por saber qué habían traído mis amigas.

Sole estaba descargando bolsas con comida, cuando llegamos al auto, Cat había entrado con una maleta, al parecer habían traído todo lo que necesitaba y más, puesto que aún quedaban un par de bolsas y una maleta en el maletero de la camioneta que habían alquilado.

—Puedo ayudarte si me lo permites —murmuró Darién. no había notado en qué momento se acercó, él me hizo a un lado tomando la maleta que había

estado intentando bajar del auto, tanto Paola como yo, nos quedamos mirando al hombre que llevaba la pesada maleta como si no pesara un solo kilo.

Pero no era la maleta lo que estábamos observando. Darién tenía ropa de trabajo, sus jeans marcaban a la perfección sus largas piernas y su trasero, estaba despeinado y su camisa no ocultaba sus fuertes brazos. Era como si en vez de sacerdote fuese algún modelo de ropa americana.

—Jo-der... —Silbó Paola por lo bajo—. Si me dieran oportunidad de pedir tres deseos lo pediría a él mismo... Las tres veces. A eso llamo yo un CPC, culo, pectorales y cara...

—Paola...

—¿Qué? —Cat y Sole observaron al hombre dejar la maleta dentro de la casa antes de reunirse con nosotras en el auto—. Esa es la razón por la que te quedaste en este pueblito... Pillina.

—La verdad está muy bueno —murmuró Sole.

—Dios sabe que amo a Eliot con todo mi corazón, pero con un espécimen como ese... Que calorón.

—¡Tú también! —Me coloqué frente a mis amigas con los brazos cruzados a la altura de mi pecho.

—¿Necesitan que las ayude con algo más? —Darién se acercó quedando justo a mi lado, olía a sudor, a madera, a sol... Mi cuerpo entero se estremeció, como si me hubiese dado un escalofrío ¡Dios! ¿Qué es lo que me pasa?

—Hay tantas cosas en las que me puedes ayudar ahora mismo... —La voz de Paola fue sensual, como esa que usaba cuando estaba grabando una escena con contenido erótico.

—¿Te conozco? —Darién miró a Pao fijamente.

—A lo mejor bomboncito. —Coqueteó.

«¿Bomboncito?»

—Sí, sales en la tele, en esa novela de las once, donde hablan de mafia, drogas y prepagos... —Paola, personificaba a Ema una agente de la interpol que se había infiltrado en la organización de alias el Guajiro, uno de los más feroces narcotraficantes que tuvo este país.

—Esa misma, soy yo... ¿Eres fan de la telenovela?

—No veo telenovelas, ese tiempo lo uso para leer o prepararme para el día siguiente, pero he visto el comercial cuando veo comiquitas con mi sobrino.

—Oh, bueno no importa—extendió su mano—. Yo también veo comiquitas —sonrió presumida —Paola Dávila, pero tú puedes llamarme Pao, Paito, bombón... —Darién se sonrojó viéndose levemente incomodo, miré a Cat pidiendo ayuda, pero ella tenía la misma mirada atontada que Paola y Soledad.

—Darién, te presento a mis amigas, Cat, Sole y Paola —señalé a Paola que tenía la mirada más guarra que le había visto en toda su vida—. Chicas él es el padre D Rodríguez.

—Padre de quién —dijo Paola sin entender—. ¿Tienes hijos? —eso hizo que el rostro de Darién se sonrojara aún más.

—No, no tengo hijos, soy el párroco por eso Valentina me presentó como el padre D Rodríguez. —extendió su mano y Cat fue la primera que pareció salir del trance al devolverle el saludo—. Soy el sacerdote de la comunidad.

—Estamos bien Darién, gracias por venir —dije sin mirarlo.

—Estaré al frente —susurró en mi oído antes de marcharse.

Paola se giró observándolo marchar.

—Ese culo no puede ser santo. —Lloriqueó.

—Hay confesiones en unas dos horas, deberías ir y de paso lavarte los ojos en la pileta de agua bendita —murmuré sacando dos bolsas más y entregándole una.

Soledad parecía haber salido del trance y ahora iba con Cat hacia la casa ya que no había nada en el auto.

—¡Es que no puede ser! —protestó Paola. —Sin quitar la mirada del cuerpo de Darién que ahora hablaba con el hijo de doña Elvira.

—¿Vienes o cambiarás de actriz a acosadora?

—¿Es que... Dios? —Siguió lloriqueando hasta entrar—. Los sacerdotes no deberían estar tan buenos. —Se dejó caer en una de las mecedoras de mimbre en una actitud completamente infantil.

Yo en cambio, me sentía completamente molesta por su actitud, por la sonrisa que le había dado a ella cuando a mí me había estado tratando como un perro, para calmarme un poco tomé las bolsas que contenían alimentos y las llevé a la cocina, mientras escuchaba a Paola decir los piropos más guarros dirigidos hacia un hombre.

¡Maldición!

—¿Qué sucede? —Cat se acercó a mí con una bolsa más—. Parece que estuvieras enojada.

—Debiste avisarme que vendrían y no aparecer aquí sin previo aviso.

—Claro iba a avisarte en el celular imaginario que tenías, si no estás a gusto con nuestra visita, entonces nos vamos y ya está.

Respiré profundamente, no podía pelear con mis amigas, las había extrañado.

—No estoy enojada, simplemente... —Moví mis cabellos hacia atrás—. No soy yo misma desde que llegué a este lugar, desde que Adrián...

—Te entiendo, somos tus amigas, no puedes llegar a entender lo preocupadas que estábamos cuando te fuiste, y cuando el idiota llegó diciendo que te habías ido a Hawái porque necesitabas vacaciones, simplemente algo no cuadró. Tu llamada a la fundación fue un gran alivio, y cuando me pediste ropa al mismo lugar donde te habíamos enviado los materiales, fue fácil



deducir que estabas aquí, decidimos venir a verte.

—Y estoy feliz que lo hayan hecho...

—No demuestres tanta efusividad, quizá te deja una línea de expresión.

—Sonreí.

—Voy a darme una ducha, siéntanse como en casa...

—En la maleta que el curita sexy trajo, hay ropa, y toallas.

—Gracias. —La abracé y ella me devolvió el abrazo.

Necesitaba unos minutos a solas, así que la idea de la ducha fue para mí un escape de todas las emociones que estaba sintiendo.

Mientras el agua caía sobre mí, intenté no pensar en lo que había pasado afuera, por qué me había molestado, la manera como mi piel se erizó cuando Darién se acercó o que Paola hubiese coqueteado y que él hubiese aceptado el coqueteo tan abiertamente.

Para cuando llegué a la habitación la maleta negra estaba ahí, la abrí y revisé entre la ropa que Cat me había traído, afortunadamente eran jeans y suéteres, un overol de jeans y deportivas, me cambié rápidamente, y cuando salí a la sala, las chicas habían preparado sándwich.

Paola había abierto las ventanas y se sentó en el marco a observar sin descaro a Darién, que estaba fuera de los muros de la casa parroquial haciendo una mezcla de cemento, el sol acariciaba su piel y pequeñas gotas de sudor recorrían su rostro.

¡Joder!

—¡Esto es tortura! —señaló Pao—. Con un sacerdote así voy a la iglesia todas las mañanas de todos los días, a todos los sermones, es más, me vuelvo católica nuevamente... ¡Lo sé, voy derecho al infierno! Si fuera paleta me le comería hasta la...

—¡Quieres callarte! Hasta donde sé, estás empezando a salir con Gael, Darién es un sacerdote, no uno de los actores o modelos con los que estás

acostumbrada a tratar —chillé, la sangre corriendo a prisa por mis venas—.  
¡Ten un poco más de respeto!

—¿Qué rayos sucede contigo?! Pareciera que te gustara el curita... ¿Te gusta? eso es... —Ella me enfrentó.

—¡Estás hablando estupideces!

—Chicas, por qué no comemos. —Sole, mediadora como siempre, intercedió en nuestra pelea.

—Sí, comamos, a ver si se te pasa esa neura...

—Lo siento... Simplemente, no soy yo... Pao...

—Olvídalo Tina, el curita está buenísimo, y sí, me lo quiero comer con la mirada, pues me lo voy a comer, ojalá pudiera comérmelo de otras maneras más...

—¡Es en serio! —Cat se levantó de la silla—. Podemos comer en paz...  
¿Paola?

—Yo no tengo ningún problema...

—¿Valentina?

—Solo te estoy pidiendo respeto, para un hombre que me ha ayudado muchísimo desde que llegué... Vine a este pueblo sin ropa, sin dinero, destruida y con el corazón roto... Darién y Cristina son mis amigos, esto lo estuviera haciendo si fueras tú la que estuviera en su lugar.

—Está bien... no diré más que el padrecito, está como un bombón por el que sacrificaría una dieta.

—¡Paola! —dijimos las tres al tiempo.

—Está bien, tampoco diré que me gustaría ser pijama para acostarme con él. —Sonrió.

—Tú no tienes remedio...

—Nah, solo sé apreciar las cosas lindas de la vida... Y ese culo es lo más lindo que he visto últimamente.

No dije nada, esa era Paola.

Pasé toda la tarde hablando con las chicas, me contaron de las continuas visitas de Adrián a la fundación, de cómo parecía nervioso al punto de que Cat pensó que me había asesinado y escondido mi cadáver en algún rincón del departamento de Antioquia.

Cuando les pedí que no me hablaran más de él, Paola abrió mi maleta y me hizo medirme la ropa que Cat y Sole habían comprado para mí, afortunadamente me quedaba, a pesar de haber bajado varios kilos, ellas también me habían traído dinero.

A media tarde salimos a dar una vuelta por la vereda, cuando volvimos a la plaza, las mujeres que pertenecían al grupo de las fieles siervas habían empezado a decorar el lugar para el festival gastronómico y me satisfacía tener dinero para colaborar con todos los platos.

Soledad y Cat se dedicaron a ayudar a las mujeres, Paola fue a la iglesia, según ella, a confesarse, pensé que su cuerpo se encendería como una antorcha cuando pisara la iglesia, pero para mí infortunio no fue así. Tomé una pila de papel crepé y me dediqué a ayudar a cortar los banderines, no supe cuánto tiempo pasó, pero cuando Paola llegó hasta nosotras, traía una sonrisa de victoria y coquetería. Amaba a mi amiga, pero en estos momentos quería borrarle la sonrisa de un solo golpe.

—Estuve hablando con el padrecito buenorro —murmuró mientras intentábamos colgar los banderines—. Tuvimos una charla interesante, me habló del sexo y la promiscuidad... Todo porque le dije que me gustaban los hombres, en general, no me importaba si llevaban jeans o sotanas... Por cierto, la sotana se le ve...

Respiré profundamente lanzándole una mirada que decía “¿te puedes callar?” Ella me ignoró y siguió parloteando la forma en cómo la túnica lo hacía ver sexy.

—¿Les molesta si las dejo solas un momento? —Cat y Sole me miraron con los ojos entrecerrados.

—Estás enojada por lo que dije. —Mi amiga tuvo la desfachatez de parecer avergonzada—. Sabes que no lo hago por mal, es simplemente demasiado sexy para que yo no tenga fantasías con él empotrándome...

—¡Paola! —grité atrayendo las miradas de varias mujeres, respiré nuevamente y me acerqué—. Realmente no sé qué te pasa, si estás en tus días o si la luna está en tu signo, pero si no le bajas a tu calentura te llevare al río y te sumergiré en él.

—Tina...

—Tina no, esta vereda es supremamente católica, lo he visto desde que estoy aquí, en dos días tú te irás y el padre estará aquí. Piensa un poco ¡por amor de Dios! —sentencie furiosa, alejándome de ellas.

Estaba enojada y había un solo lugar donde sabía que mi enojo pasaría...

Estaba llegando al río cuando lo escuché, alguien rasgaba una guitarra, recordé las palabras de Darién, a este lugar llegaban muchas personas, pero necesitaba un minuto para mí y este lugar específico, sobre esta roca, era mi lugar de paz, ese espacio en donde te desconectas de todo y solo inhalas y exhalas hasta que una sensación de plenitud te invade, que alguien estuviera tocando solo le daba al lugar más magia, y mientras más me acercaba, la melodía más me envolvía, cuando estuve a un par de pasos, la música se completó tras el tono bajo y sensual de la persona que tocaba.

Me quedé quieta, sin querer alertarlo de mi presencia, Darién estaba cantando y su voz era suave, como si acariciara la letra de la canción con ternura, era casi angelical escucharlo, nunca lo había escuchado cantar... Bueno, tampoco habíamos compartido mucho. Hubo algo en su voz que me incitaba a quedarme mientras lo escuchaba, y sé que debí hacerle notar que no

estaba solo, pero no lo hice porque me perdí en su voz, en la manera en cómo la melodía fluye mientras rasgas las notas con facilidad. Cantaba una canción reciente, de un chico que llevaba poco tiempo sonando en las estaciones radiales pero cuya voz había conquistado a muchas mujeres en el mundo y Darién Rodríguez no tenía nada que envidiarle, terminó la canción y empezó otra, una de Kani García...

*Se puede intentar hacer canciones  
El hombre ha hecho tanto por el arte  
Se puede intentar romper paredes  
Y luego hacer casas gigantes  
Y no llegué aprenderte amar  
Aunque quisiera yo no pude  
Crucé tus labios con mi boca  
y te entregué mi cuerpo  
Cansado me detengo y pienso  
Si esto es lo que merecemos*

La canción me llevó automáticamente a los recuerdos de un mes atrás, el momento exacto en el que me di cuenta de que no valía nada para Adrián, que todo lo que había cambiado, cedido y reinventado a él no le había valido de mucho. Sabía que Adrián me había amado, lo veía en sus ojos, la devoción, el amor, su manera de tratarme, dicen que cuando uno ama, cede, cede en gustos, en deseos, cede sus prioridades. Por eso ceder ante los caprichos de mi esposo para mí fue normal, estábamos bien, éramos felices... ¿O no lo éramos? ¿Nuestro matrimonio había sido una mentira? La herida a la cual le había costado empezar a cicatrizar se abrió y la hemorragia de recuerdos ahogó mis ganas de mantenerme fuerte, las lágrimas que había logrado mantener a raya, recorrieron mis mejillas y el nudo que se formó en mi garganta era tan denso que dificultaba mi respiración.

La música se detuvo y él giró la cabeza observándome, no pude pronunciar palabra, el sollozo que brotó de mi pecho fue agónico, me dejé caer sobre mis rodillas, escondiendo mi cara entre mis manos mientras lloraba.

Darién se acercó rápidamente, lo sé porque sus brazos rodearon mi cuerpo y su aroma a sol se coló por mi nariz, sollocé con gritos mientras él me sostenía, sollocé porque si bien no era ni la primera ni la última mujer a la cual su marido le era infiel, dolía, dolía amar y que no te correspondieran de la misma manera, y Adrián había sido mi primer todo, mi primer novio formal, mi primer beso, mi primer hombre... Y yo le amé desde el primer momento en que cruzamos palabras cuando el rector de la universidad lo presentó como un prodigio de la arquitectura.

¿En qué momento dejó de ser el hombre que quería ser? Lloré por él, por mí, por nuestro matrimonio roto y me dije a mí misma que tenía que sacar el dolor de adentro y no volver a llorar más por él.

No supe cuánto tiempo estuvimos ahí, Darién sosteniéndome mientras yo me quebraba por última vez y me volvía a construir, para cuando el sol empezó a ocultarse, estábamos ambos en silencio, observando el río, él tocaba la guitarra, pero no cantaba, era una manera de llenar el silencio, giré mi rostro hacia él, una sombra de barba cubría su mandíbula, sus ojos brillaban mientras miraba hacia el horizonte, tragué grueso y respiré profundamente antes de hablar.

—Gracias...

—No tienes que darlas... Me alegro de haber estado aquí, en ocasiones tenemos que derrumbarnos por completo para poder seguir hacia adelante.

—Esa canción fue la culpable.

—Es una lástima que no pueda decir lo siento... Porque no lo hago — giró su rostro y me sonrió—. Romperse es el primer paso, perdonarte es el

segundo y perdonarlo a él es el tercero. Lo harás poco a poco.

—Lo sé, nunca he sido una persona rencorosa. —Él no dijo nada, solo siguió deslizando sus dedos por las cuerdas—. Tocas muy bien, y tienes una voz hermosa. —Él detuvo sus manos y respiró profundamente.

—Gracias...

—No tienes que darlas, deberías tocar más.

—Toco los domingos en la iglesia, no siempre... pero quería tocar algo mañana, sé que van a pedirlo, y con los trabajos de recuperación he tenido poco tiempo. El río siempre me escucha... —No dije nada—. Por cierto, ¿qué haces aquí? Casi nadie baja a esta hora.

—Tuve una pequeña discusión con Paola...

—Tu amiga es una loca. —Sonrió de nuevo, noté que se le hacía un huequito en su mejilla izquierda.

—Me imagino que estuvo coqueteando todo el tiempo que duro la confesión —el leve tinte rosa en su mejilla me dijo que había acertado—. Es un milagro que no estallara en llamas como una antorcha olímpica, creo que es la primera vez en años que la veo entrar a una iglesia real.

—Creo que por primera vez satanás se sentó a su lado y anotó cosas en su libretita. —Fue mi turno para sonreír—. Te quiere mucho y está preocupada por ti.

—Lo sé, no es fácil lidiar con esto, el dolor, el vacío... —Él giró su cuerpo quedando frente a mí, colocó la guitarra en el suelo y me observó.

—Lo amas, lo seguirás amando y dolerá por mucho tiempo... —Se acercó—. Nunca podrás decirle a tu corazón que deje de amar a una persona, pero sí puedes intentar olvidar o perdonar, es lo único que puedes controlar, te aconsejo que no manches tu corazón con sentimientos que no te llevarán a ningún lugar, tú eres... —observó mis ojos y luego humedeció sus labios, su mirada se detuvo en mi boca entre abierta, apretó la mano en un puño y se

levantó—. Deberíamos regresar, está empezando a oscurecer.



## Capítulo 12

### *Darién.*

Caminamos en silencio de regreso a la plaza, mis pensamientos eran contradictorios, por un momento quería volver a sentirla cerca de mí, abrazarla, no un abrazo del tipo sexual, solo... Solo darle cobijo, consuelo, permitir que ella llorara un poco más y sacara de su interior todos esos pensamientos negativos, todo el odio, el rencor y el dolor, sobre todo el dolor, pero habría estado mal y lo sabía perfectamente, aunque tampoco lo entendía. ¿Cómo podía estar mal algo tan fuerte, algo que me hacía querer devolver los años y tomar decisiones diferentes?

Mi mente era una maraña de sentimientos confusos, a lo lejos pude divisar que los banderines estaban puestos, casi toda la comunidad se había volcado al festival, yo también debía volcarme a él y no a la mujer que estaba poniendo mi vida de cabeza. Me adelanté un par de pasos antes de que alguien nos pudiera ver, no quería tener que dar explicaciones, así que consideré entrar por la parte de la casa parroquial.

—Darién. —Su voz fue suave, se escuchaba como una niña perdida. No quise girarme, quise correr hacia el sonido de su voz que hacía que mi corazón latiera como si estuviese en una carrera, pero me giré porque era el ministro de Dios, porque era mi deber escucharla a ella y a cualquier feligrés que necesitara ser escuchado.

—¿Crees que algún día esté bien? Quiero decir, que algún día los recuerdos dejen de doler. —Pasé la mano por mis cabellos y tragué el nudo que había en mi garganta antes de contestar.

—Pasará, el tiempo cura todas las heridas, Valentina. —Quise decirle que lo había pensado y que sería más conveniente que no me tuteara, que mantuviéramos mi cargo como una barrera entre los dos y que mi hermana era la única que podía hacerlo, pero no lo dije, y no lo hice porque simplemente mi nombre se escuchaba mejor de sus labios, menos ridículo—. Depende de ti que las cicatrices se borren también.

—Perdonar... —susurró—. ¿Qué garantiza que al perdonar a Adrián, yo vuelva a ser la de antes?

Su voz se rompió al punto en que el deseo de sostenerla nuevamente entre mis brazos picaba en cada poro de mi piel, apreté el mástil de la guitarra para no cometer una estupidez.

« ¡No! ¡No puedo! ¡No debo! ¡No! »

—Nos vemos mañana. —Logré decir antes de girarme y acelerar el paso hacia la iglesia.

No me giré para constatar si ella había reanudado su camino, abrí la puerta del patio que conducía a la casa parroquial y no me detuve hasta estar en mi habitación, dejé la guitarra en el suelo y un grito estrangulado abandonó mi garganta, me postré de rodillas en mi cama y grité al colchón, una dos, tres veces queriendo sacar la frustración de mí. El recuerdo de tenerla frente a mí y el deseo de llevar mi boca hacia la suya me atacaba como si me estuviesen enterrando mil espinas en el pecho.

¿Qué pasa conmigo? ¿Con mi vocación? ¿Con mi deseo de servir a la comunidad? Eran las preguntas que me hacía. Cuando mi madre murió tomé la decisión de cumplir su última voluntad, ella había muerto en mis brazos, por mi culpa. Fue difícil, renunciar a todo lo que me gustaba, la música, mi novia... El deseo sexual que los primeros meses me mantuvo al borde de la locura, si no hubiese sido por el padre García, no hubiese cumplido mis años de seminarista.

Dos toques en la puerta me hicieron levantar la cabeza, pensé que, si no decía nada, la persona del otro lado desistiría, así que me quedé ahí postrado de rodillas, pasando las manos por mi cabello.

—Tito. —La voz de Nicky seguido por un par de golpes me hizo respirar profundo, me levanté y abrí la puerta forzando una sonrisa, mi sobrino me abrazo las piernas—. Ya colocaron las banderas y las mesas de las señoras, también van a hacer una obla de teatlo...

—¿Sí? — sonreí.

—Sí, tienes que venir a ver tito. ¡Ya está todo listo!

A pesar de que Nicky tiraba de mi mano para que saliera con él a la plaza, no lo hice, algo me decía que ella estaría ahí con sus amigas y ya había tenido mi cuota de Paola Dávila del día, por no mencionar todo lo demás que estaba pasando por mi cabeza. Así que me agaché para dar la bendición a mi sobrino y le dije que tenía cosas que hacer.

Me refugié en la sacristía, oré, muchísimo, le pedí a Dios que me ayudara con lo que fuera que me estuviera sucediendo, que me permitiese seguir en sus caminos. Reflexioné, pensé, sobre todo pensé en qué actitud debía tomar hacia ella, me sentía desleal, hacia ella y hacia mi fe, porque mientras ella me ve como a un amigo, ahí estaba yo, pensando en cosas que no debería siquiera pasar por mi mente.

Terminé el sermón de la eucaristía y me fui a mi habitación, recuperé la guitarra, noté que estaba oscuro afuera. Cris llevó mí comida unas dos horas antes, pero no tenía hambre, en lugar de comer, toqué, dejé que mis dedos rasgaran las cuerdas de la guitarra. Y antes de que pudiera detenerme, las palabras fluyeron de mi interior, mis manos tocaron como nunca antes, me dejé llevar por la melodía y por los sentimientos.

Por lo que sea que estuviera sintiendo por Valentina...

*Siento la ternura de tu mirada, traspasando mi piel.*

*Mi corazón galopa al ritmo del tuyo.  
y sé que esto no es posible y sé que lo nuestro no puede ser real.  
Pero dime cómo hago para no enamorarme más de ti.  
Ya no quiero negarlo más, ya no quiero alejarte más.  
solo quiero besarte, hundirme en el placer de tu aliento.  
rodearme de tu calor sin importar el mañana.  
amarte como un hombre puede amar a una mujer.*

\*\*\*

Cuando recosté mi cabeza en la almohada, después de escribir en mi libreta la canción, me dije a mi mismo que mañana sería otro día, que debía volver a erguir los muros y alejarme de la mujer que estaba haciendo mi mundo, mi vocación y mi fe tambalear; sin embargo, pasé toda la noche teniendo sueños extraños, sueños donde nuestras bocas se fusionaban, con el río como nuestro testigo, sueños donde ella yacía desnuda a mi lado y otros donde mis manos recorrían su piel. La mañana siguiente amanecí con una erección furiosa entre mis pantalones, lo peor de todo es que mientras buscaba la sotana blanca de los domingos, me di cuenta de que miraba furtivamente hacia la casa de Rosa a través de mi ventana, buscándola.

Oficié la misa normal, en la comunidad había un ambiente de algarabía, quizá por el Festival gastronómico, quizá porque había personas nuevas, las amigas de Valentina estaban en la primera hilera de sillas, incluso mientras citaba la homilía vi a la amiga de Valentina guiñarme un ojo, y sonreí, hasta que mi mirada se topó con la de ella, y me perdí en sus ojos avellana. Por un momento olvidé de lo que estaba hablando y la Iglesia entera rio por algo que dije. Me obligué a mí mismo a seguir hablando y a no mirar hacia ella. Pero cuando llegó el momento de la comunión, mientras el coro recitaba alabanzas, la ví llegar hacia mí, vestida sencillamente, con unos jeans, una sencilla blusa blanca y zapatillas, usaba un poco de maquillaje y llevaba el cabello caoba

recogido en una coleta, su boca se abrió y mis dedos quedaron suspendidos en el aire por unos segundos, cuando coloqué la hostia en su boca mi cuerpo se estremeció, ella me miró con los ojos abiertos y yo la observé sintiendo un corrientazo en la punta de mis dedos.

Me estoy enloqueciendo.

Terminé la eucaristía y pasé a dar inicio al festival gastronómico de las Fieles Siervas, la comunidad entera se fue a la plaza; aunque el cielo se oscureció y se escucharon algunos truenos a la distancia, no llovió. Evité acercarme a ella a pesar de que Cris me llamara un par de veces, por primera vez desde que me ordenara sacerdote no me quité la sotana, me la dejé puesta como un recordatorio constante del porqué debía alejar mis pensamientos de todo lo impropio.

Tal cual como lo sospeché, alguien sacó la guitarra de mi habitación y la comunidad pidió que les cantara, Puerto Escondido no tenía una población numerosa, ese lugar fue tierra y maleza hasta que decidieron tomárselo, empezó como una invasión, pero poco a poco lo convirtieron en un hogar.

Recibí la guitarra y me acomodé en una silla, toqué las primeras notas de una canción cristiana de *Marcos Witt*, seguí con otra de *Jesús Adrián Romero*, pero al final canté una canción mía, aunque nadie supiera que lo era, a lo lejos vi los ojos de Cristina brillar de emoción, era una canción que le había escrito a ella, una canción donde le decía que nunca debía rendirse, que tenía que seguir sus sueños y todo lo que la hiciera feliz, que no importaba el tiempo, ni la distancia, yo siempre sería su hermano y nuestro amor iba más allá de cualquier barrera.

Era mi manera de decirle, “ve con John, sigue tu camino y empieza el nuevo año con una nueva vida al lado de las personas que amas, te aman y te necesitan”. Cuando su esposo la arropó entre sus brazos supe que ella había entendido el mensaje.

Un grupo de jóvenes cambió la música de un momento a otro, el reggaetón sonaba fuerte por los amplificadores que el alcalde amablemente había prestado, Paola me llamó con un dedo y negué con la cabeza, no habría podido bailar ese tipo de música ni queriendo. Decidí sentarme en una de las mesas y John se acercó un rato después, traía consigo un vaso plástico, por el aroma pude deducir que era dulce de moras.

—¿Quieres? Puedo ir a buscarte un poco —murmuró comiendo un poco—. Doña Fátima tiene un puesto de dulces, hay de todo, desde brevas con arequipe hasta gelatina de pata.

Arqueé una ceja, no era muy fanático de lo dulce, aunque nunca he podido decirle que no a un algodón de azúcar...

—Lo mío no es lo dulce, tráeme una cazuela de frijoles con chorizo y pezuña, y me perderás.

Por unos minutos todo es silencio, observamos a los jóvenes bailar, a los chicos correr y a los ancianos comer, a pesar de que lo intenté, mi mirada se dirigió a ella, José la sacó a bailar mientras *Despacito* sonaba en los altavoces

—Gracias —dijo John a mi lado, lo miré sin entender y él lo repitió—. Gracias, esa canción, lo que has hecho por mí.

—Amas tu trabajo John y amas a tu familia, amas a mi hermana lo veo en tus ojos.

—Creo que es más que amor, ¿sabes? a pesar de todo el tiempo que pasamos separados, creo que mi amor por ella crece.

—Lo sé, y más te vale hacerla feliz... Tengo tratos con el de arriba. —John sonrió—. ¿Cuándo vas a irte?

—En unas tres semanas, el tiempo suficiente para que el hospital esté como nuevo.

—Gracias hermano. —Palmeé su hombro, mientras observaba a mi

hermana caminar hacia mí.

—¡Me debes un baile! —acusó a su marido.

—Eso no es un baile. —Señaló a dos jóvenes en mitad de la plaza—.

Eso es tirar<sup>[6]</sup> con ropa...

—¡Jonathan!

—¿Qué? Esa música es horrible, si mi madre me viese bailar eso...

—Pues gracias a Dios tu madre no está aquí. —Lo tomó de la mano—.

Ven, no me hagas rogar...

—Si mi pantalón se crece será tu culpa mujer...

—¡Oigan ustedes dos, que no están solos! —Fingí escandalizarme y ellos rieron, al final John acabó cediendo y fueron a un costado de la pista, mis ojos buscaron a Valentina, pero no la vi, José bailaba con Laura, la hija de Tomás.

—Hola guapo. —Arqueé una ceja, era Paola.

—Tu cuñado tiene una estaca clavada en el... En el lugar donde no le da el sol. —Se burló de su broma.

Miré a John intentar seguirle el ritmo a Cristina, pero bailar no era una de las virtudes de mi cuñado.

—Dicen que lo importante no es bailar, sino divertirse...

—¿Entonces tú no te diviertes?

—Depende

—¿Depende? —repitió.

—Sí, antes de convertirme en sacerdote, hice muchas cosas, hija.

—¡Dios! No me digas hija, Darién.

—Padre D, o Reverendo Rodríguez. No debes tutearme. —Ella se vio avergonzada—. Como te decía, antes de entrar al seminario bailé, bebí. — Señalé su lata de cerveza.

—¿Follaste...?

Una carcajada brotó de mi pecho.

—Eso es algo que no te voy a contestar.

—¿Cómo haces? —Curvé mi ceja otra vez—. Para ser célibe, no lo entiendo.

« Con mucha, mucha paciencia, fuerza y deseo de servir »

—La castidad es una virtud que nos permite elevar y consagrar el amor a Dios, no es una imposición, es una convicción.

—Yo no podría ser casta ni volviendo a nacer... Me gusta el sexo, la liberación de endorfinas, el roce de pieles.

—¡Padre D!

«Gracias a Dios»

—La señora Juana necesita ayuda con su asado. —Miré mi sotana blanca y a Paola Dávila, definitivamente usaría más detergente la próxima vez que la lavara...

Para cuando me dejé caer en mi cama, estaba completamente agotado pero feliz, habíamos logrado reunir una cantidad suficiente que completaba la que los amigos de John habían donado, tomaría la vieja camioneta de Tomás e iría a la ciudad para conseguir los suministros básicos del hospital y dejaría las cartas que entregaría a las grandes distribuidoras de juguetes infantiles para la novena de la iglesia y de Valle Bravo.

Mis sueños estuvieron confusos, soñé con Cris y Nicky, con Valentina y hasta con Paola, pero al día siguiente di un suspiro de alivio cuando desperté sin la incómoda presión de una erección.

Los días siguientes pasaron con normalidad, me encontraba con Valentina en medio de mi carrera matutina, corríamos en silencio y hablábamos de cualquier cosa una vez llegáramos al río, un día después de que sus amigas se fueron, ella se presentó en la iglesia, vestida con un overol de jean y una coleta alta.

Aunque le dije que no necesitaba de su ayuda, tomó la tarrina con estuco



y me ignoró, empezó a estucar las paredes que debido a la humedad habían perdido parte de la pintura y formado grietas. Trabajamos en silencio, cada quien haciendo lo suyo, y no podía negar que su ayuda me había quitado al menos dos días de trabajo.

Seguía estando confundido acerca de ella, pero después de la visita de sus amigas, el dolor había menguado en su mirada, quizá la fase donde se perdonaba ella misma estaba empezando a surgir y de eso a que ella perdonara a su esposo quedaba muy poco.

Me gustaba más esta Valentina, la que jugaba en la plaza con los niños, la que había montado un club de lectura con los adolescentes en su casa y colaboraba a las fieles siervas con cualquier cosa que ellas necesitaran.

Nos tomó dos semanas levantar el hospital, John estaba orgulloso y satisfecho, tenía suministros básicos cómo para estabilizar a un paciente y enviar a Tarazá o incluso hasta Medellín. Y con el hospital terminado mi cuñado y su equipo, se unieron al equipo de Tomás, a la parte destruida de la escuela le faltaba muy poco para ser finalizada Yo había terminado de ajustar las láminas de zinc y llevaba más de la mitad de las láminas de cielo raso de *drywall*, cuando Valentina me llamó.

—¡Darién! —Me giré con las puntillas sujetas por mis labios—. Parece ser que no tengo agua en casa.

Me saqué las puntillas para hablar:

—No hay agua en el sector, al parecer un problema del acueducto. —En esos días, trabajando con ella, teniéndola cerca; había empezado a conocerla, era de alma noble, altruista y era bellísima.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —Me mostró sus manos sucias de estuco—. Creo que tengo arena en el cabello. —Y debía tener, ya que ella estaba

trabajando debajo de mí.

—Mi baño.

—¿Ah?

—¡Usa mi baño, hay un tanque elevado! —grité—. Solo déjame un poco de agua, también necesito lavarme. —Ella alzó sus pulgares y yo seguí con mi tarea.

Tan pronto ajusté todas las láminas, me solté del arnés que Valentina me había obligado a usar y recogí todos los materiales, estaba lleno de polvo y podía sentir la arenilla en mis manos, nos quedaba pintar la iglesia y barnizar las nuevas butacas que Pedro, el carpintero de la comunidad, había hecho gracias a la madera donada por *Abrazos de fe*.

Valentina estaría en el baño, por lo que fui a la cocina y bebí dos vasos de agua antes de respirar profundo, era miércoles y faltaban un par de horas antes de que tuviera que officiar el sermón, así que tenía el tiempo justo para ducharme, quitar mi barba, vestirme y afinar los detalles de la parábola del día. Con todas esas cosas en mi cabeza y repasando la lectura del libro de Mateo, abrí la puerta de mi habitación.

Nunca ni en mis más alocados sueños imaginé encontrar a Valentina ahí.

A Valentina desnuda.

## Capítulo 13

### *Darién.*

—¡Jesucristo de Nazareth! —Las palabras salieron de mi boca tan rápido como Valentina se giró.

Sus ojos se enfocaron en los míos por unos segundos, mi miembro se empalmó en el confín de mis pantalones, porque, aunque me costara admitirlo, había visto todo lo que se podía ver.

—¡Lo siento! —Cerré la puerta, completamente cabreado.

¿Qué hacía ella ahí? ¿Por qué estaba desnuda? Respiré profundamente mientras intentaba calmarme, afuera había empezado a llover y estaba casi seguro de que si salía al patio iba a echar humo por los poros, caminé hacia la cocina, eché agua en la cafetera y el café. Cerré los ojos y apreté el puente de mi nariz en un vago intento por calmarme.

¿Por qué?

« ¿Es esta una prueba Señor? »

Lo peor de todo era que entre mi rabia y frustración había otro sentimiento haciendo mella en mi interior. La culpa.

Me sentía culpable por lo que sentía, por lo que sucedió, debí haber cerrado la puerta enseguida, debía dejar de pensar en ella y sus formas desnudas, debía...

Estampé mi puño contra la mesa de cemento sin poder contener todas esas emociones que me tenían tan confundido.

¡«¡El debía», ya no servía!

Y la culpa me estaba carcomiendo tan fuerte como el dolor en mi mano,

la reacción inequívoca de que me estaba desviando del camino que elegí hace tantos años para mí.

Apreté mi mano en un vano intento por menguar el dolor y respiré tan profundamente como pude, intentando controlar la desazón.

—Lo siento —su voz se filtró por mis oídos—. El baño estaba húmedo y se mojaría mi ropa, no pensé que te desocuparías tan rápido o quizá yo tardé demasiado...

La cafetera empezó a pitar y con ella el ambiente se llenó del tranquilizante aroma del café recién hecho, sin decir una palabra alcé una mano y saqué un vaso de la alacena, quería café fuerte sin una gota de azúcar y tan amargo que me quitara el mal sabor de boca que tenía.

Estaba pecando, mis pensamientos estaban siendo lujuriosos y mi vida era un poema, y todo por una mujer.

—Darién di algo... —guardé silencio, en ocasiones es mejor callar y esa era una de esas ocasiones—. Mira, no fue mi intención —por la ventana observé la lluvia caer, parecía no querer escampar pronto—. No viste nada, y estoy segura de que no soy la primera mujer a la que has visto desnuda.

¡Oh linda!

—Da...

—Está bien, hija —marqué el «hija», como si quisiera poner una barrera entre ambos—. No fue algo premeditado. —Me giré y tomé un sorbo de mi café, estaba amargo y caliente, mas no me importó.

Ella mordió sus labios, se había puesto un sencillo vestido de tirantes estampado de flores que le llegaba a medio muslo, pero mi mente solo pudo recordar lo suave que se veía el contorno de su cuerpo, y eso me enfureció aún más de lo que estaba.

—¿Podrías dejarme solo? —Intenté que mi voz se escuchara suave, pero no lo logré—. Por favor.

—Claro, y de nuevo, lo siento... —Pensé que se iría hacia otro lugar, pero ella caminó directamente hacia la puerta, su rostro se giró hacia mí, mirándome desde su hombro con una expresión abatida—. Espero que sigamos siendo amigos.

Asentí, pero no hice nada para detenerla cuando salió a la lluvia, no moví ni un solo músculo cuando ella empezó a caminar por el patio en dirección a su casa, no hice nada aun sabiendo que hacía pocas semanas ella había caído presa de un gran resfriado. Simplemente la dejé ir, y cuando se perdió de mi periferia estrellé mi vaso de café contra la pared, molesto con el maldito universo.

Y sí, estaba maldiciendo en la casa del Señor.

\*\*\*

No supe cuánto tiempo me quedé ahí de pie, viendo la mancha oscura en la pared, era cómo si mi cuerpo entero estuviese entumecido, luego me duché y me coloqué unos jeans y una camisa negra, apreté el cuello clerical en mi mano antes de llevarlo a mis labios.

« Señor hazme fuerte »

« Señor hazme digno »

Me paré frente al espejo y ajusté la banda blanca a mi cuello con un poco más de fiereza antes de observarme, tenía la sombra de una barba de tres días que cubría toda mi mandíbula, debía cortarme el cabello esa semana, por último me miré, mis ojos se veían opacos, mi mirada culpable. En definitiva, me sentía como un traidor y mi reflejo me lo confirmaba.

Tragué saliva y salí de la habitación, afuera la lluvia se había vuelto más fuerte, ni siquiera miré el gran crucifijo que estaba en el corredor que unía a la

casa parroquial con la iglesia.

Mi templo, la casa de Dios.

Ni siquiera el que no hubiera filtraciones hizo que mi alma se sintiera mejor; en cambio, regresé mis pasos hasta mi sacristía, busqué entre mis libros la biblia de mi madre y me senté en el escritorio.

« Háblame Señor »

Abrí el libro para encontrarme con Mateo 5: 28 “Pero yo os digo que todo el que mire a una mujer para codiciarla ya cometió adulterio con ella en su corazón.”

Respiré profundamente y volví a abrirla en cualquier parte y leí.

“Y él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados.”

No sabía cuántas horas llevaba leyendo pasajes aleatorios hasta que mis ojos clamaron por descanso.

Busqué en mi gavetero el rosario que me había regalado mi consejero espiritual y me recosté en la silla, girando hacia la ventana que daba a un costado de la plaza, en algún momento había dejado de llover y ahora que había oscurecido podía observar las estrellas brillar en el firmamento, cerré los ojos y empecé a cantar una vieja alabanza.

La música siempre me calmaba, desde que tenía memoria era la melodía de una canción la que lograba la paz absoluta, aunque la mayoría de canciones que componía eran referentes al amor, también tenía algunas en donde desnudaba mi alma a Dios.

« Tal como soy Señor, sin nada que entregar

Más que el corazón, me rindo todo a ti;

Tómame Señor, tal como soy [7]»

Supe el momento en el que ya no me encontraba solo, a pesar de que estaba completamente oscuro.

—¿Te encuentras bien? —La voz de mi hermana fue suave; no quería mentir y sentirme más sucio de lo que ya me sentía.

—No.

—¿Qué sucede? —Cristina se acercó a mí.

—No me siento yo, Cris —murmuré con desgana—. Estoy sintiendo cosas que no debería sentir, no es que no hubiese sentido estas cosas que están en mi interior desde que me ordené, pero siempre he podido controlarlas, ayuno, oración y palabra del Señor es todo lo que necesito para volver al redil, pero con ella aquí...

—Pídele que se vaya.

—No puedo hacer eso. Ella nos necesita, es tu amiga, Cris.

—Tú eres mi hermano y ella está afectándote... Y eso no es tu culpa.

—Sí lo es...

—El hecho, es que sigues siendo un hombre, Dari, y si ella es la tentación lo mejor para ambos es que ella vuelva por donde vino.

—Eso es lo peor...

—¿Qué?

—Que no quiero que se vaya, que quiero que se perdone... ¿La has visto? Es feliz mientras ayuda, no solo es muy bella, tiene hermosos sentimientos y...

—Y eso tiene tu mundo de cabeza.

—Voy a controlarme, tengo que hacerlo, haré más ayunos, oración. Elegí esta vida, Cris, elegí servir y si esto es una prueba, la aceptaré con todo lo que conlleve...

—Ve con el padre García.

—Lo haré...

—Y come... nada ganas con no hacerlo. ¿Quieres que corte el cabello?

—Metió sus manos por mi pelo, acariciando mi cuero cabelludo.

—Por favor...

\*\*\*

La mañana siguiente me levanté temprano cuando aún estaba oscuro, mi cuerpo se sentía cansado; sí, había pasado toda la noche soñando con entregarme a lo que sentía, soñando con Valentina desnuda frente a mí, soñando que por fin ella y yo éramos uno solo, soñando con sus labios, su cuerpo y el deseo entre ambos. Mi pene se endureció con el recuerdo del día anterior, de ella sin nada cubriendo su cuerpo, y resoplé tratando de ignorarlo. Mientras me duchaba mi mente me jugaba malas pasadas trayendo a mi presente recuerdos, como la vez que ella llegó a la comunidad y cómo su cuerpo se amoldó al mío cuando la llevaba inconsciente a la habitación, la manera en cómo sus labios me incitaban cuando la fui a visitar a casa de Cris, sus ojos dolidos cuando quité el cuchillo de sus manos y mi reacción cuando la vi.

Apreté las manos en un intento desesperado por no tocarme a mí mismo, aunque mi cuerpo entero me pedía que lo hiciera. La última vez que me había masturbado tenía dieciocho años, y no caería tan bajo, no iba a perder el control, ni a traicionar mis votos más de lo que ya lo había traicionado, cerré la llave del agua y me vestí rápidamente, con mis mejores jeans y una camisa negra de mangas largas, acuné el cuello a la camisa y me miré en el espejo. Sin barba y el cabello más corto me veía mucho más joven de lo que realmente era.

Cerré la iglesia y salí por la casa parroquial, no miré a la casa de Rosa



en ningún momento, caminé hacia la salida del pueblo y esperé por el bus que me llevaría a la ciudad.

Era esto o volverme loco.

La iglesia de San José, ubicada en uno de los mejores sectores de Medellín se alzaba majestuosa, a pesar de que aún no eran las ocho de la mañana, algunos feligreses estaban en el lugar.

El padre Jesús estaba en el confesionario, así que llegué y me senté en la primera hilera de sillas, esperando paciente, orando en silencio, con el rosario sujeto en mis manos, no había pasado media hora cuando sentí a mi consejero espiritual sentarse a mi lado.

—Necesito confesarme padre, porque he pecado —dije, sabiendo que era él.

—Ya decía yo que esta visita no era gratuita. —Sonrió—. Vamos hijo, más que una confesión creo que necesitas alguien con quien conversar. —Me levanté de la banca y esperé a que él hablara con uno de sus ayudantes antes de caminar hacia su sacristía.

Una vez ahí, sacó dos botellas con agua de una nevera pequeña y me tendió una antes de sentarse tras su escritorio.

El padre Jesús era alto, con algunas canas en su cabello negro, de contextura gruesa y bonachona, pero llevaba más de treinta años de servicio, era serio en su trabajo, tenía una vocación formidable y una conducta intachable, había sido el guía espiritual de mi familia desde que tenía uso de memoria, estuvo ahí cuando trajeron el féretro de mi padre y cuando mamá murió. Por eso cuando estuvo cómodo y habló, su actitud distante me cayó como un balde de agua helada

—Padre Rodríguez. ¿A qué debo su visita? —Su voz era inflexible, pese a ello, me animé a hablar.

—Padre García. —Mis palabras salieron burdas y torpes mientras pensaba lo que le diría, un sudor frío recorrió mi espalda y él se acomodó en su silla, observándome sin decir palabra, apreté el rosario en mis manos.

—¿Cuál es el nombre de la chica? —Un temblor rodeó mi cuerpo.

—¿Cristina te lo ha contado...?

—No, pero no vienes a mi iglesia y me pides una confesión, porque has tomado dinero de la limosna para comprarte un helado.

—Yo...

—Desembucha. —Ahora parecía molesto, y lo peor de todo, es que su actitud empezaba a cabrearme—. Voy a hacerte una pregunta. —Sus ojos parecieron taladrar los confines de mi alma—. ¿Estás dispuesto a renunciar a tu fe por ella?

¿Renunciar a mi fe por Valentina?

—No he hecho nada malo.

—No has hecho nada malo, pero vienes a mí por una confesión.

—¿Podrías dejar de intimidarme e intentar entenderme?

—La respuesta a la pregunta que te hice es fácil Darién, sí o no. ¿Has roto tus votos?

—No, y no pienso hacerlo, pero estoy confundido, muy confundido y es frustrante.

—Todos hemos estado confundidos en algún momento, Darién. —Colocó los codos en su escritorio y su cuerpo se inclinó hacia delante—. Tienes culpa, y la culpa me dice que has pecado de pensamiento, que has estado a punto de romper tu voto de celibato.

Agaché la cabeza y llevé las manos a mis cabellos cortos.

—No sé qué hacer —mis ojos se anegaron en lágrimas—. Llevo días luchando contra esto, contra todo lo que ella me inspira, amo mi vocación, a pesar de la manera en cómo entré al seminario.

—¿Ella lo sabe? ¿Es recíproco?

—No lo creo... —Tartamudeé.

—¿Tu deseo es sexual?

—No lo era al comienzo, pero ahora —alcé la mirada—. ¿Qué puedo hacer? Necesita mi ayuda, mi guía, está tan rota y dolida y me siento como un cerdo cuando estos pensamientos llegan a mí.

—Te diría que huyas de la tentación... Te lo diría si supiera qué es lo que necesitas, pero no puedes huir... —Se levantó de la silla y caminó hacia mí, sentándose en su escritorio—. Esto no es una prueba Darién, tienes que dejar de verlo como una prueba o como una tentación. Estarás en mis oraciones hijo y que Dios ilumine tu camino y decisiones.

Las lágrimas descendieron por mis mejillas me sentía abrumado por toda la lucha de emociones que se desataba en mi interior, me sentía débil y avergonzado por confesar que me sentía atraído por una mujer, cuando había renunciado a ello. El padre García me observó con compasión y luego de varios minutos en silencio, me dio una penitencia y me envió de regreso a casa, a mi parroquia y a mi comunidad.

Mientras iba en el autobús de regreso observé mi entorno y me dije que una vez más haría frente a lo que estaba pasando en mi interior.

Tenía que hacerlo.

Los días siguientes intenté llevar mi vida normal, Valentina venía a la iglesia y debatíamos sobre la iglesia, el catolicismo y demás temas que contiene el libro de los hermanos Karamazov, la escuché reír y regañé a mi corazón cuando aleteaba desahogado, lloró también un par de veces cuando le pregunté qué hacía antes de huir. Sus manos estaban lastimadas pero, aun así, se ofreció a ayudarme a barnizar las nuevas bancas de la iglesia, tenía un teléfono celular que le dejaron sus amigas, y lloraba cuando su padre la llamaba. Me obligué a no ir tras ella, a no abrazarla como mi piel me lo pedía,

trabajamos juntos después de las confesiones hasta algunas horas luego del almuerzo.

Oficié misa sintiendo paz, a pesar de que mis pensamientos hacia ella seguían siendo confusos seguí con mis obligaciones y seguí observándola. Pasaba mucho más tiempo en la iglesia, acudía a las eucaristías, y junto a Cris y un par de mujeres más, armaron el pesebre antes de que empezara la novena de aguinaldos.

Estábamos cubriendo el piso de la iglesia para pintar las paredes, cuando Cristina nos trajo de comer y nos quedamos charlando los tres en la cocina, aprovechando que Nicky revoloteaba poco por la iglesia ya que su padre estaba en la comunidad, sobre todo porque en una semana Jhon retomaría su trabajo.

Estaba terminando de almorzar cuando Alberto, uno de mis monaguillos, llegó a buscarme. Él se había quedado junto con varios jóvenes y varias de las mujeres entregadas a las fieles siervas, envolviendo las estatuillas y las imágenes eclesiológicas para empezar la pintura mañana.

—Padre D, ¡Padre D! —El muchacho llegó cansado, sostenía sus manos en sus rodillas y tomaba aire fuertemente, tanto Cristina como Valentina lo miraron como si de pronto le fuese a salir un ojo en medio de la frente—. Ha llegado un gran camión y un hombre pregunta por usted.

Lo seguí por el corredor y llegó hasta la iglesia un conductor de una empresa de mensajería, estaba cerca al altar.

—Padre Darién Rodríguez. —Se rio, pero lo disimuló con una tos—. Tengo una entrega para usted. —Cris me miró con el ceño fruncido.

—¿Una entrega?

—Sí, de la empresa Juguetes Point.

«¡ Bendito seas mi Dios! »

—¿Juguetes? —Fue Valentina quien habló, yo firmé la remisión y los

trabajadores empezaron a descargar las cajas del camión.

—¿Qué es todo esto padre D? —preguntó Valentina mientras las fieles siervas abrían las cajas.

—Son juguetes para las novenas de aguinaldos. —Sonreí realmente feliz—. Pedí la donación hace unas semanas, Dios, hay tantos que son suficientes para nuestra novena y la de algunos pueblos aledaños.

—Haces un gran trabajo Darién, realmente te admiró. —Intenté que su mano en mi brazo no transmitiera las miles de cosquillas que sentía cada vez que estábamos juntos, pero su sonrisa y su mirada de orgullo hizo que mi mano cobrara vida propia y la colocara sobre ella, sentí cómo el ambiente se electrizó y Valentina miró mi mano sobre la suya con los ojos oscurecidos. Antes de pasar la lengua por sus labios, mis ojos se enfocaron en la suave piel rosada, haciendo que el deseo se arremolinara en mi vientre bajo.

Cristina carraspeó haciéndome dar un brinco, afortunadamente estaban tan absortos en la donación que nadie había reparado en el breve momento de debilidad de su sacerdote.

Estuvimos casi toda la noche desempacando los juguetes, distribuyendo los que se quedarían en el pueblo y los que se donarían. Una vez terminamos las diez cajas de juguetes fueron llevadas a mi habitación en la casa parroquial y luego retomamos el trabajo de cubrir con papel periódico los pisos tanto de la iglesia como de mi estudio para evitar ensuciarlos, Valentina, incluso, se ofreció a acompañarme a llevar los juguetes, pero un movimiento en la cabeza de Cris me indicó que no era una buena idea, igual decidí dejar la posibilidad abierta. Cerca de la medianoche, cada quien volvió a su hogar.

Me sentía pletórico, tan feliz que el sueño vino a mí rápido y esa noche no soñé con Valentina, si no con los rostros felices de los niños de Valle Bravo y Puerto Gaitán a quienes les llevaríamos parte de las donaciones.

# Capítulo 14

## *Darién.*

Cuando desperté la mañana siguiente, el día estaba oscuro, aun así, calcé mis tenis e hice mi carrera matutina con normalidad. Valentina se unió a mí en la intercesión a Valle Bravo, llevaba una licra deportiva y una camiseta sin mangas.

—¿Listo para la jornada maratónica de pintura? —preguntó trotando en su lugar.

—Completamente listo, me alegra que la celebración a la Inmaculada Concepción nos deje una iglesia restaurada... Todo gracias a tu noble llamada y ayuda.

—No, yo no hice nada, todo esto fue gracias a ti. Jhon, Thomas y su equipo están muy adelantados en la escuela. —Retomé la carrera hacia el río.

—Jhon quería dejarla terminada, pero bueno, yo podré darles una mano el lunes.

—Y yo también.

—Deberías descansar...

—No tengo nada que hacer. ¡¿A que no me alcanzas?! —gritó antes de empezar a descender hacia el río, sonreí intentando atraparla, pero ella era rápida y su cuerpo había ganado peso y músculos, aún tenía recuerdos de su piel cremosa por las noches, pero lo espantaba rápidamente con una oración, desaceleró cuando se acercó a la parte enmontada del río y fue mi turno para acelerar, atrapéndola por la espalda y alzándola mientras reíamos, su espalda

pegada a mi pecho, su redondo trasero presionando mi ingle, el aroma a vainilla y sudor se mezcló, haciéndolo exótico a mi olfato, tenía que soltarla, pero no lo hice, en cambio bajé sus pies al suelo y aferré mis brazos alrededor de su cintura, inhalando su esencia profundamente, ella no dijo nada, aferró sus manos hacia mí quedándose en silencio.

—Lo sientes... Tú también lo sientes.

—Calla. —Mi cabeza estaba en el hueco de su cuello—. No digas nada.

—Este cosquilleo...

—Shhh... —La apreté más a mi cuerpo—. Perdóname.

—No. —Ella acarició la piel de mis brazos desnudos con la punta de sus dedos—. No puedo perdonarte por esto, no cuando me haces... —Me alejé.

Ella se giró, sus ojos acuosos se enfocaron en los míos.

—Nos vemos en la iglesia para comenzar la pintura. —Me giré y hui como el cobarde que era, y mientras caminaba de regreso a la iglesia no dije nada, blanqueé mi mente y me concentré en correr, en hacer mi rutina desde el comienzo, enojado conmigo mismo y frustrado a más no poder.

La pintura iba bien, entre Valentina, Cristina, y yo habíamos echado la primera mano de pintura en horas de la mañana, mientras José, el nieto de doña Flor y Alberto, mi monaguillo, pintaban los zócalos y barnizaban las puertas. Almorzamos en la cocina de la casa parroquial, para el final de la tarde la iglesia lucía un suave tono crema, y nos habíamos dedicado a colocar las imágenes y estatuillas en su lugar. Cerca de las siete de la noche solo quedábamos Cristina, Valentina y yo, terminando los detalles.

—Amor. —Alzamos la vista de los escalones frente al altar, donde descansábamos un poco para ver a Jonatan vestido con una camisa de manga larga y unos jeans ceñidos—. No me digas que lo olvidaste.

Mi hermana se vio visiblemente avergonzada.

—Lo siento...

—Siento que nos estamos perdiendo de algo —dijo Valentina, y aunque no era una pregunta, me vi asintiendo.

—Me voy el lunes y quiero llevar a mi mujer a bailar. —Jhon sonrió de medio lado—. Hay un lugar en la carretera que conduce hasta Río Negro, Tomás va a prestarme su camioneta y doña Elvira se quedará con Nicky esta noche, así que... —Miró el reloj en su muñeca—. Tienes veinte minutos para volverte aún más hermosa, mi reina. —Ayudó a Cris a levantarse y dejó un beso en sus labios.

—Estaré lista en quince —susurró ella y el volvió a sonreír, amaba la manera en como ellos se veían, a pesar de que Jhon se marcharía en dos días, me sentía dichoso porque Cris lo seguiría después de año nuevo—. No sé queden mucho tiempo y coman algo. —Ambos asentimos porque Cristina era como una mamá gallina, siempre velando por sus polluelos.

—¿Sándwich?

—Suena bien. —Me levanté del suelo y tendí mi mano hacia valentina, si sintió el mismo temblor que yo sentí no dijo nada, tampoco dijo nada de mi repentino arranque de la mañana y eso estaba bien. Ella preparó los emparedados y comimos en la cocina.

—¿Lo extrañas?

—¿A quién? —Alcé una ceja—. A tu marido.

—Adrián ya no es mi marido —murmuró comiendo su emparedado—. Y no, no lo extraño, de hecho, ahora que el dolor se ha ido puedo decir que tampoco lo sigo amando... Estaba ciega, ¿sabes? Él fue mi primer todo, era una niña cuando me empeñé en casarme con él... y él se encargó de dañar mi amor.

—¿Lo perdonarás algún día?

—Sí, pero no va a ser pronto.



—Eso es porque aún lo amas... —Y no supe por qué esa afirmación laceró mi costado.

—Quizá, pero ya no siento por él lo que sentía antes. —Recogió los platos y se levantó de la mesa—. ¿Qué dices, pintamos las paredes de tu estudio?

—Despacho parroquial.

—Sí, como sea...

—¿No estás muy cansada? —Negó con la cabeza—. Está bien, podemos adelantar algo.

Estaba terminando de pintar la pared detrás de mi escritorio mientras Valentina pintaba las ventanas.

—Creo que la otra capa de pintura puede quedar para mañana, aparentemente va a llover, así que terminamos esto y... —Me quedé en silencio cuando sentí cómo unas gotas mojaban mi camisa, me giré en el preciso momento en que Valentina sacudía su brocha nuevamente, por un instante pensé que había sido un accidente, pero la sonrisa en su cara me decía todo lo contrario.

—¿Qué has hecho? Dime que tú no acabas de hacer eso que yo creo que hiciste, Valentina... —exclamé con una sonrisa—. ¡Eres una traicionera traviesa! —Fingí mi enojo sacudiendo mi brocha y llenando su blusa blanca de manchitas color café.

—¿Yo? —Fue su turno de fingir—. No hice nada malo, solo fue una broma —Sonrió—. Dedícate a pintar padre D.

Negué con la cabeza girándome justo para sentir cómo ella pasaba la brocha completamente húmeda por mi espalda.

—¡Por los clavos de Cristo! Dime que no quisiste hacer eso...

—Yo... —Hundí mis manos en lo que quedaba de pintura y caminé hacia ella.

—No te acerques. —Ella rio, agarrando su brocha como si fuese una espada.

—Pero si solo quiero darte un abrazo... Por la colaboración. —Me acerqué un par de pasos más.

—¡Es en serio, aléjate! —Ella retrocedió.

—Y si no lo hago ¿qué? —Le respondí acercándome más, y ella tomó el cubo que contenía su pintura—. Tú no harías eso...

—Das un paso más y te tiño completo, novio de Sailor Moon —dijo ella amenazante, pero no podía evitar reírse.

Me reí como tonto de su advertencia y me acerqué más a ella, Valentina lanzó el contenido del cubo de pintura, pero afortunadamente no era mucho, y cuando se vio sin ningún objeto como arma, empezó a correr mientras yo corría tras ella, estábamos riéndonos, divirtiéndonos, la atrapé cuando bordeó el escritorio, pasando mis manos en su cuello y pecho mientras ella pintaba mi cara con su brocha, en medio del juego sin sentido, perdimos el equilibrio gracias a los papeles húmedos, me giré buscando que el mayor impacto lo recibiera yo y no ella, caímos con un golpe sordo, ella sobre mí y me quejé cuando mi columna entera golpeó el duro suelo.

—¿Estás bien? ¿Darién?

La miré, la preocupación en su mirada, esos hermosos ojos color avellana que llevaban tiempo enloqueciéndome, su nariz pequeña y perfilada y sus labios, esos labios rosas que perseguían mis sueños, entonces lo olvidé, mis votos, mi vida como clérigo, el ambiente se llenó de una electricidad deslumbrante, respiré profundamente llenándome con su esencia y cerré la distancia entre nuestros rostros.

Sus labios eran incluso más suaves de lo que los había imaginado, aun así, eran firmes, le tomó un momento devolver mi beso pero cuando lo hizo se dejó llevar moviendo nuestras bocas juntas, presioné su cabeza contra la mía,

el beso fue tierno, delicado, sin prisas, los labios encajando perfectamente, lenguas moviéndose con cautela dentro de nuestras bocas, mis manos subieron por sus costados acariciando su espalda y las suyas tiraron de mi pelo, rodamos quedando sobre ella sin dejar de besarnos, como si estuviera bien estar ahí, estaba experimentando tantas sensaciones nuevas y desconocidas, la forma en cómo nuestros alientos se mezclaban convirtiéndonos en uno, y cuando ella gimió entrecortado, todas las campanas en mi interior retumbaron

¿Qué estaba haciendo? ¿Qué había hecho?

Me detuve abruptamente, sus ojos y los míos se cruzaron y negué con la cabeza, levantándome y llevando las manos a mi cabello...

—Darién. —Su voz se escuchaba temblorosa.

Mis ojos se cristalizaron y negué una vez más con la cabeza.

—No digas nada Valentina, simplemente no digas nada... Esto. —Hice un círculo con mis dedos dándole a entender el beso que habíamos compartido —. Esto no ha pasado, ni pasará otra vez.

Di media vuelta y me fui, sintiéndome el peor traidor.

## Capítulo 15

### *Valentina.*

Todo sucedió tan rápido, en un minuto estábamos pintando y pensé en hacerle una broma, había estado serio y meditabundo estos últimos días y luego su abrazo en el río y la corriente de sensaciones que picaban en mi piel al tenerlo cerca, todo entre nosotros era tenso... Pensé que sería solo una broma más, que interactuaríamos y luego reiríamos tontamente. Pero cuando caímos al suelo y nuestros ojos se encontraron vi su mirada y estábamos tan cerca que el beso llegó por sí solo... Tan suave y mágico como nunca había sido, las manos de Darién se ciñeron a mi espalda y mis dedos se enredaron en sus cortos mechones de cabello, todo en ese momento me embargó; la picazón que siempre me asaltaba cuando él estaba cerca, mis ganas de estar en su compañía y la tranquilidad que me embargaba cuando pasábamos tiempo juntos. Todo encajó como piezas de puzle colocadas de manera perfecta en su lugar.

Entonces me alejó. Levantándose apresuradamente y con la cabeza gacha.

—Darién... —Su mirada esquivó la mía, cómo si en su interior se libraría una gran batalla—. Yo...

—No digas nada Valentina... —Señaló el espacio entre nosotros—. Esto no ha pasado. —Y fue como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago—. Ni pasará otra vez —murmuró saliendo de la sacristía.

Me quedé unos segundos ahí, sin saber qué hacer o sentir, mi garganta se cerró, cómo si alguien me tuviese cuello apretado en un puño.

Las palabras de Paola rebotaron como pelotas de ping pon en mi memoria: "Te gusta el padre Darién"

Pensé en lo que él me hacía sentir y mi corazón dolió como esa noche cuando vi a Adrián junto a esa mujer. Yo no podía sentir nada por Darién, llevé las manos a mi cabeza sin importar que aún tenía pintura entre mis dedos.

«Si no siento nada por él, ¿por qué el rechazo me hace sentir desolada?»

Mis emociones parecían una montaña rusa, eso, sumado al recuerdo de la textura de sus labios, la fuerza de su caricia, la ternura de su gesto, la inexperiencia al comienzo y el temor de llevar el beso más allá..., me confundieron incluso más de lo que ya me encontraba. Miré el desorden a mí alrededor, los papeles cubiertos de pintura, los contenedores ahora vacíos, salí del despacho encontrándome con el Cristo crucificado que estaba en el corredor. No pude ni mirarlo, seguí de largo y llegué a la calle fuera de la Iglesia, quería respuestas que seguramente él no iba a darme, sentía cómo si algo me estuviera asfixiando lentamente, corrí lejos. De mis acciones, de mis pensamientos, lejos de lo que sentía, ni siquiera me importó la hora o que los límites del río fueran peligrosos, debido a la poca disidencia con los disidentes guerrilleros.

Llegué al único lugar que daba paz a mi alma desde que mi vida se había hecho pedazos, caí de rodillas al suelo, mirando hacia el cielo despejado, hacía frío, pero no me importaba, lloré por no sé cuántas horas, pero aquella vez mi llanto tenía un nombre distinto, lloraba por un sentimiento completamente diferente, lloraba porque estaba empezando a sentir algo que pensé que no volvería a tener en mi vida.

Una vez estuve más calmada, respiré la paz que el río me daba, cerré mis ojos y a mi mente llegaron los recuerdos del beso compartido con Darién. Mis labios ardieron ante el fantasma del contacto, respiré profundamente. Esto

estaba mal y no podía volver a suceder. Darién era un hombre prohibido, un emisario de Dios en la tierra, y por más enojada o dolida que yo estuviera, no podía simplemente arrebatarse su vocación, manchar su fe y condenarlo al fracaso de su ministerio. Me levanté de la roca limpiando la arena pegada a mi ropa y piernas, y caminé de vuelta a casa, lo mejor era hacer cómo si nada hubiese sucedido

La mañana siguiente desperté tarde, me dolían los brazos, la piel, en realidad, todo el cuerpo. Decidí quedarme en cama un poco más, a pesar de que había tenido sueños extraños durante toda la noche, sueños con Darién y con cosas que no debería sentir por un sacerdote, no cuando mi propia vida era un desastre.

No tenía ánimos para nada, mi cabeza y emociones eran un completo caos, así que decidí quedarme en la cama, donde desayuné tostadas francesas y huevos con jamón, abrí mi ventana que afortunadamente daba hacia un callejón en el patio, tomé el libro de los hermanos Karamazov, dispuesta a terminarlo y tener un tema exacto para conversar con él la próxima vez que lo viera. Darién era mi amigo a pesar de nuestro comienzo accidentado, había aprendido mucho de él en el tiempo que trabajamos juntos, y no deseaba perder esa amistad por algo que no tenía pies ni cabeza.

Era tarde cuando por fin llegué al final, me di una ducha larga, y me vestí cómodamente, decidí salir y afuera se sentía el ambiente festivo, la plaza aún conservaba los banderines de una semana atrás y todo estaba listo para que Darién oficiara la misa de seis de la tarde en ella, debido a que la iglesia aún tenía el olor de la pintura, el grupo de la fieles siervas había sacado la virgen de la Inmaculada Concepción y hecho un altar de flores en la que reposaba, lista para la procesión que se llevaría a cabo la madrugada siguiente.

Los niños jugaban alrededor de la plaza con mucho cuidado, también

habría un compartir entre todos los vecinos, por lo que los hombres empezaban a preparar las mesas a un costado para cuando llegara el momento del banquete.

—Tina. —Nicky llegó hasta mí abrazándome las piernas con fuerza, tenía el cabello revuelto y la camisa fuera del pantalón—. Pensé que tu casa era un mostlo y te había comido entelita.

Sonreí y acaricié la cabeza del pequeño.

—Solo estaba muy cansada y por lo que veo tú te has divertido mucho. —Él se separó de mí y yo me agaché para llegar a su altura. Dejé el libro a mis pies y acomodé su camisa, después le peiné los desordenados cabellos con mis dedos... Justo como lo había hecho con su tío, negué con mi cabeza, quitando esos pensamientos y sonreí al pequeño que ahora tomaba mi rostro con sus manos—. Ahora sí estás presentable —él dejó un besito en mi mejilla—. ¿Dónde están tus papás?

—En la iglesia. —Me la señaló y yo tomé el libro, justo cuando Moisés, uno de sus amiguitos lo llamaba de un grito.

De camino a la iglesia, saludé a doña flor que estaba junto a su hija mayor arreglando unas flores. Cristina iba saliendo cuando entre al altar.

—Hola, iba a tu casa justo en este momento.

—Me desperté tarde y luego me quedé leyendo. —Le mostré el libro—. Estaba cansada.

—Darién me dijo que habían terminado tarde, mi hijo estaba preocupado por ti... ¿Lo has visto?

—Sí, está jugando con Moisés y otros niños... ¿Dónde está Jhon?

—Terminando su equipaje. —Su rostro se contrajo.

—Se verán pronto, ánimo. —La alenté.

—Lo sé, pero las despedidas siempre son duras y él sé ira en la madrugada. —Le di un abrazo, mientras observaba a mí alrededor.

—Gracias, vas a decir que soy una tonta.

—No es tontería extrañar a la persona que amas.

—¿Extrañas a tu esposo? —preguntó con duda

—La iglesia se ve preciosa. —Cambié de tema caminando un par de pasos, el altar se veía mucho más amplio, mientras había estado acostada, escondiéndome, Darién había terminado, quizá Cristina y Jhon lo ayudaron. Ahora algunas de las mujeres colocaban flores...

—Valentina. —Me giré hacia Cris—. Lamento la mención de tu...

—No tienes que lamentarlo, no puedes extrañar lo que no tienes, si bien me casé muy enamorada, en estos días me he dado cuenta de que los últimos meses de mi matrimonio éramos dos personas conviviendo, hay algo que no te he contado, algo que nos mató, tanto Adrián como yo no lo esperábamos... —Respiré profundamente—. Quizá no estábamos destinados a estar juntos. —Ella asintió.

—Leíste a Dostoevsky. —Señaló el libro.

—Darién me lo prestó hace un par de semanas, ¿tú?

—¿Qué si lo leí? —Fue mi turno de asentir—. No, siempre tengo que leer libros relacionados a mi profesión, y creme, son peores que ese... Soy muy mal lector como el 70% de la población de este país, leo por necesidad no por convicción, ahora si hablamos de mi hermanito, la cosa es distinta, desde niño ha sido un come libros ese en especial, era el favorito de mamá y ella se lo regaló antes de morir. —Me quitó el libro y repasó la tapa con su mano abierta—. Lo encontró en un mercadillo en El Hueco<sup>[8]</sup>. En esos tiempos Darién era un chico problemático, el adolescente amante a la lectura se había evaporado, nos habíamos mudado de Medellín a Puerto Valdivia, y eso no le había parecido a Darién, un día fuimos a comprar y mamá lo vio. Mi madre era maestra de Filosofía. —Era como si por un momento ella hubiese viajado en el tiempo—. Este libro nos trae muchísimos recuerdos, es por eso que



Darién lo mantiene en su librero personal, a pesar de la contradicción que es en cuanto a la iglesia.

—¡Mamá! —Nicky venía corriendo—. ¡Mamá! —Se agarró las rodillas cuando llegó delante de nosotros, su pelo estaba nuevamente desordenado y ahora su camisa estaba sucia de barro

—Nicolás, te he dicho que no debes gritar en la iglesia. ¡Por amor a Cristo, mírate!

—Lo siento mami, pelo papito te está buscando.

—Necesitas un cambio de ropa, pequeñito. —Revolví sus cabellos.

—Pelo estoy jugando —resopló—. Solo vine a buscal a mami. —La tomó de la mano—. Vamos, te tengo que llevar hasta papá. —Cris me entregó el libro.

—Darién está en el despacho —murmuró mientras el huracán Nicky la arrastraba fuera de la iglesia, antes de llegar a la sacristía me detuve frente al Cristo crucificado que estaba en el corredor, elevé una plegaria silenciosa y toqué dos veces la puerta de Darién.

—Siga... —Su voz fue suave y aterciopelada, respiré una vez más.

Tenía puesta la sotana negra, el cuello clerical colocado en su lugar, la biblia abierta mientras el transcribía algún versículo, carraspeé para llamar su atención, él alzó su mirada azul hacia mí por unos segundos, usaba unas gafas montura cuadrada que nunca antes le había visto, no dijo nada y yo tampoco, continuó lo que estaba haciendo y aferré el libro a mi pecho.

Darién había puesto una barrera entre los dos, antes quería pensar que éramos amigos, pero ahora viéndolo escribir, estaba dándome cuenta de que habíamos vuelto al comienzo, no éramos más que dos extraños.

Caminé hasta su librero dispuesta a colocar el libro en su lugar y salir de la sacristía de una buena vez, su silencio e indiferencia me lastimaban más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—Terminaste. —Por un momento me quedé estática, con la mano a punto de colocar el libro en el espacio que había en el librero, en vez de eso lo aferré de nuevo a mi pecho—. Sin duda lo leíste mucho más rápido que yo. —No levantó la mirada—. ¿Qué te pareció?

—Siempre creí que era un libro complicado —murmuré, estaba a punto de decir algo más, pero él me interrumpió.

—Todo buen libro lo es. —Noté que su mirada rehuía a la mía—. Cada libro es un viaje, cada texto es diferente; también lo es el momento del acercamiento a la obra, por lo tanto, no existirán nunca dos lecturas completamente iguales. Es un viaje sin afanes, sociedad, poder y vida cotidiana. —Pasó las páginas de la Biblia y siguió escribiendo cómo si yo no estuviera ahí.

—Es un libro complejo —dije sin titubear—. Fue difícil entender la dinámica entre los hermanos y su relación con el padre —hablé una vez más.

«Vamos Darién, habla conmigo, como antes »

—Sí, es verdad, tengo esta sensación de que Dostoyevsky puso a los hermanos como una metáfora de las tres Rusias. —Soltó el bolígrafo y se recostó a la silla, sin mirarme de frente todavía—. La dura y agreste en Dimitri, la atea e intelectual en Iván y la piadosa en Aliocha.

—Debo confesar que me gustó Iván, es fascinante. —Me observó, unos segundos antes de levantarse y caminar hacia mí.

—¿Puedo confesarte un secreto? —Asentí, incapaz de decir una palabra—. También me gusta Iván, se supone que como sacerdote debo inclinarme por Aliocha, pero es Ivan quien se me hace piadoso.

—¿En qué sentido? —pregunté sin entender.

—Su pelea contra Dios es enorme, intelectual, pasional, llena de razones, pero a la vez es una búsqueda incesante por un sentido de vivir. Es para mí un personaje interesante, lleno de matices que...

—¿Crees que al final él cree en Dios? —Le pregunté de nuevo, queriendo permanecer más tiempo junto a él. Llevó su mano a su barbilla y pareció pensar la forma en cómo pensaba contestarme, respiró con profundidad y luego chasqueó sus dedos.

—Creo que Ivan cree en Dios, pero su sentido de libertad, la necesidad de creer más en el hombre hace que su fe decrezca y se pierde, Aliocha le quiere decir que amando a Dios es más libre, más real, que el espíritu de amor y piedad lo hará libre, pero Ivan es un cínico y no lo entiende.

—¿No es triste eso? —Él me observó sin entender—. Una búsqueda tan apasionada y al final su terquedad lo hace infeliz —expliqué.

—Es un nihilista<sup>[9]</sup> Valentina, los nihilistas son personas que se apegan a la nada, es su esencia.

—Son infelices.

—No creen en nada. No quieren creer.

—¿Crees Darién que vivimos en una época nihilista y que por eso este tipo de libros ya no se leen?

De nuevo pareció buscar las palabras correctas para justificar su respuesta.

—Creo que vivimos en una época de mucho dolor y soledad, a falta de ideales profundos, el hombre siente que no tiene por qué luchar y simplemente se apega a otras cosas como el dinero, el sexo, las cosas materiales, estar con alguien que no nos ama, pero que; sin embargo, nos evita enfrentarnos con la soledad, nuestros problemas...

—Cristina me habló de cómo llegó el libro a tus manos. —Cambié el tema.

—No hay historia, mi madre me lo regaló en un momento de mi vida en el que todo era caos. —Tomó el libro de mis manos y lo ubicó en el lugar vacío en la librería. No sin antes darle una mirada cargada de anhelo.

—Darién...

—Valentina...

Ambos hablamos a unísono.

—Dime. —Lo animé a continuar.

—Lo que pasó anoche.

—Fue mi culpa. —Él negó con la cabeza.

—Sabes que no fue así, no mientas. —Pasó a mi lado, mi piel se erizó ante la cercanía de su contacto y el ambiente distendido de cinco minutos antes, se volvió tenso—. Te besé, y te debo una disculpa.

Él se sentó en su silla, la barrera nuevamente interpuesta entre los dos, haciéndome sentir sola y abatida.

—No lo hagas, yo también te besé, si hay culpa en esta acción entonces recae en los dos.

—¡Soy tu sacerdote! ¡Tú pastor! Soy el guía espiritual de esta comunidad. —Llevó sus manos a sus cabellos—. Yo no debí hacerlo, fue un error.

—¿Qué te parece si ambos decimos que lo sentimos? —Sonreí incómoda, queriendo acabar con la conversación.

—Lo siento, siento haber actuado sin pensarlo, y ten por seguro, que no volverá a suceder. —Mi pecho dolió, como si acabase de perder algo muy grande, pero me esforcé endesaparecer esa sensación.

—Lo único que no quiero, es perder tu amistad. —Me acerqué y tomé su mano, el escalofrío pasó de mi cuerpo al suyo, yo lo sentí y por la manera en que su cuerpo se estremeció, puedo jurar que él también—. Darién, aparte de Soledad, Cat y Paola, Cristina y tú son lo más cercano que tengo a verdaderos amigos y no me gustaría perderte.

—Siempre estaré para apoyarte, como tu amigo y guía espiritual.

Sentí mi pecho doler un poco más.

—¿Estarás con nosotros en la misa y la vigilia? —Asentí. Y él cubrió con su mano la mía, la estática entre los dos haciéndose más fuerte, mientras que ambos fingíamos ignorarla—. Nos vemos ahí. —Se separó de mí e inmediatamente eché de menos el cosquilleo.

Salí de la oficina aliviada y tensionada a partes iguales, una parte de mí quería salir corriendo y volver a mi vida, olvidar que había llegado a aquel pueblo y encontrado a ese hombre extraordinario, la otra me gritaba que aún no estaba lista para enfrentar mi realidad... Mi vida fuera de ese lugar. Sin embargo, al poner un pie en la plaza el ambiente festivo me envolvió, los hombres estaban empezando a colocar los faroles alrededor de la placa de cemento que era la plaza, las mujeres empezaban a acomodar los platos fríos, el cielo se coloreaba de un color salmón azulado, mientras el sol empezaba a esconderse... Respiré, tenía que hacerlo, y luego me encaminé a la mesa donde estaban las mujeres, queriendo mimetizarme con el entorno, olvidar que mi pecho dolía.

Me perdí en mis propios pensamientos mientras Darién oficiaba la misa, en algunas ocasiones nuestras miradas se encontraban, pero él me esquivaba, durante la oración cerré mis ojos y pedí detener ese sentimiento que brotaba de mi interior, supliqué y prometí nunca más desconfiar de las acciones de Dios, si él quitaba de mi corazón la emoción que me provocaban las miradas furtivas del hombre que había sido enviado a esparcir su palabra en la tierra, incluso, cuando todo acabó, quise retirarme a casa, pero doña Flor, Cristina y las demás fieles siervas, no me lo permitieron.

Cerca de las nueve de noche, las sillas fueron colocadas alrededor de la plaza y comenzó la fiesta del siete de diciembre, los faroles fueron encendidos dándole calor a la fría noche, la comida empezó a ser repartida, la alegría se dibujó en los rostros de los niños, mientras los adultos empezaban a

prepararse para lanzar la pirotecnia<sup>[10]</sup>, él se mantuvo lejos, ni una sola vez llegó hasta mí como lo hicieron Cris y Jhon, aunque me lo negara a mí misma, el vacío se apoderó de mí una vez más, mantuvo su sotana puesta todo el tiempo, un recordatorio constante de que lo que fuera que albergara mi alma, era imposible para los dos.

Cerca de la medianoche, y antes que los juegos artificiales irrumpieran la oscuridad del firmamento, me fui a casa, era imposible que pudiera estar un segundo más ahí.

Los días después de la celebración de la virgen pasaron lentamente, dejé de encontrarme con Darién por las mañanas en el río, dejamos de hablar tan seguido y solo nos saludábamos de lejos... Nuestra incipiente amistad se estaba desmoronando después de ese beso y no voy a mentir, sentía la melancolía apoderarse de mí lentamente.

Con el hospital funcionando y la partida de Jhon, Cristina se había dedicado en cuerpo y alma a su profesión, comíamos juntas algunas noches, y pasaba más tiempo en su casa cuidando a Nicky, ahora que Darién pasaba la mayoría de su tiempo libre trabajando en la escuela, intentando que el edificio que era el que más daños había sufrido, estuviese en óptimas condiciones para el nuevo año escolar, sobra decir que ninguno de los hombres permitió que ayudara, por lo que esa última semana estuve en la orilla del río el mayor tiempo posible.

Recibí dos llamadas de papá diciéndome que ya había pasado más de un mes desde lo ocurrido con Adrián y que odiaba que el maldito bastardo tuviese un puesto privilegiado en la empresa, un cargo que no merecía y que él tuviese que tratarlo con cordialidad cuando quería matarlo por lastimarme. Me costó mucho que me diera un par de meses más para tener la fuerza necesaria para enfrentar al que fue el amor de mi vida. Este tiempo que había sido solo

mío despertó en mí las ganas de diseñar de años anteriores, por lo cual le solicité a Cristina papel y un lápiz y mientras estaba en la orilla del río, con la roca de Darién como silla de respaldo y el celular conectado en una de mis emisoras románticas favoritas, diseñaba.

Estaba terminando el que sería el próximo gran proyecto de Harfush Enterprice cuando noté un leve incremento en la corriente del río, aunque la emergencia ocasionada por hidroeléctrica fue controlada con éxito y los habitantes de los corregimientos de Puerto Valdivia y otros, habían retornado a sus hogares, había una pequeña alerta. El río estaba siendo monitoreado, la madre naturaleza se manda a sí misma y no hay nada que el hombre pueda hacer para evitar un desastre natural.

Cerré el cuaderno, diciembre no era un mes lluvioso en el país, aunque en ocasiones llovía hasta mediados de mes, al parecer estaba lloviendo para las montañas. Mi estómago gruñó por lo que me levanté de mi pequeño lugar y cerré el cuaderno donde había retomado el diseño, dispuesta a volver a casa, antes de que la lluvia me tomara desprevenida. Desvié mi camino con la firme intención de pasar por la escuela y verlo a lo lejos. Pero Martha, una de las hijas de doña Elvira, me llamó para que viera las grietas de una de las paredes de su casa.

—¿Crees que haya que tumbar la pared, mi niña? Porque Freddy dice que es lo mejor. —Observe la grieta y palpé la pared.

—Podemos rellenarla y luego estucar.

—Desde que están reparando la escuela mi casa se ha llenado de grietas...

—Debido a los golpes, pero mira. —Señalé la grieta en forma de telaraña—. No es profunda, la pared no está dañada... Un poco de cemento, algo de estuco y estará como nueva. —Sonreí justo al tiempo que se escuchaba

un gran estruendo y gritos de varias personas. Tanto Martha como yo salimos de la habitación en el mismo instante que Freddy, el esposo de Martha llegaba.

—Es el padre D, hija, parece como muerto.

Mi corazón dio un brinco y antes de que pudiera procesarlo, ya estaba corriendo en dirección a la escuela.



## Capítulo 16

### *Darién.*

Me dolía el cuerpo, como si un elefante hubiese pasado sobre mí, abrí los ojos moví mi torso y el rayo de dolor casi me parte en dos.

—Quieto. —La voz fue suave y unos dedos delgados quitaron los mechones de cabello pegados en mi frente—. Llamaré a Cris, solo quédate quieto. —Abrí los ojos encontrándome con los de Valentina, su rostro tenía un deje de preocupación. —Intenta no moverte, ¿quieres? —Asentí y observé a mí alrededor, la habitación blanca y la incómoda camilla me decía que estaba en un hospital. Miré hacia la ventana, el cielo estaba encapotado y la luna se veía con el pasar de las nubes, intenté moverme de nuevo y el dolor volvió a invadirme, apreté los dientes.

« ¿Qué sucedió? »

¿Por qué Valentina estaba allí?

La había mantenido lejos de mí la última semana, en las noches mis labios aún picaban ante el beso que compartimos, no soy tonto, había besado a Valentina porque quería hacerlo, aunque eso no significara que volviera a hacerlo o que se hubiese sentido bien. No es que no lo haya disfrutado, es que no debía hacerlo, era algo a lo que tenía que interponerme; sin embargo, no lo hice, y el beso que me supo a dulce de azúcar, fue tan amargo como una bergamota, cuando me di cuenta de mi error me refugié en mi iglesia, pidiendo perdón mientras rezaba y ayunaba, sintiéndome indigno y mortificado, reprendiéndome en las laudes.

Los días siguientes celebraba la santa misa reprochándome a mí mismo,

ya que a pesar de mi guerra interior, de mi anhelo por suprimir mis sentimientos, mi deseo por ella no había amainado en ningún momento, y aunque me aferré a mi fe y me aferré a la oración, cada vez que la miraba, no podía sacar de mi memoria el recuerdo de sus labios abrazando a los míos, de mis propios labios devorando los de ella, del dulce sabor de su boca y de cómo su cuerpo se había ajustado al mío.

*Mark Twain*<sup>[11]</sup> dijo una vez que había muchos medios excelentes para protegerse contra la tentación, pero el más seguro es la cobardía.

Yo había aplicado a ese medio, cambié mi hora de correr, evité ir al río sabiendo que ella me esperaría ahí, mi tiempo libre lo pasaba en la escuela, ahora que John se había marchado faltaba un hombre para terminar los trabajos, cuando llegaba la noche estaba tan cansado que dormía casi después de mi oración nocturna, la misma rutina, todos los días.

Hasta hoy, no sabía de dónde venía, pero ella había llegado hasta la escuela, se había quedado bajo la sombra de un árbol, donde Martha la había interceptado, llevaba un pantalón que le llegaba debajo de las rodillas y una blusa color cielo que, hacía juego con su color de piel, mi cuerpo entero tembló y mi mente viajó al momento del beso, y volví a sentir todo de nuevo, la angustia y la desazón. Fue solo verla para que todo lo que había hecho en la semana, mis oraciones, el ayuno, todo quedara en un segundo plano y solo existiera ella y sus labios de algodón de azúcar.

Entonces resbalé, mi espalda golpeó fuertemente con algo y caí... Lo demás fue oscuridad.

El sonido de la puerta al abrirse me hizo girar mi cabeza hacia Cristina, mi hermana me dio una mirada dulce y se sentó a un lado de la cama acariciando mi mejilla.

—No sé si abrazarte o reñirte.

—Ninguna de las dos, Cris quiero un poco de agua, por favor. —Vi a

Valentina llenar un vaso y pasárselo a Cristina y ella me dio de beber un poco —. ¿Qué pasó?

—Te caíste desde el tejado de la escuela, me diste un buen susto, hermanito.

—Te desmayaste en la carretera —dijo Valentina, y yo llevé mi mano a mi cabeza.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital San Antonio en Tarazá. Tomás y algunos hombres te trajeron en su camioneta.

Negué con la cabeza.

—Me duele todo. —Me quejé.

—Por supuesto que te duele, caíste de una altura de diez metros aproximadamente, te golpeaste la espalda con el borde y terminaste en la pila de escombros, gracias a Dios que en su infinita misericordia, no fue algo peor. —Cris se levantó de la cama y tomó una especie de tableta que estaba en la mesa donde reposaba el agua—. Tienes el hombro dislocado, una costilla fisurada y un chichón del tamaño de Saturno en la cabeza.

Respiré profundamente y algo dentro de mí se comprimió.

—Auch —me quejé de nuevo—. Me duele cuando respiro profundamente.

—Mejor voy a buscar al doctor Ruiz, ¿te quedas con él? —Miró a Valentina—. Por favor, necesito que esté quieto.

—Ya la escuchaste —dijo ella mientras Cristina se iba—. En realidad, nos diste un susto horrible. No despertabas.

—Lo siento.

—Te he visto caminar en tejados aún más empinados que el de la escuela... ¿Qué pasó?

—No lo sé.

« Tú, eso pasó, llegaste a mi comunidad y volviste mi mundo un caos »

El doctor entro en la habitación seguido de Cristina, revisó mis pupilas, tomó mi presión y uso el fonendoscopio para examinarme.

—Buenas tardes, señor... Rodríguez. —Miró la tabilla de la historia clínica—. Mi nombre es Juan Ruiz, en este momento se encuentra usted bajo observación para monitoreo y descarte de secuelas neurológicas, dado que sufrió una pérdida de conciencia, durante el procedimiento de ajuste de la articulación del hombro derecho. Los rayos X muestran fisura en dos costillas del tórax derecho, esto provocará un poco de dificultad para la respiración, su hombro está luxado, pero hemos logrado colocarlo en su lugar. Debe permanecer inmovilizado por aproximadamente un mes. Por su parte, no puede salir de este centro hasta cumplir las veinticuatro horas reglamentarias de observación. Permanecerá con analgésicos, e inmovilización. Si presenta un síntoma adicional al dolor de cabeza, visión borrosa, pérdida de sensibilidad o movimiento en algunos de sus miembros, pérdida del equilibrio... debe avisar a nuestro personal inmediatamente. ¿Alguna pregunta?

Negué. Sin embargo, Cristina lo llevó afuera para hablar con él.

Valentina se sentó a mi lado en una silla plástica. Nos quedamos en silencio, aun cuando tuviéramos muchas cosas que decirnos. No pasó mucho tiempo antes de que Cris entrara de nuevo colocándose a mi lado.

—Estarás bien, hermanito, pero no vuelvas a darme un susto de estos, ya pisé los treinta. —Sonrió—. He avisado a Tomás y a Rafael que nos ayudaron a traerte, van a devolverse al pueblo, ya que no puede pasar más nadie, contamos con suerte que Juan estuviese de turno, si no estuviéramos aún en algún biombo de urgencias.

—Exagerada...

—Ese es el sistema de salud en nuestro país, una verdadera porquería —  
rumió Cris.

— ¿Me ayudas a sentarme? —pregunté, porque siempre había odiado estar acostado sin hacer nada. Entre las dos me ayudaron, siseé un par de veces, y apreté los dientes ante el dolor, tenía el pecho vendado y mi brazo estaba sujeto a mi torso con un cabestrillo.

—Tina, creo que es mejor que vuelvas al pueblo, con Rafa y Tomás.

—Si quieres, yo puedo quedarme.

—No, no podría...

—Tienes que ayudar a Saúl, si se ofrece algo y también está Nicky, se quedó muy asustado.

—No puedo dejar a Darién aquí.

—Ve con Nicky. —Le dije—. Estaré bien, el médico dijo que los resultados eran buenos; además, estoy en un hospital, Valentina tiene su celular y tú tienes el tuyo.

—¿Estás seguro? —Aunque lo dijo para mí, su mirada se desvió a la de Valentina.

—Completamente. Dale un beso a mi renacuajo y dile que el tío está bien. —Cris me dio un último beso antes de irse, respiré profundo y cerré los ojos evitando cualquier conversación.

Sin embargo, no podíamos quedarnos callados eternamente.

—Me has estado evadiendo... —No fue una pregunta, fue la constatación de un hecho.

—He estado ocupado.

—Trazaste otra ruta para correr y ya no vas al río, o tú me evades o yo me enloquecí —no dije nada—. ¿Fue por el beso?

—Quedamos en que no tocaríamos ese tema.

—Y que también seguiríamos siendo amigos.

—Valentina... —Ella se acercó y tomó mi mano, la descarga que sentía cuando estaba cerca de ella, me asaltó inmediatamente.

—Sé que lo sientes, esto. —Volteó mi mano y jugó con mis dedos—. Me siento indigna por lo que está sucediendo, siento como si estuviera arrancando algo de las manos de Dios. Aun así, no puedo dejar de sentirlo.

Tiré de mi mano.

—No está bien.

—Lo sé.

—Tú estás confundida, has vivido una experiencia casi traumática.

—Quizá tienes razón... ¿Y tú?

—Yo solo soy tu guía espiritual, tu amigo si así lo deseas.

—No quiero más de ti, no quiero más que tu amistad, Darién. —Mentía, y lo hacía tan bien como lo hacía yo.

—Elegí este camino hace un tiempo, elegí entregar mi vida a Dios.

Ella trago grueso, vi cómo su cuello se movía, sus labios se entre abrieron y respiró profundo.

—No haré nada para apartarte de tu camino, tienes mi palabra sobre ello.

—Esto no puede ser.

—Lo sé. Lo sé... Preguntaré si puedes comer algo.

Sabía que no podía comer nada, pero la dejé ir, porque necesitábamos espacio, un instante para volver a nuestros lugares.

En algún momento de la noche me quedé dormido, quizá de tanto pensar, quizá debido a los medicamentos, cuando el medico hizo ronda cerca de la medianoche desperté y vi a Valentina dormir en la incómoda silla, le pedí ayuda a las enfermeras y volví a apretar los dientes ante los relámpagos de dolor, afortunadamente volví a dormir después de unos minutos, con mi mirada fija en la chica por la cual me sentía confundido.

Una semana después del accidente me sentía mucho mejor, los hombres del pueblo se encargaron de terminar la escuela, dejándola lista para el próximo año escolar, sin importar que en esos últimos días el clima hubiese sido inclemente, la lluvia nos había azotado con fuerza, elevé una plegaria silenciosa por haber podido terminar los trabajos del puesto de salud y la iglesia antes de que lloviera. Sin embargo, mis preocupaciones recientes eran otras, con el comienzo de la novena de aguinaldos tendría que llevar los juguetes que entregaríamos a las veredas vecinas, la más lejana era Río Sucio, que estaba a unos cuarenta y cinco kilómetros de Puerto Escondido y yo no podía conducir.

Valentina continuaba viniendo, pero evitaba quedarme a solas con ella, y no era porque tuviese miedo de caer en la tentación. Era puro instinto, instinto de supervivencia. Algunas noches cenábamos en mi cocina con Cristina y Nicolás, la estática entre los dos seguía ahí y no había una noche en que no pidiera a Dios serenidad. Rezaba mi rosario con la firme convicción de que todo pasaría. Con el tiempo las conversaciones empezaron a ser más fluidas, parecía que todo fuese como antes.

El día número cuatro de la novena, los niños se sentaron frente al pesebre, Valentina estaba leyendo la oración del día, cuando Daniel, el hijo de quince años de Tomas, entró a la iglesia buscándome. Dejé a Cris, Valentina y Marta con los niños y le pedí a Daniel que me acompañara al despacho, todos los regalos estaban envueltos en cajas divididos por vereda.

—Es mi papá —dijo una vez que estuvimos solos—. Está en cama, con muchísima fiebre, mamá dice que no puede conducir así.

Me senté en mi silla pasando mi mano sana por mi rostro.

—Lo sentimos padre, pero mi mamá dice que puede usar la camioneta.  
—Asentí al chico.

—Quédate en la novena, Daniel —dije cuando él se levantó dispuesto a

irse—. He notado que este año no has venido.

—Estoy grande padre, ya tengo quince.

—Aún eres un niño, muchacho, no hagas prisas y disfruta lo que quieras mientras puedes.

—Vendré mañana, lo prometo padre D. —Asentí y él se levantó para irse, una vez solo, cerré los ojos un momento pensando a quién le podría decir.

Ese fin de semana era de turno de Cris, Saúl aprovechaba esos días para ir a ver a su madre a Río Negro, no podía simplemente decirle que no lo hiciera.

Rafael y Freddy no sabían conducir como la mayoría de hombres en la comunidad, Pedro y Daniel eran menores de edad.

—Hola... —Abrí los ojos para ver a Valentina frente a mí—. Cris dice que debes ir a hacer la oración de despedida —asentí—. ¿Sucede algo?

Respiré.

—Tomás está en cama, no podrá llevarme a repartir los juguetes.

—Oh, qué pena ¿alguien más puede llevarte?

—Esa es la pregunta del millón de dólares, nadie más puede, la mayoría de los hombres no saben conducir, excepto el alcalde inepto que tenemos... Tomás, y Saúl...

—¿Cristina?

—Tiene un turno de cuarenta y ocho horas y antes que digas Saúl, él se va muy temprano a visitar a su mamá en un hogar geriátrico en Río Negro.

—Yo puedo llevarte —la miré—. Sé conducir, aunque mi pase de conducción no lo tengo.

—Eso podría ser un problema.

—No si conoces caminos alternos, no es necesario que vayamos por la carretera principal, digo, este lugar está lleno de trochas y caminos alternas que pueden llevarnos a las veredas aledañas, si tú sabes por dónde hay que ir,



yo puedo conducir, serias algo así como la versión mejorada del GPS.

—¿Me pides que quebrantemos la ley?

—Te digo que llevemos alegría a esos niños que te esperan mañana.

¿Qué dices?

« ¿Señor Jesucristo qué debo hacer? »

—Di que sí —susurró apoyando las palmas de sus manos en mi escritorio.

—Tenemos que irnos temprano.

—Dime la hora, y yo estaré aquí.

## Capítulo 17

### *Valentina.*

Freddy, Rafael y algunos hombres más nos ayudaron a montar las cajas en la vieja Toyota de Tomás, el sol apenas despuntaba, pero Darién había hecho un cronograma con los tiempos, se suponía que después de mediodía deberíamos estar en Río Sucio, aunque intenté decirle que viajáramos primero hasta Río Sucio y luego a las demás veredas, fue tajante en que ya tenía el día organizado y que con su programa estaríamos de vuelta a casa antes de la novena de esa noche, que estaría a cargo de las fieles siervas.

Me vestí cómodamente con unos jeans, tenis y una blusa verde, mientras veía a Darién diciéndole a Nicky que le traería un chocolate enorme. Me recosté en el auto, y aunque lo intenté, no pude evitar observarlo. Tenía un pantalón de drill oscuro y una camisa negra de mangas largas, la tira blanca sujeta al cuello, se había peinado el cabello hacia atrás y llevaba mocasines negros.

Con todo listo, partimos hasta Valle Bravo, donde nos esperaba el padre Gabriel y un grupo de mujeres que tenían un comedor infantil.

Darién se mantuvo en silencio mientras cruzábamos el puente y tomábamos la trocha hacia la vereda más cercana de nuestra aventura. El silencio era asfixiante en la cabina y respiré profundamente antes de hablar.

—¿Entonces, tienes todo calculado para hoy? —Sí, era una pregunta tonta, pero si no hablábamos de algo, iba a volverme loca.

—Sí, según el programa y el clima. —Miré hacia el cielo delante de nosotros y había algunas nubes negras, pero hasta el momento nada de lo que

tuviéramos que preocuparnos.

—¿Cómo va el brazo?

—¿Vamos a hacernos preguntas sin sentido todo el viaje?

—Es mejor que el silencio asfixiante... Darién.

—¿Quién eres, Valentina? —Me interrumpió. Lo miré por un segundo, sus ojos azules taladrando los míos—. Ahora prefieres el silencio —musitó.

—No, es solo que no entiendo tu pregunta.

—Solo quiero saber quién eres o de dónde vienes. —Su tono de voz fue suave—. Llegaste a nuestra vereda y te quedaste ahí. Solo sé que tu esposo te fue infiel y que no eres capaz de perdonarlo.

—Nací en Francia, pero soy colombiana, he vivido más en este país que en cualquier otro, soy hija de un constructor, un hombre honesto y leal que se ha esforzado mucho en esta vida para estar en el lugar que está hoy, mi madre murió cuando tenía seis años... Ellos no tuvieron más hijos, por lo que no tengo hermanos, me casé muy joven. —Suspiré de nuevo—. Estudié arquitectura, pero realmente nunca la ejercí, fui voluntaria de una organización que construye viviendas a los más necesitados, por eso sé hacer cosas de obreros como pegar bloques de cemento, estucar paredes y pintar.

—¿De dónde conoces a la presidenta de Abrazos de Fe? —preguntó.

—Estudiamos juntas en la universidad. —Mentí, no quería que Darién, ni ninguno de los habitantes de la comunidad se sintiera en deuda conmigo—. Tengo tres amigas locas y soy alérgica a los gatos.

—Me gustan los gatos, pero como lo has notado, no tenemos muchas mascotas en Puerto Escondido.

—Lo he notado. —Tuvimos unos minutos de silencio—. Me casé enamorada, conocí a Adrián cuando recién terminaba la universidad, lo demás es historia. Sostente fuerte hay un bache más adelante.

Valle Bravo no quedaba tan cerca como todo el mundo me había hecho

creer, conduje durante media hora aproximadamente antes de que el letrero con el nombre de la vereda se hiciera visible.

—El comedor está diagonal a la plaza principal. El padre Gabriel estará esperándonos en la iglesia. —Asentí sin decir nada más. Una vez llegamos a la plaza, distinguimos la iglesia y me detuve ahí donde un hombre y una mujer nos esperaban.

El padre Gabriel no estaba vestido diferente a Darién, era alto de piel oscura, ojos claros, y una sonrisa amplia.

—Padre D. —Lo saludó con un fuerte apretón de manos—. Al parecer el accidente fue un poco más grave de lo que hemos conversado por teléfono.

—Un par de costillas fisuradas y un hombro dislocado, nada que nos impida llevar alegría a los niños o esparcir la palabra de Dios, padre Gabriel.

—Exactamente padre D, exactamente. —Una mujer estaba con él—. Le quiero presentar a una de nuestras feligresas más valiosas. La mujer que se presentó como Diana, también le dio la mano a Darién, fui presentada y un par de hombres bajaron la caja que estaba destinada a Valle Bravo.

Llegamos al comedor donde aproximadamente treinta niños estaban esperando el desayuno, nos sentamos en las diminutas sillas, y con una sonrisa, el padre Gabriel empezó una corta oración donde agradecía por las donaciones realizadas, la vida, el día y bendecía nuestro viaje. Una vez que terminó, las mujeres empezaron a servir un revoltillo de huevos con salchichas y arepa paisa. Desayuné en silencio, siempre atenta si Darién necesitaba algo debido a su brazo, pero él parecía defenderse bien solo, no pasaron por desapercibidas las miradas del padre Gabriel, era cómo si pudiera leer mi mente, cómo si supiera lo que sentía por el hombre que estaba a mi lado, una vez terminé mi plato, me disculpé para ver en qué podía ayudar a las chicas de la cocina. Obviamente no me permitieron ayudar; en cambio, caminé por el comedor. Era pequeño, tenía dos habitaciones para que los niños durmieran, la

mayoría eran hijos de pescadores, ya que Valle Bravo estaba mucho más cerca del río. Había un hermoso pesebre en la esquina, elaborado con materiales reciclables.

Saqué mi celular y tomé una fotografía, mientras Darién empezaba a leer el día cinco, quería tomar un video de lo que estaba sucediendo para mostrarle a Cris después, pero antes de que pudiera pensarlo me vi grabando a Darién, la manera en cómo sus labios se movían mientras leía la lectura del día, la forma en cómo sonreía mientras observaba a los niños.

La melancolía me embargó y escuché mi corazón quebrarse, negué con la cabeza y guardé mi celular. Mis ojos se llenaron con lágrimas al ver a tantos pequeños expectantes a las palabras del sacerdote con el brazo escayolado, algunos, los más curiosos interrumpieron para preguntarle qué le había pasado. Él les contestaba con una sonrisa, indicándoles lo peligroso que era subirse a grandes alturas. Noté que Darién tenía un don para con los más pequeños, lograba mantenerlos interesados, calmados, y una vez terminada la lectura, cantaron villancicos con maracas elaboradas con tapas de refresco.

Ver la sonrisa en los rostros de los pequeños mientras Darién y el padre Gabriel entregaba los juguetes, hizo que mi corazón se encogiera un poco más, al percatarme de que yo nunca tendría un bebé propio.

Salí del comedor sentándome en los escalones de afuera, observando las nubes negras cubrir los pocos rayos de sol que alumbraban el día y que parecía mimetizarse con mi estado de ánimo. Yo nunca sería madre, mi cuerpo estaba seco para ello. Quizá esa era una de las razones por la que Adrián decidió conseguirse una amante. Una que pudieran darle los hijos que él deseaba.

—No recuerdo tu apellido. —El padre Gabriel se sentó a mi lado.

—Es porque no se lo he dicho, Valentina Harfush. —Me presenté.

—¿Hace cuánto colaboras con el padre Darién?

—Llegué hace unos meses a la vereda...

—Pareces una chica de ciudad. —Me interrumpió.

—He vivido en la ciudad la mayoría de mi vida, pero la vida rural me ha dado algo que había perdido hace mucho tiempo... Me dio paz.

—En ocasiones es todo lo que necesitamos hija... —Asentí—. Ví la manera en cómo observabas al padre Darién.

—Yo, no lo obser...

—Puedes negármelo a mi hija, pero a ¿él? —Señaló hacia el cielo—. ¿Podrás ocultárselo a nuestro creador?

—Yo...

—Valentina, tenemos que irnos. —Ambos miramos a Darién, traía una sonrisa en el rostro y parecía ajeno a la conversación que el padre Gabriel y yo estábamos sosteniendo.

—¿Tan pronto, padre Darién? —Fue el turno de Darién de señalar las nubes.

—Tenemos un camino largo por delante, padre Gabriel y se viene la lluvia, creo que es mejor que el agua nos sorprenda en casa, usted más que nadie conoce como se ponen los caminos cuando llueve muy fuerte.

—Tienes razón... Deben tener mucho cuidado, esta mañana hubo una alerta en Río Sucio, el nivel del río está un poco alto.

—Lo sé, es por eso que confié en que no va a llover, al menos hasta que no hayamos salido de Río Sucio, esperamos terminar esta travesía cuando aún haya luz del día, los caminos se vuelven un poco peligrosos si hay lluvia y oscuridad. —A pesar de sus palabras, Darién se veía feliz, complacido y eso hizo que una sonrisa adornara mi rostro.

—Hubiésemos querido pasar más tiempo con ustedes, cuando gusten pueden venir a visitarnos, hija. —me observó—. Probar y tentar tienen el mismo significado... Desprecia estos pequeños ataques, no hagas otra cosa

que alejarlos, sin combatirlos ni responderlos de otra manera que con actos de amor a Dios.

Darién no dijo nada, pero su mirada lo dijo todo. El padre Gabriel palmeó su hombro bueno, y yo me dirigí hacia la camioneta sin saber qué decir o hacer.

Cuando Darién se subió a la camioneta minutos después, el silencio volvió a entrometerse entre los dos, eran unos 60 kilómetros desde Valle Bravo hasta Puerto Oro, y nos tomó una hora y media recorrer esa distancia, el día se había oscurecido en su totalidad, Darién no hizo preguntas y no hablamos de absolutamente nada en el camino, tan pronto como divisé el letrero de bienvenida a la vereda Darién habló.

—Detén el coche un momento.

Hice lo que me pidió y él respiró profundamente antes de volver a hablar

—No sé qué paso en Valle Bravo, estabas bien y de un momento a otro entristeciste... Lo vi.

—Yo... —Lo miré y había tanta preocupación en su mirada que decidí contarle la verdad.

—No puedo tener hijos... Hace unos años Adrián y yo quisimos ser padres, lo intentamos todo, pero simplemente mi cuerpo no es apto para concebir. Ver a los niños hoy... —Mi voz se cortó.

—Yo, lo siento.

—No lo hagas, no sientas lastima por mí. Estoy bien, lo he superado. — Bajé la mirada, sin poder mantener mis ojos en los suyos.

—No diría que lo has superado, no cuando te pusiste así. —Sus dedos levantaron mi rostro, tomándolo por mi barbilla y limpiando las lágrimas que sin permiso se habían derramado.

—Escuché parte de tu conversación con el padre Gabriel.

—Yo no quise.... —Me exalté—. No quería...

—No has hecho nada malo, Valentina. —Otro par de lágrimas descendieron por mis mejillas, y él me llevó a su cuerpo con su brazo izquierdo—. No sé qué te habrá dicho el padre Gabriel, pero tú no has hecho nada de lo que debas avergonzarte... Vi tu mirada y sé lo intuitivo que él puede ser.

—Él dijo... —Me alejé de su pecho para mirarlo de nuevo, no había querido que el padre Gabriel pensara algo equivocado.

—No quiero saber... Creo que es mejor que en Puerto Oro, no me llames por mi nombre de pila.

—Sí, entiendo...

—Evitaremos suspicacias e ideas erróneas, vamos, no ha pasado nada. Seguimos siendo amigos. —Tomó mis manos—. Siempre seré tu amigo. —Encendí el coche, con la desazón de saber qué era lo único que podía obtener de ese hombre.

—Lo sé.

La estadía en Puerto Oro fue similar a la de Valle Bravo, noté que el pesebre del comedor también estaba hecho con materiales reciclables, botellas de refresco no retornables para ser exacta.

El padre Jaime fue mucho más cordial que el padre Gabriel, tenía casi la edad de mi padre, de cabello oscuro y bigotes como los de Charlie Swan<sup>[12]</sup>, insistió en que debíamos compartir el almuerzo una vez se terminó la novena, razón por la cual el plan del día de Darién se había descuadrado. Después del almuerzo dimos un paseo por la vereda, aprovechando que el clima era agradable, las personas de la comunidad eran amigables, nos regalaron tubérculos y peces, una niña le dio a Darién un cuaderno artesanal y el padre Jaime le regaló dos libros para su biblioteca. Eran casi las dos cuando salimos hacia Río Sucio, nuestro destino más lejano. Emocionados y acompañados de una leve llovizna encapotando el camino, que a medida que



avanzábamos, su fuerza se intensificaba, eso nos hizo demorarnos más de las dos horas que habíamos calculado en un comienzo.

Cuando llegamos al pueblo eran casi las cuatro. Para ese momento la lluvia amenazaba con caer en cualquier momento.

Darién fue recibido por el padre Osvaldo, un hombre tan joven como Darién, Resultó que el padre Osvaldo también sentía debilidad por la guitarra, por lo que para el momento de los villancicos le había dado a Darién su guitarra, que no dudó en acompañar los villancicos con ella, todo fue emotivo, hermoso y casi perfecto. Una vez ellos entregaron los juguetes, nos invitaron a una pequeña merienda en la casa parroquial, debido a que la lluvia empezó a caer.

Darién y el padre Osvaldo recordaron sus épocas como seminaristas, compartieron pesares, ya que el padre Osvaldo lidiaba diariamente casi las mismas situaciones que Darién, una tormenta había hecho que algunas de las casas de la comunidad quedarán sin tejado, ocasionando que varias familias tomaran la escuela como albergue.

Si Puerto Escondido era casi nula para el país, Río Sucio era una vereda olvidada, quedaba más en los límites con Córdoba que los de Antioquia, pero ninguno de los dos departamentos se hacía responsable por ellos. Apunté en mi memoria hablar con Cat para incluirlos en la lista de donativos.

La mayoría de los habitantes del lugar eran en su mayoría pescadores y campesinos, humildes pero muy honrados, había dicho el padre Osvaldo, mientras que comíamos los sándwiches de mortadela y queso con chocolate para entrar en calor.

Cerca de las seis de la tarde la lluvia aminoró y a pesar de que el padre Osvaldo insistió en que debíamos pasar la noche ahí, Darién dijo que estaríamos bien, nos despedimos de los habitantes de Río Sucio y emprendimos el regreso a casa. A pesar de la lluvia que había vuelto con

fuerza minutos después de nuestra partida, Darién estaba pletórico, me habló sobre él. De la muerte de su padre y el cargo de conciencia que fue para su madre, de cómo se había revelado a los diecisiete años queriendo vivir y del duro golpe que fue para él la muerte de la mujer que le dio la vida, de cómo el seminario había cambiado su vida y que ahora hacía lo que más le gustaba. Servir, ayudar a las personas. Durante todo el día había visto a Darién trabajar. Su expresión cuando los niños lo abrazaban, algunos sin tener en cuenta que lo lastimaban en el proceso, él soportaba todo, lo vi tomar sus medicinas para el dolor, pensando que nadie lo estaba observando, pero no se quejó en ningún momento, me di cuenta de que ese hombre estaba hecho para servir. Y mientras conducíamos por los caminos enlodados, elevé una plegaria al cielo para no ser yo quien dañara su vocación. Nos sumimos en un silencio agradable, con la lluvia suave cayendo sobre el auto, respiré profundamente inhalando el aroma de la tierra húmeda y la lluvia, miré a Darién un segundo, tenía los ojos cerrados, pero su respiración era agitada, no la tranquila y relajada propia del sueño.

Un trueno perforó el silencio el cielo se iluminó ante la ráfaga, y Darién abrió los ojos abrumado.

—Tenemos que llegar al puente que comunica Rio sucio con Puerto Oro. — Asentí, pero no podía acelerar, debido al estado del camino. En una fracción de segundos la lluvia empezó a caer sin misericordia alguna, el viento golpeaba fuertemente la vieja lata de la camioneta y los rayos se desdibujaban en el cielo seguidos por el estruendo de los truenos. Apreté las manos al volante y la mano sana de Darién se colocó sobre la mía, ignoré lo que sentía cuando él me tocaba, el corazón dándome brincos ante la inclemencia de la lluvia.

—¿Nos detenemos? —Mi voz casi no se escuchó.

—No, sigue con un poco de suerte llegaremos a la parroquia del padre Jaime,

estaremos bien. —El auto se estremecía con cada sople de viento—. Esto ya es una tormenta.

—Voy a detenerme.

—¡No lo hagas!

—¡No puedo ver Darién! —Dimos un salto al no darnos cuenta de un bache en el camino—. La lluvia obstaculizaba mi visión, el camino estaba lleno de lodo.

—No te detengas Valentina, no conoces estos caminos tan bien como los conozco yo, quedarnos aquí es como ponernos un letrero de neón para las personas al margen de la ley.

—¡Está lloviendo!

—¡A ellos no les importa eso! —Quitó su mano de la mía y la llevó al puente de su nariz, una plegaria susurrante salió de sus labios, respiró profundamente y abrió los ojos para mirarme—. Conduce, por favor solo conduce.

Algo en su mirada me dio la seguridad que necesitaba, miré hacia un costado del camino, la furiosa corriente del río y apreté aún más mis dedos en el volante, mientras escuchaba a Darién rezar el padre nuestro entre murmullos.

Pero a pesar de las oraciones y que daba lo mejor de mí para mantener el auto en curso, a pesar de la sacudida del viento y los baches, la lluvia no aminoraba, arreciaba con más fuerza al punto que el parabrisas no daba abasto para separar el agua del panorámico, dificultando mi visión a un punto espantoso. A pesar de todo, logré divisar el puente a lo lejos, Darién sonrió, pero entre más cerca estábamos, más notábamos cómo el agua había inundado todo el camino, detuve el coche cuando llegamos a las cercanías del puente, el agua cubriendo parcialmente el camino, el puente podía notarse, pero el nivel del río aumentaba con cada segundo que pasaba.

—Puedes hacerlo —susurró Darién.

—¡No!

—¡Valentina!

—He dicho que no, ¡es un suicidio! —Algo nos golpeó, perdí el control de la camioneta por un momento y el agua empezó a entrar en la cabina.

—¡Quedarnos aquí es un suicidio! Enciende el coche y conduce lo más rápido que puedas. —Lo miré, sus ojos me trasmitían seguridad—. ¡Hazlo! —Mis manos temblaban por lo que su mano apretó la mía con decisión—. Escúchame. —Asentí, besó mi frente a un costado—. Estoy contigo, no estás sola... Cuando te diga aprieta el acelerador y no mires a los lados. —Volví a asentir. —Estaremos bien. — No sé si lo dijo para él o para mí—. Arranca.

Lo hice, encendí el auto y conduje un par de metros, cambié el auto a primera y aceleré a fondo, el auto patinó, pero siguió avanzando, algo volvió a golpearnos del lado de Darién, las llantas rechinaron y el agua empezó a colarse con mayor rapidez por la cabina.

—¡Darién!

—¡Acelera Valentina! —Presioné aún más el acelerador y di un grito mientras escuchaba a Darién rezar con más fuerza, moví la palanca de cambio y solté el acelerador un poco para luego presionarlo con toda la fuerza de mis piernas, el auto saltó por un bache y perdí el control, la camioneta dio una vuelta y sentí como si toda mi vida pasara delante de mis ojos antes que el golpe final llegara.

## Capítulo 18

### *Darién.*

Oscuridad, silencio, paz.

Sentía cómo si flotara, cómo si la gravedad no existiera, no había dolor, no había tormenta... Solo paz.

Quería quedarme ahí, donde los sentimientos por Valentina no eran tan confusos, donde mi vocación estaba intacta, donde no era un traidor, quedarme ahí para siempre, pero algo me estaba arrastrando y humedeciendo en el proceso, sin abrir mis ojos moví mi cuello y el dolor atravesó mi cuerpo, regresó el dolor y no quería, no quería volver, pero mis ojos se abrieron lentamente, observando el interior de la camioneta, pegué mi cabeza al respaldo de la silla y llevé mi mano sana a mi hombro adolorido, habíamos chocado con un árbol saliendo del puente que comunicaba Río Sucio con Puerto Oro, me llevé la mano a la cabeza y miré a mi lado para ver a Valentina, inconsciente...

—Valentina. —Mi voz salió ronca y tosca, estaba húmedo porque a pesar de que estábamos fuera del puente, aún no salíamos de la corriente furiosa del río que empezaba a mover la camioneta en dirección al caudal—. Tina. —Volví a llamarla, pero ella no respondía. Solté mi cinturón de seguridad y me arrastré hacia su lado sin importar la tensión en mi hombro—. Despierta Valentina. —La zarandeeé con mi mano izquierda, respiré profundamente sintiendo el pinchazo en mis costillas—. ¡Tina! —La atraje a mi pecho, estaba helada, sus labios estaban de mal color... ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente? ¿Cuánto tiempo llevaba ella? Miré a mis pies para ver el

agua cubriéndolos parcialmente y acomodé a Valentina en mi hombro, bueno, antes de palmear su mejilla suavemente, sus pestañas se movieron y sus párpados temblaron un poco antes de abrir los ojos y luego volver a cerrarlos.

—Da...

—Valentina. —Un suspiro de alivio salió desde mi pecho—. ¿Me escuchas? —Ella no hizo ningún movimiento—. ¡Valentina! —Sus ojos se abrieron de nuevo. —Tenemos que salir de aquí. —Esta vez ella asintió—. El agua se está metiendo a la cabina y la corriente nos está rodando poco a poco en dirección al puente... ¡¿Me escuchas?! —Se separó de mi cuerpo y llevó las manos a su cabeza negando con vehemencia.

Le tomó un par de segundos enfocarse, su cabeza estaba sangrando del lado derecho, pero ahora no teníamos tiempo, podía sentir cómo el agua arrastraba la camioneta y me temía lo peor, siempre había dicho que el puente que comunicaba ambas veredas no era el adecuado en cuanto altura, sus barandas eran fuertes, pero no lo suficiente como para soportar el río.

—Tenemos que salir de aquí. —Su voz amortiguada, aún parecía lejana desenfocada, le tomó un par de segundos más mirarme a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Te lastimaste?

—Estoy bien. —El hombro estaba doliéndome, cómo si se hubiese vuelto a salir de la articulación, pero no le diría eso.

—¿Seguro? Tus costillas, tu hombro. —Podía notar su desesperación, tomé su mano con la mía y la apreté fuerte.

—Estoy bien, tenemos que salir de aquí. —Ella asintió. Giró la llave de la camioneta, pero nada pasó, volvió a hacerlo y a pisar los pedales, pero obtuvimos el mismo resultado.

—No sé qué pasa, está muerta. —Su voz tembló y no supe si era por el frío o el temor de estar encerrados y aún en peligro.

—Agua, a lo mejor, el motor tiene agua. —Miré por mi ventana y noté

que de mi lado del auto era imposible escapar—. No podemos salir por este lado, hay demasiada agua y no sé qué tan profundo esté. —Valentina asintió y abrió su puerta, más agua entró a la cabina, pero ella salió agarrándose de la puerta, tocó su cabeza y miró la sangre en su mano antes de negar.

—Ven, ¡con cuidado! —gritó cuando me moví intentando no evidenciar el dolor que me producía el brazo y el respirar profundo, la lluvia no parecía aminorar y me asustaba perder la camioneta de Tomás.

—¡Tenemos que sujetarla! —gritó valentina pero casi no le escuché por la lluvia, quería sentarme en algún lugar buscar mis pastillas para aminorar el dolor.

« Señor, por favor, por favor »

Imploré pidiendo que la lluvia cesara, que yo fuese más fuerte que el dolor, Valentina buscó en la parte de atrás de la camioneta, siempre con mucho cuidado, hasta que encontró una cuerda.

—¡La amarraré y podemos volver a entrar! —Asentí, pero no entraría ahí, miré hacia el otro lado del camino, a unos tres kilómetros había una finca, podríamos pedir ayuda. Miré a Valentina y la vi como nunca la había notado en dos meses, era aguerrida y fuerte y ya nada quedaba de la mujer rota que había llegado a mi parroquia, la había visto desmoronarse y volver a reconstruirse, amarró la cuerda a un lado de la parrilla y se subió sobre el capó para rodear el árbol con el cual nos habíamos chocado, el caudal del río parecía no dejar de crecer y la lluvia no se detenía, el viento nos golpeaba con rudeza.

—¡Tenemos que buscar cobijo! —A lo lejos un trueno retumbó y un halo de luz aclaró el firmamento.

—¡Vamos!

—¡¿Ir?! ¡¿A dónde?! —grito ella. Me acerqué mi mano derecha sujetando mi brazo izquierdo a mi torso—. ¡¿Te duele?! —El sonido de la

lluvia amortiguaba nuestras voces—. Sí, te duele, ¿fue mi culpa? —Negué, yo había insistido que debíamos cruzar aun conociendo el peligro.

—No podemos quedarnos aquí —dije—, tenemos que caminar. —La vi asentir con su cabeza y juntos empezamos a caminar en dirección a la granja de los Olmos, conocí al antiguo dueño, pero Joaquín Olmos murió dejando como herederos a sus hijos que vivían fuera del país, sin embargo, sabía que quedaban un par de empleados en la finca.

Cuando llevábamos cerca de media hora de caminata, la lluvia pareció rugir, los relámpagos y truenos aumentaron, el viento azotaba nuestros cuerpos sin clemencia, Valentina llevó las manos a su pecho, la herida en su cabeza estaba abierta y la sangre se diluía rápidamente con el agua que caía sobre nuestros cuerpos, escuchaba sus dientes castañear a mi lado, decidí que no podíamos continuar, me salí del camino invitándola a seguirme, lo había visto hace seis meses, la última vez que vine a ver al padre Osvaldo. A pesar de la neblina y la oscuridad, divisé el ranchito a lo lejos, a lo mejor era de alguno de los trabajadores de la finca y podían darnos cobijo hasta que escampara y pudiéramos ir hasta la casa grande.

—¡Ahí! —Señale lo que sería nuestro refugio, a pesar de lo enclenque que se veía parecía resistir la tormenta como un campeón.

Valentina asintió y juntos dimos pasos apresurados hacia el pequeño rancho, una vez ahí tocamos la puerta dos veces, pero nadie abrió.

—¡Parece que no hay nadie! —gritó Valentina, tragué el dolor y me coloqué a medio lado, dispuesto a darle un buen empujón con mi hombro sano.

Tomó dos fuertes embestidas para que la puerta abriera, dentro, el lugar estaba oscuro y no era muy grande, a lo mejor y tal como lo supuse en un principio, pertenecía a algún trabajador de la finca, tenía una sala, una pequeña cocina y una habitación, no había ningún mueble, solo una colchoneta que había tenido mejores años, había un bombillo de luz amarilla en el centro



de la habitación, jalé la cuerda que colgaba de él y la tenue luz iluminó la estancia, la casa tenía algunas filtraciones pero nada en comparación con la lluvia de afuera.

Me dejé caer en la colchoneta y busqué con desesperación mis pastillas, un suspiro de alivio salió de mi pecho cuando encontré el blíster<sup>[13]</sup> con las dos pastillas restantes.

Valentina trajo una botella de refresco cortada a la mitad con un poco de agua.

—La encontré en la cocina, un botellón cerrado. —Le di un amago de sonrisa y llevé las pastillas a mi boca, tomé un poco de agua para pasarlas por mi garganta seca y tomé una gran inhalación, vi a Valentina caminar por la pequeña edificación, como si no se sintiera cómoda.

—Siéntate, relájate. Esperaremos aquí hasta que la tormenta pase.

—Al parecer alguien vive aquí, espero que no se moleste por haber entrado sin su permiso.

—A lo mejor es el lugar de descanso de los peones de la finca, no creo que nadie viva aquí —dije mirando el lugar. Valentina se sentó frente a mí y yo empecé a desamarrar el cabestrillo que tenía mi brazo sujeto—. Nunca me sentí tan agradecido de ser zurdo como hasta ahora —dije intentando aliviar la tensión.

—¿Te ayudo? —Asentí, porque a pesar de mi habilidad con la mano izquierda estaba siendo difícil—. ¿Estás bien? —Intenté mover el brazo y el dolor atravesó mi cuerpo

—Creo que me he vuelto a dislocar. —Respiré de nuevo, solo tenía que resistir un poco más, el tiempo que las medicinas hicieran efecto.

—Puedo revisarte. —Ella se levantó quedando frente a mí, no pude evitar notar cómo su blusa se pegaba a los contornos de sus pechos, la visión de su silueta definida hizo que mi corazón latiera más aprisa, que mi miembro

temblara y el deseo atravesó mi cuerpo, aún más fuerte que el dolor en mi hombro, me vi a mí mismo tocando su piel lechosa, acariciando sus... Negué y el solo pensamiento me hizo estar molesto conmigo mismo—. ¿Quieres que te revise? —Alcé la mirada sintiéndome furioso.

—¿También eres doctor? —Mi voz salió un poco cortante.

—Sé de primeros auxilios, lo básico... —Volvió a su lugar subiendo las rodillas y abrazándose a sí misma—. Siento si estás enojado por haber chocado, pero...

—No estoy enojado, y si lo estuviera sería conmigo mismo, Valentina. — Un trueno se escuchó a la distancia.

—Debimos dar media vuelta.

—Yo insistí que cruzaras, fue estúpido de mi parte. —Nos sumimos en el silencio interrumpido por las gotas que caían como granizo en el tejado hecho de latón, ella estaba herida y yo me sentía tan mal, respiré profundamente y la miré—. ¿Quieres echar un vistazo? —Miré mi hombro, pensé que diría algo cortante, pero en cambio ella asintió acercándose a mí.

—Tienes que quitarte la camisa... ¿Puedo? —Señaló los botones, quité el alzacuello, sintiéndome desprotegido, era cómo si la pequeña prenda fuese mi escudo, lo que me mantenía firme a mi vocación. Lo coloqué a un lado de la colchoneta queriendo tenerlo cerca, mientras ella empezaba a desabrochar mi camisa, me estremecí, una pequeña descarga de energía me inundó mientras sus manos sacaban la camiseta de mi torso, aguanté la respiración y mi piel se erizó una vez estuve sin la prenda de vestir.

« Dios, bendito Dios, no me dejes caer en la tentación y líbrame de todo mal »

Valentina dejó de respirar y sus ojos se desviaron a mis pectorales, no es que sea un amante del ejercicio, corro todas las mañanas porque aclara mis ideas y me llena de energía, pero debido al trabajo del último mes, mi cuerpo

se ha tonificado, siempre había tenido buena genética como decía Cris, según ella, yo podía comer como si tuviese un orificio en el estómago y no pasaba nada, pero ella respiraba y se engordaba tres kilos. Valentina sonrió, una sonrisa fingida, exactamente igual a la que yo le estaba dando, su mano se posó en el centro de mi pecho y mi corazón se saltó un par de latidos para empezar a latir con fuerza, ella palpó mi hombro con su otra mano y solo sentí a su piel quemando la mía mientras la rozaba.

« Yo te amo Señor, yo soy tuyo, soy tu hijo, líbrame de esto que siento »

«¿Acaso esto es una prueba padre?» Tomé mi alzacuello, un recordatorio de lo que era, lo que había escogido para mi vida, cerré los ojos mientras ella me examinaba, pasaron unos segundos eternos antes de que ella se separara. « Cristo, ayúdame. »

—Puedes abrir los ojos y respirar. —Se burló—. No está fuera de la articulación, digo no soy doctor, pero creo que está bien... ¿Te duele? —Sus ojos se veían preocupados.

Negué con la cabeza y solté el cuello para llevar mi mano a su rostro, la herida en su frente había dejado de sangrar, coagulándose y haciendo una costra sobre ella.

—Tu herida...

—Mi padre dice que coagulo muy rápido. —Ella sonrió, incluso sus ojos lo hicieron, fue cómo si la observara diferente, tragué grueso y la observé, sus ojos hermosos en los míos, mi mano actuó con voluntad propia y acaricié su nariz, su mejilla, sus labios, la sentí temblar bajo mi toque y su mirada se intensificó, lo que veía en sus ojos avellanas era algo que reconocía, pero que me negaba a tener, parpadeó un par de veces y llevó su mano a mi rostro, mis ojos en los suyos, los suyos en los míos, esa mirada tierna y llena de deseo que me daba, la manera en que me tocaba, su piel quemando la mía. Traté de pensar en algo más, alguien más, en mi consejero, en mi hermana, en mis años

en el seminario, pero me fue imposible, en mi mente solo estaba ella, ella y sus ojos, ella y piel... Ella y yo...

Me rendí.

—Lo siento señor —susurré, solté el pedazo de tela que simbolizaba mi sacerdocio y la llevé a su cuello y atrayéndola hacia mí.

Porque deseaba besarla más de lo que había deseado nada en este mundo. Y una vez que sus labios tocaron los míos, el tiempo se detuvo, dejó de llover, o más bien yo dejé de escuchar la lluvia, no tuve tiempo para sentirme culpable o cuestionar lo que estaba haciendo, la boca de Valentina me supo a miel, a dulce de leche, sus labios se moldearon a los míos, su rostro se giró en la dirección que yo le daba.

La electricidad se apoderó de nuestros cuerpos, mi piel entera ardió por ella, nos besamos sin prisas, saboreándonos el uno al otro, mi mano sana recorrió los contornos de su cuerpo hasta llegar a su trasero y gemí de gusto cuando ella levantó su pierna sentándose a horcajadas sobre mí.

—Darién... —Su voz jaló lo poco que me quedaba de cordura, aun así, decidí ignorar la voz que me decía que esto no estaba bien, mis labios descendieron por su cuello, ella olía a flores, no importaba la lluvia que había caído sobre nosotros, para mí ella siempre tenía un aroma único y más que nunca estaba embriagado de él, preso de un deseo que no había experimentado jamás.

Sus manos recorrieron mi torso completo, separándome, en sus ojos la duda se albergaba, pero también había algo más, algo que nos habíamos estado negando por semanas, volví a callar mi conciencia y a besarla con más deleite. Valentina me separó, quitó su camisa y sostén y mi boca se secó al ver sus pechos, ella tomó mi mano y lo llevó hasta uno de ellos.

—Podemos detenernos... —La besé antes que acabara, completamente loco, completamente perdido, mi mano se cerró en contorno a su

protuberancia, eran redondos, llenos, con una delicada aureola suave de color rosa y el pezón más oscuro.

Ella gimió y llevó su mano a mi espalda, nuestros pechos se unieron y la descarga entre los dos se hizo insoportable, mi piel se encendió y por la forma en que Valentina murmuró mi nombre sé que también estaba ardiendo. Mi miembro se empalmó en mis pantalones negros.

Ella soltó mi cinturón.

Yo desabroché sus pantalones, mi brazo lastimado descansó en su espalda baja, poco antes del nacimiento de su trasero, dejé de pensar y me limité a sentir, sentir su piel, lamer su piel, olvidarme de quien era ella. ¡De quien era yo!

Nuestros pantalones desaparecieron y ella volvió a sentarse sobre mí, ambos desnudos, piel contra piel, calor contra calor.

Su deseo y el mío.

—Yo nunca... —Ella llevó una de sus manos a mi boca y me vi saboreando sus dedos, mientras que ella con su otra mano me guiaba hasta su interior.

Me tomó, un par de segundos estar en su interior en mi totalidad, el gemido que brotó de mi pecho retumbó con el trueno que nos castigaba, me olvidé del dolor, de mi hombro o mis costillas fisuradas, todo yo estaba embriagado por ella, la besé, la besé para no dejarme ir, para no pensar.

Ella no se movió nos miramos uno al otro sin decir palabra, llevó sus labios a los míos y alzó su trasero para dejarse caer. Cerré los ojos ante el millar de sensaciones desconocidas, Valentina siguió moviéndose y mis caderas empezaron a moverse en sincronía con las suyas, estaba húmeda, resbaladiza, apretada, los jadeos compitieron con la lluvia, los gemidos con los truenos, nuestras respiraciones se agitaron y podía sentir su corazón palpar con rapidez, se apretó a mi cuerpo, lamió el lóbulo de mi oreja y el

movimiento entre nuestras pelvis incrementó.

La abracé y me aferré a ella como David a Betsabé<sup>[14]</sup>, jadeé en sus jadeos, me bebí sus quejidos, mamé de sus pechos cuando ella me pidió hacerlo, mientras se movía sobre mí, ambos sentados en una vieja colchoneta, ambos cobijados en la lluvia.

Valentina se vino con un gemido fuerte, su interior apretando mi miembro con fuerza, apreté mi mandíbula y agarré su cadera instándola a moverse más rápido su sabor y olor quemaron a través de mí y me liberé con un sonido ronco y estrangulado.

# Capítulo 19

## *Darién.*

Una vez nuestros corazones normalizaron sus latidos la culpa cayó sobre mí, pero como lo hice antes, la encerré en un baúl en mi memoria y la besé, lo hice porque lo hecho, hecho estaba, pequé, caí en tentación y sucumbí ante ella. Mi estadía en el infierno no iba a ser más llevadera por que dejara de besarla, de sentirla.

Así que nuestros labios se buscaron mientras yacía aún en su interior, el deseo volvió a apoderarse de mí, pero lo ignoré y me dediqué a repasar mis manos por su espalda, a sentir la lanza que eran sus pezones pegados a mi pecho. Corté nuestro beso y la abracé con fuerza cómo si quisiera fundir nuestros cuerpos, lo último que necesitábamos era arrepentirnos. Estaba hecho y jamás permitiría que ella se sintiera usada, no importaba cómo me sentía yo, ella era lo que realmente me importaba. A pesar de sentir el peso de la culpa aplastar mi interior.

Ella deshizo nuestro abrazo, dio un suspiro y acarició mi mentón, no dijo nada, pero sus ojos me lo dijeron todo. Esta mujer me amaba, y yo, aunque quisiera negarlo, aunque combatí contra el sentimiento también tenía la misma emoción hacia ella.

Besé sus ojos, su nariz y sus labios una última vez antes de que ella se removiera sacándome de su interior, pero sin abandonar la postura que teníamos. Mi flácido miembro entre los dos, la atraje a mi pecho, sintiendo la necesidad de tenerla cerca, subí las piernas y flexioné las rodillas, cubriéndola con mi cuerpo del frío, mi garganta se cerró cuando ella besó mi

pecho, justo sobre mi corazón y tomó todo de mí. Contuve las ganas de ponerme a llorar como un niño, porque a pesar de que lo estuviéramos evitando, ambos éramos conscientes de que esto no podía ser, no podíamos volver a repetirlo.

Ella se mantuvo en silencio, su respiración suave en mi piel, apoyé la barbilla en su cabeza y estuvimos ahí por no sé cuántos minutos. Afuera la lluvia caía, ya con menor intensidad, no sabía qué hora era, pero sabía que nuestro tiempo estaba contado y una parte de mí quería quedarse ahí, con ella, alejados de todos, quería que el tiempo se detuviera y que pudiera mantenerla junto a mí. La otra, la más racional me hacía sentir sucio. ¿Cómo iba a officiar misa después de lo que había hecho? ¿Cómo iba a mirar a mis feligreses, o a mi hermana?

—Darién

—No digas nada preciosa, solo, solo no digas nada. —Dejé un beso en sus cabellos una y otra vez.

—Lo siento... —Su voz se escuchó ronca y las lágrimas mojaron mi piel, provocando que las mías se derramaran sin permiso.

—Yo también lo siento, no el hecho de haber vivido esto junto a ti... siento el hecho de no poder ser libre para ti.

—Tú no... —Fue mi turno de silenciarla, mis dedos cubrieron su boca y nuestros ojos se encontraron.

—Será mejor que descansemos un poco. —La insté a recostarse en la colchoneta, nuestra ropa estaba húmeda por lo que ella seguía desnuda.

Me recosté llevándola conmigo, su cabeza apoyada en mi hombro, nuestras respiraciones suaves. Sus dedos trazaron los contornos de mi rostro con ternura, delineó mis ojos, mi nariz y repasó mi barbilla con suavidad, apreté su cuerpo con el mío sin decir palabras y besé sus dedos, sabiendo que nunca más volvería a besarla, a tenerla así junto a mí, sin nadie que nos



juzgará.

No pasó mucho tiempo hasta que su respiración se hizo acompasada, me quedé unos segundos a su lado, nuestros cuerpos desnudos y juntos, creo que así debió sentirse Adán la primera vez que yació con Eva, solo que sin el peso de sus actos a cuestas. En algún momento me quedé dormido, pero desperté un par de horas después, afuera estaba aclarando, lo sentía en el aroma que flotaba en el ambiente, ese olor a tierra húmeda, a césped fresco, una mañana brillante después de la tormenta.

Valentina seguía en mi costado, su cabeza recostada ahora en mi pecho, mi garganta se cerró de nuevo ante el dolor, un dolor distinto al que había sentido cuando llegamos al rancho, ahora me dolía el alma, la culpa me estaba matando, necesitaba llegar a mi iglesia, y no quería herir a Valentina, respiré profundamente llenándome de su aroma una última vez, antes de alejarla suavemente de mi lado, ella refunfuñó, en su boca se dibujó un puchero y volvió a dormir. Refregué mi rostro con mi mano derecha.

Las lágrimas no tardaron en venir a mí. Lloré en silencio. Por ella, por mí, lloré porque esto no podía volver a suceder. Yo había elegido mi camino y amaba mi vocación.

Me vestí con lentitud, me senté a un lado de ella observándola, una parte de mí deseaba grabar en mis retinas sus facciones, los gestos que hacía al dormir, luego llevé las manos a mis cabellos, sintiéndome más confundido que nunca.

—Buenos días. —Su voz fue perezosa.

—Buen día. —Le di una sonrisa fingida y acaricié sus cabellos un segundo—. Deberías vestirme. —Señalé su ropa a un lado, ella se levantó y yo bajé la mirada... Sí, algo estúpido ya que había estado observándola mientras dormía, guardé el alzacuello en mi bolsillo y tomé el cabestrillo, me levanté alejándome, caminé hacia la cocina con la excusa de tomar un poco de agua, y

me dispuse a colocar el sujetador de mi brazo en su lugar, fallando estrepitosamente en el proceso.

—Te ayudo. —Ella corrió hacia mí, pero me alejé—. ¿Darién? —Intentó tomar la correa, y una ráfaga de ira se encendió en mi interior cuando su cercanía trajo a mi memoria el recuerdo de sus besos, del calor de su cuerpo... Simplemente estallé.

—¡Puedo ponérmelo solo! —grité y ella se alejó visiblemente dolida.

—Tina... —Estiré mi mano hacia ella, pero no la tomé.

—Te arrepientes... —No fue una pregunta, bajé la mirada y salí de la cocina quedándome de pie frente a la puerta. Sin querer salir completamente y dar la espalda a una de las mejores noches de mi vida. Pero tampoco queriendo quedarme ahí y volver a caer, porque conocía mis límites y sabía que si ella me besaba, si ella se acercaba, mi vida iba a ser completamente distinta. Sentí su presencia detrás de mí y metí la mano a mi bolsillo, apretando mi alzacuello, aferrándome a lo único que me hacía sentir que seguía siendo un sacerdote.

—Darién, mírame —me llamó—. La mañana llegó y con ello el arrepentimiento. ¡Dime algo! —Espeté ante mi silencio, no dije nada y ella tomó mi brazo sano, girándome hacia ella—. Contéstame, no te quedes ahí, si estás arrepentido yo...

—No podría —mi voz fue un susurro. Alcé la mirada, sus ojos dolidos desgarraron mi pecho—. No podría arrepentirme de lo de anoche. —Ella se acercó, ¿ilusionada? Pero yo di un paso atrás—. El hecho de que no me arrepienta no quiere decir que estuvo bien. Valentina, llegaste a mi pueblo y pusiste mi mundo de cabeza, anoche no solo sentí lo que era el amor realmente. —Cerré mis ojos, buscando las palabras precisas.

—Darién.

—¡No! —Llevé mi mano a mis cabellos y luego le pedí con ella que se

mantuviera en su lugar—. Anoche le di la espalda a mi fe, a mi vida, a mi religión, rompí el voto más sagrado para mí... —Me acerqué—. Y no sé qué sentir o que pensar porque ¡no estoy arrepentido! Pero sé que está mal, sé que estuvo mal.

—No quiero perderte. —Su voz se quebró, y a pesar de mi suplica porque se mantuviese alejada, ella rodeó con sus brazos mi cadera, descansando su cabeza en mi pecho—. Sé que no está bien, sé que te sientes culpable... ¡Yo me siento culpable! Tú tenías un camino y yo...

La besé, la besé porque necesitaba sentir sus labios sobre los míos, sus lágrimas humedecieron mis mejillas y tomó todo de mí separarme de ella.

—Esto no puede ser, no puede ser —no sabía si se lo decía a ella o a mí—. Tú eres una mujer casada, yo soy un sacerdote.

—¡No estoy enamorada de Adrián!

—¡Tampoco estás enamorada de mí!

—No puedes saber lo que estoy sintiendo —evité mirarla a los ojos—. Me perdí en algún momento desde que llegué a Puerto Escondido, no puedo decirte el momento exacto, pero tu amistad sanó mi vida y sé que te amo.

Negué con mi cabeza.

—Te amo, estoy enamorada de ti, del hombre que eres, de tu don para servir, para ayudar.

—¡Basta!

—Te sentí, sentí tus besos. —Seguí negando con vehemencia.

—De nada sirve, que yo te amé, que tú me ames.

—¿Me amas?

—Valentina. —Saqué el alzacuello y lo empuñé en mi mano—. Siento tantas cosas por ti que sería ingenuo de mi parte intentar agruparlas en una palabra, pero esto que siento me está matando, me hace elegir entre tú y mi fe, mi vida, mi vocación. Es como si no puedo estar contigo, pero tampoco sé

cómo voy a hacer para vivir sin ti... me desgarró. —Ella se dejó caer en la improvisada cama con las rodillas al pecho, las manos en su rostro y sus sollozos escapando en pequeños hipidos—. Tenemos que salir de aquí y volver a ser sacerdote y feligrés.

Ella se dejó caer en la colchoneta, cubriéndose con sus brazos y piernas el rostro.

—Por favor no te despidas, por favor —hipó, su voz ahogada por el llanto—. Por favor... —Me puse de rodillas frente a ella y besé su cabello.

—No lo hagas más difícil... Valentina por favor.

¿Por favor qué? Ni yo mismo sabía qué estaba pidiendo.

Fuerza a Dios. Aunque en ese instante me sintiera indigno, pedía fuerza para que ella se mantuviese en una pieza y no volviera a romperse como la primera vez que la vi.

—¡No lo hagas más difícil tú! —Levantó la mirada, la tristeza en su rostro fue como si me hubiesen golpeado en el estómago fuertemente.

—¡Y qué quieres que haga! —grité levantándome y alejándome de ella una vez más—. ¿Cómo podré seguir? Entiéndeme, entiéndeme —la desesperación en mi voz era latente—. Esta es la única vida que conozco, esta es mi vida... La iglesia, Ayudar a los que lo necesitan, ser un guía. —Lo decía, pero en mi interior quería devolver el tiempo, quería que la lluvia siguiera, permanecer más tiempo a solas—. Mírame preciosa. —Ella negó con su cabeza, nuevamente tenía el rostro oculto con sus piernas y sus manos—. ¡Maldición mírame! —Perdí los estribos, nunca maldecía, para la biblia maldecir, literalmente significaba condenar algo a destrucción. Para los sacerdotes la ofensa iba más allá de una palabra, era causar la ruina de quien la exclamaba.

Me sentía impotente, frustrado, caminé dos pasos lejos de ella, me giré y golpeé con mi mano libre la puerta.

Valentina se levantó rápidamente.

—Vámonos de aquí —la miré incrédulo—. No regresemos, papá nos puede ayudar. —Negué—. Si quieres estar conmigo todo es posible. —Sus manos agarraron mi camisa en un ruego igual de desesperado que el mío segundos atrás. Volví a negar.

—Estás diciendo incoherencias. —Ella me soltó, limpió sus lágrimas y alzó el rostro antes de hablar:

—Empecemos de cero, en un lugar donde nadie sepa quién soy, donde nadie sepa quién eres.

—¡Lo sabré yo! —grité—. Lo sabré yo. Podemos escondernos del mundo, de los que nos conocen, de nuestro entorno... Pero de Dios... ¿Quién nos esconde de Dios, Valentina? ¡De mi conciencia! —En este punto las lágrimas corrieron libres por mi rostro como un desahogo a todo lo que estaba matando mi alma—. Esto no puede ser, esto no va a ser, esto no debió suceder. —Ese fue un golpe bajo, incluso yo lo sabía, ella apartó el rostro se recostó en la pared detrás de ella y sollozó sin mirarme—. Vuelve a tu vida, a Adrián, y yo volveré a mi iglesia. Te prometo que te llevaré en mis recuerdos, en mi memoria y en mi corazón como lo más hermoso que me ocurrió en mi vida.

—No...

—Esa es nuestra vida... ¡Nuestro destino!

—Me niego...Mi destino fue llegar a ti, fue encontrarte sin buscarte cuando mi vida estaba hecha pedazos. —Sus ojos no encontraron los míos y no dije nada ante sus palabras.

—Era el plan inicial de Dios, plan que tú y yo hemos destruido por no ser lo suficientemente fuertes. —El silencio nos invadió por segundos o minutos, ¿quién podría decirlo con exactitud?

—Mírame. —Ella no lo hizo—. Valentina, por favor mírame. —Me moví hasta estar frente a ella—. Por favor. —Intenté tocarla, pero ella huyó de mí,

moviéndose hacia la cocina. Caminé tras ella, quedándome en el umbral que separaba la pequeña sala de la cocina. Estaba de espaldas a mí, sus sollozos rompían mi corazón—. Mírame, aunque sea por última vez, mírame como el hombre que soy, el hombre que te amó en una noche de lluvia, mírame una última vez, y aunque te estés muriendo por dentro, regálame una sonrisa, porque cuando me coloque el alzacuello volveré a ser el sacerdote que siempre he sido. —Ella no volteó, sus lamentos se intensificaron y quise golpearme, golpearme hasta que el dolor físico opacara el dolor de mi pecho incinerado con sus lágrimas.

Sorbí por la nariz al darme cuenta de que ella no se volvería a verme, limpié mis lágrimas y coloqué mi alzacuello en su lugar, todo estaba dicho y hecho.

—Tenemos que irnos... Sal cuando estés lista. —Di media vuelta y busqué la salida.

La sentía caminar detrás de mí, pero no me giré, llegamos hasta la finca de Los Olmos, y Miguel el capataz, se ofreció a llevarnos en su Jeep para cerciorarnos del estado actual de la camioneta. Tenía una abolladura a un costado, y tal como lo pensaba, el motor parecía tener agua, los caminos estaban enlodados, aun así, Miguel remolcó el auto hasta Puerto Escondido. Valentina decidió irse en la camioneta, y por más que Miguel intentó que conversara con él en el camino, no pude dejar de mirar por el espejo retrovisor, se veía tal cual como la primera vez que la vi cuando llegó a la puerta de mi iglesia y algo en mi interior murió al saberme culpable de ello.

La primera en llegar hasta mi fue Cris, ella y Nicky me abrazaron tan fuerte, que por un momento pensé que estallaría en llanto, sobrepasado por los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

No vi a Valentina el resto del día, tampoco hice mucho por buscarla. Necesitábamos tiempo a solas. Era de noche cuando Cristina me dejó solo,

caminé por el corredor y me postré de rodillas frente a él.

« Padre perdóname porque he pecado. »

« Padre, no soy digno de ti, de llevar tu palabra, soy indigno hasta de postrarme de rodillas ante ti. »»

« Lo siento, lo siento, lo siento tanto. »

Lloré, pedí perdón por mi falla, no por amarla, sino por no tener la suficiente fuerza de voluntad para permanecer alejado de ella, me entregué a la oración. Recordando el momento en que decidí ser sacerdote, mi madre había muerto y su última voluntad había sido que me convirtiera en alguien en pro de la iglesia, que fuese un misionero o un voluntario, pero tan pronto como ella fue sepultada, fui con el padre García, estuve en consejería y decidí que eso era lo que quería para mi vida. Cris dijo que estaba confundido, a pesar de no estar de acuerdo me apoyó cuando ingresé al seminario.

No abrí las puertas de la iglesia temprano la mañana siguiente, necesitaba un día para estar en la gracia de Dios, quizá dos o los que fuesen necesarios para sentirme nuevamente limpio frente a él, no salí a correr, doña Elvira pensó que estaba enfermo y me trajo caldo de pollo a mediodía.

« Estoy enfermo doña Elvira, me duele el alma »

Acepté su comida, pero la metí en el refrigerador, estaba en ayuno y no comería. Oré, me quebré un par de veces, oré mucho más todo el día, pero una pregunta rondó mi cabeza.

« Dime qué hacer, Dios. Dime qué hacer »

Abrí la iglesia cerca de las cinco de la tarde, pero no aparecí para mi lectura diaria en la novena. Estuve en la sacristía de rodillas en oración entregando mi vida nuevamente a Dios, pidiendo perdón por mis pecados. Examinando mí conciencia etc. Por la noche fui a la cocina y tomé agua, Cristina había dejado mi comida, la guardé en el refrigerador y salí a mi patio, a pesar de que la casa de Flor quedaba frente a la casa parroquial, ni una sola

vez dirigí mi mirada hacia ahí. Me senté en uno de los troncos que había cortado días atrás y miré las estrellas claras en el cielo.

Los siguientes días fueron largos. Oficié misa sintiéndome fuera de mí mismo, confesé e interpusé plegarias que yo mismo repetía, continúe con el ayuno hasta mediodía todos los días, nunca vi a Valentina. Pero sabía que ella estaba en casa.

\*\*\*

La noche buena llegó pronto, oficié la novena y repartimos los juguetes a los niños de la vereda, vi a Valentina en la última fila de bancas de la iglesia, tenía ojeras y se veía más delgada. Me sentí como el hombre más ruin de la faz de la tierra, pero no me acerqué, ella tampoco lo hizo, y cuando Cristina la invitó a cenar declinó, hubiese querido hacer lo mismo.

El día después ayudé a mi hermana a embalar sus cosas, el camión llegaría en menos de una semana para llevarla con Jhon. Cristina intentó que hablara con ella, pero no lo hice. Noche tras noche me postré de rodillas, sintiendo la culpa recaer en mí. Sabía que había perdido peso, pero eso no me importaba. Dormía muy poco, vagaba en la iglesia sintiendo la mirada acusadora de San Martín. Mi vida estaba hecha un lío.

Unos días antes de año nuevo, después de volver del doctor, estaba en el despacho terminando de ajustar el presupuesto del próximo año, cuando recibí una visita inesperada.

—Padre Darién... —Alcé la mirada para ver a mi consejero en el umbral de la puerta. Me levanté de mi silla, fui hasta él y lo abracé con fuerza. Mi brazo había mejorado y mis costillas estaban sanado bien.

—Padre Jesús. —Él me miró fijamente, casi de manera penetrante—. Tu hermana tiene razón. —Sostuvo mi mano un momento—. ¿Qué hiciste,



muchacho?

Supe que no podía ocultarle nada a mi viejo confesor.

Nadie nos molestó mientras hablaba con el padre García. Le hablé de ella, de Valentina, le hablé desde la primera vez que la tuve en mis brazos hasta la última, de lo que me hacía sentir, de cómo el sentimiento de protección pasó a ser más fuerte y como traicioné mis votos, la hablé del deseo y lo que desató la tormenta. El padre Jesús podría juzgarme, pero no lo hizo, me escuchó con paciencia, en ocasiones negaba con la cabeza, en otras cerraba los ojos, hubo un momento en que me quebré, cuando le conté que no la había visto desde ese día. Enterré mi cabeza en mis manos, ocultando mis lágrimas.

—Te hice esta pregunta hace unas semanas... ¿La amas?

—No lo sé.

—Esa es una respuesta ambigua.

—La amo, pero ella no es para mí, ni yo soy para ella.

—¿Quieres estar con ella nuevamente? —Preguntó —, y hablo en todos los ámbitos, el amoroso, el sexual... Ya sabes, una pareja, niños, tener una familia. —No había pensado en ello, mi vida era el sacerdocio—. Por favor, mírame cuando te habló, Darién. —No estaba aquí como mi consejero y guía, estaba como mi amigo. Alcé la cabeza observándolo a través de la cortina de lágrimas—. ¿Quieres abandonar el sacerdocio? —Su pregunta me cayó como un balde de agua fría—. Contéstame.

—¡No lo sé! —Y era cierto, porque a pesar de mi ayuno, de mis oraciones, de las veces que pedí perdón y oficié misa cómo si mi alma no estuviese en pedazos, no lo sabía. Me levanté de la silla a su lado—. ¡Estoy muriéndome aquí Jesús, me muero con ella y sin ella también! No la he visto en una semana y no dejo de preguntarme si está bien, si está comiendo, si está

durmiendo bien.

—Ven aquí, hijo. —Jesús abrió sus brazos hacia mí.

—No sé qué hacer, estoy en un espiral del que trato de salir con la ayuda de mi fe, de la oración, pero cada vez me siento más perdido y me estoy enloqueciendo.

—Sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

Lo sabía, sabía lo que se hacía en estos casos, pero me negaba a hacerlo.

—Tu traslado será pronto, es un buen momento. —Me separé de él, dejando las manos en mis hombros—. El señor está cerca de los que tienen quebrantado el corazón, él rescata a los de espíritu destrozado<sup>[15]</sup> —recitó—. No puedes hacerlo solo, Dios dice en su palabra “Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”<sup>[16]</sup> Dios tiene un plan maestro para el mundo y para cada uno de nosotros. Aunque el plan involucre sufrimiento. Un día lo entenderemos todo perfectamente, y veremos el amor y la sabiduría de Dios en cada uno de nuestros pasos. Sabes lo que tienes que hacer.

## Capítulo 20

### *Valentina.*

El día de Navidad llegó demasiado rápido, Cristina había estado tocando mi puerta la última semana. Pero realmente no quería salir, estaba confundida, afligida, así que me mantuve en casa, encerrada, luchando contra mis propios demonios, con los recuerdos de una noche de lluvia y dos cuerpos desnudos. Pero simplemente esa noche no podía quedarme en casa, era Navidad y Nicky había estado parloteando sobre mi regalo.

Nicolás, amaba a ese pequeño que venía todos los días, se acostaba conmigo en la cama y me contaba como Jacinto, el nieto de Tomás, y él escondían los lentes de la señorita Miriam, la maestra de la escuela. Ese pequeño había sido mi luz en mis días más oscuros, su inocencia y picardía llenaban los momentos de melancolía, así que tenía una deuda con él, y esa era ir a su casa recibir su regalo y acompañarlo a la iglesia.

Me coloqué uno de los vestidos que las chicas trajeron para mí en su visita, sin mirarme al espejo, la primera vez que lo hice luego de esa noche sentí el peso de la culpa en mis hombros, me vi como una mala persona, como Eva debió verse ante Adam para instarlo a comer de la fruta prohibida, o peor, me vi como la serpiente que dijo a Eva que comer del fruto estaba bien, así que evitaba mirar mi reflejo. Papá me llamó cuando estaba a punto de colocarme los zapatos, que, aunque intuyó que algo estaba mal, no insistió en saberlo, me deseó una Feliz Navidad y dijo que mi regalo esperaría hasta que estuviese lista para afrontar la situación. Y que esperaba que ese día fuese pronto. Realmente no sabía de qué manera Darién y yo íbamos a afrontar de

una vez por todas lo que habíamos vivido o cómo seguiríamos viviendo como si nada hubiese pasado. Calcé mis pies en con unas sandalias planas y peiné mi cabello en una cola de caballo.

No quería salir, no sabía qué reacción tendría cuando estuviésemos frente a frente. Estaba segura de que, con mi encierro autoimpuesto, Cristina sospechaba que algo había sucedido mientras pasábamos la noche juntos.

Escuché los toques en la puerta e inhalé profundamente antes de abrir con una gigante sonrisa que no sentía.

—¡Hola Tina! —Nicky se abrazó en mis piernas, y luego me entregó un pequeño ramillete de flores silvestres—. ¡Feliz navidad!

—Feliz Navidad, hombrecito, y gracias por mi hermoso regalo. —Él negó con la cabeza.

—Mami dijo que los novios van a buscar a sus novias con flodes, pelo ella tiene tu degalo. Vamos. —Tomó mi mano empezando a tirar de ella. Cerré la puerta y aunque intenté no mirar, mi mirada se dirigió a la casa parroquial, pero como en días anteriores, el patio estaba solitario.

Cristina nos esperaba en la puerta de su casa, y una vez entramos a su casa noté que la mayoría de sus cosas ya estaban guardadas en cajas, iba a extrañarla y Darién también.

—Al menos saliste de casa. —Sonrió dándome un abrazo—. ¿Estás comiendo bien? Has perdido peso —murmuró una vez Nicky nos dejó a solas.

—Todo está perfecto —mentí.

—Puedes mentirme todo lo que quieras, pero ¿puedes mentirme a ti? —Caminó hacia la cocina y la seguí—. El entusiasmo, es justo como la tristeza... Si no la compartes con alguien, te comerá viva. —Me dio un vaso con jugo de guanábana y luego me indicó que siguiéramos a la sala—. Sé que algo sucedió entre tú y Darién y por la forma que he visto a mi hermano esta última semana vislumbro qué fue.

—Cris...

—¿Estás enamorada de mi hermano? —Miré mi vaso con jugo, incapaz de observar su rostro—. Sé que lo amas, lo veo en tus ojos y quizá para ti o para él no sea notorio, quizá la gente de este pueblo no lo nota, pero yo conozco a Darién como la palma de mi mano y sé que está sufriendo. —Dejé el vaso el cristal en el suelo y levanté el rostro para mirar a Cristina.

—Tu hermano nació para servir.

—¡Tonterías! Todos nacemos para ser felices, Valentina.

—Cris...

—Solo quiero que él sea feliz, así que contéstame.

—Este sentimiento va en contra de todo lo que somos, de mis creencias, de sus creencias. No quiero ser yo la que se entrometa entre él y la iglesia...

—Ella iba a decir algo, pero calló al escuchar los pasos de Nicky.

—¡Mami lo encontré! —gritó Nicky llegando rápidamente hasta nosotras con ambas manos a su espalda.

—Hablaemos después —murmuró en el momento que Nicolás extendió una caja de zapatos en mi dirección.

—Feliz Navidad. —Plasmé una sonrisa en mi rostro y tomé la caja—. Lo hice yo solito... —Parecía muy orgulloso de su trabajo, así que antes de abrirlo lo atraje en un abrazo y besé sus cabellos dos veces—. ¡Ablelo, vamos! —Abrí la caja encontrando un pedazo de cartón forrado en papel cometa de color azul, sobre este una flor estaba hecha con bases de cartones de huevo y botones, el tallo verde era de tiras de lana y tenía un «te quiero» pintado con crayones a un lado.

Las lágrimas que había mantenido a raya durante mi breve conversación con Cristina se derramaron sin permiso.

—Está hermoso, mi amor chiquito. —Volví a abrazarlo—. Muchas gracias.

—Es pala que cuando nos vayamos con papá no me olvides.

—Prometo guardarlo como un tesoro, pequeño, no te olvidaré. — Acaricié su mejilla—. También te quiero Nicolás. —Le di un último beso justo cuando las campanas de la iglesia empezaron a tintinar.

—Ya es hora. —Cris se levantó del sofá y yo la seguí. Mientras caminábamos hacia la iglesia, Nicky iba parlotando sobre su nueva habitación, como su papá la había decorado con barcos de guerra y el océano.

Eso mantuvo mi mente distraída, sin embargo, cuando entramos a la iglesia decidí quedarme atrás. Sabía que al hacerlo mío esa noche, estaba pecando, pero lo amaba y en nombre de ese amor me permití disfrutarlo, una vez, aunque ahora me sintiera indigna de siquiera pisar la casa de Dios. Por otro lado, sabía que lo mejor era mantenerme alejada de él y de mis propios pensamientos.

Lo observé a la distancia, había perdido peso y unas grandes ojeras se dibujaban bajo sus párpados, durante la eucaristía nunca miró hacia el frente, mantuvo su vista fija en la biblia y sus apuntes, la iglesia estaba llena debido a la fecha, y al finalizar, Cristina me invitó a cenar junto a ellos, decliné.

Un día dije que no sería yo quien apartara a este hombre del propósito de Dios. Y a pesar de lo que le había propuesto esa mañana mientras estábamos solos en el rancho, y que cada minuto del día deseaba estar junto a él, no pensaba romper esa promesa.

Fue entonces cuando su mirada se cruzó con la mía, por unos segundos, sus ojos azul cielo brillaron, pero luego una sombra de dolor los nubló y tomó todo de mí no correr hacia él y pedirle que me besara una vez más, que si él lo deseaba podíamos estar juntos sin que él dejara el sacerdocio...

No, sabía que él no lo haría. Sin embargo, mientras nos miramos a los ojos me di cuenta de que ambos estamos sufriendo, así que di media vuelta y regresé a casa mientras las lágrimas se derramaban por mis mejillas. Fue

imposible que no experimentara el mismo desasosiego que al momento exacto en que llegué a Puerto Escondido. Lloré, pero era por un hombre diferente, por un sentimiento distinto. En algún momento de la noche mientras las familias a mi alrededor celebran la llegada del hijo de Dios, y yo lloraba por enamorarme de uno de sus siervos, me quedé dormida.

Los siguientes días volví a encerrarme en mí misma, afortunadamente tenía suficientes enlatados desde la visita de mis amigas. Estaba terminando de comer una lata de atún cuando mi teléfono sonó. No quería contestar, pero tampoco quería que Cat, Sole o Paola aparecieran en mi puerta.

Esperaba que el tiempo hiciera su magia y con ello volviese a sanar mi corazón.

\*\*\*

Pasó una semana desde la partida de Cris y Nicolás, y ya extrañaba al pequeño parlanchín. No había visto a Darién desde la eucaristía celebrada en Navidad, y aunque Cristina fue a casa en vísperas de año nuevo, decidí no abrir la puerta y fingir que estaba dormida. El día de año nuevo hablé con papá y las chicas, fue una conversación rápida donde les dije lo mucho que las extrañaba, y era cierto, una parte de mí quería volver a casa, enfrentar a Adrián y tomar las riendas de mi vida de una vez y por todas, la otra miraba por la ventana y esperaba que Darién fuese a su patio a cortar leña o saliera de la casa parroquial, pero eso no sucedió y estaba empezando a sentir su ausencia, la manera en cómo sus ojos parecían atravesar mi alma, su sonrisa a medio lado y la manera en la que hablaba. En las noches cuando cerraba los ojos podía vernos en ese viejo rancho, lo veía como lo que era, como un hombre tierno, leal. Recordaba sus besos que parecían haber marcado mi piel con fuego, las caricias de sus inexpertas manos en mi espalda y mi pecho.

Tenía que verlo, no sabía exactamente qué le diría cuando lo tuviese enfrente, pero estaba cansada de luchar, cansada de llorar y de dormir para intentar olvidar que a solo unos metros de donde me encontraba estaba la persona por la que mi corazón estaba latiendo. Me coloqué los zapatos y rodeé la iglesia subiendo los escalones y cruzando la placa de cemento que bordeaba la plaza, las puertas de la iglesia estaban abiertas, y doña Elvira estaba limpiando la entrada. Entré a la iglesia y miré al Cristo crucificado detrás del altar.

« Lo amo y me duele, porque está mal, pero no puedo evitarlo. Esta es una elección que él deberá hacer, creo en ti, sé que moriste en esa cruz para salvarnos y limpiar nuestros pecados. No puedo pedirte que limpies el mío, porque no he pecado, este amor no debe ser considerado como pecado. No quiero dañar a nadie, pero sobre todo, no quiero dañarlo a él, ni a mí misma, por favor, por favor, ayúdame... »

—¿Se encuentra usted bien señorita Valentina? —Javier, uno de los monaguillos preguntó preocupado.

—Sí estoy bien, ¿está el padre ocupado?

—Está en el despacho preparando la misa de mañana, ¿quiere que lo busque? ¿Necesita confesarse? —Negué con mi cabeza.

—No es necesario, puedo ir hasta él. Gracias Javier. —Caminé hacia el altar, llegando al corredor que comunicaba la iglesia con la casa parroquial, toqué suavemente dos veces y luego abrí. Pero el hombre detrás del escritorio, no era Darién.

Por un minuto ninguno de los dos dijo nada, nos miramos a los ojos sin saber exactamente qué paso dar.

—Valentina —murmuró levantándose—. Tú debes ser Valentina, me preguntaba cuánto tiempo más pasaría, antes de que vinieses aquí.

—Creo que me he equivocado.



—No lo has hecho, hija. Venias en búsqueda del padre Rodríguez. —Se acercó a mí, que parecía que no podía moverme—. Soy el padre Jesús García. El padre Darién me ha hablado mucho de ti.

—Yo...

—Siéntate hija. —Me senté y el hizo lo mismo en la otra silla—. Te preguntarás qué hace este viejo y gordo sacerdote en esta congregación.

—Creo que necesito irme.

—Creo que necesitamos conversar. —Su voz fue suave, pero tenía un toque de autoridad que me fue imposible no detectar.

—Cuando conocí a Darién, era apenas un niño, le enseñé a tocar su guitarra y era uno de mis mejores monaguillos. Conozco a ese muchacho como si fuese mi propio hijo. —Me quedé en silencio—. Cuando llegué a esta parroquia poco después de la celebración de Noche Buena, una corazonada o quizá el mismo Dios en su misericordia, me dijo que algo no estaba bien. Mi hijo. Su hijo estaba batallando arduamente, así que me senté en esa misma silla, sin prejuicios, ni reproches y lo escuché... Me gustaría. —Tomó mi mano—. Me gustaría escucharte a ti ahora.

Seguí en silencio por varios minutos.

—En ocasiones hablar un poco nos ayuda. Ya he hablado con Darién y sé que ustedes se dejaron llevar, es innegable que la carne es débil, para ustedes fue fácil...

—No diga que caímos en tentación. —Mi voz salió ronca y distorsionada por las lágrimas que habían empezado a salir de mis ojos—. No quise tentarlo, no fue mi intención, simplemente...

—Pasó. —Fue su turno para interrumpirme, asentí hacia él—. ¿Qué haces aquí hija? ¿Cuál era tu intención esta vez?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. —Apretó mi mano—. Querías verle, hablarle.

—Yo...

—¿Lo amas? Y hablo de amor real, muchas veces solemos confundir el amor y la lujuria, pero son dos cosas diferentes.

—No sé cuándo pasó, solo... —Él tocó mi anillo de bodas—. Tú también rompiste tu voto, un sacramento. —Tiré de mi mano llevándola a mi pecho.

—Usted no me conoce, ¡no puede juzgarme!

—Es cierto, hija, yo no te conozco. —Se levantó del asiento y caminó hacia la librería, noté que los títulos que Darién solía tener ahí no estaban. No estaba bajo la misma estrella, ni el libro de los hermanos Karamazov.

—¿Dónde está Darién? —Sentí cómo si apretaran mi cuello en un puño.

—El padre Rodríguez ha adelantado su traslado a otra parroquia.

—Eso no es cierto... —Mi voz tembló.

—Hija.

—¡Usted está mintiendo! —Me levanté de la silla y lo acusé con mi dedo—. Darién ama a esta comunidad, no pudo haberse ido así, sin más.

—Cuando el corazón se confunde es mejor tomar distancia y así llegar a las mejores decisiones, el Padre Rodríguez...

—¡Darién! ¡Su nombre es Darién! —grité enfurecida.

—¡Es un sacerdote! Es su vocación, se ofició para servir. ¡Lo llamo como por lo que realmente es! —El Padre Jesús levantó un poco la voz y yo retrocedí dos pasos, sin querer creer las palabras del hombre frente a mí. Darién no se había podido ir sin al menos despedirse sin hablar conmigo, él no se acercó, no hizo ningún amago por consolarme, cosa que agradecí, bajé mi rostro sin mirar a ningún lugar, tenía el pecho comprimido mientras negaba levemente, él me dejó llorar por un par de minutos y luego caminó hasta quedar frente a mí—. Él dejó esto para ti. —Lo miré con los ojos vidriosos por mis lágrimas—. Si realmente lo amas, no lo presionarás, no lo buscarás y

dejarás que el continúe ejerciendo para lo que ha sido instruido, le permitirás que sea libre para orar, para pensar para que encuentre comunión con nuestro señor Jesucristo y que sea él quien lo ayude a tomar la mejor decisión para su vida.

—Él me ama.

—También ama su vocación, y un hombre no puede amar dos cosas o terminará inclinándose hacia algún lugar, y ese lugar es traicionar sus votos o culparse por no poder tomar una decisión. —Colocó una de sus manos en mi hombro izquierdo—. Siento por lo que estás pasando hija. —Su voz fue condescendiente.

—¿Dónde está? Solo dígame dónde está él.

—No puedo decírtelo, no debo decírtelo y no voy a decírtelo. En estos momentos Darién como sacerdote necesita meditar, analizar lo que está ocurriendo desde todos los ámbitos y reflexionar su amor hacia Jesús y la iglesia, para poder descubrir qué es lo que realmente anhela su alma. Si tú entorpeces esa decisión, serás tú la que terminará siendo juzgada, por ti, por quién te rodea. En la vida todo son decisiones, y si realmente lo amas, debes enfrentar este tiempo, verificar que lo que sientes es realmente amor y no el capricho de una mujer desolada, porque su esposo le fue infiel. —Lo miré—. Darién me contó todo, desde el primer momento que llegaste a esta comunidad, hasta el instante después de haber quebrantado sus votos. Está en tus manos. —Me tendió el sobre—. Como ves, sigue sellado, lo que contiene solo será entre tú y él.

## Capítulo 21

### *Valentina.*

Tomé el sobre marrón que el padre Jesús me estaba tendiendo.

—Quizá ahora no entiendas mucho, del por qué Darién ha hecho las cosas de esta manera.

—Necesito...

—Ve con Dios, hija... —Salí de la sacristía y corrí por el corredor, por la iglesia y la plaza buscando ese lugar que tanta paz me daba, llegué al río y me senté sobre la roca e inhalé profundamente el aire puro del campo para intentar tranquilizarme, sentía como si mi vida se me estuviese fragmentando nuevamente, mi corazón estaba roto, mi vida estaba rota, toda yo era pequeñas partículas de polvo, lloré porque tenía que hacerlo, sacar de alguna manera el dolor que llevaba por dentro.

No supe cuánto tiempo estuve ahí realmente, el sol empezaba su camino hacia el descenso, pero no quería regresar, observé el horizonte y la tarde caer, con el sobre aferrado en mis manos, como si fuese un salvavidas, una vez me sentí más tranquila lo rasgué con temor de saber que encontraría en sus palabras, limpié mis lágrimas y desdoblé las dos hojas blancas que estaban dentro de este.

*Preciosa, mi pequeña preciosa.*

*Llegaste a mi vida cuando menos lo pensaba y mi primer pensamiento fue “Dios, qué hermosa es”*

*Seguramente te estarás preguntando: ¿Por qué me fui sin despedirme? Pero yo sé muy bien que tú conoces la respuesta: simplemente no podría hacerlo mirándote a los ojos... ¿Cómo decirte adiós sin sentir el peso de la realidad sobre nosotros? ¿Cómo decirte adiós y resistirme a besarte otra vez?*

*En esta carta te digo adiós como Darién; el hombre, no el sacerdote. Me despido de ti como el mismo hombre que noches atrás se entregó a ti en cuerpo y alma, y el mismo que tiene la dicha de llevar tatuada tu esencia en su piel. Aquel que conoció el amor gracias a un ángel como tú. Me llevo en el corazón el recuerdo de tu amor, el de nuestra unión y del momento en que mi alma tocó el cielo al sentir tu corazón latiendo junto al mío.*

*Quiero que sepas que no me arrepiento de lo que pasó entre nosotros. Por el contrario, estoy más que agradecido de haberte encontrado en mi vida y que tú hayas sido capaz de mostrarme todo esto que ahora aprendí a tu lado. Estoy seguro de que solo hubiera podido vivir contigo, porque lo nuestro no fue algo simple y carnal; sino algo más allá de la comprensión humana, algo que me atrevo a decir, fue mágico y espiritual.*

*Contigo aprendí a volar, aunque sabía que mis alas estaban cortadas, que mi vida estaba reservada solo para caminar. Valentina, mi preciosa Valentina, siento irme y dejarte, pero mi fe, mi vocación, mi alma me pide que lo haga y sé que te sentirás desorientada, confundida e incluso hasta dolida por lo que hice, pero ambos sabemos que esto es lo mejor. No tengo derecho de pedirte nada, porque ya me has dado suficiente con el solo hecho de haber llegado a mi vida, pero quiero que me prometas que serás feliz y que no dejarás que esto se lleve la paz que has conseguido en estos meses,*

*esa paz que en una noche yo viví a tu lado. Sé que eres fuerte. Lo sé desde el primer momento en que nuestros caminos se cruzaron; por eso te suplico que luches y que intentes salir adelante. De nada servirá que bases tu vida en un recuerdo.*

*Cree en ti, en el amor por ti misma, aunque sientas que te ha fallado, perdona a Adrián, aunque no quieras vivir con él. Y perdóname a mí por tomar la opción más fácil. Cree en ti y en tu vida y nunca dejes de creer en Dios.*

*Por mi parte necesito tiempo para mí, tiempo para pensar, tiempo en comunión con Dios, y una vez haya conseguido lo que tanto anhelo, seguiré con lo que hasta ahora había sido el motor de mi existencia: el servicio a Dios.*

*Perdóname por ser un cobarde, por no decirte todo esto en persona, pero debes comprender que tengo miedo, no sé qué sería de mi vida si te tengo enfrente, y aunque ahora no me arrepiento, no quiero que en futuro nuestras vidas sean destruidas por un momento de debilidad, sé con total certeza que si te tengo en frente no podría resistirme a probar la dulzura de tus labios, el sentir la calidez de tus caricias y el latir de tu corazón a la par del mío... Pero ambos sabemos que eso, lamentablemente, ya no puede pasar.*

*Tina esta será la última vez que abra mis sentimientos como hombre, debo confesarte algo que seguramente tú ya sabes... Me enamoré de ti como un tonto, y aunque dediqué mi vida a servir a Dios, tú te has ganado mi corazón, y es tuyo desde el momento en que el brillo de tus ojos iluminó los míos. Te amo, pero no soy libre de sentirlo o de gritarlo a los cuatro vientos, como tú no eres libre de escucharlo o aceptar este amor que nació de algo prohibido, pero que es lo más puro que pudo habernos pasado a ambos. No digamos que es un error todo lo vivido entre nosotros, porque en verdad no lo fue. Pensemos que fue un sueño, el más hermoso que yo he tenido y del*

*cual, desgraciadamente, teníamos que despertar.*

*Prométeme que buscarás la felicidad que te mereces, como yo te prometo que te recordaré en los momentos en que el hombre le gané al sacerdote y mi corazón le gane a la razón.*

*Cuídate preciosa, cuídate amor mío.*

*Darién.*

Terminé de leer y entonces volví a llorar.

## Capítulo 22

### *Valentina.*

Estuve muchas horas frente al río, releendo la carta de Darién, intentando entender los motivos que lo habían llevado a abandonar el pueblo que tanto adoraba, la comunidad que tanto trabajo le había costado reconstruir; a mi mente llegaron los recuerdos de la primera vez que nos vimos en ese lugar, ese abrazo cálido que compartimos una mañana cuando nuestros sentimientos eran confusos, la carta no venía sola, dentro del sobre reposaba su camándula y me aferré a él como una manera de tenerlo cerca, a pesar de que era muy probable, que no pudiese volverlo a ver.

Llevé la camándula a mi pecho y suspiré, había desconfiado de Dios, había renegado de él incluso. Pero él me había traído hasta aquí, por su gracia conocí a un hombre maravilloso, que sin pensarlo había reparado mi roto corazón. Sí, estaba dolida, sí, me sentía sola y afligida, pero tenía algo que no había notado meses atrás cuando descubrí que el hombre que elegí amar y respetar había olvidado sus votos matrimoniales al traicionarme de la peor manera.

Esta vez tenía paz y tranquilidad, así que cerré mis ojos y envié una oración al hombre que me había sanado con su manera sencilla de ser. Quizá amar a Darién no estaba en mis pensamientos, pero estaba en mi futuro, la biblia dice en su palabra, que «los tiempos de Dios son perfectos». Y pese a la nostalgia que alberga mi alma, lo sentí así.

Una vez terminé mis oraciones volví a casa, me recosté en la cama con



mi máspreciado regalo, di vueltas por no sé cuántas horas, lloré por él, porque en su carta reflejaba su amor, su confusión, era un hombre dividido entre el querer y el deber. Lloré por mí, por la dicha de haberlo sentido mío por un instante.

Solo esperaba volver a verlo algún día.

\*\*\*

Un mes transcurrió desde la partida de Darién. Sin él y sin Cristina, sentía que los días pasaban lentamente, usaba la camándula como un recordatorio, la mantenía alrededor de mi cuello para así sentirlo a mi lado. A pesar de que entre la comunidad se sentía la ausencia de Darién, Pueblo Escondido continuó como si nada hubiese sucedido. Con la escuela, el puesto de salud y la iglesia terminados, los pobladores comenzaron a seguir una rutina, los pescadores se iban a pescar antes de que el sol empezara a darnos sus primeros halos de luz, los campesinos iban a sus trabajos, en fincas cercanas para comenzar su jornada de siembra.

El padre Jesús ofició misas e hizo confesiones en total normalidad, aunque sabíamos que no era el párroco que se quedaría en la comunidad, pronto alguien más llegaría a remplazar a Darién. Quizá de su parroquia, quizá de la vida de los moradores de Puerto Escondido, pero de mi corazón no lo remplazaría nadie, de eso estaba segura. Cada día que pasaba entendía un poco el porqué de su decisión, para hombres como Darién Alejandro Rodríguez, su vida era la iglesia, él era un hombre dividido entre el deber y el querer, un hombre que se había preparado para ser sacerdote y no podía dejar de serlo de un día para otro. No solo hablaba de su futuro, hablaba de él, de quien era. Así que cada día iba al río, me sentaba en su piedra y observaba a mi alrededor mientras diseñaba.

Algunas semanas más tarde un nuevo sacerdote llegó a la iglesia, el padre Pablo, era joven, no tan joven como él, le tomó un poco de trabajo ganarse a la comunidad pero tras varias semanas, el pueblo entero se acostumbró, él era carismático y servicial como lo había sido Darién en su momento, así que todo seguía como antes, la mañana llegaba para mostrarnos un nuevo día, y por las noches mientras todos dormían, yo recordaba.

Me di cuenta más temprano que tarde, que no tenía sentido seguir en el pueblo, así que la mañana siguiente tomé lo poco que me quedaba de efectivo, me despedí de las personas que habían formado parte de mi vida en los últimos meses y tomé un autobús que me llevara a la terminal de transporte; compré un tiquete que me llevara a Bogotá, tenía siete horas para organizar mi vida, para pensar qué le diría a Adrián y volver a comenzar. Llevaría por siempre la luz y el aroma de Darién en mi piel y su horizonte en mis ojos, ese sería mi recuerdo mejor guardado.

Bogotá me recibió gris con lluvia y frialdad, Cat me esperaba en la terminal de transporte, la llamé cuando faltaba un par de horas para llegar. Ella no dijo nada, me abrió sus brazos como si el tiempo no hubiese transcurrido, me refugié en ellos, permitiéndome llorar una vez más.

—¿Entonces hablarás con él?

—Necesito unos días —musité sin mirarla realmente, la lluvia había aminorado pero me recordaba unos ojos azules, tatuajes en forma de pájaro y cabello rubio, también besos robados y caricias tímidas.

—¡Tina! —Miré a Cat—. ¡¿Qué rayos te pasa?! Llevo horas hablándote y tú pareces ida. —De hecho, lo estaba, ya que nos habíamos detenido en su casa y no había caído en cuenta.

—Solo me distraje... ¿Estás segura de que Eliot está de acuerdo con que me quede un par de días?

—Tan de acuerdo que se ha ido de fin de semana con las chicas a donde su mamacita. —Sonreí, durante mi matrimonio no tuve que liderar con la malvada suegra, que me parecía más bien un estigma autoimpuesto. Supongo que Adrián no pensaba lo mismo. Salimos del coche y entramos a la casa Cat, encendió las luces y me llevó hasta la habitación de invitados, había una toalla doblada sobre la cama.

—Como regalaste todas tus cosas, voy a buscarte algo para que uses de pijama, por ahora date una ducha y mañana irás a mi clóset y escoges tú, eso sí, después de desayunar iremos de compras.

—No quiero que Adrián me vea, no aún.

—¿Has escuchado hablar de compras On line? —Me miró como tonta—. Enciendes el computador y solo das «click» en lo que te gusta. Ahora date una ducha, mientras yo voy y preparo algo. —Salió de la habitación y volvió a entrar segundos después—. Las chicas quieren estar contigo.

—No hoy... —La interrumpí.

—Obvio que hoy no, necesitas descansar, sigo sin entender por qué no me pediste un tiquete de avión, hubiésemos podido hacer algo, te habría enviado dinero, que pasaras un par de noches en un hotel y luego hacer una denuncia de tus documentos y reportarlos como extraviados, pero no, decidiste venirte en bus —refunfuñó—. Les he dicho que te dejen descansar hoy, pero estaremos solas hasta el lunes bien entrada la noche. ¿Fiesta de pijamas? —Negué con mi cabeza y sonreí, la primera sonrisa desde que me enteré de su partida.

—Estamos algo grandes para una fiesta en pijamas...

—Nunca es demasiado tarde para atiborrarnos de helados y palomitas, darnos una maratón de Crepúsculo, babear por Robert Pattinson, sacar a pasear la mamá de Kristen Stewart y beber un par de cervezas... Sobre todo, de hablar, hablar y hablar hasta que el sol despunte y nuestra alma quede

limpia... No soy tonta, te veo y sé que no estás lista para Adrián, pero no fue esa la razón que te hizo salir de Puerto Escondido. —Tragué el nudo en mi garganta—. Si no estoy mal, tiene que ver con el dueño de la camándula que llevas al cuello... —Darién... Me obligué a mí misma a mantener el rostro sereno—. Te vi en esa visita y lo vi a él, ambos luchando, ambos refrenándose, quizá para todo el mundo era cuestión de amistad, pero yo te conozco, y no veía esa mirada en ti desde tus inicios con Adrián.

No dije nada, de mis tres amigas Cat era la más intuitiva.

—No quiero hablar de eso...

—Está bien, ¿te apetece una pizza?

—Pizza, ¿qué es eso?

—Supongo que es un sí. —Salió de la habitación, yo me quité la camándula del cuello y besé la cruz, dejándola sobre la mesa de noche y dirigiéndome hacia el baño.

\*\*\*

Soledad y Paola habían llegado temprano, con cajas de pizzas y botellas de vino como para un regimiento, Cat buscó la primera película de la saga Twilight, sabíamos los diálogos de memoria, casi de todos los personajes, suspirábamos por Edward e intentamos odiar a Bella por su manera de ser, habíamos pasado buenos momentos junto a la saga, pero esta vez no le estaba prestando atención, mi cabeza estaba a kilómetros de este lugar, en alguna parte de este país donde estaba él, esperaba que estuviera bien, tranquilo y que me extrañara tanto como yo lo estaba haciendo.

Sentí tres pares de ojos sobre mí y levanté el rostro para mirar la pantalla congelada y a las chicas observándome cómo si fuese una

extraterrestre.

—¿Qué?

—¿Qué es lo que Edward le dice a Bella ahora? —inquirió Pao.

Miré la escena congelada en el televisor de cincuenta pulgadas de Cat. *Eclipse*, Bella intentaba robarle la virginidad a Edward, al menos ese era nuestro chiste favorito, conocía ese dialogo como la palma de mi mano, era una de mis escenas favoritas, sin embargo, no podía recordarlo.

—No le has prestado atención a la película.

—De hecho, haz estado en otro mundo desde ayer. No había querido decirte nada pero estás ausente.

—Ideas tuya Cat, simplemente la comida no me cayó bien.

—¡Te escuché vomitar esta mañana!

—¡La pizza me cayó mal!

—¡No, tú estás mal! Decidiste volver de un momento a otro, sin explicaciones, te escuché llorar anoche.

—¡No pensé que tenía que darte explicaciones! ¿Es porque estoy en tu casa? —Me levanté furiosa del sofá—. Entonces me voy.

—¡Eso es inmadurez, maldita sea!

—¡Soy una inmadura entonces! —Salí de la habitación, podía sentir sus pasos detrás de mí.

—¡Detente!

—¡Déjame en paz, Cat! —Ella me alcanzó y tiró de mi brazo haciéndome girar—. ¡Déjame...!

—¡No! —Me zarandeó—. No, te voy a dejar en paz, quiero que me digas qué diablos te sucede, te veo Valentina, parece que estuvieses muerta en vida, dijiste volver porque por fin querías enfrentar a Adrián, pero sé que no es así, te conozco de hace años y ¡tú estás distinta! Ayer estabas ausente, hoy estás peor. ¡¿Qué pasó con la Valentina alegre y espontánea?!

—¡Se murió! —A lo lejos vi a las chicas mirarnos expectantes.

—No me vengas con esas pendejadas, te vi hace tres meses, estabas bien, fuerte; incluso, pensamos que ibas a necesitarnos y por eso viajamos, pero tú estabas radiante y ahora.

—¡Me acosté con Darién! —grité abrazándome a mí misma—. Me enamoré de Darién y me acosté con él. —Mi voz bajó hasta ser solo un susurro—. Intento sobrevivir día a día, intento pensar cómo voy a enfrentarme a Adrián. —Sollocé—. Tengo muchísimas cosas en mi cabeza, no necesito más presión. ¡Necesito tiempo! Para comprender, para digerir, para encontrarme... —Lloré, ninguna de ellas dijo nada, el tiempo pareció detenerse por un par de segundos antes de sentir cómo unos brazos me rodeaban y el suave olor a vainilla del perfume de Sole me envolvió en un espiral de ternura, Pao le siguió y de último Cat. Inspiré profundamente intentando controlarme, mientras sentía todo el amor de mis amigas, sabía que estaban preocupadas, sabía que Cat me había presionado para saber por qué estaba actuando como lo estaba haciendo, y quizá no había sido la mejor manera de contarles que me había enamorado de un hombre del cual no podía enamorarme, pero estaba cansada de callar y mi cabeza era un nido de pensamientos y problemas que no sabía cómo resolver.

Nuestro abrazo duro un par de segundos, ellas se alejaron y yo limpié mis lágrimas, Paola me guio hasta el sofá nuevamente, quedando agachada frente a mí, mientras Cat y Sole se sentaban a mi lado.

—Valen...

—Estoy bien, niñas... Créanme que estoy bien... Me duele, me duele mucho pero no era posible, decidí volver porque tenía que hacerlo, no podía esconderme eternamente...

—Estamos aquí para ti siempre. —Apreté la mano de Sole.

—Entonces tú y el curita sexy.... Por cada uno de los clavos de Cristo

¿pervertiste al padrecito? —resoplé ante la tontería de Paola—. Quién lo diría, Valentina Harfush perversidora de curitas.

Mis amigas rieron y una sonrisa adornó mi rostro.

—¿Quieres contarnos? —Sole metió un mechón de mi cabello detrás de mí oreja.

—No olvides todos los detalles escabrosos y perversidos... ¿Qué tal estaba el padrecito?

—¡Paola!

—¿Qué, si estaba tan bien dotado allá abajo como sus músculos...?

—Estás hablando de un ministro de Dios.

—Pues, ni tan ministro de Dios si le dio a la Vale, y no precisamente consejos ni penitencias.

Les conté todo desde el principio, en cierta parte para desalentar los comentarios jocosos y poco apropiados de Paola, también porque necesitaba sacarlo de mí ¿y nadie mejor que mis amigas para escuchar sin juzgar? Mientras más relataba, el perfume de Sole que había sido relajante en un comienzo, ahora que estaba tan cerca me estaba produciendo mareo, respiré profundamente y el aroma me produjo arcadas.

Me levanté del sofá y salí corriendo hacia el baño de invitados, que era el que más cerca estaba. Cuando me levanté, las chicas estaban en la entrada de la puerta mirándome con el ceño fruncido. Lavé mi boca y respiré profundamente mientras ordenaba a mi cuerpo mantenerse firme. Al parecer, la indigesta de pizza y vino no me había sentado bien.

—Creo que ha sido mala idea comer tanta pizza, tanto tiempo sin ella y mi estómago ahora no la tolera.

Empecé a caminar en dirección a la sala cuando Paola habló.

—Tina, ¿usaste algún tipo de protección con el padrecito? —La garganta se me cerró ante la idea, pero lo deseché.

—Él era virgen, yo tengo problemas para concebir y estábamos bajo una tormenta, no fue como si lo hubiésemos planeado y hubiésemos ido a la farmacia a comprar condones.

—Pero tú has estado haciéndote tratamientos para la fertilidad —acotó Sole.

—Uno entre tantos que no funcionó... Niñas, no estoy embarazada. — Llegué al sofá y le di reproducir a la película para terminar la absurda conversación.

—Toma... —Paola llegó frente a mí con tres pruebas de embarazo.

—¿De dónde sacaste eso? —preguntó Catherine.

—Tengo que hacer un comercial sobre embarazos y estuve el viernes ensayando, así que me traje las muestras, ve al baño orina en el palito y veamos si el padrecito hizo el milagro.

—No...

—¿Hay algún indicio que el *pejelagarto* <sup>[17]</sup> alias Adrián te haya dejado embarazada antes de ponerte los cuernos que rompieron la capa de ozono? — Negué con la cabeza—. Entonces quizá el lápiz mágico del padrecito haya hecho el milagrito.

—¡Puedes dejar de llamarlo así! Se llama Darién.

Cat le quitó las pruebas a Paola y me las tendió:

—Ve, hazte la prueba y ven. Si es negativo nada ha pasado, si es positivo, sacaremos una cita mañana con tu doctor.

Por un momento me negué, pero al final un rayito de esperanza inundó mi interior. Tomé las pruebas y volví al baño, solo saqué dos de su empaque, oriné en la ventana que indicaba y esperé... al final tomé la otra prueba e hice lo mismo que con las otras dos.

—Abre la puerta, ya te hemos visto vomitar, queremos estar ahí cuando salga el resultado. —La voz de Paola se filtró rápidamente, sequé los restos



de orina de las pruebas y abrí la puerta, entregándole una a cada una de mis amigas. Antes de volver al sofá y engullir un pedazo de pizza.

—Es hora lo hacemos al tiempo. —Miré a Sole sin ninguna emoción, tanto Cat como Paola debieron asentir, ya que Soledad también lo hizo.

—Positivo.

—Positivo.

—Positivo.

## Capítulo 23

### *Valentina.*

Positivo...

Por un momento todo fue silencio, llevé las manos a mi abdomen aún plano, incapaz de poder creerlo, capeé mi garganta quitando el nudo que la obstruía y miré a mis amigas a los ojos, Sole tenía una sonrisa, sus ojos estaban húmedos, Paola estaba sorprendida y Cat tenía su celular en la mano, marcaba los números rápidamente.

—¿Qué haces?

—Estoy llamando a tu doctor, él tiene que saberlo. Necesitas chequearte, saber de cuánto tiempo estás, eliminar la posibilidad de que Adrián sea el padre.

—Que no es de Adrián, es de Santo Darién, patrón de Puerto Escondido... ¡Vamos a ser tías! —Chilló Paola, rodé los ojos ante su exagerada reacción.

—No llames al doctor Quiñonez... —Cat me miró sin entender—. Es amigo de Adrián, lo llamará y...

—Tienes que encararlo.

—No, sino sabía cómo hacerlo antes, menos ahora.

—Bueno, tenemos que tranquilizarnos. —Soledad se sentó a mi lado—. ¡Felicidades! Vas a ser una mamita.

Una mamá... Un bebé, y no un bebé cualquiera, un bebé con Darién.

—¿Qué quieres hacer? —Cat colgó su celular y se acercó tomando mi mano, mientras Paola se sentaba a su lado.

—Necesito a mi nana... Dile que necesitas que se quede un par de horas con las mellizas.

—Pero, Adrián.

—Él estará en la oficina, ella puede venir por la mañana.

—¡Maldito bastardo! —susurró Paola.

—Lámala. —Miré a Cat y ella asintió.

Terminamos de ver nuestras películas, aún estaba un poco ida, pero ellas entendieron, pasé todo el tiempo acariciando la piel de mi abdomen, no sabía si era un milagro, pero este bebé iba a ser el niño más amado del mundo, quizá nunca conocería a su padre, pero yo lo amaría por los dos y estaría bien, todo estaba bien, todo encajaba, era la primera vez en cinco meses que no había dolor, ni desasosiego, estaba feliz, ser madre era mi sueño máspreciado, ser la madre del hijo del hombre que me había amado y del que me había enamorado tan lentamente que no me había dado cuenta, me hacía sentir plena. Sin embargo, en algún lugar en mi interior, la culpa latía de manera lenta, este pequeño era el fruto de un amor que no debía ser.

Que no tenía que ser.

\*\*\*

María llegó al día siguiente mientras las chicas y yo desayunábamos. Cat abrió la puerta y la dicharachera voz de mi nana hizo que mi corazón se encogiera un poco.

—¿Has hablado con mi niña, Catherine? —La dicha de minutos antes desapareció y fue cómo si una espina hubiese atravesado mi pecho.

—Ella está bien. —Mi amiga trató de consolarla.

—Es que no entiendo cómo pudo haberse ido así, sin avisar y hace tanto

tiempo, descuidando la fundación que es su vida, sin llamar a esta vieja que la ama tanto.

—Todo tiene una explicación, estoy segura de ello. La última vez que hablamos se escuchaba bien... Ella estaba feliz.

—No va estar tan feliz cuando vuelva y le dé una de esas *pelas* que tanto le prometí de niña.

Cat se burló.

—Por favor, dile a Oli que grabe eso con el celular, Sole y Paola están en el comedor. —Escuché los pesados pasos de mi nana María, mi bombona de chocolate, la mujer que había sido mi madre desde que mi mamá murió, tomé el vaso con jugo de naranja y bebí un sorbo largo, justo cuando las puertas del comedor de Cat se abrían revelando a mi nana. Me levanté de la mesa al ver el rostro estupefacto de la mujer en la entrada.

—Mi niña...

—Nana. —Nos fundimos en un abrazo y las lágrimas que había intentado mantener a raya, salieron libres ante su abrazo amoroso y maternal. Vi cómo las chicas abandonaron el comedor dándonos privacidad

—¿Por qué nunca llamaste? Mírate, estás ojerosa, flaca, ¿dónde estabas? Y no me digas que estabas en una isla por allá bien lejos, porque eso no me lo voy a creer... ¿Es que no había teléfonos celulares dónde estabas? Niña, niña no sabes lo que ha pasado por mi cabeza. —Volví a abrazarla y a dejarme abrazar por esos macizos brazos que trasmitían calor de hogar, cariño y ternura sin decir una sola palabra.

—Estoy aquí ahora. —Sonreí—. Contestaré a todas tus preguntas, solo que una por una.

Me senté en mi lugar y ella se sentó a mi lado, mientras le contaba lo que había sucedido la noche que encontré a Adrián con Linda, ella no dejó de tocar mi mejilla y cabeza, tampoco de aferrar mis manos cada vez que las

lágrimas me traicionaban.

—El señor llegó unos días después de que te fuiste, estaba como loco y aunque le preguntaba no contestó nada, después dijo que te habías ido lejos a una isla porque necesitabas descansar. Últimamente ha estado nervioso, no deja el celular para nada, habla en susurros y ... —Alcé la mano instándola a callar—. Es un mal hombre, un muy mal hombre, hacerte eso a ti mi niña que dabas tu vida por él. —Acarició mi mejilla.

—Estoy bien.

—¿Por qué estás aquí? Si tienes tu casa.

—Adrián está ahí.

—Yo solita me basto para sacarlo *como pepa e guama*<sup>[18]</sup> —Sonreí—. Es un bastardo. —Llevé las manos a mi boca, nunca había escuchado una palabra malsonante salir de la boca de mi nana.

—No puedo volver...

—¿Por qué? ¡Es tu casa! —Me levanté de la silla y busqué la única prueba que había guardado, quizá alguna parte de mi soñaba con poder mostrársela algún día a Darién, no porque quisiera que él dejara todo por mí, simplemente sabía que esa noche, en la que el hombre superó al sacerdote, había dejado en mí el regalo más importante que hubiese podido darme. Volví a mi lugar y tendí la prueba a mi nana.

Ella miró el palito de plástico, como muchas veces lo había hecho, por su rostro pasaron un centenar de emociones antes de abrazarme fuertemente.

—Esta es la razón por la cual no puedo volver a casa... Por ahora, pero volveré y Adrián Duque saldrá de mi casa, de mi vida y de mi empresa, pero ahora... —Llevé la mano a mi vientre—. Necesito saber que él o ella, está bien y para eso, necesito tu ayuda.

El plan era fácil, había dejado mi bolso en la habitación del hotel el día que vi a Adrián con esa mujer, por ende, él tenía mis documentos. Aquí

entraba mi nana. Y como siempre fiel a mí. Dos días después ella había encontrado mis documentos y dos semanas después volaba a Nueva York, a los brazos de mi padre con una sola cosa en mi cabeza.

El bienestar de mi hijo.

## **Nueva York**

### **Cinco meses después.**

—Papá...

—No valentina, no. —Cerré los ojos e imploré al cielo un poco de paciencia, Aaron David se removió en mi vientre, y a pesar de que papá estaba a punto de hacerme enojar, no pude evitar sonreír. En la última ecografía habíamos descubierto que sería un niño, mi padre había estado pletórico, al punto del llanto, pero feliz.

—No puedo seguir escondiéndome.

—Puedes hacerlo.

—¿No eres tú el que me decía que tengo que enfrentarme a las cosas?

—Sí, pero no confío en ese hijo de puta. —Se sentó a mi lado y tomó mi mano—. Ese hombre no solo te fue infiel, fue capaz de inventar que tú no podías tener hijos, te humilló, se burló de ti.

Llevé mi mano libre a mi vientre y suspiré, luego de que María me entregó mis documentos llamé a papá y él consiguió un boleto para mí, y una cita con uno de los mejores especialistas de Nueva York, el doctor Dimitri Malinov era de origen ruso y su hoja de vida era intachable, me hizo exámenes tras exámenes e incluso buscó ayuda de otro profesional, tanto el doctor Malinov, como el doctor Farell encontraron mi matriz fuerte, joven, sin

ninguna referencia de haber estado enferma con anterioridad.

El doctor Quiñonez, el respetado doctor Edgard Quiñonez, había sido cómplice y participe de un engaño que cubrió mi vida de dolor. Aún no podía entender, cuando después de un par de bromas, el doctor Malinov sugirió que quizá el del problema era mi esposo.

«Es que no eres tú la del problema, ¿no has pensado que quizá tu marido sea el causante de todo? Para los hombres es un problema de ego no ser capaz de procrear, intuyo que fue mucho más fácil para él culparte que afrontar su situación»

Entonces fue como si todo cuadrara, cuando le pedí a Adrián que intentáramos algo más, que viniéramos a Estados Unidos, que visitáramos otros profesionales, siempre decía que no. Decía que confiáramos en Edgard, y cuando perdía la fe y me enojaba diciendo que lo haría yo sola, siempre el doctor Quiñonez encontraba un nuevo tratamiento y mis ilusiones volvían, mis esperanzas se renovaban para un mes después, caer en una espiral de dolor al no obtener los resultados esperados.

Adrián no solamente me había engañado y traicionado mi confianza, él había lastimado mi alma y mi corazón.

—Entonces no lo harás. —Salí de mis pensamientos y miré a papá sin saber qué decirle—. ¿Me has estado escuchando al menos? Hija, en dos meses más se hará oficial la alianza entre Harfush y D'Angelo, crees que no me molesta que ese maldito esté haciéndose rico a costillas de mi empresa.

—No podemos permitir que siga robándonos.

Aparte del engaño y su traición, el auditor contratado por D'Angelo Building, había encontrado una fuga de dinero en la sucursal de Colombia, la última reunión de mi padre con los directivos de D'Angelo Building todo había salido todo a la luz, eran montos pequeños, contratos ficticios y otras cosas más que estuvieron a punto de mandar al infierno la negociación que mi

padre llevaba tantos meses auestas. Al final, la contratación se cerró con éxito, pero tanto mi padre como yo ansiábamos el día en que por fin pudiéramos enfrentar y sacar a Adrián Duque de nuestras vidas. Y por eso, estábamos teniendo esta discusión.

—Hija, podemos esperar a que nazca el bebé, hemos esperado mucho tiempo, un par de meses mas no hará la diferencia. Duque no sabe lo que tú y yo sabemos, cuando lo descubramos va a quedar como el estúpido bicho que es.

Negué con mi cabeza.

—¡No quiero esperar! —Me levanté de la mesa y caminé hacia el ventanal, el apartamento de papá daba una espectacular vista hacia la bahía—. Voy a hacerlo, y me gustaría que viajaras conmigo después de la firma.

—Si lo tengo enfrente voy a matarlo, Valentina. —Me tomó por lo hombros girándome.

—No lo harás, no quieres que Aaron tenga que visitar a su abuelito en la cárcel. —Papá sonrió y llevó una de sus manos a mi vientre.

Los primeros meses después de llegar a Nueva York no fueron fáciles, caer en depresión fue fácil, extrañaba a Darién, extrañaba verlo, extrañaba su voz, pasé muchos días encerrada en mi habitación luego de que el doctor Malinov descubrió que nunca había sido estéril, la infidelidad de Adrián me golpeó con fuerza.

Por más emocionada que estaba con el embarazo, los miedos y las inseguridades me envolvieron, y por más que cada día pensaba que Darién había hecho lo correcto, una parte de mí lo culpaba por no quedarse conmigo.

Leía su carta, sentía su amor en las letras tanto como lo había sentido esa noche. La terapia ayudó y que el doctor Evans Farell tuviese una forma distinta de ver la vida, también.

Seis meses después de esa última vez que vi a Darién, tenía la certeza de



que a pesar de todo lo que había jugado en nuestra contra, él me amó, y me había dejado un regalo valioso, y por ese regalo era que tenía que dejar de huir de una vez por todas.

—¿No vas a cambiar de opinión? —Negué.

—El doctor Malinov ha dicho que el embarazo va bien, que él bebé tiene el peso y la estatura normal para esta etapa de gestación. Estoy en la mitad del tercer trimestre, y papá, no quiero que mi hijo llegue al mundo mientras yo cargo aún los problemas del pasado. No es justo con él, ni conmigo.

—Te entiendo pequeña... Te entiendo. Anda, termina de comer y luego puedo llevarte a ti y a mi nieto de paseo por Central Park,

—¿Puedo comer un *WowFulls*, con gofre?

—¿Cómo está tu azúcar?

—Nuestra azúcar está perfecta.

—Entonces, mis chicos pueden tener su *WowFulls* con gofre y todos los toppings que un helado pueda soportar.

—¡Te amo papi! —Lo abracé lo más que pude y Aarón dio una patada que nos hizo reír a los dos—. Y en cuanto el viaje a Colombia, le he preguntado a Dimitri y dice que puedo hacerlo antes de la semana treinta y cuatro por precaución. Estoy entrando a la semana veintiocho, así que tienes cuatro semanas para acompañarme, y una vez Adrián haya salido de nuestras vidas, me quedaré en Colombia y dirigiré la empresa.

—No es necesario, hija. Tus amigas hacen un gran trabajo con la fundación, y podemos... —Negué—. Valentina, no seas terca.

—No es terquedad, amo a mi país, amo su gente, su clima, la cultura; sí, está bien, no somos reconocidos por ser el mejor país del mundo, pero es mío.

—Hija...

—Quiero que Aaron disfrute del mar de Cartagena, del frío de Bogotá, de las montañas de Medellín... Quiero que sepa lo que es pasar un fin de

semana en Barranquilla en pleno Carnaval. Que baile salsa en Cali, y lo que más quiero, es que conozca de mi mano la tierra de sus padres y que ame ese pedacito de mundo tanto como yo lo amo. —Acaricié el rostro de mi padre—. Y quiero que tú seas feliz... Sé de tu relación con la vecina. —Papá enrojeció—. Llevaré la empresa como tú siempre quisiste.

—Yo...

—No tienes que decir nada, Annie es una excelente mujer, y yo estoy algo crecida cómo para quejarme por una madrastra...

Mi padre sonrió.

—Tienes derecho a ser feliz.

—Tú también, pequeña... —Suspiró con nostalgia—. ¿Buscarás al padre de Aaron?

Lo pensé antes de responder, hacía mucho tiempo me había hecho la misma pregunta. Desde su partida, no supe de Cristina, ni de Darién. No iba a buscarlo, si Dios quería que nos volviésemos a encontrar él lo pondría en mi camino.

—No, él decidió seguir siendo un sacerdote... y no seré yo quien lo aparte de lo que ama hacer —contarle a mi padre sobre el hombre que no me dejó caer, no había sido sencillo, sin embargo, y como siempre, Samuel Harfush escuchó y no juzgó, al final me dio un abrazo, llenó mi cara de besos y me dijo que siempre estaría para mí.

No había necesidad de colocar más culpa o rechazo en mis hombros.

Él lo entendió y yo también.

Me senté de nuevo en el comedor y tomé el tenedor para seguir comiendo, era hora de enfrentar los miedos, de ser valiente y espantar los fantasmas del pasado.

## Capítulo 24

### *Valentina.*

**Bogotá – Colombia.**

**Un mes después**

Volver a Bogotá fue duro, más de lo que pensé. Los recuerdos, esos que Max me había pedido que intentara remplazar por los momentos de dicha, me golpearon con fuerza. Solo la mano de mi padre sujetando la mía me dio la fuerza necesaria para hacer lo que necesitaba.

Teníamos todas las pruebas que había arrojado la auditoria externa de D 'Angelo Building, y el abogado de mi padre había redactado los papeles de divorcio. Le haría dos propuestas a Adrián, la primera sería: firmar el divorcio e irse con todo lo que se había robado, sin un centavo más. En caso de que se opusiera, mi padre haría la segunda; y él realmente, no pensaba ser tan benevolente como yo.

Nos quedamos en la casa de campo de mi padre a las afueras de la ciudad, muy cerca a la sabana, ya que mi presión había estado alta durante el viaje, hubiese deseado poder meter al doctor Malinov en mi maleta, pero en ocasiones la vida no era tan justa, sin embargo, él me había recomendado un par de excelentes médicos en la ciudad y tenía cita con el doctor Zúñiga. Si, y solo si mi presión se estabilizaba, mi padre y yo iríamos a casa y esperaríamos a Adrián.

Mi padre detuvo el auto y llevó la mano al puente de su nariz, estábamos atascados en plena carrera séptima a unos cincuenta metros de mi antiguo

apartamento, sobre nosotros caía una leve llovizna y hacía mucho frío; sin embargo, yo estaba feliz, habíamos ido al doctor y ahora teníamos una nueva fotografía de Aarón, mi padre tenía una colección de ellas y un nuevo video en 5D.

—¿Ves por qué odio esta ciudad?! ¡Malditos trancones!

Miré a mi papá y sonreí antes de llevar mi mano a la palanca de cambios donde él tenía la suya.

—Vamos pá no es muy diferente a Nueva York, de hecho creo que allá son peores...— A diferencia de mi padre, yo amaba los trancones, eran esos los momentos en donde reflexionaba; además, Bogotá dejaría de ser Bogotá si los trancones desaparecieran de un día para otro.

—Tranquilo, todo irá bien.

—Mantén a ese idiota lejos de ti y de mi nieto... —Asentí—. Mientras estos idiotas se mueven, préstame esa fotografía que hizo el doctor.

Saqué la foto en 5D y miré a mi pequeñito, su naricita era pequeña y tenía los labios finos, igual que él, se estaba chupando el dedo lo que lo hacía ver tierno. Había llorado mientras el doctor pasaba el transductor por mi vientre y escuchaba los rápidos latidos de mi bebé.

—Oye, yo quiero verla —refunfuñó mi padre y yo le tendí las dos fotografías recién impresas—. Este es mi muchacho —murmuró al ver la segunda, en ella se podía ver a Aarón con las piernas abiertas mostrando su pene y testículos.

Afortunadamente los autos empezaron a moverse y no pasó mucho cuando mi padre aparcó el auto en mi primer bebé, mi primer diseño. Mi casa.

—Valentina. —Me giré para ver a mi padre—. Que ese idiota no te quite tu paz, hija.

Negué.

—Estamos bien. —Abrí la puerta del coche seguida de mi padre y su

carpeta de condiciones.

El primero en saludarnos fue don Pedro el guardián de la garita, le pedí que no le dijera nada a Adrián, ya que quería darle una sorpresa, había ayudado un par de veces a don Pedro y sus nietos estaban en el plan niño feliz de la fundación.

María abrió la puerta cuando toqué.

—Mi niña. —María me arropó en sus brazos al verme—. Don Samuel, pasen, pasen...

María nos hizo pasar hasta el comedor, me abrazó una vez más y posó su mano en mi vientre mientras veía la última fotografía de Aarón.

—Estoy tan feliz por ti, mi niña —dijo mi nana con ternura—. No puedo creer que este pequeñito venga pronto a nuestras vidas.

—En unas siete semanas aproximadamente nana.

—Imagino que el señor está feliz.

—Feliz no María, si esta niña me tiene bailando en puntillas, ese pequeño será mi debilidad. —Papá pasó su brazo por mis hombros y María se levantó para traernos algo de beber. Me di cuenta rápidamente de que no había más empleados, Sabía que Adrián había despedido a Olivia y a Gustavo después de mi supuesto viaje a Hawái, él nunca estuvo de acuerdo con que tuviésemos dos personas más trabajando para nosotros, según él, María era más que suficiente para servirnos.

Pero María no era una empleada común para mí, ella era mi madre y eso era algo que él nunca entendió ni entendería.

Sonreí cuando mi nana salió de la puerta que comunicaba el comedor con la cocina, trayendo consigo dos vasos con jugo de mora.

—Entonces mi niña, ¿estás lista para hablar con él?

—Ya es tiempo. —Tomé mi vaso dando un sorbo.

—Estaremos junto a ti, bebé. —Papá apretó mi hombro.

—De eso quería hablarles. —Coloqué el vaso en la mesa—. Quiero enfrentar a Adrián sola —dije a mi padre y a mi nana.

—¡No, eso no! —Papá se levantó de la silla enfurruñado—. No voy a dejar que te enfrentes sola a ese hombre. Si fue capaz de mentir y engañar, es capaz de lo que sea.

—Papá...

—Papá nada, Lía Valentina, siempre he respetado tus decisiones, fue lo que me pidió tu madre en su lecho de muerte, y he cumplido, acepté que te casaras con ese hombre a pesar de que no estaba de acuerdo, acepté que él asumiera la dirección de mi empresa, aunque era un incompetente, incluso acepté que vinieras aquí a pesar que habíamos quedado en hacerlo cuando el bebé naciera, pero no voy a dejarte sola, no pienso ir a ningún lugar, y menos dejarte aquí. —Papá estaba enojado, pero sabía que la mayor parte de ese enojo se debía al miedo de creer que Adrián podía hacernos daño, y lo entendía.

A pesar de que mi presión había permanecido estable, el médico había recomendado mucho reposo y que evitara las emociones fuertes, si de algo estaba segura era de que la conversación que tenía pendiente con mi exesposo no sería fácil, también estaba segura de que no me afectaría, porque de mí dependía la salud de mi bebé.

—Mi niña, escucha a tu padre, ya me he aguantado yo de no poner veneno para ratas en su desayuno, pero no sé qué puede pasar si ese hombre te llega a poner una mano encima, se me va a salir el apellido y yo solita voy a ser suficiente para darle su merecido.

—Los entiendo, créanme, pero es algo que me gustaría hacer sola.

—Pues ya te dije que no pienso ir a ningún lugar. —Papá apretó el puente de su nariz y yo respiré profundamente.

—Está bien, tengo un plan y necesito de su ayuda —Mi nana asintió, mi

padre me observó suspicaz—. Necesito que te escondas. —Él negó—. Papá, sé que quieres estar junto a mí, pero necesito que creas en mí una vez más, nunca pensé que diría esto, pero Adrián fue el hombre del que me enamoré una vez, en algún lugar de esta persona que se convirtió aún debe estar ese hombre, es por eso que le daré una última oportunidad, hablaré con él y le pediré que hagamos esto en buenos términos.

—¿Buenos términos, Valentina? Te parece poco con no denunciarlo. Va a negar cualquier buen término, es ambicioso, descuidado y está fuera de control.

—Por eso va a negarse.

—No te estoy entendiendo... —Me observó confundido. Mi nana solo observaba y callaba.

—Quiero que te escondas, no que te vayas —señale a papá—. Y quiero que grabes todo en tu celular, nana. —Ella asintió—. Adrián se negará a mi proposición, y entonces, tú... padre podrás jugar tus cartas.

Mi padre se acercó a mí con pasaos cautelosos.

—¿Estás segura hija? —Asentí justó en el momento que sentíamos cómo abrían la puerta principal. Tanto papá como María fueron hacia la cocina, no sin antes susurrar que me amaban.

—¡María! —grito Adrián—. ¡María! —La llamó más fuerte—. Negra inútil, ¡María, ¿dónde demonios estás?! Te he dicho que... —Abrió la puerta del comedor deteniéndose cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Nos miramos fijamente, un destello de temor corrió por su mirada antes de recomponerse y darme esa sonrisita arrogante que siempre había tenido.

—María no está. —Verlo trajo recuerdos terribles, esperé que el pecho me doliera, esperé que mis lágrimas me traicionaran, pero no fue así, Adrián estaba frente a mí, pero yo no sentía nada, seguía tan apuesto como cuando nos casamos pero esta vez no hubo mariposas en mi estómago, ni ninguna emoción

de antaño, ahora podía ver realmente quién era, podía ver que en sus ojos no había rastro del hombre que una vez amé, quien diría que el hombre dulce que había tropezado conmigo en una tarde de mayo, se convertiría en la escoria que tenía frente a mí.

—Valentina... —Dio dos pasos y colocó su maletín sobre el comedor—. ¿Qué haces aquí?

—Es mi casa, hasta donde sé —murmuré encogiéndome de hombros.

—Mi amor... —Intentó acercarse y lo detuve con mi mano—. Te busqué por todas partes Tina, estuve a punto de volverme loco por la desesperación, sé que lo que hice te lastimó, pero yo... —Suspiró—. Te extrañé, bebé... ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—En Hawái, ¿eso no fue lo que dijiste a todo el mundo?, que estaba en Hawái porque necesitaba descanso.

—Fue lo único que se me ocurrió. —Se movió hacia mí, que continuaba sentada en el comedor, mi vientre oculto desde su posición gracias a la mesa de cedro.

—¡No te acerques! —Volví a detenerlo.

—Amor...

—¡Cállate!

—¡¿Y qué querías que dijera!?

—¡La verdad! Que tuvieras los suficientes pantalones para decir que te había encontrado follando con una zorra. Pero veo que eres un cobarde.

Él negó con su cabeza, chasqueó su lengua y bajó la mirada antes de volverme a enfrentar.

—No quería hacerlo, realmente no quería. —Se escuchaba arrepentido, se veía arrepentido, pero todo era una actuación—. Lo hice por ti.

Me reí, me reí por la única razón que era eso o mandarlo a la mierda y eso era trabajo de mi padre.



—Fue tu culpa... —Esperaba cualquier cosa menos que me culpara por su infidelidad, había que ser muy cínico en esta vida para hablar tan a la ligera —. Quería un hijo y tú no podías dármelo... Linda, solo era un fin para ello.

—¡No me mientas!

—¡No lo hago! Créeme amor, lo que te digo, tú estabas tan empeñada en tener un bebé y Quiñonez me había dicho que el tratamiento no estaba resultando... Estaba desesperado. Te veía tan triste y quería que fueras feliz.

Fue mi turno de negar con la cabeza y reírme, eso era caer bajo.

—Quiero el divorcio. —Adrián se carcajeó.

—¿El divorcio?

—Has escuchado bien, no quiero que nada me ligue contigo —su expresión cambio.

—Y dime Valentina, quién va a querer estar con una mujer cuyo interior está podrido, seco... Una mujer que no puede entregar, que no sirve para lo que ha sido forjada. No sirves como mujer Tina, ni como esposa... No sirves para ser madre.

Las máscaras se habían caído y frente a mi estaba el verdadero Adrián Duque, quizá en el pasado esas palabras me hubiesen destrozado, pero no ahora... Llevé una mano a mi vientre aún oculto, ahora solo eran palabras, destinadas a herir a una mujer que ya no podía ser herida.

—No puedo creer lo que estoy escuchando, esa es la manera de justificar tu promiscuidad. ¡Por Dios Adrián! Reconoce que eres un maldito infiel. — Me levanté de la silla dejando ver mi prominente vientre—. Reconoce que eres un maldito mentiroso.

Sus ojos se abrieron al ver mi hinchido abdomen, su mirada estuvo fija en él, no dijo una palabra por un buen rato y retrocedió un par de pasos, luego su mirada volvió a mi rostro y una sonrisa algo cruel se dibujó en sus facciones.

—Entonces ya lo sabes.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, bastardo? —Se rio, él se rio.

—Vienes aquí en una pose de mujer engañada y digna, cuando tú también te has revolcado como zorra con quién sabe qué hijo de puta.

—¡Cuida tus palabras!

—¿Por qué? ¿Qué hay de diferente entre lo que yo hice y lo que tú has hecho? ¡No soy yo el que está cargando el hijo de un pobre diablo!

—Quiero el divorcio —sentencié más fuerte.

—Claro, el divorcio —se burló—. Para que otro imbécil disfrute lo que yo he trabajado, no. —Negó con la cabeza—. No pienso darte el divorcio Valentina, no he tenido que aguantar tus niñerías durante cinco años, ¡para que venga ahora otro hombre a tomar lo que es mío!

—¡Nada te pertenece!

—Me he matado como un burro por tu empresa, he trabajado para llegar donde estoy y tú... —Me señaló—. Tú, mi bella esposa no vas a destruir eso.

—¿Alguna vez me amaste?

La carcajada que brotó de su interior fue bizarra, lo que me dio a entender lo que todo el mundo decía, pero que jamás quise entender.

—Eres una niña insípida... Si no hubiese sido por Linda no sé cómo hubiese aguantado cinco años a tu lado —peinó su cabello hacia atrás—. Eres infantil, eres mala en la cama, eres tan fría y sin gusto como te ves. Tu único brillo es tu maldito apellido. —Se fue hasta el bar y destapó una botella de wiski dejando caer el líquido en un vaso corto.

—Si tanto me desprecias, ¿por qué no te vas?

Llevó el vaso a su boca y dio un generoso sorbo.

—Ya te lo dije, no voy a permitir que un aparecido me quite todo por lo que he luchado. —Terminó su bebida y golpeó el vaso con fuerza contra la mesa—. Esto es lo que vamos a hacer. —Golpeó su frente con su dedo—.

Vamos a tener ese bebito, y va a ser mi hijo ante la ley.

—No.

—¿No?

—Me escuchaste bien, vas a darme el divorcio y te irás.

Volvió a reír, se sirvió otro vaso y la tomó de un solo trago.

—¿Y ser el cornudo de esta relación? Lamento decepcionarte, Valentina, pero te lucen más los cuernos a ti. Vamos a seguir “Felices” —Hizo comillas con sus dedos, mientras se acercaba a mí, el olor a wiski provocó que Aarón se removiera incomodo en mi interior —Felizmente casados y vamos a tener un bebé, yo seguiré con Linda, a cambio de que no arrastre tu nombre por el fango, y tu seguirás dándome el estatus que me merezco. —En un movimiento rápido estuvo frente a mí—. ¿Entendido mi amor?

—¡No te atrevas a tocarla! —La voz de mi padre se escuchó furiosa, no tenía que voltearme a verlo para saber que sus ojos ahora mismo eran como dos bolas de fuego.

Adrián alzó sus brazos con la sonrisa burlona en su rostro. Retrocedió un par de pasos antes de hablar:

—Suegro... Pero qué coincidencia, estamos todos en familia.

—Eres un... —Tomé el brazo de papá.

—No vale la pena, papi. —Agarré la carpeta que estaba en sus manos y miré de nuevo a Adrián, no quería volver a verlo, inhalé profundamente—. Adrián. —Pasé la mano por mi rostro—. Esto es lo que va a suceder.

—No voy a darte el divorcio.

Negué con la cabeza.

—Me lo darás —sentencié—. Sabes, Adrián, la auditoría realizada por D’Angelo nos arrojó cosas interesantes... —Dejé todo sobre la mesa—. Un contrato con Técnicas Technology. —Me lleve el dedo a la boca—. Pero la empresa no existe, una cuenta en Rusia... y otras cosas más interesantes.

—No sé nada de eso. —Sacó una silla del comedor y se sentó sobre ella doblando su pierna derecha a la altura de su pierna izquierda, quería borrarle la sonrisa socarrona que tenía en el rostro de un solo puñetazo.

¡Maldito Cabrón!

—Hay un apartamento en el Virrey... A tu nombre.

—¡Lo compré con mi trabajo! Si me divorcio de ti, te quitaré hasta el último centavo...

Extraje un par de folios de la carpeta de papá.

—No sé si las recuerdas, se llaman capitulaciones. —Adrián tomó los papeles y revisó los documentos.

—Yo no firme esto. —Se levantó y colocó con fuerzas las hojas sobre la mesa.

—Quizá sí, quizá no... ¿Quién puede saberlo? —dijo papá con burla.

—Firma el divorcio Adrián o te arrepentirás —amenacé—, tenemos suficientes pruebas sobre tu malversación de fondos. —Decidí que al final no sería tan benevolente—. Firmas los documentos y te vas o te refundo en *La picota*<sup>[19]</sup>.

—Ningún documento puede demostrar si fui yo. —Se acercó amenazante hacia mí, pero no me alejé, en vez de ello alcé mi barbilla—. Moví muy bien mis hilos. —Miró a mi papá—. La mayoría están a nombre de Linda, puedes hacer lo que quieras, pero nadie sabrá que fui yo la mente maestra detrás de todo.

—Ahora sí... Nana. —María salió de la cocina con el celular en alto—. ¿Lo tienes todo?

—Todo, mi niña.

—Tienes cinco minutos para irte. —Me levanté de la silla y él me sostuvo la mirada, sus ojos eran tan fríos como el acero—. Y quedan cuatro minutos, cincuenta segundos.

—Esto no sé va a quedar así Valentina.  
Entrecerré los ojos y sonreí levemente.  
—Te reto a que muevas tu mejor ficha.

## Capítulo 25

### *Darién.*

Hacia poco más de siete meses había dejado Puerto Escondido, doscientos cuarenta y siete días desde el momento en que me alejé de ella.

La extrañaba, pero mi fe y vocación estaban por encima de cualquier sentimiento, si bien ser sacerdote no era lo que años atrás había querido para mi vida, ahora no sabía qué sería de mí sin ello, siete años de seminario, tres como sacerdote. Ser un siervo de Dios era mi todo, y aunque Valentina dio un giro de ciento ochenta grados a mi vida, llevar una vida en Cristo seguía siendo mi aliciente.

Cuando el padre Jesús me visitó esa mañana, mi vida y voluntad se estaban cayendo a pedazos, nunca en mis casi once años, mi vocación había vacilado tanto y es que a pesar de haber yacido con Valentina, no me arrepentía y ese no arrepentimiento era lo que realmente me aterraba, durante todo mi sacerdocio había escuchado, visto y enterado de cómo otros sacerdotes cometen todo tipo de pecados aberrantes cuando el celibato ya no era una opción, cuando la fe se quebranta a un punto de no retorno.

Y yo en medio de mi confusión tenía algo claro, si lo había hecho una vez era muy probable que continuara haciéndolo si no había arrepentimiento, solo culpa. Y la culpa con el pasar del tiempo desaparecía y eso permitía las recaídas. Yo no podía recaer, no era justo, con Dios, ni mucho menos con Valentina, no podría condenarla a vivir de afectos furtivos y encuentros secretos. Por eso acaté la recomendación de mi consejero espiritual.

Quizá por miedo, quizá por no abandonar la única vida que conocía. No

lo sé ahora mismo, creo que incluso, no lo supe cuándo el momento se dio. En un segundo estaba hablando con el padre Jesús, en el siguiente estaba en mi habitación haciendo una maleta, escribiendo dos cartas una para Cris y la otra para ella.

Una carta en donde en palabras y por un lapso de tiempo dejé de ser Darién el sacerdote y fui el hombre bajo la sotana. Le expresé mi vida, mis sentimientos, lo que quería y la gran confusión que tenía.

Debía partir, más que por mí, por ella.

Llegué a la Diócesis de Santa Rosa y pedí una cita con el obispo, me quedé unos días en un hostel y le conté todo, tal como lo había hecho con el padre Jesús.

El silencio del obispo cuando terminé mi relato, hizo que mi corazón latiera de prisa, llevó sus dedos a su barbilla y me observó con detenimiento.

—¿Es tu deseo desvincularte de la Diócesis? ¿Abandonar la iglesia, dejando de ejercer tu ministerio y formar una familia con esa mujer?

Inhalé profundamente, porque amaba a Valentina, pero ella tenía una vida, un matrimonio y yo me había casado con Dios el día que ofrecí mi vida a él.

—¿Padre Darién?

—No... —Mi voz se escuchó tosca así que carraspeé—. No señor obispo. Me gusta ser sacerdote y pienso que lo hago bien.

El obispo asintió.

Fui enviado a una casa de retiro espiritual por seis meses, entonces tendría una nueva audiencia y se decidiría si necesitaba más tiempo para estar en comunión con Dios o era nuevamente asignado a una parroquia.

Los primeros días hice un retiro de silencio, dediqué mis días a la oración y la lectura, las siguientes semanas me permití socializar con otros sacerdotes con problemas similares a los míos. Hablé con el padre Miguel, mi

consejero, hice deporte, asistí a eucaristías y conferencias, cuando el clima lo permitía rezaba el rosario lentamente mientras observaba la sabana bogotana.

Cristo Rey estaba ubicado sobre la Calle 170, tan solo a unas cuadras de la autopista norte de Bogotá. En medio de amplias zonas verdes y jardines que invitaban al recogimiento, tenía ejercicios espirituales y todo aquello que me llevara a una comunión con Dios. Sin embargo, cuando llegaba la noche y me recostaba en mi cama, mi mente viajaba a ella, las preguntas llegaban a mí sin ninguna respuesta.

¿Estaría bien?

¿Se habría quedado en Puerto Escondido?

¿Habría vuelto con su esposo?

Pasaba noches completas dando vueltas sobre la cama.

No hablé con Cristina hasta cuatro meses después de que comenzó mi retiro, después del primer mes, le envié una carta por mes, más pedí que no me entregaran ninguna de ella hasta que mi vida fuese un balance.

Sin embargo, después aquellos meses seguía cerrando los ojos y viéndola en mis recuerdos, seguía doliéndome el corazón.

Había vuelto a Santa Rosa de Osos para la cita con el obispo, pero esta había sido pospuesta una y otra vez por compromisos anteriores, y aunque hubiese deseado pasar más tiempo en la casa de retiro espiritual, sentía que estaba listo para volver a una parroquia, tanto como extrañaba a Valentina, extrañaba oficiar, extrañaba el contacto con los feligreses y las actividades propias de mi vocación.

La secretaria de la Diócesis me había llamado temprano para mi cita con el obispo; sin embargo, cuando había llegado, él se encontraba ocupado con algo de último momento, me senté en la sala de visitas, pero después de tres horas de espera mi estómago gruñó, recordándome que no había comido nada.

Por recomendación de la señora Rosa –Secretaria de la Diócesis– fui



hasta la cafetería, me senté en una mesa desde donde podía observar toda la calle, una chica se acercó y pedí un café negro, huevos revueltos y pan tostado, una vez ella se retiró tomé una servilleta para deshilacharla, observe el pintoresco local, habían pocos comensales a pesar de la hora, las paredes tenían escritas frases de motivación, dos televisores de pantalla plasma estaban sujetos a las paredes sintonizados en un programa matutino y en el centro había en extracto de un versículo que hablaba sobre el amor.

¡Tan fuerte es el amor como la muerte!

¡Tan cierta es la pasión como la tumba!

¡El fuego del amor es una llama que Dios mismo ha encendido!

¡No hay mares que puedan apagarlo, ni ríos que puedan extinguirlo![\[20\]](#)

Entonces escuché su nombre y luego su voz.

—Valentina, es un placer que estés aquí con nosotros.

—El placer es mío, Carolina. —Mi rostro giró tan rápido que pensé que iba a obtener una contractura.

Estaba sentada en el sofá del estudio, tenía la cara redonda y pequeñas pecas cubrían su nariz, estaba hermosa, sus ojos brillaban, había algo distinto en ella.

La veía hablar de algo, pero no podía escucharla bien, era como si mis oídos estuviesen insonorizados, mi corazón latía en mis oídos, los sentimientos que había luchado por esconder emergieron con fiereza, estaba hermosa, radiante; aun así, seguía siendo ella... Solo ella.

La mesera llegó con mi orden, pero mi garganta estaba obstruida, me obligué a respirar fuertemente, a calmar el frenético palpitar de mi corazón.

—La principal idea de este seminario es que las mujeres aprendamos a decir no, que sepamos que no dependamos de un hombre para ser feliz —dijo ella con una sonrisa.

—Valentina, sabemos qué hace poco te divorciaste y luego empezaste

este tipo de seminarios... ¿Tiene que ver esto, con tu divorcio?

Negó con la cabeza.

—Tengo que aclararte que el seminario no lo doy yo, es parte de un conjunto de conferencias dictado por las psicólogas Daniela Álzate y Angélica Duarte, que hacen parte de la sección administrativas de Abrazos de fe. Y mi divorcio se llevó a cabo en buenos términos, Carolina... Adrián y yo nos casamos enamorados, pero en ocasiones el amor se diluye ¿para qué seguir juntos si nos hacíamos daño? —Podía ver la incomodidad en sus facciones

—Entonces es cierto el rumor que Adrián... —Ella la detuvo.

—Adrián fue un buen hombre —estaba mintiendo—. Somos muy buenos amigos, hace aproximadamente un año que no estábamos juntos, así que lo que hicimos fue hacerlo oficial.

—Sabemos que no quieres hablar de este tema pero tengo que hacerte la pregunta. —Su ceja se arqueó—. ¿Para cuándo nace este pequeñito? —Mi mirada se movió de su rostro hasta la mano que reposaba en su vientre hinchado.

—Cuatro semanas si no ocurre nada extraordinario.

—Es un niño, ¿verdad? —Ella asintió en el momento que un chico entregaba a la presentadora una bolsa de regalo con muchos globos de color azul, Valentina se sonrojó y aceptó agradecida el regalo—. Un detalle de parte de la producción de Feliz Nuevo Día. —Dos presentadores llegaron hasta ella abrazándola con cariño. Mientras la presentadora daba el paso a un nuevo segmento.

Casi no podía respirar, ese era su brillo, por eso estaba hermosa, ella estaba embarazada, aun cuando me dijo que no podía estarlo y su hijo nacería en un mes...Un mes.

Mi cabeza calculó rápidamente, estábamos a mitad de julio, ocho meses atrás Valentina estaba en Puerto Escondido y si ella estaba embarazada...

Llevé la mano a mi garganta, intentando eliminar el nudo que estaba instalado en ella, respiré una, dos y tres veces, antes de que las lágrimas nublaran mi visión. La comida no me pareció atractiva, tuve que refrenar el impulso de gritar, correr, no sabía exactamente qué hacer, ella estaba embarazada, estaba embarazada de mi hijo.

No volví a la Diócesis, necesitaba verla, hablar con ella, mi resolución se esfumó, llamé a Cris entre lágrimas, necesitaba dinero, no sé si ella me entendió lo que le decía, me ahogaba en sollozos como un niño mientras mi hermana intentaba consolarme, dos horas después había puesto un giro a mi nombre y yo estaba tomando un bus hacia Bogotá.

Después de casi diez horas de viaje en carretera llegué a mi destino, era tarde, poco más de la medianoche, las nubes grises cubrían el cielo bogotano y una leve llovizna caía sin cesar. La lluvia, siempre que llovía tenía el recuerdo de ella entre mis brazos, de su piel en mi piel, los truenos me recordaban sus jadeos, los relámpagos sus ojos, una anciana me pidió la bendición antes de bajarnos del bus, tenía el alzacuellos sujeto a mi camisa de mangas negras, hice una oración por ella que venía a ver a su hija dar a luz. Si tan solo supiera que yo estaba en la ciudad buscando a la mujer con la que aprendí otro tipo de amor, la mujer que estaba embarazada de mi hijo. Coloqué mi chompa azul, cubriendo mi cabeza con la capucha, no tenía una gran maleta, solo un morral con el efectivo que me había quedado del pasaje. Saqué mi billetera y tomé el desgastado papel donde había anotado la dirección de Abrazos de Fe, Valentina había hablado muchas veces de la amiga que trabajaba ahí y en el programa había vuelto a mencionarla, si tenía que buscarla en esta gran ciudad, seguramente debía empezar por ahí.

Pagué una noche de hotel que mermó considerablemente mi efectivo, hacía frío, y por más que quería correr hasta Abrazos de Fe, sabía que a esta hora no habría nadie para atenderme.

Subí a la habitación y cambié mi ropa húmeda, esperé que la llovizna cesara y salí a llamar a Cristina desde un teléfono callejero, para decirle que había llegado bien, no pude explicarle la situación completa, pero prometí llamarla para cuando hubiese encontrado a Valentina. A la mañana siguiente el frío calaba mis huesos, mi chompa seguía húmeda, y esperaba no pescar un refriado. No recuerdo a cuántas personas pedí orientación hasta llegar a la casa de Abrazos de Fe. Que estaba ubicada en la zona de Chapinero Alto, sobre la Avenida séptima, cerca de la Basílica de Nuestra Señora de Lourdes, una casa antigua de estructura republicana, fachada de ladrillo rojo y techo antiguo también rojizo.

Y estaba cerrada.

Llevé las manos a mi rostro y suspiré.

«Vamos Darién, piensa un poco»

Peiné mi cabello con desesperación, la lluvia había empezado a caer, y si antes hacía frío, ahora que estaba completamente empapado estaba congelándome, entonces recordé a Paola. Paola Dávila, la extrovertida amiga de Valentina, esa que no se cansó de coquetearme cuando estuvo de visita en Puerto Escondido.

Llegar a la cadena de televisión me tomó casi cuarenta minutos, y poder contactar con Paola Dávila fue aún más complicado, esta vez el Alzacuello me ayudó y pude entrar y esperar mientras la asistente de Paola me ayudaba a contactarla.

—¿Quién es el que me está buscando Vick...?

—Oh, señorita Dávila, es este sacerdote. —Me giré para ver la sonrisa radiante de Paola.

—Dios, tenía una mínima esperanza de que hubieses dejado de ser cura... Al menos no tendría que ir al infierno por tener pensamientos pecaminosos sobre tu culo. —Víctor enrojeció hasta las orejas, yo en cambio

sonreí hacia Paola.

—Creo que nunca vas a cambiar.

—No señor, genio y figura... Hasta la sepultura, a qué debemos que el patrono de P. E[21], se digne a visitar a los mortales... —Miró a Víctor con una ceja alzada—. Vick, le puedes decir a Gustavo que necesito quince minutos, y por favor, puedes traerme una Coca de dieta y aquí para el señor... —No había comido nada desde el desayuno y ya pasaba de mediodía, era una de las cosas horribles de esta ciudad, todo quedaba monstruosamente lejos—. Tráele un refresco, ¿Coca cola está bien? Si no está bien no importa, tráele una Coca y un rollo de canela, ¿O prefieres algo más fuerte? Mejor tráele un tamal[22] —Dejó de mirar a Víctor y puso su atención en mí—. Vamos sígueme... Pareces muerto de hambre.

Llegamos hasta una mesa y nos sentamos un momento.

—¿Patrón de PE?

—Claro, ahora eres el milagroso, hiciste el milagro a Valentina. ¡Mierda! ¿Valentina sabe que estás aquí?

Sonreí y negué con mi cabeza.

—Tienes una gran imaginación y es por ello que estoy aquí, necesito que me digas dónde puedo ubicarla.

—¿Por qué haría eso? Te fuiste y la dejaste con una mísera carta y la barriga llena de huesitos... No es que no te lo agradezca, amamos ese saquito de huesitos y ni siquiera ha nacido.

—Yo, yo no lo sabía. —Víctor llegó con lo que había pedido Valentina y mi estómago rugió cuando el aroma del tamal inundó mi nariz.

—Come primero, eso sí, tienes ocho minutos, dos más para que me expliques antes de que Gustavo me llame a grabar. —Dio un sorbo a su refresco—. Si me convences, te doy la dirección de Valentina, si vas a quedarte, pero si estás de paso creo que es mejor que no la visites. —Bajé la

vista hacia la comida y la aparté de mí.

—Paola, ayer vi a Valentina en un programa de televisión, la vi después de muchos meses difíciles, la vi y la amé una vez más, la vi embarazada y mi corazón casi se me sale del pecho. —Llevé la mano a mi alzacuello había dudado de ponérmelo esta mañana, sabía que no estaba bien, pero una parte de mi aún era sacerdote, una parte de mi amaba a Valentina y la otra aún estaba confundida sobre qué hacer—. Aún no sé qué va a suceder, solo sé que necesito verla.

—¡Joder! ¿No has pensado en ser actor? —No pude evitarlo y reí, acababa de abrirle mi corazón y ella salía con eso—. Valentina no está en Bogotá.

—No, eso no es cierto, la vi ayer, por la mañana...

—Sí, y estaba, pero tenía un seminario sobre empoderamiento femenino en Cartagena.

—Pero le faltan cuatro semanas para dar a luz.

—Y no sé cómo diablos convenció a la aerolínea de que podía viajar, pero lo hizo, va a quedarse ahí hasta que nazca el bebé. Es la tierra de su madre.

Una vez más llevé la mano a mi cabello.

—Paola...

—Ella merece ser feliz.

—Y yo la amo... —Era la primera vez que lo decía en voz alta y era tan real como el aire que estaba respirando—. Yo la amo, y quiero que sea feliz.

—Ella va a matarme o amarme —murmuró—. Come y dile a Víctor que te de la dirección de Tina y mi número telefónico. —Se levantó de la silla—. Si necesitas algo solo llámame. —Guiñó un ojo para mí y luego se giró para irse, dio dos pasos y luego volvió dando un suspiró exagerado—. Es una lástima...Tomes la decisión que tomes, no eres libre para el resto de los

mortales... El karma es una perra.

No comí. Devoré la comida que estaba frente a mí, Víctor me dio todos los datos que necesitaba, y para cuando la noche empezó a caer, volví a subirme a un bus esta vez en dirección a Cartagena.

Para cuando el bus se detuvo en la terminal de transportes de Cartagena, había pasado poco más de veinte horas, estaba agotado, hambriento, pero entusiasmado. Saqué el papel donde había anotado la dirección donde Valentina se estaba quedando momentáneamente, para llegar hasta Boca Grande debía tomar dos buses más y estaba un poco cansado del transporte público, el primer transporte me dejó cerca de la ciudad amurallada, el segundo me dejó en la zona, era más de mediodía, hacía calor, ya que el sol estaba en su máximo esplendor, aun así, caminé hasta encontrar la casa. Respiré profundamente ante la puerta marrón, aún no sabía exactamente qué le diría o qué nos depararía en el futuro, sin embargo, había algo de lo que estaba completamente seguro.

Quería estar con ella.

## Capítulo 26

### *Valentina.*

—¡Nana! —Respiré profundamente al sentir la dureza de mi abdomen y el pequeño calambre que lo recorrió, había empezado a tener contracciones de Braxton, hacía aproximadamente dos semanas, el doctor Zúñiga había dicho que era normal, mientras no fuesen dolorosas, pero el ritmo con el que había manejado estos últimos dos días parecía estar pasándome factura, pasé la mano por mi vientre intentando tranquilizar a un inquieto Aarón en mi interior —. ¡Nana!

Escuché a María gritar que vendría en un momento y volví a respirar cuando otra contracción me sacudió, habían empezado ayer en la mañana, leves y esporádicas, pero por la noche habían subido de intensidad.

Había pasado todo el día en cama, creyendo que necesitaba reposo, pero en vez de disminuir el calambre, el dolor había aumentado al mismo tiempo que las repeticiones. Me negaba a creer que estaba teniendo contracciones, faltaban un par de semanas para la fecha del parto.

Bajé los pies de mi cama al ver que mi nana se estaba demorando, tenía la imperiosa necesidad de ir al baño, pero solo fue ponerme en pie para que mi cuerpo jadeara en busca de aire y otro calambre me atravesara.

María llegó en ese momento tomándome de los brazos y ayudándome a sentarme en la cama de nuevo.

—Mi niña, estás más pálida que un fantasma.

—Creo que Aarón ya quiere nacer.

—¿Ya? Pero si faltan más de dos semanas.

Enterré las uñas en las palmas de mis manos mientras todo pasaba y



respiré una vez más.

—Necesito que me lleves a la clínica. ¡Ya! —Mi nana se movió tan rápido como nunca la había visto, tenía una maleta con las cosas de Aarón y una más para mí, pensaba quedarme en Cartagena durante el primer mes de vida de mi hijo.

María volvió con todo lo necesario para partir al hospital.

—He llamado un taxi, niña. —Me ayudó a levantar de la cama y caminamos con calma hacia la puerta, justo cuando dos toques suaves se escucharon—. Ese debe ser el taxi.

Asentí en el momento que otra contracción se disparó por mi interior.

—Ve abre, pídele... —Mordí mi labio, y María corrió hacia la puerta.

—*Buenas, estoy buscando a Valentina.* —Esa voz, me giré lentamente para verlo en la entrada de mi puerta, mi corazón se saltó un latido, mis ojos se cristalizaron mientras escuchaba a mi nana preguntándole quién era.

—¡Déjalo pasar! —grité y luego la contracción volvió, mi nana abrió la puerta y Darién entró a la casa por unos segundos solo nos miramos, el estupefacto, yo deseando que la contracción no me estuviera haciendo alucinar y que realmente fuera él. El chillido que escapó de mi garganta lo obligó a llegar hasta mí, sus brazos me arroparon y el familiar perfume de su cuerpo me hizo sentir protegida una vez más. No era una alucinación, realmente él estaba aquí.

—Te encontré, finalmente te encontré, preciosa —aferré mis uñas a sus brazos —¿Estás bien? ¿Qué sucede?

—Estás aquí...

—Valentina...

—¡Llegó el taxi! Ayúdame a llevarla, muchacho si no mi niña va a parir aquí —dijo María mientras ella tomaba las maletas, Darién me alzó en brazos sacándome de la casa, casi corrió hasta el auto y se subió en la parte trasera

conmigo. —Supongo que tú eres el causante de la bendición —escuché decir a María, pero no logre entender la respuesta de Darién, me concentré en respirar su aroma mientras el taxista sorteaba el tráfico de la ciudad, cada contracción era más fuerte y temía que no pudiéramos llegar a tiempo. Pero saberlo ahí, junto a mí, me daba esperanza y fuerza, no tenía idea de qué lo había llevado hasta la puerta de mi casa; incluso, si estaba de paso o para siempre, lo importante era que había llegado en el momento indicado.

Una vez llegamos al hospital fui ingresada a la habitación, mi ropa desapareció y en su remplazo me ayudaron a colocar una bata de hospital, sentándome nuevamente en la camilla, observé que María no estaba pero él sí, se mantenía en un costado dejando que los enfermeros empezaran a valorarme, ellos tomaron mi presión y me colocaron una vía para administrarme las medicinas antes de amarrar mi vientre con una especie de correas con electrodos que monitoreaban las contracciones y los latidos del bebé.

—La doctora Mosquera vendrá en unos minutos, señora Harfush. —Asentí a la enfermera. Luego ella y su compañera abandonaron la habitación. Respiré profundamente sin saber qué decir o hacer, teníamos tanto que decirnos, pero no teníamos idea de cómo empezar; al menos, yo no la tenía.

Una contracción llegó y cerré los ojos mientras el dolor barría en mi cuerpo, una de mis manos apretó la barandilla de la camilla mientras la otra sujetaba mi vientre bajo los electrodos, el dolor era intenso y constante. Las lágrimas se derramaron por mis mejillas mientras el calambre viajaba en mis terminaciones. Él se acercó, lo sentí antes de que llegara a tocarme, su mano cubrió la que estaba en mi vientre acariciando circularmente mis nudillos, hasta que el dolor desapareció, dude en abrir los ojos, si eso era un sueño, con dolores y todo, no quería despertar.

—Respira profundo. —Su mano bajó a mi vientre y siguió acariciando mi piel como hizo con mis nudillos—. Ya está pasando, tranquila... —Aarón

se removió bajo el toque extraño de su mano—. ¡Oh mi Dios! Es tan real...

Abrí mis ojos para encontrarme con los suyos, había tantas emociones en ellos que no podía identificarlas todas.

—Darién...

—¿Cómo? ¿Por qué?—exigió.

—Esa noche... —Se escuchaba tonto—. Yo...

—Me dijiste que no podías tener hijos. — a pesar de su tono de voz suave había un toque de recriminación en sus palabras. Intenté no verme afectada por la rudeza de sus palabras y conteste con lo único que podía hacerlo: Con la verdad.

—Se suponía que yo no podía, pero Adrián me engañó, era él quien no podía. —Me expliqué.

—¿Por qué no me lo dijiste?! —Sus ojos se encendieron y supe que estaba conteniendo su temperamento.

—¿Dónde iba a buscarte?! —Aunque lo intenté el reproche se reflejó en cada una de mis palabras— Te fuiste sin siquiera decir adiós, ¿piensas que una carta fue suficiente? ¡Fui a buscarte y no estabas! —mi voz se elevó un poco y la maquina a la que estaba conectada emitió un ruido. Justo en el momento que la puerta se abrió y una doctora alta y morena entró a la habitación. Darién se alejó de mí inmediatamente, su mano izquierda peinando su cabello mientras se dirigía hacia la ventana de la habitación. Quizá necesitábamos esta interrupción.

—Señora Harfush, soy la doctora Elizabeth Mosquera, voy a revisar su dilatación y le haré algunas preguntas sobre su embarazo. Me imagino que estás ansioso, papá —dijo observando a Darién, él se giró al escuchar su nombre y fue entonces cuando ella notó su alza cuello—. Oh perdón padre, pensé que usted, era el... Usted sabe.

—Tranquila hija, no ha pasado nada.

—Qué vergüenza —murmuró la doctora antes de fijarse en mí—. Voy a revisar cuanto has dilatado. —Asentí—. Necesito quedarme a solas con ella. —murmuró hacia Darién.

—Por favor, no—miré a ambos suplicando con la mirada, no quería quedarme sola y él a pesar de los reproches y el enojo me hacía sentir segura.

La doctora se acercó hacia mí.

—¿Estas segura, muchacha? Voy observar cuanto has dilatado. —Asentí, ella puso una expresión de confusión en su rostro—, si el padre no tiene ningún problema —Él negó—. Puedes sostener sus manos entonces, padre, vas a sentir una pequeña incomodidad, —moví mi cabeza en señal de afirmación, Darién se ubicó a mi lado y sostuvo mi mano—. Coloca tus piernas sobre los estribos —Hice lo que me pidió mientras ella enfundaba sus manos en unos guantes de látex y luego empezaba el examen, mi cuerpo entró en tensión y me obligue a respirar de manera lenta—. Tenemos cinco centímetros, ¿cuándo empezaron las contracciones?

—Anoche, creo. Estas últimas semanas he tenido contracciones de Braxton, pensé que era más de lo mismo, por lo que las ignoré, pero fueron subiendo de intensidad.

—Está bastante avanzado, pero cualquier cosa puede suceder, necesito preguntarte, si vas a querer la epidural.

—Sí, por favor.

—Okay, el doctor Zuñiga me ha enviado tu historia clínica, has tenido un embarazo tranquilo y eso juega positivamente en este momento. —se quitó los guantes y me ayudo a bajar las piernas del estribo. —Vendré en media hora a ver cómo sigue el proceso... Enviaré a que te coloquen la epidural. —Acarició mi rodilla—. Cualquier cosa no dudes en llamarme, y tranquila, estás en las mejores manos. —Miró hacia Darién—. Padre.

—Ve con Dios, hija.

Una vez nos quedamos solos, pensé que retomáramos nuestra conversación, pero no fue así. María entró para avisarme que papá ya estaba al tanto de la situación y que había llenado toda la documentación necesaria. Darién aprovecho para salir Quería preguntarle muchas cosas, pero él parecía no querer hablar.

—¿Entonces es él? —Me acomodé en la cama.

—Sí.

—Es guapo, sin duda alguna yo también hubiese caído mi niña —sonreí —. Parece enojado.

—Discutimos...

—Nadie lo ha llamado mija, guapo y todo tú no lo necesitas.

—Aaron si lo necesitará, ¿para qué volvió? —una lágrima esquiva se derramó por mi mejilla.

—Mi niña —María se sentó a mi lado de la cama y acaricio mi cabeza como cuando aún era una niña—. Los tiempos de Dios son perfectos, no te preocupes ahora por qué haya vuelto, preocúpate por darle vida a ese pequeñito, ya luego nos arreglamos con lo demás, tienes que estar tranquila. Voy a salir y si en diez minutos él no entra es porque es un idiota —volví a reír— y ya tú con un idiota en tu vida has tenido suficiente, si necesitas a tu vieja nana dile que me llamé. —María salió y me recosté en la cama esperando, una enfermera entró para monitorearme y cuando ella salió el entró de nuevo.

Nos miramos sin decirnos una palabra, se acercó a mí y tomó mi mano.

—Hay tantas cosas que quiero decirte que no sé por dónde empezar.

—El principio es un buen comienzo.

—Yo...—Alguien empujó la puerta, una nueva enfermera acompañada por un hombre.

—Vamos a colocarle la epidural señora Harfush. —Darién me sostuvo

mientras me colocaban la epidural, según el médico, desde ese momento todo sería más llevadero, no pudimos hablar, entre las contracciones, las enfermeras y el cansancio que mi cuerpo sentía, me quede dormida.

Para cuando desperté, la noche ya había caído, era él quien estaba junto a mí. Permanecía sentado en una silla plástica con su cabeza inclinada mientras decía una oración, no lo interrumpí, lo observé por unos segundos, su cabello estaba más largo que la última vez que lo vi, su piel se veía más clara, el color canela de antaño parecía difuminarse, el suspiró, lo hacía siempre cuando estaba a punto de terminar una plegaria; así que, cerré los ojos intentando volver a dormir justo cuando sentí el familiar calambre de la contracción.

—¿Sigue dormida? —preguntó la doctora.

—No, solo está descansando sus ojos —dijo él con seguridad. Abrí los ojos para ver a la doctora Mosquera mirar el monitor fetal.

—Qué bueno, porque necesito revisarla, y con todo el trabajo que le viene, odio perturbar su descanso. Señora Harfush...

—Valentina, mi nombre es Valentina.

—Bueno, Valentina, tengo que volver a revisarte... —arrugué mi rostro—. Vamos, necesito saber si ya estás lista para pujar. —Esta vez me agarré de las barandas mientras ella realizaba el examen, afortunadamente, fue menos incomodo que la primera vez—. Nueve, creo que ya podemos llevarte a quirófano. ¿Deseas que alguien te acompañe? —Asentí—. Entonces esa persona debe ir conmigo.

—Llamaré a la señora María— dijo Darién.

—Quiero tú que estés ahí. —A ninguno de los dos nos pasó por desapercibida la mirada de la doctora, pero realmente quería que él estuviese conmigo en ese momento, no me importaba realmente si después tenía que irse.

—¿Puedo? —preguntó él.

—Solo familiares...

—Él es mi hermano —mentí—. Si no es él, prefiero que no esté nadie.

—Está bien, sígame padre.

El tiempo pasó tan rápido que apenas puedo recordar. En un momento él se estaba yendo, y en el siguiente estaba en el quirófano, mientras la doctora me gritaba para que pujara, pero nada importaba, ni el dolor, ni el ardor en mi ingle, nada, porque él estaba ahí conmigo, sujetando mis manos mientras susurraba cosas que ahora mismo no podría repetir, pero que me daban calma y estaba agradecida por ello, agradecida por tenerlo sin importar lo que pasara al día siguiente, agradecida de que hubiese llegado en el momento que lo necesitaba.

—¡Una vez más, Valentina, una vez más...!

—Tú puedes, preciosa —murmuró Darién a mi oído, mientras sentía la familiar presión, respiré fuerte y empujé todo lo que pude.

Escuché el llanto mucho antes de que Aarón fuese colocado en mi pecho, Darién murmuraba a mi alrededor, besé sus cabellos sin importar lo pegajoso que estaban, y de repente me sentí cansada, como si toda mi fuerza se hubiese escapado en ese último pujo, luché por mantener los ojos abiertos, pero seguía sintiendo el tibio cuerpo de mi bebé, y por más que quería detallarlo completamente, no podía, mis ojos se estaban cerrando, aferré mis brazos al pequeño cuerpo que estaba sobre mí, me sentía tan agotada... Completamente agotada, y lo último que escuché fue a la doctora Mosquera gritar: “Necesitamos controlar la hemorragia”

Todo se volvió confuso y luego oscuridad...

\*\*\*

Había luz, mucha luz.

Aarón... lo tenía en mis brazos, y entonces yo...

Abrí los ojos, observando a mí alrededor.

—¡Aarón! —dije, o grité, no lo sabía a ciencia cierta.

—Tranquila mi niña, tranquila, el bebito está bien. —Mi nana, acarició mi rostro—. Tú ¿cómo te sientes?

—Estoy bien, cansada... ¿Qué pasó?

—Hubieron complicaciones, pero ya pasaron, estás aquí... —Observé a Darién a un lado, dormido en una silla, la mirada de mi nana siguió la mía.

—Estuvo pendiente de ti casi toda la noche, puedo ver por qué es sacerdote. —Volvió la mirada hacia mí—. Es un buen hombre...

—Él se ira... Mi corazón me lo dice nana. —María me dio una sonrisa compasiva.

—Creo que debes dormir un poco más. —Moví mi cabeza aceptando su sugerencia—. Yo estaré pendiente de los tres.

\*\*\*

—Hola caballerito. —La voz de Darién se filtró por mis oídos, obligándome a salir del letargo que me encontraba, abrí los ojos para verlo a un costado de la habitación con un bultito de color azul en sus brazos, carraspeé y casi de inmediato una lágrima corrió por mi mejilla—. Quiero que sepas que verte por primera vez ha sido el momento más maravilloso y mágico de toda mi vida, has cambiado todo de mí, bebé y pase lo que pase quiero que sepas que te amo, que siempre voy a amarte...

—Aarón —murmuré, mi voz salió ronca por la somnolencia—. Aarón David. —La mirada de Darién se encontró con la mía por unos segundos antes de posarla en el bebé acurrucado en sus brazos—. Luz...Te queda bien,



hombrecito... Porque tú eres luz y serás mi luz desde ahora hasta el día en que deje de existir.

—¿Puedo?

—Oh perdón... perdón. —Él me lo trajo, me senté en la cama y lo sostuve, su aroma me invadió por completo, amaba a Darién tanto como amaba al pequeño cuerpecito que se removía en mi pecho.

Dejé que las lágrimas corrieran con libertad por mis mejillas, porque nunca pensé que podría tenerlo todo, y en ese momento lo tenía.

## Capítulo 27

### *Darién.*

Abrí los ojos al escuchar el llanto de Aarón, miré el reloj en la mesa de noche, eran las tres de la mañana, me pasé la mano por el rostro y me levanté buscando las pantuflas bajo la cama, había pasado un mes desde su nacimiento y mi corazón latía como la primera vez que lo vi cuando lo tomaba en brazos, mientras caminaba hacia la habitación de Valentina, me decía a mí mismo que estaba viviendo una vida prestada, que tenía una audiencia pendiente con el obispo en Santa Rosa de Osos, le había mentido diciendo que tuve que partir debido a una calamidad familiar.

Sin embargo, cada vez que la veía así, sentada amamantando a nuestro hijo, mi resolución se esfumaba, no quería alejarme de ellos, si bien mantenía una distancia prudente con Valentina para evitar cometer los errores del pasado. Estaba claro para mí que me desvincularía de la iglesia, antes solo estaba enamorado, ahora seguía enamorado y además tenía un hijo que amaba con locura, uno del cual me mataría separarme.

—¿Piensas quedarte ahí toda la madrugada? —La voz de Valentina me hizo alzar la cabeza y dejar mis pensamientos para después.

—Lo escuche llorar. —Pasé dentro de la habitación sentándome en la cama frente a la mecedora donde Valentina daba de comer a nuestro bebé.

—Es un pequeño tragón. —Cerró los ojos y movió la cabeza dos veces. Sus pezones aún escocían, y lo sabía, porque Cristina fue muy descriptiva cuando Nicky nació. Y a pesar de que Valentina no se quejaba, sabía que el dolor era fuerte.

—¿Aún te duele?

—No es dolor, solo pica, en ocasiones me da la sensación de que quiere morderme, si no fuera porque sé que no tiene molares aún, estoy casi segura de que lo haría.

—¿Lo estás sosteniendo bien? —Ella miró a Aarón con ternura antes de responder:

—Tan bien como me lo explicó Cat y María... Pasará, prefiero la picazón y que él se alimente bien a no tener nada de dolor y quebrar este vínculo entre los dos.

Nos quedamos en silencio, yo con ganas de abrazarla, de ayudarla de alguna manera y ella... Ella enfocada en la pequeña criatura de 52 centímetros y 3.100 gramos que sostenía. En las noches así conversábamos sobre el bebé, me dejaba vivir tantas experiencias como fueran posibles. Pero entre nosotros no había ningún acercamiento, al menos, no del tipo romántico o amoroso.

Peiné mi cabello observando al bebé entre las sábanas azules, y recordé la semana que estuve con Cris cuando Nicolás llegó a este mundo, era mucho más pequeño que Aarón y menos pesado, me había perdido muchas cosas de mi sobrino a pesar de que la mayoría de las veces siempre había estado para él.

Quería estar siempre al lado de mi hijo.

—¿Me ayudas con los gases? —La visión del pezón desnudo de Valentina trajo a mi otro tipo de recuerdos, los de una noche de lluvia y libertad—. ¿Darién?

—Lo siento. —Tomé el bebé de sus brazos mientras ella se acomodaba el sostén y la bata de dormir, yo llevé a Aarón a mi pecho, masajeadando su espalda de arriba abajo, vi a Valentina entrar al baño y seguí con mi tarea de hacer que expulsara los gases, a pesar de que el bebé estaba dormido me escuché a mí mismo cantar para él «*estrellita dónde estás*». Me levanté de la

cama y dejé un beso en la cima de su cabeza.

—¿No sé cómo voy a vivir cuando no te tenga cerca? —susurré, amaba esos pequeños momentos en donde podía sentir el latido de su corazón en mi pecho, donde su aroma a bebé inundaba a mis sentidos y su cuerpo tibio confortaba mi alma.

Un ruido me hizo girar para ver a Valentina con la cabeza gacha mientras se dirigía a la cama. A través de su pijama podía notar la figura de su cuerpo, sus pechos ahora más llenos y redondos, parecía como si no hubiese llevado en su interior a otro ser, incluso con las ojeras y los kilos que había perdido ella seguía viéndose hermosa para mí y no había día que no anhelara un beso de sus labios. Sobre todo en aquellos momentos, cuando la casa estaba en silencio y solo estábamos los tres en la habitación.

Observé la carita de mi hijo, en cuatro semanas había identificado casi todos sus chillidos, cuando tenía hambre era un llanto intermitente, cuando estaba mojado o sucio su llanto era feroz y cuando tenía un cólico su cara se tornaba roja, sus manos se volvían dos puños y el llanto era quejumbroso. Se despertaba tres veces por la noche y yo intentaba estar presente cada una de esas veces, aunque fuese a estar junto a ella. En el día, intentaba estar tan involucrado tanto como fuese posible, cada mañana me despertaba, me daba un baño, dejaba el alzacuello en mi bolsillo como símbolo de que aún no era libre para amarla. Había tomado mi decisión desde el momento que la doctora colocó el bebé sobre su pecho, y fue mi mano la que ella buscó para compartir la mayor alegría de nuestras vidas.

Tenía que ir pronto y solucionar aquello que hoy nos separaba.

El primer gas salió de su boquita cuando menos lo esperaba y después de ese siguieron dos más, estuve un rato más dando vueltas esperando un cuarto que no salió. Para cuando lo acosté en su cuna, Valentina ya estaba recostada a medio lado, la lámpara en su mesa de noche estaba encendida y su respiración

era acompasada.

Salí de la habitación, era la primera vez que ella se dormía estando yo ahí. Y quizá era mejor así.

Cuando amaneció, supe que tenía que hacerlo, no podía seguir posponiendo algo por lo cual sentía un respeto absoluto. Me duché y vestí, me tomó menos de quince minutos arreglar la mochila con la que había llegado y contar el dinero que aún me quedaba de lo que Cristina me había enviado, por último tomé el alzacuello de la cama, seguía siendo un sacerdote, a pesar de lo que había ocurrido ese mes en mi vida, lo ajusté bajo el cuello de mi camisa y salí de la que había sido mi habitación desde el momento que llegué a la casa.

Valentina no estaba en el comedor cuando llegué, el cielo de Cartagena estaba parcialmente nublado, caminé por los corredores de la casa hasta llegar a su habitación, toqué dos veces antes de que la nana María saliera, permitiéndome entrar, Valentina estaba en el balcón con Aarón solo en un pañal desechable. Dejé la mochila en su mecedora antes de caminar hacia ella.

—Hola. —Ella se giró y su mirada vagó por mi cuerpo hasta quedarse anclada en el alzacuello, sus ojos se nublaron por la tristeza, negó con la cabeza y entró a la habitación notando mi mochila, pero fingió ignorarla, acostó a Aarón en la cama sobre su mantita azul y procedió a cambiarlo, se mantuvo en silencio, con el cuerpo rígido mientras lo hacía todo de manera mecánica.

Ella lo sabía.

—Valentina...

—¿Llegó el día? —Me interrumpió—. Te vas como llegaste.

—Valentina. —Supe que estaba llorando por la pequeña sacudida de su cuerpo—. Escúchame, yo...

—No, no quiero escucharte, ¿para qué volviste? ¿Qué sentido tenía que volvieras?

—Por favor no llores. —Me acerqué, pero ella se encogió ante mí—. Solo permíteme...

—Cuando te vi en mi puerta, pensé que era un sueño. —Sorbió su nariz y dejó a Aarón en su cuna—. Pero luego me alzaste en brazos y te sentí junto a mí, como esa noche, a pesar del desconcierto y de la furia que vi en tus ojos el día del nacimiento de Aarón, pensé que te quedarías junto a mí, junto a nosotros, tuve esa pequeña y efímera esperanza... y cuando llegamos a casa y el alzacuello desapareció, creí que el sacerdote se había ido y el hombre estaba aquí.

—Valentina.

—¡Déjame terminar! —Su voz se alzó, pero no lo suficiente para despertar a mi hijo—. Con el paso de los días, vi cómo eras con él, pero parecías no querer nada conmigo. —Me miró a los ojos y sentí como si mis costillas hubiesen vuelto a astillarse—. Me dije a mí misma que sería difícil para ti acostumbrarte, que te llevaría tiempo poder estar conmigo, así que me conformé con solo tenerte aquí... pero te escuché anoche...

—Escúchame por favor, no es lo que tú estás...

—¿Por qué volver si te irías otra vez? —Limpió sus lágrimas, escondiendo su mirada de mí y me sentí como el hombre más ruin en la faz de la tierra—. Te amo, te amo, te amo, Darién, te amo como pensé que no volvería a amar jamás y quiero que sepas eso antes de que te vayas. Ahora vete y por favor no vuelvas. —Sentí mis propias lagrimas derramarse por mis mejillas.

—No, no, no. —La sostuve por los brazos obligándola a mirarme de nuevo—. Escúchame un segundo, voy a volver, necesito irme, pero voy a volver.

—¡No más! —Se zafó de mí, dándome la espalda y abrazándose a sí misma—. ¿Por qué insistes?

—Porque la primera vez que te vi, honestamente no sabía que ibas a cambiar mi vida, preciosa mía, mi madre fue una mujer muy católica, fui monaguillo hasta los catorce años y entré al seminario a los dieciocho. —La giré—. La primera vez que te vi, estabas tan rota, pero a mí me parecías tan hermosa y yo quería protegerte, no sabía de qué o quién, pero dentro de mí... —Llevé las manos a mi pecho—. Dentro de mí, Valentina, sabía que ibas a ser importante para mí. Veía tus ojos y más allá de tu dolor veía inocencia, como una persona destrozada puede ser inocente, fue la primera vez que sentí algo más que no supe explicar en el momento, pero que ahora veo con claridad... Parece imposible Valentina pero yo te amé y me negué a mí mismo ese sentimiento, porque yo no podía sentirlo y era confuso y doloroso y creí que ignorándote podría combatir esos sentimientos desconocidos para mí, pero ellos fueron creciendo y me besaste y me sentí perdido, porque después de ese beso, pese a la culpa que atormentaba mi mente era muy difícil permanecer lejos, me caí del tejado por observarte cuando había puesto una pared invisible entre los dos, y me entregué a ti porque todo mi cuerpo me pedía que lo hiciera, pero aunque te amé, no puedo ocultar lo que soy. —Mi mano tocó mi alza cuello—. Soy un sacerdote, Valentina, y como sacerdote, no puedo amarte y es por eso que tengo que irme.

—No te vayas..., Darién.

Limpié sus lágrimas y besé sus labios porque necesitaba besarla, necesitaba sentirla y ella me besó con ímpetu, con fuerza, me separé de ella y sorbí mi nariz a la vez que peinaba sus cabellos.

—Llevo tu luz y tu aroma en mi piel y tu horizonte en mis ojos. —Junté mis labios con los suyos una vez más—. Y te amo... Dios sabe que te amo.

Tomé mi mochila y me acerqué a la cuna donde descansaba mi hijo.

—Dios te bendiga mi pequeño niño. —Besé su mano y me fui, porque no sabía cuánto tiempo más podría quedarme, y si iba a hacerlo, me quedaría

siendo por completo.

Valentina seguía en el mismo lugar donde la había dejado, me acerqué a ella y dejé un beso en la frente, no sabía cuánto tiempo estaríamos separados, había escuchado de sacerdotes que habían estado en mi misma posición, había escuchado tantas cosas que no sabía qué diría el obispo de lo que tenía que contarle, solo esperaba poder volver a sus brazos.

Lloré mientras el autobús salía de la ciudad de Cartagena, lloré porque en esa ciudad se quedaba mi corazón, fue solo subirme para sentir que algo dentro de mí se contraía; sin embargo, la razón me gritaba que una sola llamada bastaría, que no tenía que alejarme, aunque mi corazón dolía y mi ser gritaba que me quedara, seguí adelante.

Dormí la mayoría del viaje y para cuando llegué a mi destino, me alojé en el mismo hostel que me había estado alojando en cada visita.

La mañana siguiente hice mi última oración como un sacerdote antes de salir con dirección a la Diócesis, no sabía qué me depararía en el futuro, y sabía que enfrentar la audiencia con el obispo y comunicarle mi decisión de abandonar la iglesia, no sería fácil.

La secretaria me recibió con una sonrisa, me informó que el Obispo estaba ocupado, pero que me atendería si lo requería. Estaba seguro de que esta vez nada me alejaría de este lugar.

Esperé, toda la mañana y toda la tarde, pero el Obispo no pudo atenderme, por lo que aparté una cita y volví al día siguiente, el corazón me latía en la garganta cuando la secretaria me dijo que el obispo me estaba esperando.

—Padre Darién —saludó dándome su mano. Lo saludé de la manera correspondiente.

—Señor obispo.

Hablé con él con la verdad, le hablé del amor, de cómo ya no me sentía



un sacerdote, él intentó darme opciones, la primera era tomar un año sabático, - meditación, ayuno, oración, teoría. Hasta asegurarme de que mi decisión de abandonar el ministerio fuese segura. ¿Podría seguir siendo sacerdote, aun sabiendo que Aarón existía? La respuesta era simple: No, estos dos días lejos de mi hijo y de Valentina no podía evitar pensar en ellos, con cada minúscula cosa mi mente viajaba a una casa en Cartagena donde estaba mi corazón. La segunda opción era seguir vinculado a la iglesia, aunque ya no como párroco, tampoco acepté porque para mí era como seguir teniendo una línea frente a mí, y hay un versículo en la biblia que dice: *cómo eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca*. Yo había estado en medio todo aquel tiempo, y ya no podía seguir así. A pesar de no compartir mi decisión, el obispo entendió mis razones y notó que mi decisión no iba a cambiar. A diferencia de lo que pensaba, tuve que quedarme un mes mientras mi caso era llevado y evaluado por el colegio de consultores. Mi dimisión fue aceptada luego de treinta y siete días.

Esa noche llegué al hostel sin saber cómo sentirme, por un lado era libre para estar con Valentina y Aarón, para amarlos, para ser padre y pareja. Por otro lado, ser sacerdote era lo que había planeado para mi vida, pero ya no lo era. ¿Qué iba a ser con ella? No podía simplemente dedicarme a ser padre a tiempo completo, mis ahorros habían mermado considerablemente en el último mes.

Llevé las manos a mi cabello pensando qué haría con mi vida ahora que era laico.

Llamé a Cris para contarle lo que había ocurrido, como siempre, mi hermana apoyó mi decisión, me dijo que no pensara tanto en el futuro y que viviera en el presente. No voy a negar que su llamada subió mucho mi estado de ánimo. Ella prometió ayudarme.

—Lo primero que tienes que hacer es ir por Valentina, amala Darién, ya

nada te impide hacerlo, esperaré a las vacaciones de Jhon para ir a conocer a mi sobrino... ¡Mi hermanito tiene un bebé! —decía lo mismo cada vez que hablábamos. La segunda persona con la que hablé fue con María. En el mes que viví junto a la dicharachera señora, noté que por sobre todas las cosas, que la nana Mary amaba a Valentina y ese amor se extendía hacia mi hijo. La había estado llamando a ella una vez por semana desde que abandoné la casa, no sabía cuánto tiempo iba tomar mi dimisión y no quería darle esperanzas a Valentina.

—Cuando hay amor todo es posible, niño —dijo cuándo le comenté lo que rondaba mi cabeza—. Algo en esos siete años de teología deben servir para el mundo común.

—Nos instruyen para ser sacerdotes... Aunque...

—¿Aunque?

—Podría ser profesor de teología.

—No te veo como un aburrido profesor.

—En ocasiones hay que hacer, lo que hay que hacer...

—¿Sabes qué mi niño? Creo que te estás ahogando en un vaso a medio tomar, mi niña no quiere más de ti que tu amor, te ha estado esperando.

—Lo se María. Me atormenta no saber qué hacer con mi vida ahora.

—Nos vamos a ir a Bogotá mañana, mi niña no me lo ha dicho, pero la escuché hablando con su padre, ella cree que no vas a volver, y me temo que terminara aceptando la oferta del señor Samuel.

—¿Oferta?

—Se irá a Nueva York junto él.

—No, ella no puede irse.

—Por supuesto que no, pero el señor está aquí y lo conozco, cuando se le mete algo en la cabeza no descansa hasta obtenerlo, es tan testarudo como su hija — Suspiró—. Mira hijo, yo no sé exactamente qué pasó con ustedes

cuando se conocieron, pero nadie había visto a mi niña como tú la miras, y esa mirada en sus ojos...No la había visto desde que se casó con el Dementor.

—¿Estuviste viendo Harry Potter de nuevo?

—Es que me encantan las películas, y había un maratón. Pero no estamos hablando de ello sino de las tonterías que tienes en esa cabecita, ya no eres un sacerdote, y lo que tienes que hacer es venir y reclamar a tu familia.

—Con menos de cien mil pesos en el banco.

—Mi niña no necesita dinero, ella ya lo tiene... Necesita de tu amor —A lo lejos escuché a Valentina llamarla y mi corazón latió con fuerza al escuchar su voz—. Escucha a esta vieja mañosa que más sabe por mañosa que por vieja. Cuando hay amor todo es posible.

—¿Qué va a decir de mí el papá de Valentina?

—Que amas a la niña más que a tu propia vida, y eso es suficiente muchacho loco. —Escuché la voz de Valentina ahora más cerca—. Tengo que colgar, ven pronto.

—Gracias María, por favor, no dejes que ella se vaya antes de que yo llegue.

El pitido al otro lado de la línea me hizo colgar.

Había soñado con llegar a este día, y finalmente era el momento de hacer las cosas bien.

\*\*\*

Me tomó dos días conseguir un boleto para llegar hasta Bogotá, la terminal más cercana a Santa Rosa estaba congestionada, pero lo había logrado, y nueve horas después, estaba en una lluviosa Bogotá.

Sabía que Valentina estaba en la fundación, la nana María me lo había dicho en nuestra última llamada cuando el conductor hizo una parada para

comer, y yo aproveché para llamar a mi hermana y a la dulce mujer que me había robado lo que quedaba de mi corazón.

Me tomó un par de horas llegar hasta el lugar, a la distancia vi a la nana María salir acompañada de una de las amigas de Valentina, quien llevaba un paraguas para resguardarla de la lluvia que había cobrado mayor intensidad, noté rápidamente que era ella quien llevaba a Aarón entre sus brazos, había un auto negro esperando fuera, corrí todo lo que mis piernas me lo permitieron, corrí sin importar la lluvia que caía inclemente, corrí casi sin encontrar aliento y mis pulmones ardían. Valentina salió de la casa junto con un hombre mayor que llevaba paraguas azul, caminó hacia el automóvil mientras yo seguía corriendo.

Grité su nombre varias veces, pero mi voz estaba amortiguada por el sonido de la lluvia.

Me detuve sin aliento, sujeté mis rodillas con mis manos, vi al hombre entrar al auto y cuando fue el turno de ella inhalé profundamente y volví a gritar.

—¡Valentina! —Y entonces ella volteó, nuestros ojos se encontraron por un segundo. Antes de que me enderezara y caminara hacia ella.

—Darién...

No importó la lluvia, no sabía a dónde iría, pero no iba a perderla, no ahora cuando por fin podíamos estar juntos. Me detuve frente a ella, sin decir ninguna palabra, solo mirándonos.

—Estás aquí...

—Lo estoy. —Llevé mi cabello hacia atrás con mi mano.

—Volviste...

—Te dije que volvería.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Pasará lo que tú quieras que pase... Valentina, vengo ante ti como

hombre, sin nada que me ate a nadie, siendo solo yo, una persona más que adorna la lista de desempleados de este país. No tengo dinero —mi voz se cortó, pero me obligué a continuar—. No tengo un techo o algo estable que ofrecerte... Solo soy yo.

—¿Te iras de nuevo?

—No, solo si tú me lo pides... —Ella cerró la poca distancia que nos separaba, quedamos tan cerca que podía oler su fragancia natural por encima del aroma a la lluvia, la tierra y césped mojado.

—¿Y ahora qué haremos?

—No lo sé, pero me gustaría poder hacerte feliz... —El paraguas cayó de sus manos tan rápido como sus brazos se cruzaron en mi cuello y sus labios besaron los míos, todo a nuestro alrededor desapareció y solo quedo ella y la lluvia.

—¡Oigan chicos! ¡Van a pescar un resfriado! —gritó una de las amigas de valentina después de unos minutos. Nos separamos lentamente sin dejar de mirarnos.

—Ya me haces feliz —murmuró ella, y yo le dejé un beso en la frente—. Contigo aprendí lo que es sentirse realmente plena.

—Contigo aprendí lo que significa el amor.

—Serás mío.

Negué sin dejar de mirarla a los ojos.

—Soy tuyo, pero antes... Tienes que presentarme a tu padre. —Ella sé giró observando al hombre que nos miraba desde el auto.

—Ven conmigo. —Tomó mi mano y me instó a seguirle, y lo haría, desde ahora y en adelante la seguiría.

\*\*\*

Volvimos a casa desde la fundación mientras Cat pedía un taxi, Valentina no dejó de tocarme o besarme, sin importarle lo húmeda que estuviera mi ropa o el frío que azotaba la ciudad. Soledad me ofreció una toalla y luego una chica nos dijo que un taxi nos esperaba.

En casa de Valentina, Samuel Harfush nos esperaba, el hombre me observó de pies a cabeza y miró a su hija dándole una sonrisa tensa.

—Déjanos solos —musitó.

—¿Qué? No... —dijo Valentina—. Papá. Yo...

—¿Confías en mí? —preguntó Samuel a su hija.

—Sabes que sí papi, pero... —Yo no sabía qué decir—. Está bien. — Ella soltó mi mano y se alejó cerrando la puerta del que parecía el comedor.

—¿Algo para beber?

—No señor.

—¿Cómo debo llamarte muchacho? Hasta donde sé, eres sacerdote.

—Darién... Mi nombre es Darién. —Respiré profundamente, porque jamás, ni en mis más remotos sueños, había imaginado que algún día estaría en esta posición—. Señor, sé que usted no me conoce, así que me presentaré como es debido, Darién Rodríguez, hasta hace dos días fui sacerdote de la iglesia católica universal. Me enamoré de su hija, siendo sacerdote, decidí dejarla porque pensé que era lo mejor para ambos —pasé la mano por mi cabello—. Pero fue una estupidez.

—Yo no hubiese encontrado una palabra mejor —aseguró él, llenando una copa con lo que parecía licor.

—He dejado todo lo que era, y soy sincero señor Harfush, no tengo más que una maleta con varias mudas de ropa, una cuenta de ahorros con poco dinero y toda la intención de trabajar para hacer feliz a su hija. Valentina llegó a mi vida en un momento crucial, dicen que los tiempos de Dios son perfectos, y yo realmente creo que fue el momento para ambos, yo la amo y... —El

hombre me detuvo.

—El último hombre que dijo que amaba a mi hija, no solo la engañó por varios años, haciéndola creer que era infértil, también lastimó su autoestima y nos robó. ¿Qué te hace ser distinto?

—Estoy siendo completamente sincero con usted, he podido dejar mi iglesia, mi vestimenta como clérigo, pero no mis valores, señor, cuando conocí a su hija no sabía quién era ella, soy completamente sincero cuando le digo que no me interesa su negocio, su dinero o apellido, si bien, como le comenté, mis ahorros son pocos, tengo siete años de estudios, soy teólogo y tengo dos manos para trabajar y no depender de la mujer que amo. Porque, señor, amo a su hija, gracias a ella nací de nuevo y es por ella que deseo ser el hombre que ella necesita. Le juro señor, que no voy a defraudar su amor, ni a lastimarla de ninguna manera. Usted tiene dos opciones, una de ellas es creerme, creer en mis palabras, y la otra, es no hacerlo y entonces lucharé para ganarme su bendición y su confianza.

—Desde que la mamá de Valentina murió, he apoyado cada una de sus decisiones, incluso en las que no estoy de acuerdo... No te conozco Darién Rodríguez, pero pareces sincero y mi hija te ama, lo veo en sus ojos, lo escucho en sus palabras. Se equivocó una vez y quiero pensar que eres distinto, pareces distinto, pareces sincero y honesto, no soy Dios, pero comparto el pensamiento que todos merecemos una oportunidad, mi hija merece una oportunidad de amar y ser amada, mi nieto merece una oportunidad de conocer a su padre y tú mereces una oportunidad de entrar a esta familia.

—Sentí como si un gran peso se hubiese quitado de mi espalda—. Pero solo tendrás una oportunidad, no es a mí a quien tienes que demostrarle tu valía, es a Dios, has abandonado una vida y empezado otra, demuéstrole a él de que estás hecho y has feliz a mi hija... Es todo lo que deseo en mi vida.

—Lo haré señor... Lo haré.

—Bienvenido a los Harfush, hijo... Esperó poder ayudarte en esta nueva etapa, espero que te dejes ayudar y...

La puerta se abrió y Valentina pasó con nuestro hijo en brazos.

—Se supone que deberías esperar afuera —riñó su padre.

—¿Cuándo he hecho lo que supones que debo hacer? —Me dio a Aarón y lo aferré a mi cuerpo, había crecido en estas semanas, sentía que me había perdido mucho de él, pero sabía que recuperaría cada hora que estuvimos separados.

Valentina se acercó a su padre abrazándolo y besando su mejilla.

—Gracias papá. —Miré a mi suegro y al amor de mi vida antes de observar una vez más a mi bebé.

—Gracias señor.

—Sí, sí como quieran... Supongo que ya no te irás conmigo a Nueva York. —Valentina se alejó de él, caminando hacia mí hasta llegar a mi lado. Deslizándolo su mano por mi cintura y recostando su cuerpo a mi costado, giré mi cabeza y dejé un beso en su mejilla, acataría lo que ella decidiera—. Creo que ya me has dado la respuesta, voy a dejarlos solos.

Me senté en una de las sillas y ella se sentó a mi lado.

—¿Ahora vivimos felices para siempre?

Acaricié su mejilla con mis nudillos.

—Tanto como duren nuestras vidas.



# Epilogo.

## *Valentina.*

**Cartagena de Indias**

**Seis Meses Después**

Entré al hotel Santa Clara completamente exhausta, había sido un día difícil, pero era el último día de trabajo, después de hoy, mi familia y yo tomaríamos un merecido descanso de puente largo.

Saludé a Susana y a Cinthya que estaban en recepción y seguí mi camino hacia el elevador, la construcción de una nueva urbanización cerca a la entrada de Cartagena estaba teniendo algunas complicaciones, nada que no se pudiera solucionar con los ingenieros, pero quería cerciorarme por mí misma de que se estaban haciendo los ajustes, así que había pasado todo el día bajo el sol. En la obra, con los arquitectos, ingenieros y los obreros.

Hacía dos meses había asumido la dirección de la empresa, tal cual como mi padre lo había deseado siempre, él ahora estaba en Nueva York, trabajando en la sucursal de allí. Viviendo su amor con Annie, estaba segura de que en cualquier momento contrataría a alguien y se vendrían a vivir a Colombia, todo caminaba a la perfección, y es que la negociación con D 'Angelo Building, no solo nos había dado grandes beneficios en Estados Unidos, también nos había dado renombre en Sur América, aparte de que la urbanización Harfush es la encargada de la creación del nuevo Museo del Caribe, que abrirá sus puertas en diez meses, será una obra completamente moderna, con la mejor tecnología y materiales de alta calidad, pero Darién me

había dicho que debíamos hacer algo por la gente del común, los menos favorecidos, era la razón por la que nos habíamos sumado al proyecto gubernamental «*Mi Casa Ya*», que ofrecía viviendas en excelentes condiciones a personas que devengaran entre uno y dos salarios mínimos.

Mientras el elevador hacía su recorrido, me recosté en las paredes metálicas sintiendo el frío de las mismas filtrarse por mi camisa y me sentía pegajosa gracias al sol y sudor, me dolían los pies por las botas industriales reglamentarias para las obras.

Una vez llegamos a mi piso, salí del elevador y dejé que mi mano acariciara las paredes del hotel, era una de las construcciones que daba elegancia a la ciudad al combinar perfectamente la arquitectura colonial y el lujo francés, entre estas paredes había magia, historia y no por el simple hecho de que había sido construido en la base de un antiguo convento. Era todo lo que lo rodeaba, incluso la torre a medio construir que obstaculizaba la historia de Cartagena.<sup>[23]</sup>

Pero no iba a ponerme a contar todas las razones por las que amaba el hotel, por las que me quedaba en el cada vez que venía en Cartagena, aún con la casa de mi madre en Boca grande.

Abrí la puerta de la habitación y la suave melodía de la guitarra de Darién se escuchó inmediatamente, me quité las botas, dejé el maletín en la entrada y caminé en puntillas hacia la habitación, quedándome escondida en la entrada. En la cama estaban los dos hombres de mi vida, observé a mi bebé jugar con unos cubos, tenía un enterizo azul y estaba descalzo, tenía el color de mi cabello y mi piel, pero por lo demás él era un pequeño niño de papá.

Estos seis meses no siempre habían sido miel sobre hojuelas, Darién había sido sacerdote toda su vida, dejar de serlo de un día para otro y enfrentarse a una vida como compañero y padre lo llevó directo a varias sesiones de terapia. Pero hoy, en este momento era un hombre feliz y

agradecido con la vida. Llevaba la dirección de la fundación con mano de hierro, ahora que Sole se había ido con Alexis a Argentina y Cat estaba nuevamente embarazada. En lo personal, él era todo lo que siempre supe que sería. Un hombre atento, cariñoso, un padre entregado y una pareja fantástica... Dentro y fuera de la cama también lo era.

Iba a dejarles saber que había llegado cuando vi a Darién escribir en su viejo cuaderno, saltó de la cama haciendo que Aarón brincara nervioso.

—Lo siento, caballerito... —Acarició su cabeza con ternura—. A ver, escucha esto.

Tomó la guitarra y empezó a tocar una melodía dulce, justo antes de empezar a cantar.

*Me enamoré de tu sencillez, cuando tus ojos encontraron los míos  
Tú eres mi melodía preferida y es que sin ti creo que no vivo,  
hay un ángel en tu mirada, amor, uno que me enloquece.  
Te di mi corazón mientras la lluvia caía a nuestro alrededor  
No soy nada sin ti  
Eres mi mejor amiga, mi amante, mi confidente, mi amante y mi fuerte.  
No puedo imaginar no tenerte en mi vida, por el resto de mis días  
Nunca me voy a separar de ti.*

*Te amo más de lo que puede expresar esta canción  
Tú eres todo para mí.  
Te quiero más de lo que nunca podré mostrar con mi cuerpo,  
acciones y palabras.  
Voy a ser tu «para siempre» si tú estás dispuesta a ser el mío.*

Mientras cantaba, Aarón hacía su propia fiesta en nuestra cama, rebotando al compás de la melodía, daba pequeñas palmadas y alzaba sus brazos como si estuviese en un concierto privilegiado, se acercaba a él golpeando su pierna que estaba apoyada en la cama para evitar una caída, cada balbuceo que salía de su pequeña boca plantaba una sonrisa en el rostro

de Darién que seguía entonando su canción

*Soy esclavo de tu piel, adicto de tus besos soy el hombre que te ama, el que se esconde tras sonrisas.*

*No me importa caminar tras tus huellas y envolverme en tu perfume.*

*Solo quiero besarte, cada minuto besarte, hundirme en el placer de tu aliento y rodearme tu corazón.*

*Déjame amarte sin importar el mañana, amarte como un hombre ama a una mujer. Te di mi corazón mientras la lluvia caía a nuestro alrededor*

*No soy nada sin ti*

*Eres mi mejor amiga, mi amante, mi confidente, mi amante y mi fuerte.*

*No puedo imaginar no tenerte en mi vida, por el resto de mis días*

*Nunca me voy a separar de ti.*

*Te amo más de lo que puede expresar una canción*

*Tú eres todo para mí.*

*Te quiero más de lo que nunca podré mostrar con mi cuerpo, acciones y palabras.*

*Voy a ser tu «para siempre» si tú estás dispuesta a ser el mío.*

Al finalizar rasgó la guitarra con fuerza haciendo que nuestro hijo riera de ruidosamente, lanzó la guitarra hacia los pies de la cama y lo levantó en brazos, haciéndolo chillar para luego llenarlo de besos.

Me ubiqué en la mitad de la entrada y aplaudí, él detuvo todo movimiento, llevando a Aarón a su pecho, y todo su rostro se enrojeció... Creo que nunca me cansaré de ver su sonrojo. Entré a la habitación y coloqué mis manos en su rostro antes de darle un beso, él me atrajo a su cuerpo con una mano sin dejar de sostener al bebé.

—Eso fue hermoso —dije limpiando con mis dedos la mancha de lápiz labial en sus labios, él esbozo una media sonrisa, tomé a Aaron y también dejé un sonoro beso en su mejilla.

—Se supone que no debías escucharlo. —Pasó la mano por su cabello,

lo hacía siempre que estaba nervioso—. Quería terminar los arreglos y...

—Es perfecta.

—Cesar quiere escuchar algo cuando volvamos y yo...

—Es hermosa, amor. —Lo besé de nuevo—. ¿Qué tal el día? —pregunté al notar su incomodidad.

Tenía canciones hermosas en ese cuaderno, en los últimos meses había aprendido muchas cosas de él, amaba cantar tanto como amaba ayudar a las personas, le gustaba la comida fría y odiaba cuando algo estaba caliente, hacía el amor tan lento que parecía que me fuese a derretir entre sus dedos.

—Bien, dimos un paseo por la ciudad amurallada, y aquí, este señorito conquistó a una turista americana... —Alcé una ceja en su dirección—. La susodicha aún usa pañales —caminó hacia mí y me sostuvo entre sus brazos—. Te amo.

—También te amo. —Me alejé porque estaba segura de que olía a sudor.

—Y tu día, ¿qué tal?

—Se están haciendo las correcciones y estuve en el museo, caminé mucho y estuve bajo el sol por varias horas huelo a todo, pero a nada bueno.

—A mí me parece que hueles genial. —Volvió a abrazarme.

—Darién. —Aún no podía creer que estuviéramos aquí, que nuestro amor hubiese sido lo suficientemente fuerte para enfrentar la distancia, los problemas y demás obstáculos que se nos atravesaron en el camino, Darién nunca me contó sobre su conversación con el obispo, tampoco pregunté, pero verlo bajo la lluvia cuando pensé que no lo tendría jamás fue todo lo que necesitaba, no importaba el cómo o el cuándo.

Me giré y él atrajo mi rostro al suyo dándome un beso.

\*\*\*

Gracias al mar, la brisa de Cartagena siempre era fría de noche, había tomado mi ducha y luego alimenté a mi bebé, observando los pequeños rasgos en su rostro mientras Darién tomaba una ducha. Amaba la habitación en la que estábamos, era una de las mejores suites del hotel, tenía una habitación, un baño precioso, un pequeño living y una cocina, pero lo más hermoso de la habitación era la terraza, desde ahí podía ver una de las piscinas del hotel, el mar; además, que estaba equipada para una velada romántica, con jacuzzi y sillas playeras.

—Hola. —Darién dejó un beso en mi hombro descubierto, gracias al vestido tipo straple que llevaba puesto. Llevé mi mano hacia atrás acariciando su cabello mientras él serpenteaba sus brazos en mi cintura, se podía escuchar la música del restaurante y la letra de Contigo aprendí del maestro Armando Manzanero hizo que él se meciera al compás de la melodía. Aprendí tantas cosas en el poco tiempo que conocí a Darién, aprendí a amar, a esperar, aprendí a creer en mí misma.

—Vi que el caballerito se quedó dormido, la verdad no pegó el ojo en todo el día. — No dije nada, fijé mi mirada en el mar y disfruté de su respiración en mi nuca, tenía solo un pantalón, lo sabía por la forma en que su piel descubierta se pagaba a la mía.

—Supuse que no querías bajar a comer, así que he ordenado en el restaurante, pensé que podíamos comer afuera o en el comedor. —Me giré entre sus brazos, tal como lo supuse, estaba solo en un pantalón de yoga, acaricié su rostro con la yema de mis dedos, mi mano descendió por su cuello hasta sus pectorales, deteniendo mi palma ahora abierta sobre su corazón que latía con fiereza.

—¿Qué ordenaste?

—Tarta de mariscos para la entrada, y de plato fuerte, pescado envuelto en hoja de plátano. —Deslicé ambos brazos por su cuello atrayéndolo hacia

mí—. Vino blanco. —Empezó a moverse con la melodía que se filtraba desde abajo.

—Está intentando enamorarme, señor Rodríguez.

—Pensé que ya te había enamorado.

—Completamente... —Pasamos unos segundos solo moviéndonos sin coordinación alguna, hasta que la comida llegó, cenamos en la terraza, agradecidos con la luna y la manera en que las estrellas alumbraban el cielo. Lo besé una y otra vez porque ahora que podía, parecía no querer dejar de besarlo.

—Ya regreso —murmuré cuando terminamos el besó, entré a la habitación notando que eran cerca de las nueve de la noche, Aaron estaba profundo, pero sabía que despertaría en una hora o dos, me cambié rápidamente colocándome el biquini blanco que había comprado, y sobre este, mi bata levantadora. Cuando salí a la terraza él estaba encendiendo el jacuzzi.

—Llámalo telepatía —dijo cuándo sonreí—. Pensé que quizá quitaría de ti todo un día de trabajo. —Me ayudó a sumergirme en el agua tibia, antes de ir por las copas de vino y una hielera, quizá para otra persona todo estaba normal, él estaba siendo atento y romántico, pero yo que había aprendido a conocerlo bien estos meses, sabía que había algo más escondido en todas sus atenciones.

—Entra conmigo. —Negó con su cabeza, pero insistí hasta que se ubicó detrás de mí, sus brazos rodeando mi cintura mientras me recostaba en él, no necesitábamos palabras, con Darién todo era cuestión de sentimientos, una caricia, el toque de la yema de sus dedos o sus labios contra los míos, no pensábamos en el futuro, vivíamos el hoy.

El respiró profundamente en mi cuello sus brazos se separaron de mí e inmediatamente me coloqué frente a él, sonrió y su sonrisa plantó una en mi

rostro. Tomó mis manos entre las suyas y acarició mis nudillos con su pulgar.

—Había pensado hacer esto de muchas maneras, pero creo que puedo imaginar diez mil formas perfectas y ninguna sería la adecuada, se supone que no debías escuchar la canción hasta que no estuviese grabada, pero siempre he dicho que todas las cosas del mundo, suceden porque Dios así lo decide. — Sus manos temblaban y estaba segura de que no era debido al frío, se veía nervioso y por más extraño que pareciera se me hacía adorable, zafé una de mis manos y acaricié su mejilla, él sonrió pero la quito para llevarla de nuevo frente a él, respiró profundamente y le sonreí alentándolo a que continuara — añade Valentina, estos meses junto a ti han sido maravillosos, tenerlos en mi vida es más de lo que alguna vez soñé, y ahora no sé qué sería de mí si los perdiera. — su voz se quebró y lo vi tragar el nudo en su garganta antes de continuar—Contigo aprendí que el amor real es fuerte y que no importa que el camino se desvíe en ocasiones, porque al final tú estarás ahí para mí. Y mientras te veía de pie en la baranda observando el mar, recordé que te amo más de lo que puede expresar una canción, porque tú lo eres todo, te quiero más de lo que nunca podré mostrar con mi cuerpo, acciones y palabras. — Soltó una de mis manos y la metió en la hielera metálica y sacó una cajita de color azul—. Cris me lo envió ayer por la mañana. —La abrió revelando un sencillo anillo de oro blanco con una piedra incrustada en el medio—. Fue el que mi padre le dio a mi madre. —Mis ojos se cristalizaron y vi cómo él tragaba grueso—. Voy a ser tu «para siempre» si tú estás dispuesta a ser el mío... Amor. Tú quieres...

—Sí... Sí, sí quiero. —Me acerqué a él tanto como pude y sujeté sus mejillas con mis manos. Él me dio una sonrisa ladeada y su rostro se relajó, fue como si con mi respuesta se hubiese quitado un gran peso de sus hombros. Lo besé, me besó y lo abracé tan fuerte como si temiese que se desaparecería de mi lado.



Quizá para muchos nuestra historia es poco ortodoxa, quizá para otros soy una mala persona, aparté a un hombre de su fe y vocación, pero la verdad de todo esto, es una sola... Nos amamos, y como dice la biblia, el amor no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor. El amor era simplemente amor.

Dejé que Darién deslizara el anillo en mi dedo.

—Te amo.

—Te amo.

—Sácame de aquí y llévame a la cama. —Le supliqué y él acarició mi mejilla antes de atraerme a su pecho.

No, no necesitábamos una cama, solo necesitábamos esto, él, yo... La luna, las estrellas y el mar.

Después de todo, no necesitábamos perfección solo amor.

**FIN**

# Capítulo Extra.

## *Darién.*

### **Bogotá**

#### **4 años después.**

Detuve el auto en el semáforo al tiempo que tamborileaba mis dedos en el volante, pensando en la propuesta que Alfredo, mi agente me había hecho antes de salir del estudio por Aarón, según él, escribir una canción para un cantante de reguetón me subiría de nivel, pero realmente la idea no me agradaba, mis letras eran tiernas, hablaban del amor, la familia e incluso de Dios, sinceramente no me veía escribiendo una canción que dijera alguna ofensa contra la mujer, la Iglesia o la familia. Así que le dirigía a Alfredo que me quedaría en mi nivel a pesar que sabía que me llevaría a una conversación larga y tediosa.

Miré por el espejo retrovisor a mi acompañante en la silla de atrás, por lo general mi hijo era ruidoso y extrovertido, hoy estaba demasiado silencioso.

—¿Qué tal la escuela hombrecito? ¿Hiciste muchos amigos hoy?— el puchero en su rostro me hizo saber que al parecer las cosas hoy no habían estado del todo bien —¿Quieres conversar con papá?

—Lily dijo que ya no podía ser mi novia.

—Oh, no sabía que ya tenías una novia.

—Tenía tres...— me mostró tres de sus dedos.

—Vaya, ¿y qué pasó con esas chicas?

—Isa se fue a jugar con Robert y no quiso jugar conmigo, Lina me mordió y terminamos y Lily dijo que ya no podía ser mi novia porque su papá dijo que estaba muy chiquita para tener novio—su puchero se acentuó, era exactamente igual al de Valentina.

La luz cambio lo que me obligó a conducir, estábamos cerca de casa y mientras avanzaba en el tráfico pensaba en que consejo podría darle a mi hijo de cinco años sobre mujeres. Mi primera novia fue a los quince y luego no tuve una más hasta que Valentina cruzó su camino con el mío.

—Cuéntame más de Lily —le dije para llenar el espacio mientras conducía y pensaba, Aarón se explayó diciéndome lo linda que era su compañerita, como su mamá la hacía usar dos coletas y que sus dibujos animados favoritos eran *Pepa Pig* y *Miraculus*. Una vez llegamos a casa aparqué el auto fuera y me giré hacia mi hijo sus ojos azules me miraron apesadumbrados.

—¿Porque no son amigos?

—¡Es que yo estoy enamorado de ella papá! — explicó como si yo no entendiese.

—Lo sé, pero puedes ser su amigo, hasta que estén más grandes y luego ya ser novios. Mientras tanto serás un gran amigo para ella—la sonrisa de mi hijo iluminó el día, que fácil era resolver los problemas de los niños. — Tú también estas un poco pequeño para tener una novia.

—Ella me gusta. —revolví sus cabellos y desabroché su cinturón y salí del auto para ayudarlo a bajar, caminamos por el sendero pero antes que pudiera sacar mis llaves, María nos abrió la puerta envolviendo al pequeño en un abrazo de oso.

—¡Nanis! — gritó mientras ella llenaba de besos sus cachetes.

—Tengo leche con chocolate para ti — contestó ella con amor.

—¿Hay leche con chocolate para mí también nana? — di un beso en su mejilla.

—No, pero hice ese ajiaco que tanto te gusta —eso la hizo merecedora de otro beso.

—¿Dónde está Valentina?

—En la habitación, sube mandaré a avisarles cuando esté servido —dejé a Aarón en la cocina con María y subí las escaleras en busca de mi esposa.

Resulta que nos casamos un año después de que se lo propuse, en una sencilla ceremonia en la iglesia Santo Toribio, al principio no quería casarme por la iglesia, sentía que no era correcto, la primera vez que lo hablé con Valentina ella se enojó, lloró y fue la primera noche desde que volví a sus brazos que dormimos separados... No porque yo lo haya querido, sino porque ella no me dejó entrar a la habitación.

No me malentiendan, no sentía sucio nuestro amor o lo veía como algo indecoroso, tampoco era que me avergonzara, era más bien como ese sentimiento de cuando has hecho algo que a tu padre no le pareció, eso me llevo a otro par de citas con el doctor Lewis. Él me hizo entender algo que ya sabía. Dios es amor. Por ende el amor no es pecado, mi amor por Valentina era puro y bueno, estaba haciendo las cosas bien. No había por qué esconderme u ocultar lo que sentía, Así que cuando entre a la iglesia y estuve frente al padre Alexander, me di cuenta de que mis recelos eran tontos, ahí estaba yo a punto de entregarle todo lo que era a la mujer que mi corazón había elegido para amar, para adorar.

Empujé la puerta de nuestra habitación pero me detuve al escuchar su voz desde el televisor.

*Darién, no es casualidad la forma en que nos conocimos, ni lo rápido que nos llegamos a amar. Así que dudo que sea casualidad que hoy estemos aquí.*

*Aunque no pueda cambiar el pasado, si puedo prometer que estaré en tu futuro para celebrar tus triunfos como si fuesen los míos propios y sujetarte fuerte si en algún momento llegas a tropezar. En ti he encontrado la magia que le hacía falta a mi vida. Por eso frente a mis amigos y familiares juro solemnemente que te amo. Te amo de una manera que ni siquiera puedo describir, no concibo pensar una vida que no sea contigo por lo que prometo amarte en los buenos y malos momentos. En la salud y en la enfermedad tanto como duren nuestras vidas.*

*¿Darién tienes algo que decir?*

*Valentina, llegar a este día no ha sido fácil, pero cada prueba nos ha convertido en una pareja sólida, capaz de hacer frente a las adversidades que se nos han presentado, eres lo mejor que me ha ocurrido en la vida es por eso que ahora, delante de este mar, esta tierra y estas personas, prometo reír contigo, prometo acompañarte en los momentos difíciles, prometo escucharte en todo momento y aprender de ti cada día, por ti y nuestra familia soportaré cualquier tempestad siempre que me encuentre a tu lado porque eres la única persona al lado de la cual quiero caminar toda mi vida, bajo el sol y bajo la lluvia, entre las sombras y la luz*

Sonreí y caminé hasta observarla recostada en nuestra cama, sus manos sobre su prominente vientre. Ariadna Valentina nacería en tres meses y completaría nuestro hogar, ella giró viéndome y me senté a un lado en la cama acercándome a ella y repitiendo las últimas palabras que le dije frente al altar.

— Con esta promesa de amor con nuestros amigos y familiares alrededor de nosotros, te demuestro que estoy completamente seguro de que el gran paso que daremos juntos y te tomo a ti como esposa y juro amarte, respetarte y

entregarte mi corazón por el resto de mi vida...Tú eres mí para siempre— besé sus labios con dulzura y acaricie su vientre sobre la tela de su vestido de pre mamá—. Te amo.

—Te amo también, ¿Dónde está mi pequeño hombrecito?

—María prometió darle leche con chocolate, lo que no sé es si será cierto. ¿Sabías que tenía tres novias en la escuela?

—¿Tres? Pensé que eran cuatro...—la miré con una ceja arqueada—. No puedo hacer nada, esos ojos azules son como los insecticidas, si no las mata las vuelve locas. —sonreí y ella me besó.

—Pues su última novia ha terminado con él y está un poco triste...

—Mi pobre bebé, le compraremos un helado tan pronto salgamos del doctor.

Hoy Aarón tenía que ponerse su última vacuna y Valentina tenía cita de control, era una de las razones por la que había salido temprano del estudio. Desde el momento que ella me había entregado la prueba seis meses atrás quise estar al pendiente de cada cita de control, antojo o deseo que ella tuviese.

—¿Cómo se portó mi chica hoy?

—Parece que sabe que nos van a colocar el gel frío, ha estado revoloteando toda la mañana, Cris llamó esta mañana.

—Hablé con ella.

—Te dijo del traslado de Jhon...

—Sí, pero bueno, es su trabajo, amor. — miré la pantalla donde Paola estaba teniendo algún tipo de coqueteo con el barman de la recepción.

—Cartagena es mejor plaza que Buenaventura, además, podremos visitarla pronto. —Cris y Valentina siguieron siendo amigas, cuando ella llegó a Puerto Escondido, fue mi hermana quien veló por su bienestar. Pensar en el lugar que nos había unido hizo que mi pecho doliera, en cinco años habían

sido muchas las ocasiones en las que había deseado volver, pero no sabría que hacer una vez estuviera ahí. Hablaba con Jesús tantas veces como fuese posible, había estado en nuestra boda y en el bautizo eclesiástico de Aarón. Pero nunca le pregunte si había vuelto a mi antigua comunidad. —Cariño— la voz de Valentina me trajo de nuevo al presente—, ¿me escuchaste?

—Perdón, estaba pensando... — acaricié su mejilla.

—¿Algo que deba saber?

—Nada que deba preocuparte. ¿Me decías?

—Que le dije a Cristina que si Jhon decide darse de baja tanto ella como él pueden trabajar en la fundación.

—No creo que Jhon deje la armada, la ama tanto como a mi hermana. Pero si nos ayudaría muchísimo tener un doctor más en la planta de la fundación. — Dividía mi tiempo entre escribir música, la fundación y mi familia.

—También hable con papá, — esa conversación me interesaba, a diferencia del embarazo de Aarón, este embarazo había tenido a Valentina mucho tiempo en cama—. Quiere hacerse cargo de la empresa a partir del próximo mes, al menos hasta que Ary pueda quedarse con María.

Mi suegro se había casado hacía dos años y ahora él y su esposa vivían en el viejo departamento de Valentina.

La voz de María llamándonos desde el corredor nos avisó que el almuerzo estaba listo.

Ayudé a mi esposa a levantarse de la cama y caminé junto a ella hacia el comedor donde mi hijo y nuestra nana nos esperaban.

El almuerzo fue rápido, lleno de la voz de mi hijo hablándonos de su día, se me infló el pecho de la felicidad cuando Valentina le preguntó cómo estaba y él le contestó que Lily sería su amiga hasta que pudieran ser novios.

\*\*\*

Salimos del consultorio del doctor Quintero con nuevas fotografías de Ariadna y un enfurruñado niño debido a su última aplicación de vacunas.

—¿Quién ha sido un niño valiente y por ello se comerá un gran helado de chocolate? —dijo mi esposa con una sonrisa, sin embargo Aarón cruzó sus brazos sobre su pecho, todavía molesto.

—Oh amor, parece que ningún niño quiere helado de chocolate. —dije observándolo por el retrovisor.

Detuve el auto debido al semáforo en rojo y antes de poder reaccionar un hombre vestido con ropas desgastadas arrojó un chorro de agua sobre el vidrio del auto.

Valentina dio un pequeño saltó y observe al hombre de barba crecida mientras limpiaba el vidrio y saque un par de monedas para darle y una tarjeta del comedor que la fundación había inaugurado hace poco.

El limpia parabrisas tocó mi lado de la ventana anunciándome que había terminado. Bajé el vidrio para entregarle su pago, pero el jadeo de Valentina me hizo pensar que le había pasado algo.

—¿Amor? — ella parecía sorprendida, el hombre tocó de nuevo mi ventana y me giré para entregarle las monedas y la tarjeta—. Hay servicio todos los días hasta las diez, buen hombre —él miró a Valentina que parecía petrificada, observó su vientre y luego miró a Aarón.

—Gracias, tengan un buen día. —el sonido del claxon del auto detrás me hizo darme cuenta que la luz había cambiado. Seguí mi camino alejándome del hombre pero notando que él siguió con la mirada puesta en nosotros.

Aparqué el auto unos metros más adelante, observé a mi hijo por el retrovisor pero venía entretenido en la película que se trasmitía en las pantallas ubicadas detrás de nuestras sillas.



—¿Valen? —Solté mi cinturón—. ¿Estás bien? ¿Es la bebé? —Ella negó con la cabeza.

—Era él.

—¿Él?

—Adrián... —miró hacia atrás.

—¿Tu ex esposo? —ella asintió—. ¿Estás segura?

Nunca conocí a Adrián Duque, lo había visto una vez en una fotografía en la fundación al lado de Valentina, me pareció un hombre arrogante y frío, muy distante al hombre que acababa de limpiar el vidrio de mi auto.

—Reconocería esos ojos en cualquier lugar... Estoy bien, solo que me impactó verlo, Adrián siempre fue un poco metrosexual. Lo último que supe de él fue que su amante lo había dejado llevándose todo con ella.

—Pobre hombre...

—A pesar de lo que me hizo nunca le deseé nada malo. —tomé su mano y acaricié sus nudillos con mis dedos.

—¿Crees que vaya al comedor? — ella negó.

—Es demasiado orgulloso.

—Nunca el orgullo es superior al hambre —musité.

—Es porque no lo conoces.

—¿Vamos a ir por mi helado? —ambos nos giramos observando a nuestro hijo que nos miraba de vuelta esperando una respuesta.

Valentina llevó su mano hasta la mejilla de Aarón.

—Sí amor.

—Podemos irnos a casa si no te sientes bien.

—Estoy bien, ahora más que nunca doy gracias a Dios por llegar esa noche a Puerto Escondido, y no tiene que ver porque haya visto a Adrián en esas condiciones... Darién, tú eres una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida. Y digo que una, porque nuestra familia es lo mejor que tengo —

sonreí porque pensaba igual que ella—. Adrián Duque labró su destino, solo me impactó verlo en esas condiciones. ¿Me crees? —Asentí—. Me gustaría poder tener un gofre con helado.

—¿*Crepes and Waffles*?

—Me parece genial.

No pregunté nada más, pasamos la tarde comiendo helado, disfrutando en familia, agradeciendo a Dios la oportunidad de habernos encontrado en una noche de tormenta, bajo la luz de la luna, cuando yo aún era sacerdote y ella tenía el corazón roto. Dos corazones que libraban sus propias batallas pero que juntos aprendieron que, en ocasiones amor puede llegar a ser más fuerte que cualquier perjuicio tonto, o incluso que una fuerte vocación.

# Agradecimientos

Después de pasarme unos quince minutos mirando el cursor en la pantalla de Word, sin saber cómo hacer esto de nuevo, he pensado que seré breve. ( O al menos lo intentare)

Siempre empiezo, agradeciendo a Dios por este pequeño don, por hacer que lo que hago, les guste tanto como a mí.

Pero esta vez empezaré agradeciendo a todas aquellas personas que me han dado la oportunidad de estar aquí, desde que Maximiliano dejo la timidez y se dejó leer. Gracias por darme ánimos, por alentarme a seguir, Gracias a ti, que estás leyendo esto, solo por ti pude escribir esta novela, gracias mil gracias por darme tu confianza y tu tiempo. No importa si apenas empiezas a leerme o si estás conmigo desde Enséñame gracias.

Gracias, Gracias, Gracias...

Gracias Dios por permitirme terminar una vez más, por darme la paciencia necesaria para no dejarme caer, a pesar de los bloqueos y la rutina propia de la vida diaria.

Gracias padres, por dejarme hacer algo que me apasiona, por alentarme a seguir haciéndolo.

Gracias familia, por emocionarse cuando les cuento lo nuevo que voy a escribir.

Gracias a mi Harem, porque son mi familia, mi hermandad, sin su apoyo no sería nada.

Gracias a Isa Quintín quien es la encargada de la portada de esta obra.

A mi editora, porque sé que sin ella, esto no estaría hoy disponible para ustedes.

Mil gracias a mi querida amiga y colega Lily Perozo por su tiempo, sus consejos y sus recargas virtuales de buena vibra. Eres parte importante de Valentina y Darién.

A mi querida Paola, que estuvo conmigo largas noches mientras escribía, por emocionarse con cada escena, no hay palabras en el mundo que pueda describir lo feliz que me siento de que te hayas cruzado en mi vida, sabes lo mucho que te quiero a ti y al enano.

Gracias Ivy, Gracias Cat, por darme collejas virtuales cada vez que decía que no iba a poder.

Y por último y no menos importante Gracias Isabel, eres una mujer única, una amiga ejemplar, una escritora maravillosa y una de las mejores amiga que Dios puso en mi camino, gracias por emocionarte conmigo cada vez, gracias por estar ahí cada vez que necesito una relectura u opinión, gracias por emocionarte por cada locura nueva, por escucharme cuando te cuento sobre una novela nueva, por soportarme en tu casa todas las semanas por estar ahí siempre dándome consejos. Si algo tengo claro es que cuando sea grande

quiero ser como tú.

# SOBRE LA AUTORA

**Aryam Shields** se define a sí misma como una escritora de corazón y Contadora de profesión que le gusta pasar sus días entre números y sus noches entre letras. Nació en Barranquilla, una ciudad costera de Colombia. Vive junto a sus padres, su hermana y sus dos hijos de cuatro patas.

Es una apasionada por el cine y la repostería. Su gusto por la lectura afloró a los doce años cuando, llevada por su maestra de español, se vio inmersa en el mundo de los libros y las historias de fantasía, romance y acción; pero no fue hasta hace cinco años que empezó a escribir en las plataformas virtuales con pequeños Fanfiction.

Su primera obra publicada fue la bilogía Enseñame: “Entrégate y Quédate” con la que logró ser Best Seller Mundial en Amazon, Siguiendo con Nueve Meses, que estuvo dos meses en el puesto número 1 de los más vendidos y Recuérdame, con quien fue participante del Concurso Indie de 2017 en la plataforma de Amazon, logrando mantenerse entre los veinte títulos más vendidos, durante todo el concurso, hoy cuatro meses después aún se mantiene en el ranking de los 100 más vendidos, a principios de este año, dio cierre a su bilogía Contrato y publico Seductor Domado junto con The Wedding un relato sobre sus dos bilogías.

---

[1] Cartagena de Indias, llamada Ciudad Heroica o La Heroica por resistir el asedio y bloqueo naval de fuerzas hispanovenezolanas al mando del general Pablo Morillo, entre agosto y diciembre de 1815, por 105 días.

[2] Es el segundo billete de mayor poder adquisitivo en el país, al cambio en dólares serian 18 dólares.

[3] TECHO es una organización presente en Latinoamérica y El Caribe que busca superar la situación de pobreza que viven miles de personas en los asentamientos precarios, a través de la acción conjunta de sus pobladores y jóvenes voluntarios.

[4] Harfush Enterprice.

[5] Salmos 73:26

[6] Se refiere al acto sexual.

[7] Tal como soy- Jesús Adrián Romero

[8] La manzana del hueco es un lugar ubicado en el corazón de Medellín un sitio estratégico para la economía antioqueña y colombiana.

[9] El Nihilismo es la corte filosófica que sostiene la imposibilidad del conocimiento, y niega la existencia y el valor de todas las cosas.

[10] Se llama pirotecnia a los dispositivos que están preparados para que ocurran reacciones pirotécnicas en su interior.

[11] Mark Twain, fue un popular escritor, orador y humorista estadounidense

[12] Charlie Swan es el padre de Bella Swan, en la serie de libros Crepúsculo, de la autora Stephanie Meyer

[13] Envase unitario para varios manufacturados pequeños que consiste en un soporte de cartón o cartulina sobre la que va pegada una lámina de plástico transparente con cavidades en las que se alojan los distintos artículos.

[14] Personajes Bíblicos

[15] Salmos 34: 18

[16] Proverbios 3:5-6

[17] El pejelagarto es un pez predominantemente de agua dulce, que sólo se encuentra en América del Norte y Central;

[18] Sin preámbulos ni explicaciones

[19] La Picota es un centro penitenciario localizado al sur oriente de la ciudad de Bogotá

[20] Cantares 8:7

[21] Puerto Escondido

[22] Es un preparado generalmente a base de masa de maíz rellena de carnes, vegetales

[23] En referencia al edificio Aquarela, estructura momentánea mente suspendida debido a que su construcción afecta la ubicación del patrimonio arquitectónico de la ciudad de Cartagena de Indias.